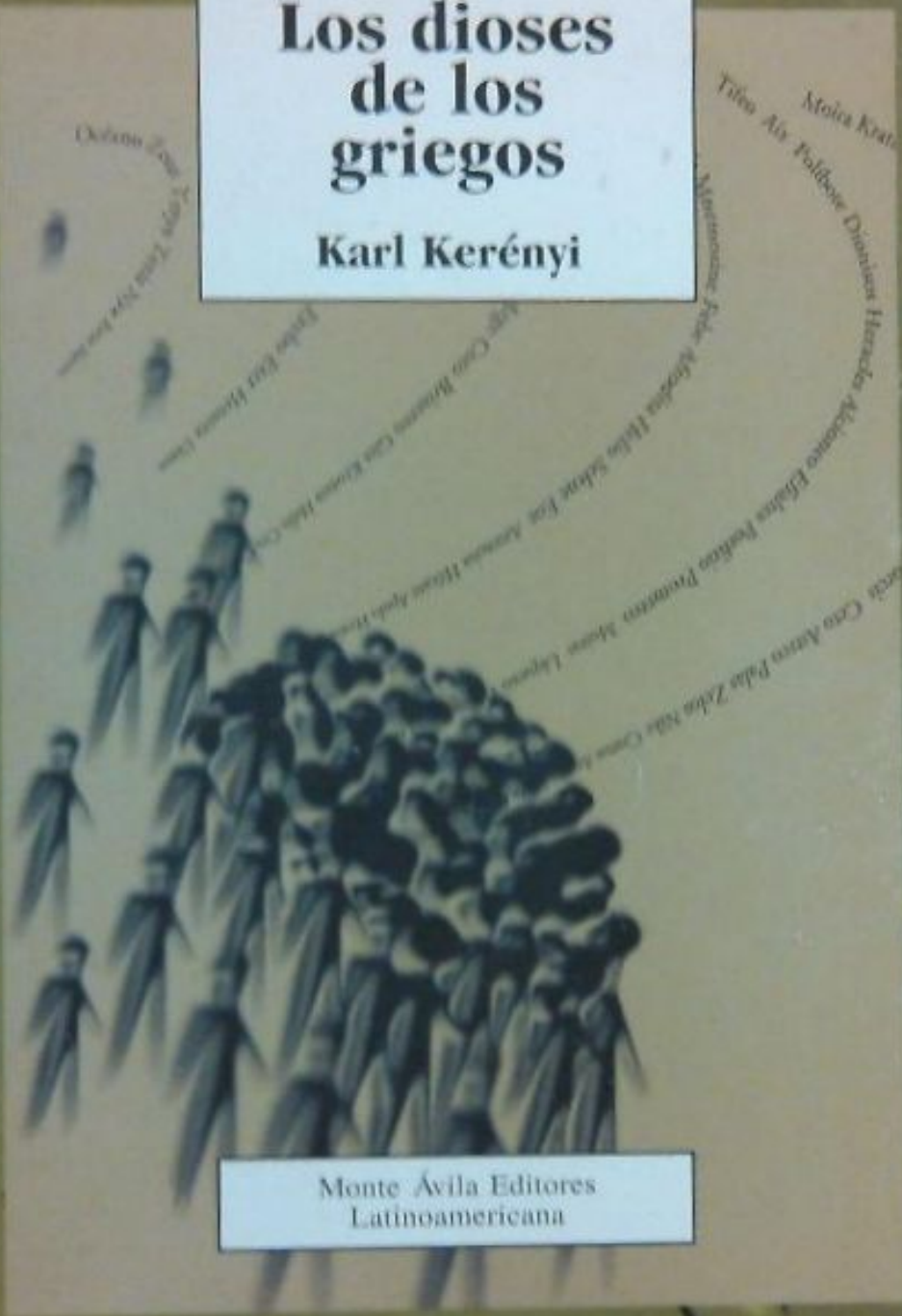
Los dioses de los griegos

Karl Kerényi



Monte Ávila Editores
Latinoamericana

Karl Kerényi

Los dioses de los griegos

Traducción
Jaime López-Sanz

Monte Ávila Editores
Latinoamericana

1ª edición, Thames and Hudson, London, 1951

1ª edición, M.A., 1997

Título original
The Gods of the Greeks

Creative Commons

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A., 1991
Apartado postal 70712, zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN 980-01-0931-5
Diseño de colección: Claudia Leal
Diseño de portada: Alexandra García
Autoedición electrónica: Imprimatur, artes gráficas

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

El profesor Kerényi escribió este libro a solicitud de la casa editorial británica Thames and Hudson, que lo publicó por vez primera en 1951, en traducción del manuscrito alemán a cargo de Norman Cameron. Esta primera versión en lengua castellana ha sido realizada por Jaime López-Sanz, a partir de la reimpresión inglesa de 1982.

A mi esposa Dildil

INTRODUCCIÓN

ESTE LIBRO DEBE su origen a la convicción, compartida por los editores y el autor, de que ha llegado el momento de escribir una Mitología de los Griegos para adultos. Es decir, una mitología no sólo para especialistas en estudios clásicos, en historia de la religión o en etnología; menos aún para niños, quienes en el pasado recibieron los mitos clásicos muy alterados o, al menos, escogidos cuidadosamente según los criterios de una educación tradicional; sino simplemente para aquellos adultos cuyo interés primordial, si bien vinculable al interés por cualquiera de las mencionadas ramas del saber, reside sin embargo en el estudio de los seres humanos. La forma actual que ese interés toma es, desde luego, la de un interés por la psicología. Y tal como lo ha admitido un gran exponente del pensamiento humanístico moderno, es precisamente la psicología el saber que «contiene en su interior un interés por el mito, tal como toda escritura creativa contiene en su interior un interés por la psicología».

Esas palabras fueron dichas en 1936 por Thomas Mann, en su charla sobre «Freud y el futuro». Al tiempo que rinde allí tributo a los servicios prestados por el psicólogo del Inconsciente o de las capas más profundas del alma, el gran escritor de hecho vio a través de él hacia el futuro. Pintó con insuperable claridad la situación espiritual en la que,

por su parte, el autor de este libro encuentra justificable su propio trabajo mitológico. El modo como la psicología penetra en la infancia del alma individual es, para continuar citando las palabras de Mann,

> un simultáneo abrirse paso hacia la infancia de la humanidad, hacia lo primitivo y lo mítico. Freud mismo reconoció que toda la ciencia natural, la medicina y la psicoterapia, habían sido para él un retorno tortuoso, que le tomó toda su vida, a su pasión juvenil y primordial por la historia del hombre, por los orígenes de la religión y la moral. La asociación de las palabras «psicología» y «niveles más profundos» tienen también un significado cronológico: las profundidades del alma humana son también «los tiempos primordiales», ese hondo «pozo del tiempo» donde el Mito tiene su hogar y del cual se derivan las normas y formas de vida originales. Pues Mito es el fundamento de la vida; es el patrón intemporal, la fórmula religiosa con que la vida se moldea a sí misma, en tanto sus características son una reproducción de lo inconsciente. No hay duda: el momento en que el narrador adquiere la manera mítica de ver las cosas, el don de mirar los rasgos típicos de las características y de los hechos,

así prosigue y afirma reveladoramente el autor de *José y sus hermanos*,

> ese momento marca un comienzo en su vida. Implica una intensificación peculiar de su temple artístico, una nueva serenidad en sus poderes de percepción y creación. Ello está usualmente reservado para los años más tardíos de la vida; pues mientras lo mítico representa un estadio temprano y primitivo en la vida de la humanidad, en la vida del individuo representa uno tardío y maduro.

Esa experiencia que le sobrevino hace ya quince años a un gran escritor, quizás pueda ser hoy compartida por una mayor cantidad de personas y sin que haya necesidad de ligarla a la edad avanzada. Es a ellos, a los adultos que han sufrido esa experiencia, a quienes el autor quiere ofrecer la mitología de los griegos, como si estuviera presentándoles un escritor clásico, un poeta por completo despreocupado de la posteridad y tan desinhibido como Aristófanes, por ejemplo. El autor espera hallar lectores cuya comprensión ha madurado en la literatura y en la psicología de nuestro tiempo; lectores que no encuentren muy difícil hacer suya la actitud de Thomas Mann hacia la concreción y la libertad arcaicas, hacia la monotonía y caprichosa extravagancia de esa documentación de la naturaleza humana insuperablemente espontánea, que conocemos como mitología griega; lectores que puedan disfrutar todo eso y que puedan además advertir que los escritores clási-

cos reconocidos requieren precisamente, a manera de complemento, una documentación como esa, si van a darnos una imagen real de la antigüedad griega. Al decir «documentación», el autor alude a documentación histórica, no a interpretación psicológica. Si el legado mitológico entero de los griegos se ve liberado de la psicología superficial de sus presentaciones anteriores, y si se lo revela en su contexto original como material *sui generis* que tiene sus propias leyes, entonces, a modo de resultado inevitable, esta mitología tendrá por sí sola el mismo efecto que la más directa psicología: el efecto de una actividad de la psique externalizada en imágenes.

Una similar externalización directa de la psique se encuentra, por supuesto, en los sueños. El grado de franqueza de las imágenes presentadas en los sueños y en la mitología está, por decir lo menos, muy cerca de ser el mismo. A este respecto, los sueños y la mitología están más próximos entre sí que los sueños y la poesía. Por esta razón, en su *Introduction to a Science of Mythology* (London, 1951, p. 32), libro escrito en colaboración con el profesor Carl G. Jung, el autor se creyó justificado al hablar de las «mitologías individuales» de los hombres y las mujeres modernos como sinónimas de sus psicologías. Con la misma justificación pudiera llamarse «psicología colectiva» a cualquier gran mitología, siempre que decidiéramos ignorar sus aspectos artísticos. Por supuesto que uno no puede en absoluto pasar por alto el hecho de que la mitología es también, fundamentalmente, una actividad especial de la psique, una actividad creativa, y por tanto asimismo artística. Se trata, no obstante, de un tipo especial de actividad. Se inmiscuye en la poesía, pero es sin embargo una actividad de tipo propio a la que hay que alinear no sólo con la poesía, sino también con la música, las artes plásticas, la filosofía y las ciencias. Tampoco debemos confundirla con el gnosticismo o la teología; de éstos se la distingue, como también de todos los tipos de teosofía y aun de las teologías paganas, por su carácter artísticamente creativo. La materia de la mitología se compone de algo que es más grande que el contador de historias y que todos los seres humanos («como son ahora», decía Homero), pero ese algo es siempre algo visible, perceptible, o al menos capaz de ser expresado en imágenes, nunca como la divinidad *in abstracto* o ni siquiera como la divinidad *in concreto*, si ésta va a ser considerada inimaginable. La mitología debe trascender al individuo y debe ejercer sobre los seres humanos un poder que capture al alma y la llene de imágenes; ¡pero eso es todo lo que se requiere de ella. Esas imágenes son la estofa de la mitología, del mismo modo que los tonos son la

estofa de la música: «de la misma estofa de que están hechos los sueños», escribió Shakespeare. Una estofa o materia enteramente humana, que se le presentó al hombre que le dio forma: al decidor de mitos, como algo objetivo, como algo que mana, por así decirlo, de una fuente supraindividual; y ella también se presenta a la audiencia no como la creación subjetiva del narrador, sino, de nuevo, como algo objetivo, a pesar de la nueva forma que el narrador le haya dado, a pesar de la nueva «variación».

Sin embargo esa misma estofa humana sufre en seguida un cambio de naturaleza si se la deja como «materia muerta», si se la saca del medio en el que vivía. Otro tanto ocurre con un poema impreso o con una partitura musical, se convierten en «materia muerta»: algo muy diferente a lo que fueron en el alma de la persona para quien resonaron por vez primera. No es difícil restaurarles su ser pleno; esto se hace trasladándolos a su medio original: una resonancia externa e interna. Parecidamente, la mitología, para ser comunicada en su verdadera naturaleza, debe ser trasladada a su propio medio, al medio en el que ella todavía «resonaba» interior y exteriormente, esto es, en el que despertaba ecos. La palabra griega *mythologia* contiene el sentido no sólo de «cuentos» (*mythoi*), sino también el de «contar» (*legein*): un tipo de narración que originalmente también despertaba ecos, porque promovía el darse cuenta de que la historia contada concernía personalmente al narrador y a la audiencia. Si queremos devolver vida plena a la «materia muerta» de los fragmentos de mitología griega que nos han quedado, tenemos que reponerlos en el ámbito de aquella narración y de aquella participación de la audiencia.

Este libro es un intento experimental de reponer la mitología de los griegos (al menos hasta cierto punto) en su medio original: en el *contar historias* mitológico. El experimento requiere una situación artificialmente construida, una ficción admitida abiertamente. Esta situación ficticia se basará en un típico descubrimiento de una mitología viva, descubrimiento que el autor ya refirió en su libro *Die antike Religion*, donde lo utilizó para responder a la pregunta «¿Qué es la Mitología?» Dicho descubrimiento fue hecho por Sir George Grey. Este estadista fue enviado por el gobierno británico a Nueva Zelanda en 1845, y poco después fue nombrado Gobernador General. En 1855 apareció su *Polynesian Mythology and Traditional History of the New Zealand Race, as furnished by their Priests and Chief* (London, John Murray). Sir George Grey describe en su prólogo cómo llegó a escribir ese libro. Las experiencias que lo llevaron a hacerlo son tan interesan-

tes que podrían ser recogidas en el prólogo de cualquier versión de una mitología viva, o de cualquier mitología que fuera presentada como un material vivo.

> Cuando llegué —asienta Sir George—, encontré a los nativos, súbditos de Su Majestad, envueltos en hostilidades con las tropas de la Reina, contra quienes hasta ese momento habían peleado con notable éxito. Tanto descontento se había generalizado entre la población nativa, que allí donde los disturbios no habían ocurrido todavía, muchas razones hacían suponer que pronto estallarían, como sucedió poco después, en varias partes de las islas. Pronto me di cuenta de que no podría gobernar exitosamente ni esperar conciliar a un pueblo numeroso y turbulento, con cuyo lenguaje, maneras, costumbres, religión y modos de pensamiento estaba yo escasamente familiarizado. A fin de curar sus agravios y aplicar remedios que no hirieran sus sentimientos ni militaran contra sus prejuicios, era necesario que yo fuera capaz de escuchar pacientemente, en todo momento y en todos los lugares, las historias de sus injurias o sufrimientos, y de darles una réplica amable, aun si no pudiera ayudarlos, acogido a términos que no dejaran dudas en sus mentes de que yo comprendía con claridad y sentía con ellos, y de que realmente estaba bien dispuesto hacia ellos...
>
> Esas razones y otras de igual fuerza me hicieron sentir que mi deber era entrar en conocimiento, con la menor dilación posible, del lenguaje de los neozelandeses, lo mismo que de sus hábitos, costumbres y prejuicios; pero pronto me di cuenta de que el asunto era mucho más difícil de lo que supuse al comienzo. El lenguaje de los neozelandeses es muy difícil de comprender cabalmente: para entonces no se había publicado ningún diccionario (a menos que se pudiese llamar así a un vocabulario); tampoco había libros publicados en esa lengua, que me permitieran estudiar su construcción; difería formalmente de cualquiera de las lenguas antiguas o modernas que yo conocía; y mis pensamientos y mi tiempo estaban tan ocupados en los menesteres del gobierno de un país entonces asediado por muchas dificultades y con una rebelión formidable encarnizándose en él, que apenas podía yo hallar muy pocas horas para dedicarme a la adquisición de una lengua no escrita y difícil. Hice sin embargo lo mejor que pude y dediqué entusiasmado todos mis momentos libres a una tarea de cumplimiento necesario para llevar a cabo adecuadamente cada deber hacia mi país y hacia el pueblo al que se me comisionó gobernar.
>
> Pero pronto se presentó una dificultad nueva y muy inesperada. Del lado de la facción rebelde aparecían comprometidos, abierta o furtivamente, algunos de los más viejos, menos civilizados y más influyentes jefes de la isla. Yo tenía que discutir con ellos, personalmente o mediante comunicaciones escritas, asuntos que implicaban paz o gue-

> rra y de los que dependía el futuro de las islas y de la raza nativa; de modo que era esencial en el mayor grado que yo comprendiera completa, enteramente, sus pensamientos e intenciones, y que no malinterpretaran en absoluto la naturaleza de los compromisos que adquiría con ellos. Para mi sorpresa, sin embargo, encontré que estos jefes, en sus conferencias conmigo o en sus cartas, citaban fragmentos de antiguos poemas o proverbios, en explicación de sus puntos de vista e intenciones, o bien hacían alusiones que descansaban sobre un viejo sistema mitológico. Y si bien era claro que las partes más importantes de sus comunicaciones estaban encarnadas en esas formas figurativas, los intérpretes estaban muy perplejos, apenas si podían (a veces) traducir los poemas o explicar las alusiones, y no había publicación existente que arrojara alguna luz sobre esos asuntos o que diera significado a la gran masa de palabras a que los nativos apelaban en tales ocasiones. De modo que me vi obligado a contentarme con una declaración general breve de lo que algún otro nativo creía que el autor de la carta pretendía transmitir por el fragmento del poema que había citado o por las alusiones que había hecho. Debo añadir que incluso la gran mayoría de los jóvenes nativos cristianos estaban tan desorientados en estos asuntos como los intérpretes europeos.
>
> Estaba claro, sin embargo, que yo no podía permitir, como gobernador del país, que un velo tan tupido quedara echado entre yo mismo y los jefes ancianos e influyentes, a quienes tenía el deber de atraer hacia los intereses y la raza británicos, y cuya estimación y confianza, lo mismo que la de sus tribus, era mi deseo asegurar, y con quienes era además necesario que yo sostuviera la relación más irrestricta. Sólo una cosa podía hacerse bajo tales circunstancias, y ésta era familiarizarse con el antiguo lenguaje del país, recoger sus poemas y leyendas tradicionales, inducir a sus sacerdotes a impartirme su mitología y a estudiar sus proverbios. Durante más de ocho años dediqué gran parte de mi tiempo disponible a esos propósitos. Ejercí realmente este deber en mis momentos libres en cada parte del país por la que pasé y durante mis muchos viajes de una región a otra de las islas. También estuve siempre acompañado por nativos, y aun en todo intervalo posible proseguí mis pesquisas sobre estos temas...

Pido ahora al lector imaginar que estamos haciendo una visita a una isla griega, con intenciones, si no coloniales, similares a aquellas de Sir George Grey. Si ha estudiado a los clásicos, el lector recordará haber estado en una situación semejante a la del Gobernador: para entender a los griegos, le habrá sido necesario estudiar no sólo su lengua, sino también su mitología. En esta ocasión no necesitará empero estudiar gramática griega, ni usar diccionarios de mitología. Está de algún modo en la misma situación que aquel Conde de Marcellus, ministro

francés ante la Puerta Sublime, quien abandonó Constantinopla en 1818 para visitar las islas del mar de Mármara, y allí conoció a un griego educado de nombre Yacobaki Rizo Néroulos. Rizo, quien hablaba francés tan bien como hablaba el griego, familiarizó al Conde con el gran poema épico *Dionisíaca*, de Nono, que más tarde el Conde tradujo e hizo publicar. Supongamos que nosotros hemos conocido en nuestra isla imaginaria a un griego parecido, quien nos relata la mitología de sus ancestros. Todo lo que sabe de ella es lo que se lee en los clásicos o se aprende de los monumentos. La llama «nuestra mitología», y cuando dice «nosotros» quiere decir los antiguos griegos.

Este «nosotros» es simplemente una conveniencia narrativa, mediante la cual la mitología puede ser más fácilmente trasladada hacia su medio original. El autor no se apoya en ninguna autoridad más alta que la que los especialistas habitualmente alegan cuando utilizan la palabra «nosotros». Toda exposición de una mitología debe ser una interpretación, a menos que reproduzca sus fuentes en el texto original y en su condición fragmentaria (procedimiento que, dicho sea de paso, sólo ofrece al lector «materia muerta»). Y cada interpretación se ve condicionada por el grado de receptividad del oferente contemporáneo del material; es decir, se ve condicionada por un factor subjetivo. Una falta de receptividad musical, poética o pictórica ¿conduciría hacia una interpretación satisfactoria de los productos de esas artes? El factor subjetivo no puede ser eliminado, pero debe ser compensado por la vigilancia del intérprete y por la fidelidad al material.

Al intentar alcanzar esa fidelidad, el autor se ha propuesto hacer que estas historias correspondan a los textos originales, incluso palabra por palabra, *donde ha sido posible*. Las diferentes versiones: esas variaciones sobre un tema que son características de toda mitología, no han sido aplanadas. El autor avanza sobre la presunción (generalmente confirmada por la suma del material disponible, y que sólo acarrea una generalización mínima e inevitable) de que todo tema mitológico ha sido en cada período el asunto de numerosas historias diferentes, cada una de ellas condicionada diversamente por el lugar, el momento y las habilidades artísticas del narrador. La respuesta a la pregunta sobre si una presentación de la mitología griega como ésta puede ser satisfactoria, sobre si puede resultar una genuina presentación de todo lo que nos ha sido transmitido, depende del tratamiento apropiado de esas variaciones, que no pueden ignorarse ni enfatizarse en exceso. Por supuesto que uno se siente muy tentado a detenerse en cada variación, a explicar dónde y cuándo y en cuál autor se dio inicial-

mente, lo mismo que a elaborar alguna explicación más o menos plausible. Esta ha sido hasta ahora la práctica usual, con el resultado de que las historias mismas han sido, por así decirlo, desplazadas a un segundo plano, como si la mitología griega fuera interesante sólo en razón de estas explicaciones válidas o conjeturales. Este giro de interés: de las antiguas historias a los comentarios modernos, es algo que el autor ha tratado de evitar hasta donde le ha sido posible.

Los narradores originales de la mitología griega justificaban sus variaciones simplemente mediante el acto de narrar las historias, cada uno a su manera. En mitología, *contar* es justificar. Las palabras «se decía que», palabras que el lector de este libro encontrará a menudo, no pretenden compensar el hecho de que los tonos del narrador original, y con frecuencia, ay, la narración original misma, estén hoy extintas. Quieren concentrar la atención del lector en lo único que importa, esto es, en *qué* se decía. Eso, sin que importe cómo se lo formalizaba, era esencialmente y en todas sus formas, desarrollos y variaciones, la misma historia básica, permanente e inconfundible. *Las palabras* de la historia básica han desaparecido, y todo lo que tenemos son las variaciones. Pero tras las variaciones podemos reconocer algo común a todas ellas: una historia que se contaba de muchas maneras, y que continuaba siendo sin embargo la misma. El autor ha procurado en este libro eludir la rigidez de una terminología estricta, que haría en algún grado violencia a la fluidez del material. Prefiere por ejemplo la palabra «relato» o «cuento» o «historia» o «anécdota» a la palabra *mitologema*, término usado en la *Introduction to a Science of Mythology*. Esta última expresión serviría solamente para subrayar, como fue de hecho necesario una vez, que los «textos básicos» de mitología son, objetivamente, obras textuales, como lo son los poemas o las composiciones musicales, a las que no podemos arbitrariamente disolver en sus elementos so pena de convertirlas en alguna otra cosa: una opaca masa de «materia muerta».

Debemos ahora dirigir la atención hacia otro aspecto de los «textos básicos» de mitología griega. Esos textos, las «anécdotas» perpetuamente repetidas, son también «obras»: creaciones de sus narradores. Pero no son «obras» totalmente. Aun el primer narrador no hizo más que tomar los personajes de un drama (pues un relato mitológico es siempre una especie de drama) y ponerlos en escena. Los hizo aparecer y hablar al modo de su momento y de su arte; la característica central de la mitología es sin embargo que sus *dramatis personae* no meramente actúan el drama, sino que, como las figuras de un sueño, en reali-

dad lo construyen. Para proseguir con el símil y para explicar su significado de un modo más adecuado, digamos que esas figuras traen consigo a escena el plan de un pequeño drama que les pertenece, y que usualmente requiere de un cierto grupo de personajes: un par, una trinidad o una cuaternidad. Así, la Gran Madre aparece con sus dos consortes y su queridito: con tres hijos, quienes constituyen con ella una cuaternidad. Incluso en esa fase original, la «obra» mitológica contenía, como toda obra de arte, elementos tanto conscientes como inconscientes. Los *dramatis personae* son escogidos y simultáneamente se imponen por sí mismos. Uno trae consigo al otro, y el relato, *por propia voluntad*, está en marcha: el narrador sólo necesita completarlo. Y al hacerlo está todo el tiempo condicionado por sus personajes y por sus conductas, voluntariosas aunque esquemáticas.

Así como Goethe, al construir la acción de su Mefistófeles, estaba obligado no sólo por la historia popular del Doctor Fausto, sino también por una «trama» dramática peculiar al concepto del Diablo (una trama que requería también de personajes seducidos y traicionados), del mismo modo un poeta antiguo, incluso uno tan temprano como el poeta del himno homérico a Hermes, estaba atado a una «trama» definida para cualquier historia que quisiera contar sobre el dios. No hay justificación que permita establecer ninguna diferencia fundamental entre obras poéticas que tratan de figuras como la de Hermes, y los textos en prosa en que aparecen esas mismas figuras. Mitología es todo lo que presenta a esas figuras tal como las definiría una historia de la religión: como dioses o demonios. Ellos son datos históricos de una cultura pretérita. En los textos que se hallarán en este libro serán presentados también bajo otro aspecto: el de sus conductas como datos *humanos* en situaciones en las que esas conductas carecían todavía de restricciones. Esta antigua ausencia de restricciones tiene hoy para nosotros la ventaja científica de que las figuras de sus conductas pueden ser observadas tal como observamos una pieza en un teatro: por puro entretenimiento si así lo queremos. Pero la pieza contiene una enseñanza sobre los dioses que es también una enseñanza sobre los seres humanos.

Nada garantiza que estos relatos tengan siempre la franqueza completa del drama. Son raros los textos que tienen un efecto directamente dramático, como el himno homérico a Hermes, los dos himnos a Afrodita, o el relato hesiódico de los Hechos de Kronos. Son en verdad textos poéticos, pero no obstante lo suficientemente arcaicos (estando, sobre todo, libres de la camisa de fuerza estilística del verso

heroico) como para dar una efectividad desembarazada a la «trama» presupuesta, al plan básico de la acción mitológica. En la obra de poetas posteriores (los alejandrinos u Ovidio) ocurre usualmente que aun cuando se siga el texto básico original, ese plan básico se ve mayormente reemplazado por las motivaciones de una psicología nueva, de tipo personal. Los Hechos de Kronos; la situación de Áfrodita en medio de una dupla o par masculino; la necesidad de Hermes de descubrir e inventar, astucia que implica también una acepción de engaño: todo eso no es producto de una psicología personal de aquel tipo; es producto de humanidad en un nivel más general e impersonal. Esos textos básicos ejemplifican las lecciones humanas más generales que nos da la mitología: una enseñanza que concuerda con la de la psicología del Inconsciente, pero que se presenta a su propio modo como demostración dramática.

Escasamente es posible ofrecer una presentación directa, dramática, que al mismo tiempo nos permita echar una ojeada al drama mitológico subyacente, tal como lo hacen los textos clásicos que se acaban de mencionar. En adición a los *dramatis personae*, el elenco presentado en este libro debe también incluir un personaje ficticio que recuenta las historias de la mitología griega. Este personaje dirá el prólogo de las secciones narrativas mayores y menores; al modo clásico de la tragedia griega introducirá a los otros personajes a medida que aparezcan y describirá sus «indumentarias» (así lo hará, por ejemplo, con las Erinias).

La comparación con la escena griega no explica sin embargo toda la función del «narrador» en este libro. La historia que recuenta proviene de diferentes períodos. El autor no ha tenido intención de compilar fragmentos en un nivel ficticio, como si pertenecieran todos al mismo período o a una antigüedad intemporal o estática. Lo que ofrece es un mosaico en el que cada pequeña piedra se separa de la siguiente y es incluso transportable. Si bien no empuja al estudiante de historia hacia el primer plano, pues eso sería interferir con el estilo de la narración y desmenuzar su forma interpolando disertaciones largas y académicas, hace empero que su narrador se desplace continuamente en la dimensión del tiempo. El autor ha tenido en cuenta las cronologías comparativas que la investigación histórica ha asignado a los relatos, incluso cuando se ha sentido constreñido a modificarlas a la luz de sus propios estudios históricos (ha hecho esto, por ejemplo, en su datación temprana de algunas historias arcaicas sobre los seguidores de Orfeo; datación que buscó justificar en una obra de reconstrucción: «*The Orphic*

Cosmogony and the Origin of Orphism», en su *Pythagoras and Orpheus*, 3rd. edition, Albae Vigilae N. F. IX, y en el *Eranos Yearbook*, 1949).

El objeto de este libro es conferir a la mitología griega tanta concreción histórica como sea posible hoy día; una concreción como la que Sir George Grey encontró en la mitología polinesia. Ese objetivo no puede alcanzarse sin reconstrucción. Pero «reconstrucción» significa para el autor sólo la concretización de lo que se encuentra en las fuentes históricas. El autor se ha impuesto restricciones que tal vez no sean siempre del gusto del lector, quien querría sin duda proseguir las historias más allá de los límites de los textos sobrevivientes. El autor no ha llevado ningún relato más allá de las fuentes, al menos no más de lo que su conciencia como especialista le permitiría. Sin embargo, no se ha abstenido de indicar posibles continuaciones y combinaciones. Puede desde luego el lector decidir ignorar dichas indicaciones y contentarse con los textos originales en los autores clásicos, a los que está en libertad de acudir con la ayuda de las notas aportadas. Se le invita asimismo a hacer uso del Índice si desea descubrir con una ojeada la información mitológica que este libro ofrece, en relación con algún dios o diosa particular.

El autor no ha incursionado en los relatos provenientes del campo de la saga heroica griega, campo en el cual los problemas de distorsión al recontar son aún más difíciles de resolver que en el de la mitología en sentido estricto. Las *Sagas of Classical Antiquity* (traducidas como *Gods and Heroes*), de Gustav Schwab, y la versión que hiciera Robert Graves de la épica de los Argonautas, representan dos intentos muy opuestos de hacer accesible a los hombres y mujeres del presente un material rico y animado. El primero de estos autores, que escribió para los jóvenes, lo intentó al viejo estilo; el último, que escribe para adultos, lo intenta con un estilo nuevo. Ni una vía ni la otra podrían ser seguidas como prolongación de la que se ha escogido en este libro. El nombre de Robert Graves, redescubridor poético de la Gran Diosa Triple, debe ser mencionado aquí por la razón de que su novela sobre los Argonautas (con excepción, eso sí, de su relato sobre el surgimiento de los Olímpicos) en cierta medida apunta en la dirección en que, si bien de modo mucho más cauteloso, un historiador pudiera intentar reconstruir la saga heroica: reconstrucción, ni sentimental ni seca, de algo que enardecía a los griegos. Las libertades que se toma el sabio poeta no le habrían sido concedidas, quizás ni siquiera permitidas, al autor de la obra presente. Lo que este último espera al recontar sus

historias es que ellas hayan obstruido el libre movimiento de los dioses sólo tan poco como pueda esperarse de un trabajo fundado en la investigación especializada.

Para concluir, un mensaje todavía más personal para el lector indulgente. Este libro *presenta* las divinas historias de la mitología griega, junto con los relatos sobre el origen y destino de la humanidad, en una forma que permite leerlas de principio a fin, como si fueran capítulos de una sola narración. El autor ha hecho lo mejor que ha podido para facilitar esa manera de leer. Hubo no obstante algo que no se sintió autorizado a hacer. Las formas arcaicas de muchos relatos se han perdido, de modo que el cuerpo total que ha llegado a nosotros y que puede ser presentado, se ha vuelto sumamente compacto. Esa compactación no debería ser ablandada artificialmente. Ya en Ovidio encontramos que el espíritu arcaico ha sido expoliado por un proceso de desleimiento. El autor se ha negado a tratar de introducir algún alivio de esa naturaleza. El mejor plan que el lector puede por tanto proponerse, no consiste en absorber demasiado de esta sólida vianda en una sentada, sino en leer cada vez solamente algunas pocas páginas y de preferencia las mismas más de una vez, tal como leería un poema antiguo. Sean por fin citadas aquí las palabras del compositor que aparece en *Ariadna en Naxos*, de Hofmannsthal: «El Secreto de la Vida se te acerca, te toma de la mano».

K. K.
Ponte Brolla, cerca de Locarno, Suiza
1950, a fines de otoño

I. El comienzo de las cosas

1. Océano y Tetys

Nuestra mitología contiene muchos relatos sobre el comienzo de las cosas. Tal vez el más viejo es aquel al que se refiere nuestro poeta más antiguo, Homero, cuando llama a Océano «origen de los dioses»[1] y «el origen de todas las cosas»[2]. Océano era un dios-río; un río o corriente y un dios en la misma persona, como cualquier otro dios-río. Tenía poderes de procreación inagotables, como los de nuestros ríos, en cuyas aguas acostumbraban bañarse antes del matrimonio las muchachas de Grecia, y que por eso se suponía eran los primeros ancestros de las antiguas razas. Pero Océano no era un dios-río ordinario, pues su río no era un río ordinario. Desde los tiempos en que todas las cosas se originaron de él, ha continuado fluyendo a lo largo del borde más externo de la tierra, desaguando siempre sobre sí mismo en círculo. Los ríos, manantiales y fuentes, el mar todo en realidad, brotan continuamente de su ancha, poderosa corriente. Cuando el mundo llegó a estar bajo el gobierno de Zeus, sólo a él se le permitió permanecer en su lugar primitivo, que en realidad no es un lugar sino solamente un flujo, un límite y barrera entre el mundo y el Más Allá.

No resulta sin embargo muy correcto decir que «sólo a él se le permitió». Asociada a Océano estaba la diosa Tetys, a quien bien se invocaba como Madre[3]. ¿Cómo podría Océano haber sido el «origen de todas las cosas», si en su persona hubiera habido sólo una corriente original masculina, sin compañía de una diosa-agua original, apta para concebir? Entendemos también por qué se dice en Homero que la pareja original se abstuvo de procrear durante largo tiempo[4]. Se dice que habían reñido, explicación que uno puede muy bien esperar encontrarse en historias tan antiguas. El hecho es que de no haber cesado la procreación original, nuestro mundo no tendría estabilidad, no tendría frontera rotunda alguna, ningún curso circular que girase hacia sí mismo. Procrear y fructificar hubieran continuado al infinito. De modo que a Océano se le dejó solamente su flujo circular y su tarea de alimentar las fuentes, los ríos y el mar, subordinado al poder de Zeus.

De Tetys nuestra mitología nos dice poco, excepto que fue la madre de las hijas e hijos de Océano[5]. Estos últimos son los ríos, en número de tres mil[6]. Las hijas, las Oceánides, fueron igualmente numerosas[7]. Más adelante mencionaré solamente a la primogénita. Entre las nietas había una cuyo nombre, Tetis, suena casi como Tetys. En nuestra lengua distinguimos claramente entre los dos nombres; pero pudiera ser que, para las gentes que vivían en Grecia antes de nosotros, ellas estuvieran todavía más próximas en sonido y sentido y que aludieran a una y la misma Gran Señora del Mar. Pronto hablaré otra vez de esta Tetis. La prevalencia de esta historia y el predominio de estas deidades sobre nuestro mar, provienen tal vez de una época anterior al poblamiento de estas regiones por gentes de cepa griega.

2. NOCHE, EL HUEVO Y EROS

Otra historia del comienzo de las cosas fue recogida en los sagrados escritos preservados por los discípulos y devotos del cántor Orfeo. Pero recientemente se la encuentra tan sólo en las obras de un actor de comedias y en ciertas referencias de los filósofos. En principio era más común que se contara esa historia entre cazadores y habitantes de los bosques que, entre nuestros pueblos costeros. Al comienzo estaba Noche, así dice este relato[8]: Nyx, en nuestra lengua. También Homero la consideraba una de las diosas más grandes, una diosa ante la cual el mismo Zeus se tiene en sagrado temor reveren-

cial[9]. Según esta historia, ella era un pájaro de alas negras[10]. La antigua Noche concibió del Viento y puso su Huevo plateado[11] en el regazo gigantesco de Oscuridad. Del Huevo brotó el hijo del impetuoso Viento, un dios de alas doradas. Se llama Eros, el dios del amor; pero éste no es sino *uno* de sus nombres, el más amable de todos los nombres que este dios portó.

Los otros nombres de este dios, tales como los que aún conocemos, suenan muy académicos, pero incluso ellos remiten sólo a detalles particulares de la vieja historia. Llamarlo Protógonos significa solamente que fue «el que nació primero» que todos los dioses. Su nombre Fanes explica con exactitud lo que hizo cuando salió del cascarón del Huevo: reveló y trajo a la luz todo lo que hasta entonces había permanecido oculto en el Huevo de plata; en otras palabras, el mundo entero. Arriba en lo alto había un vacío, el Cielo. Abajo estaba el Resto. Nuestra lengua antigua tiene una palabra para el vacío, la palabra «Caos», que significa simplemente «que bosteza». No había originalmente una palabra que sugiriera alboroto o confusión; «Caos» adquirió este segundo significado más tarde, luego de la introducción de la doctrina de los Cuatro Elementos. De modo que, en la parte inferior del Huevo, el Resto no estaba en agitación. De acuerdo con otra versión de esta historia, la tierra se asentaba abajo en el Huevo y el cielo y la tierra se casaron[12]. Eso fue obra del dios Eros, quien los reveló y los impelió luego a mezclarse. Produjeron un hermano y una hermana, Océano y Tetys.

Cuando se la contaba en las tierras de nuestras fajas costeras, esta antigua historia relataba probablemente que Océano estaba al principio en la parte baja del Huevo y que no se encontraba allí solo, sino acompañado por Tetys, y que fueron ellos dos los primeros en actuar bajo la compulsión de Eros. En un poema de Orfeo[13] se declara: «Océano, el que fluye con belleza, fue el primero que se casó: tomó por esposa a Tetys, su hermana por la misma madre». Esta Madre común fue la que puso el Huevo de plata: Noche, ella, lo hizo.

3. CAOS, GEA Y EROS

La tercera narración sobre el origen de las cosas proviene de Hesíodo, quien era labriego y poeta a la vez y quien en su juventud pastoreó su rebaño en el monte divino, el Helicón[14]. Allí tenían santuarios Eros y las Musas. Los discípulos del cantor Orfeo guardaban

especial reverencia a estas divinidades y tal vez trajeran su culto a este lugar desde regiones más al norte. La historia de Hesíodo suena como si simplemente hubiera omitido el cascarón de Huevo del cuento de Noche, al Huevo y a Eros, y hubiera procurado, como lo haría cualquier campesino, atribuir el rango de diosa mayor a Gea, la Tierra. Pues Caos, a quien menciona primero, no era para él una deidad sino apenas un «bostezo» vacío: lo que queda de un huevo vaciado cuando se quita la cáscara.

Dice así Hesíodo[15]: Primero surgió Caos. Luego se irguió Gea la de amplio seno, la morada firme y perenne de todas las divinidades, de las que habitan en lo alto del Monte Olimpo y de las que habitan en ella, en la tierra; igualmente nació Eros, el más amable de los dioses inmortales, que afloja las piernas y rige el ánimo de todos los dioses y hombres. De Caos descienden Erebo, la oscuridad sin luz de las profundidades, y Nyx, Noche. Nyx, enamorada de Erebo, parió a Éter, la luz del cielo, y a Hemera, el día. Gea por su parte, dio a luz antes que a ninguno y como igual suyo, al Cielo estrellado, Urano, a fin de que pudiera cubrirla completamente y ser una morada firme y perenne para los dioses benditos. Parió además a las grandes montañas, cuyos valles son residencia favorita de ciertas diosas: las Ninfas. Produjo también a ese Mar desolado y espumoso, el Ponto. Y a todos ellos los dio de sí sin concurso de Eros, sin aparearse.

De Urano, en cambio, concibió Gea, además de los Titanes y las Titanesas (entre quienes se cuentan en Hesíodo Océano y Tetys), tres Cíclopes: Estéropes, Bronte y Arge. Tienen un ojo redondo en medio de la frente y nombres que aluden al trueno y al relámpago. También dio Gea a Urano tres Hecatónquiros, gigantes de cien brazos y cincuenta cabezas cada uno: Coto, «el que golpea»; Briareo, «el fornido»; y Gíes, «el de muchos miembros». Pero la narración toda del ayuntamiento de Urano y Gea si bien debió ser originalmente una de las historias sobre el comienzo de las cosas, nos introduce ya a las anécdotas de los titanes. Dicha narración es la más temprana entre las de ese tipo particular en nuestra mitología. Procederé a relatar las otras historias en su debido orden.

II. Historias de los titanes

Las historias de los titanes tratan de dioses pertenecientes a un pasado tan distante que sólo los conocemos mediante anécdotas de un tipo particular y sólo porque ejercen una función específica. El apelativo Titán ha estado profundamente asociado desde los tiempos más antiguos con la divinidad del Sol, y parece haber sido originalmente el título supremo de seres que eran realmente dioses celestes, pero dioses de hace mucho, mucho tiempo, todavía salvajes y no sujetados a ley alguna. No los considerábamos en modo alguno dignos de veneración, con la única excepción de Kronos, tal vez; y con la excepción también de Helio, si identificamos a éste con el dios del Sol, indócil y primordial. Es verdad que ellos dos tenían lugares de culto aquí y allá. Mas los titanes eran dioses de un tipo que no tiene ninguna función sino en la mitología. Esas funciones son las del derrotado, incluso cuando alcanzan victorias aparentes, es decir, antes de que los relatos lleguen a su conclusión inexorable. Estos derrotados muestran la característica de una generación masculina más vieja: características de ancestros cuyas cualidades peligrosas reaparecen en su descendencia. Qué tipo de seres eran se verá en las historias siguientes.

1 URANO, GEA Y KRONOS

Urano, el dios del cielo, vino en la noche hacia su esposa, la Tierra, la diosa Gea[16]. Los dos hijos luminosos de Noche y Oscuridad, los niños Éter y Hemera, que aparecían a la luz diurna, han sido ya mencionados. Urano acudía cada noche a su lecho nupcial. Pero desde el mismo comienzo odió a los niños que Gea concibió de él[17]. Tan pronto como nacían, sistemáticamente los ocultaba y les impedía ver la luz. Los ocultaba en los agujeros internos de la tierra. Se complacía en esa tarea malvada, declara expresamente Hesíodo. La gigantesca diosa Gea gemía bajo aquella aflicción, sintiéndose oprimida por el peso de su carga interna. Por lo tanto inventó, ella también, una malvada estratagema. Produjo con prontitud hierro gris. Hizo una hoz poderosa, de agudos dientes y deliberó con sus hijos.

El número de éstos era ya para entonces enorme. Junto a Océano, menciona Hesíodo también a Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto y Kronos, el más joven. Estos seis hermanos tenían seis hermanas: Tía, Rea, Temis, Mnemosine, Febe la de corona dorada, y la dulce Tetys. En su infortunio, Gea dijo a todos sus hijos: «¡Ay, hijos míos, e hijos también de un padre nefando, ¿no me oiréis ni castigaréis a vuestro padre por este malvado ultraje? Fue él el primero en maquinar un hecho vergonzoso!» Ellos tenían miedo y ninguno abría la boca; sólo el gran Kronos, de mente tortuosa, se atrevió. «Madre», dijo, «doy mi promesa, actuaré enseguida. No me preocupa nuestro padre, de odiado nombre. Fue él el primero en maquinar un hecho vergonzoso». Gea se alegró. Ocultó a su hijo en el lugar convenido para la emboscada, puso en su mano la hoz y le contó todo su plan. Cuando Urano llegó al anochecer e inflamado de deseo cubrió a la tierra y se extendió sobre toda ella, el hijo sacó su mano izquierda del escondite y agarró a su padre. Con su mano derecha blandió la hoz enorme, segó velozmente la virilidad de su padre y la arrojó a su espalda.

Gea recibió en su vientre la sangre derramada por su esposo y dio entonces nacimiento a las Erinias, las «poderosas», como las llama Hesíodo; también a los Gigantes y a las Ninfas del Fresno o Ninfas Meliai, de las que nació una resistente estirpe de hombres. La virilidad del padre cayó al mar y así, según historias que contaré más tarde, nació Afrodita. Deberíamos agregar aquí lo que Hesíodo no nos contó, aunque es algo que todos los oyentes de esta historia titánica percibirán enseguida; esto es, que desde el acto sangriento de Kronos, el cielo no se acercó nunca más a la tierra buscando el apareamiento nocturno. La

procreación original llegó a su fin y fue seguida por el gobierno de Kronos. Esa es otra de las historias de los titanes.

2. KRONOS, REA Y ZEUS

Del número total de doce titanes y titanesas, tres hermanos tomaron por esposas a sus propias hermanas; para decirlo más correctamente, tres hermanas tomaron a sus hermanos por maridos (en estos casos Hesíodo menciona siempre primero a la deidad femenina). La titanesa Tía concibió de su marido Hiperión a Helio, el sol; a Selene, la luna; y a Eos, la aurora[18]. Febe concibió de Ceo una estirpe soberbia de dioses[19], comprendidas las diosas Leto, Artemisa y Hécate, y un dios masculino, Apolo. Rea se casó con Kronos[20], a quien le dio tres hijos y tres hijas: las grandes diosas Hestia, Deméter y Hera, y los grandes dioses Hades, Poseidón y Zeus. Así como el padre Kronos fue el más joven de los hijos de Urano, Zeus fue, de acuerdo con Hesíodo, quien subraya y ensalza particularmente los orígenes maternos de las deidades anteriores al señorío de Zeus, el hijo más joven de Rea y Kronos[21]. Los narradores que asignan importancia al origen paterno, como por ejemplo Homero, creían que Zeus había sido el primogénito de Kronos. Pero al contar las historias de los titanes es mejor seguir a Hesíodo que a Homero, quien, como todos los poetas de su escuela, no tenía en estima este tipo de historias y se refería a ellas sólo a veces y de modo indirecto.

El gran Kronos devoraba a todos sus hijos a medida que éstos dejaban el vientre sagrado de su madre y caían sobre sus rodillas[22]. Era el regente entre los hijos de Urano y no quería que ningún otro dios le sucediera en la posesión de esa jerarquía. Gea su madre, y su padre el estrellado Cielo, le habían dicho que estaba destinado a ser derribado por un hijo poderoso. Estaba por tanto de continuo en guardia y se tragaba a sus hijos. Esto era para Rea una aflicción insoportable. Así, cuando estuvo a punto de dar a luz a Zeus, padre futuro de dioses y hombres, acudió ella suplicante a sus padres, la Tierra y el Cielo estrellado, buscando consejo sobre cómo traer en secreto el niño al mundo y tomar asimismo venganza por los hijos que había devorado el gran Kronos, de pensamiento torcido.

Gea y Urano oyeron el ruego de su hija y le revelaron el modo como había sido decidido el futuro del rey Kronos y el de su hijo. Enviaron a Rea a Licto, en la isla de Creta, donde Gea se hizo cargo del

niño recién nacido. Cuando Rea trajo el niño a Licto, en la oscuridad de la noche, lo ocultó en una caverna de la boscosa montaña Egeón. Luego ofreció al hijo de Urano, aquel primer señor de los dioses, una enorme piedra envuelta en pañales. La terrible deidad tomó la piedra y la introdujo en su estómago, sin advertir que su hijo, invencible e imperturbable, aguardaba tan sólo el momento en que pudiera derribar al padre, despojarlo de su autoridad y gobernar en su lugar. Con rapidez crecieron los miembros y el vigor de este nuevo soberano (a quien Hesíodo llama no *basileus* o rey sino *anax*, «Señor» o «Padre», como se ha llamado a nuestros dioses desde el nuevo señorío), hasta que, completado el tiempo, en verdad ocurrió que Kronos fue conquistado por la fuerza y la engañosa sagacidad de Zeus; e incluso devolvió de sus entrañas la prole tragada. Zeus liberó no sólo a sus propios hermanos sino también a los de su padre, a quienes Urano aún tenía encadenados. De éstos los más importantes eran los Cíclopes, quienes, agradecidos, dieron a Zeus el trueno y el rayo, que son los emblemas e instrumentos de su poder.

Asociada a su propio recuerdo, Kronos nos ha dejado la memoria de la Edad de Oro. Su reino coincide con aquel feliz período en la historia del mundo del que hablaré más adelante. La estrecha conexión entre ambos aparece claramente en la más amplia historia de Kronos que otros poetas contaron con más detalle que Hesíodo. En aquella antigua Edad de Oro la miel goteaba de las encinas. Los discípulos de Orfeo estaban convencidos de que, cuando Zeus encadenó a Kronos, el viejo dios estaba ofuscado por la miel[23] (en aquellos días no había vino). Zeus encadenó al viejo dios a fin de llevarlo al lugar donde él, Kronos, y con él la Edad de Oro, todavía existe: en el borde más remoto de la tierra, en las Islas de los Bienaventurados. Hacia allá se trasladó Zeus con su padre[24]. Allí bañan la Torre de Kronos las brisas enviadas por Océano. Allí él es rey, el esposo de Rea, la diosa suprema entronizada sobre todos.

3. LAS BATALLAS ENTRE LOS DIOSES Y LOS TITANES

En tiempos remotos nuestra mitología contenía numerosas historias de guerras entre los dioses, historias que posteriormente fueron olvidadas. Lo cierto es que, habiendo puesto en cautiverio a su padre Kronos, el mismo Zeus se vio amenazado por un destino similar. Homero menciona[25] cómo Zeus fue una vez casi atado por su

hermana y su hermano poderosos, Hera y Poseidón, y por Palas Atenea. Pero Tetis, en su calidad de gran diosa del mar, trajo de las profundidades a uno de los tres seres «de cien brazos»: aquel al que los dioses llamaban Briareo y los hombres Egeón (alguna vez debió de haber compartido con la diosa el dominio de las profundidades del mar Egeo). Encantado de su glorioso oficio, el de cien brazos se plantó como guardián del hijo de Kronos. Los dioses bienaventurados se atemorizaron y no echaron cadenas sobre Zeus. Más aún, fue gracias a la ayuda de monstruos benevolentes semejantes a Briareo como Zeus fue capaz, después de su victoria sobre Kronos, de afirmar su poder contra los turbulentos Hijos del Cielo, quienes por su parte se parecían más a su padre que Zeus mismo.

Como dice Hesíodo[26]: durante diez años completos los titanes y los hijos de Rea y Kronos estuvieron en cruenta guerra. Los viejos dioses, los titanes, hacían su guerra desde la cúspide del monte Otris; Zeus, con sus hermanos y hermanas, hacía la suya desde el monte Olimpo. No había posibilidad alguna de que la lucha tuviera un final decisivo. Entonces Gea reveló a los nuevos dioses el secreto de la victoria. Por consejo suyo, éstos trajeron de las profundidades, del borde más remoto de la tierra, a los seres de cien brazos: Briareo, Coto y Gíes; ellos fortalecieron a los Olímpicos con néctar y ambrosía, bebida y comestible de los dioses, y para mostrarles su gratitud, Zeus les pidió se le unieran en la guerra contra los titanes. Coto prometió hacerlo, en nombre de los tres. Se reiniciaron así los combates[27]. Dioses y diosas se alinearon en formación unos contra otros. Pero los nuevos aliados tenían trescientas manos, en las que tomaron trescientas piedras. Con este diluvio de piedras arrollaron a los titanes y sellaron su sino. Los vencidos fueron encadenados y echados al Tártaro, que está tan distante bajo la tierra como la tierra lo está del cielo. Un yunque desprendido del cielo cae durante nueve noches y a la décima alcanza la tierra; asimismo, le toma nueve noches y días caer desde la tierra, hasta que alcanza el Tártaro al día décimo. Está el Tártaro rodeado por una muralla de hierro. Esa fortaleza es circundada tres veces por Noche. Sobre él crecen las raíces de la tierra y el mar. En su interior están los titanes, envueltos en la oscuridad, y de allí no pueden escapar; pues fue Poseidón quien levantó las puertas de hierro en torno a ellos. Como guardianes confiables, designados por Zeus, moran allí Gíes, Coto y Briareo.

Se cuenta también (lo dice el mismo Hesíodo o bien algún otro, que hizo este añadido a la historia para proteger la reputación de

Zeus, quién lo sabe) que el giro de la fortuna en la batalla contra los titanes fue de hecho causado por el rayo del nuevo señor[28]. Pero como lo he contado ya, Zeus había recibido de las profundidades el trueno y el rayo: de los Cíclopes, a quienes había liberado. En todo caso, los hijos de Cielo y Tierra fueron derrotados con la ayuda de Gea y sus hijos, que eran hijos de Tierra y Cielo también.

4. TIFEO O TIFÓN, ZEUS Y EGIPÁN

Otra historia muy antigua es una que ni siquiera Hesíodo o quienes ampliaron su poema sobre el origen de los dioses, se interesó en contarnos. Nos llegó de vuelta desde el Asia Menor. Estamos autorizados a decir «de vuelta» porque la cueva llamada «Saco de Cuero» (*Korukos*), el *korukion atron*, nos es tan bien conocida en Delfos como lo es allá en Cilicia; y asimismo lo es un dragón femenino llamado Delfine, que en ambas partes del mundo estaba asociado con un dragón masculino de nombre Tifón. La única diferencia reside en que en Asia Menor el opositor del dragón es Zeus, mientras que en Delfos lo era su hijo Apolo; y en que Zeus derrotó al dragón masculino, mientras que Apolo derrotó al femenino.

Se contaba[29] que después del derrocamiento de los titanes, el dragón Tifeo, a quien también se denomina Tifaón, Tifón o Tifo, confundiéndosele además a menudo con el Tifón de los egipcios, nació de Gea como su hijo más joven[30]. Su padre, se decía, era Tártaro (por otra parte, el Tifón de Delfos nació de Hera sin padre alguno[31]). Tifeo, el de Asia Menor, vino al mundo en Cilicia, siendo mitad hombre y mitad animal. Sobrepasaba a todos los otros hijos de Gea en tamaño y fuerza. De las caderas arriba tenía forma de hombre y era tan alto que rebasaba a la más alta montaña y su cabeza frecuentemente topaba con las estrellas. Uno de sus brazos se extendía hasta el anochecer y el otro hasta el amanecer. De sus espaldas proliferaban cien cabezas de serpientes. Caderas abajo tenía la forma de dos serpientes combatiendo, que ascendían hasta lo alto de su cabeza y aullaban con silbidos. En cuanto a las voces de sus cien cabezas, se informa[32] que los dioses podían con frecuencia comprender lo que decían, pero que ellas podían también ladrar como un perro o sisear de modo que las montañas hicieran eco. Todo el cuerpo del monstruo estaba[33] cubierto de alas. La pelambre de su cabeza y mentón ondeaba al viento; sus ojos estaban encendidos. Siseando y bramando tiraba piedras ardientes al Cielo y

Zeus y Tifón

de su boca salían llamas por escupitajos. No se sabía aún si Tifeo predominaría sobre los dioses y los hombres. Pero Zeus lo golpeó desde lejos con el rayo y a estrecha distancia con la hoz de acero, persiguiéndolo hasta el monte Casio. Cuando vio que el dragón estaba herido fue a combatirlo en su morada. Pero se vio enseguida cogido en las aprisionantes contorsiones de las enormes serpientes y el dragón le arrebató la hoz y le cortó los tendones de las manos y los pies. Tifeo se echó entonces a Zeus sobre la espalda, lo cargó a través del mar hasta Cilicia y lo encerró en la caverna llamada «Saco de Cuero». También ocultó allí los tendones de Zeus en un pellejo de oso y encargó de su cuidado a Delfine, dragón femenino semidoncella y semiserpiente. Hermes y Egipán robaron los tendones y se los devolvieron en secreto al dios. Zeus recuperó su fuerza y, apareciendo en el cielo en un carro tirado por caballos alados, persiguió al dragón hasta el monte Nisa. Allí traicionaron al fugitivo las diosas del destino, las Moiras: comió el fruto que éstas le ofrecieran diciéndole que así recuperaría su fuerza. El fruto sin embargo era el que se llama «sólo por un día». Continuó huyendo y combatió otra vez en Tracia, en la fila montañosa de Hemo, esparciendo montañas completas en torno suyo, a las que embadurnó con su sangre (*haima*), lo que dio origen al nombre de esa cordillera. Finalmente llegó a Sicilia donde Zeus echó sobre él al Etna. Esta montaña vomita todavía los rayos que cayeron sobre el dragón:

En este relato Hermes está claramente fuera de lugar. Él fue uno de los últimos hijos de Zeus, a quien sólo se introdujo en la historia debido a que, como se oirá más tarde, fue un ladrón maestro. El participante verdadero en el relato era Egipán: el dios Pan en su calidad de chivo (*aix*). Debe haber sido pariente del dragón y entonces con seguridad lo traicionó. Pues también en Delfos se dice, del dragón que allí habitaba (en un relato en que se lo llama Pitón), que tenía un hijo llamado Aix[33]. En otra forma posterior de la historia[34] se trataba del héroe Cadmo, quien, disfrazado por Pan como cabrero, echó primero un hechizo sobre Tifeo con las notas de la siringa y después lo engañó: persuadió al dragón de que con los tendones de Zeus podría hacer un instrumento musical más significativo aún, la lira; y Tifeo cayó en el engaño. Como ocurre tan a menudo en las historias de los titanes, sucumbió a un ardid traicionero.

5. LA BATALLA CON LOS GIGANTES

Un relato al estilo de las historias titánicas es el de los Gigantes, quienes en nuestra lengua se llaman asimismo: Gigantes. Como se recordará, nacieron de la sangre derramada por el mutilado Padre del Cielo. «De armaduras relumbrantes, con largas lanzas en sus manos», los describe Hesíodo[35]. Pero lo más notable era el hecho de que su madre fue Gea, la Tierra; de modo que nuestros pintores también los pintaron como salvajes cubiertos de pieles animales, arrojando peñascos o troncos de árboles; o bien como enormes criaturas que tenían de las caderas hacia abajo formas como de serpientes gemelas. Se supone que aparecieron sobre la superficie de la tierra en una región específica: en Flegras (es decir, «las llanuras ardientes»), o en Palene[36].

La actitud de Gea hacia los gigantes fue muy diferente a la que tuvo con los titanes en aquella guerra que los olímpicos emprendieron contra los Hijos del Cielo, y que ganaron con la ayuda de la diosa Tierra y su cría de monstruos. Se cree que en esta nueva guerra incluso los de cien brazos se alinearon con los Gigantes[37]. Su madre hizo lo mismo, tal vez no tanto porque quisiera vengar a sus hijos los titanes o al dragón Tifeo, sino porque los nuevos dioses habían después usurpado la posición de los hijos del Cielo, y Gea fue siempre una adversaria del Cielo. Se empezó a decir[38] que los olímpicos fueron capaces de superar a los agresivos gigantes con la ayuda de un mortal, o, más específicamente, con la ayuda de dos divinidades nacidas de madres mortales.

Poseidón mata al gigante Políbote en presencia de Gea

Parece que los olímpicos no pudieran nunca obtener una victoria sin contar con la ayuda de poderes inferiores. Zeus tenía de su lado no solamente a sus hermanas y hermanos sino también a sus hijos, entre los que había dos engendrados en sendas mortales: Dionisos y Heracles. Son ellos quienes se piensa decidieron la suerte del combate contra los gigantes. Se decía, todavía, que incluso concediendo esa ventaja los gigantes hubieran podido salvarse gracias a cierta hierba mágica. Gea trató de conseguirles esa hierba. Pero Zeus impidió que la aurora se levantara y que el sol y la luna brillaran, hasta haber encontrado él la hierba.

Hubo otras estratagemas notables en este combate. El gigante Alcioneo no podía ser derrotado mientras se mantuviera sobre su suelo nativo, de modo que Heracles lo cargó alzado, después de haberlo herido con una flecha, haciéndolo pasar la frontera de Palene, y así pereció. El gigante Porfirio, quien atacó a Hera y a Heracles simultáneamente, fue inflamado por Zeus con un deseo tal de la diosa, que en su vehemencia le arrancó las vestiduras; en ese mismo momento fue

golpeado por el rayo de Zeus y por una flecha disparada por Heracles. Efialtes fue herido en el ojo izquierdo por Apolo y en el ojo derecho por otra flecha de Heracles. Palas, en una confrontación con el gigante llamado asimismo Palas, desolló a éste y utilizó su piel como escudo o coraza. Atenea dio además a Encelado el mismo trato que Zeus diera al dragón de la historia de Tifeo: le echó encima la isla de Sicilia.

Este relato podría continuarse, tal como lo hicieron los poetas y pintores de tiempos ulteriores. Concluía con la victoria de los olímpicos. Pero en realidad no es tan significativo para nuestra mitología como las historias, más viejas, de los titanes. Estas incluyen un grupo especial de anécdotas: las de Prometeo y la raza humana, cuya causa abrazó Prometeo contra Zeus. Y es que después de la caída de los titanes la humanidad se alzó en rebeldía contra los dioses. Pero sería prematuro dirigir de inmediato nuestra atención a esas anécdotas. Hay mucho que contar antes de ellas. En especial debo decir qué deidades existían por entonces además de los hijos de Rea y Kronos y cómo se las arreglaron bajo el gobierno de Zeus.

III. Las Moiras, Hécate y otras deidades preolímpicas

En nuestros relatos sobre el comienzo de las cosas tres grandes diosas desempeñaron el papel de Madre del Mundo: la diosa marina Tetys, la diosa Noche y la Madre Tierra. Ellas constituyen una Trinidad. Pero eso bien puede ser el resultado casual del hecho de que sólo nos han llegado tres narraciones sobre aquella Madre. También puede deberse al azar de que, en el cuento sobre el origen de la Guerra de Troya, hecho el más importante de nuestra edad heroica, son tres las diosas que aparecen en la anécdota del Juicio de Paris.

En nuestra mitología uno se topa constantemente con *tres* diosas. Más aún, ellas no sólo forman grupos accidentales de tres (un grupo de tres hermanas usualmente), sino que realmente *son* verdaderas trinidades, las que a veces casi forman una única Diosa Triple. Hay también historias protagonizadas por grupos mayores, grupos de cincuenta diosas o de cincuenta hijas del mismo padre o de la misma pareja. Permítaseme declarar de una vez la asociación que estos números sugieren. Nuestro mes lunar se dividía en tres partes, y nuestra luna tenía tres aspectos: los signos creciente, lleno y menguante de una presencia divina en el cielo (desde luego que también podía ser vista bajo dos aspectos: creciente y menguante, o brillante y oscura). Por otra parte,

nuestro período festivo más importante: la Olimpíada, caía al cabo de cincuenta lunas, o se preparaba durante cuarenta y nueve en cada ocasión alterna; esa alternancia se refleja a veces en nuestras historias.

Todo esto *no* significa que la gran diosa triple, de la que oiremos hablar bajo muchos nombres, *no sea otra cosa que* la luna. La diosa lunar Selene entrará sólo más tarde en mis narraciones, en conexión con el dios solar Helio y su tribu.

1. LAS DIOSAS DEL DESTINO (MOIRAS)

Ya he mencionado que hasta el mismo Zeus guardaba sacro temor ante la diosa Noche[39]. De acuerdo con los relatos de los discípulos de Orfeo, cuyo resumen pospondré hasta mucho más tarde, Nyx era también una Diosa Triple[40]. Entre los hijos de Noche se contaban las diosas del Destino, las Moiras. Esa tradición se encuentra en nuestro Hesíodo[41], si bien el poeta campesino declara también que estas tres diosas eran hijas de Zeus y de la diosa Temis[42]. Según los devotos posteriores de Orfeo, ellas vivían en el cielo, en una caverna junto a la laguna cuyas aguas blancas brotan de esa misma cueva[43]: una imagen nítida del plenilunio. El nombre que comparten, la palabra *moira*, significa «lote» o «parte»; y su número, sostienen los órficos, corresponde al de las tres «partes» de la luna; y es por eso[44] que Orfeo canta a «las Moiras de blanco ropaje».

Conocemos a las moiras como Hilanderas, *Klothes*, si bien solamente la mayor se llamaba Cloto. La segunda se llama Láquesis, «la Repartidora», la tercera Átropos, «la Inevitable». Homero habla por lo general de una sola Moira, una diosa hilandera única que es «recia», «difícil de sobrellevar» y «destructora». Las moiras hilan los días de nuestras vidas, uno de los cuales se vuelve inevitablemente el día de la muerte. La extensión del hilo que asignan a cada mortal es decidida únicamente por ellas; ni siquiera Zeus puede influir en sus decisiones. Lo más que el Señor de los dioses puede hacer es tomar su balanza áurea, de preferencia al mediodía, y medir, por ejemplo en el caso de dos oponentes enfrentados, cuál de ellos está condenado a morir ese día[45].

El poderío de las moiras proviene tal vez de un tiempo anterior al gobierno de Zeus. Y no siempre forman una trinidad: en la vieja y famosa vasija en la que está pintado el matrimonio de la diosa Tetis con el mortal Peleo, ellas aparecen siendo cuatro. En Delfos, por otra

LÁMINA I

A: *Gorgo de rostro oscuro*

B: *Gorgo de rostro claro*

A: *Hespéride robándose una manzana de oro*

B: *Heracles entre las Hespérides*

parte, sólo se rendía culto a dos de ellas: una Moira del nacimiento y una Moira de la muerte. Eran también dos cuando participaron en la batalla contra los gigantes, en la que blandían trituradores de bronce[46]. Los dioses jóvenes les tenían poco respeto. Según nos contó un antiguo dramaturgo, Apolo embriagó a las tres diosas de pelo gris, a fin de salvar a su amigo Admeto en el día asignado para su muerte[47]. Se contaba que ellos estuvieron presentes en el nacimiento del héroe Meleagro, en la casa del rey Eneo[48]. Cloto profetizó que el vástago sería de naturaleza noble; Láquesis profetizó su estatuto de héroe; pero Átropos profetizó que viviría solamente el mismo tiempo que tardara en consumirse el leño que en aquel momento estaba en el fuego del hogar. Fue por eso que Altea, la madre, rescató el tizón de las llamas. Se decía también que, de las tres Clotes, era Átropos la menor en estatura pero la más vieja y la más poderosa[49].

No haré más que mencionar brevemente a los hijos de Noche, una prole siniestra en la cual sólo algunos fueron deidades y a quienes Hesíodo menciona únicamente para completar su genealogía de Todas las Cosas[50]. Muerte es mencionado bajo tres nombres: Moros, Ker y Tánatos (el primero es la forma masculina de Moira). Se mencionan junto a Moros su hermano Hipnos, el Dormir, y toda la tribu de Sueños; Momos, el Sarcasmo; Ócis, la Pesadumbre; las Hespérides, que guardan sus manzanas de oro más allá de Océano; y la diosa Némesis, de quien se cuenta una historia especial también; Engaño y Afecto (Apate y Filotes); Vejez Gris (Geras) y Discordia (Eris). Los hijos de Eris no entran en las historias de los dioses. En tiempos posteriores se acomodaron a la entrada del Inframundo.

2. LAS DIOSAS EURIBÍA, ESTIGIA Y HÉCATE

El relato sobre las diosas del Destino, a quienes Homero reúne en el singular *Moira Krataia*, «la potente Moira»[51], debe ser seguido por una historia de las diosas que también fueron notables por su fuerza o por su especial relación con seres que significan fuerza. Ellas forman un grupo accidental de tres, aunque no del todo accidental puesto que Hesíodo las une en parentesco.

Euribía era una diosa «de amplia fuerza», como lo dice su nombre. *Bia* significa «fuerza» y es palabra sinónima de *Kratos*, «poder». Se suponía que Euribía era una hija de Gea. Pero su padre fue el Mar, Ponto[52]. Sus hermanos fueron Nereo y Forcis, dos «Ancianos del

Mar», y Taumante, cuyo nombre significa «Prodigio del Mar». Su hermana era Ceto, la diosa de hermosas mejillas, cuyo nombre significa «Monstruo del Mar». Euribía tenía un corazón de acero. Dio hijos a Crío, cuyo nombre significa «el Carnero del Cielo» y quien fuera uno de los dos titanes que no esposaron titanesas. La de acerado corazón fue sin embargo casi una titanesa. Sus hijos son de naturaleza parecida a la de los titanes: Astreo, «el Estrellado»; Palas, el esposo de Estigia; y Perses, el padre de Hécate.

Estigia es para nosotros un nombre odioso; está asociado a *stygein*, «odiar». Es el nombre del río que circunda y confina nueve veces al Inframundo[53]. La fría catarata del elevado Monte Aronio en Arcadia fue llamada Estigia por el río del Inframundo, no a la inversa. Se decía que Zeus engendró en la diosa del mismo nombre a Perséfone, la Reina del Inframundo[54]. En Hesíodo la diosa Estigia es la más poderosa de las hijas mayores de Océano y Tetys[55]. Se contaba que Estigia concibió de Palas a Cratos y Bía («Poder» y «Fuerza»), junto a Zelos y Nike («Ardor celoso» y «Victoria»)[56]. Los dos primeros nunca abandonaban a Zeus ya estuviera éste en casa o durante sus viajes. Eso lo obtuvo Estigia el día en que el Olímpico pidió a todos los dioses que lo ayudaran contra los titanes y les dijo que ninguno carecería de recompensa u honor si lo ayudaban: todo el que tuviera ya un rango o dignidad particular lo mantendría, y aquel que no tuviera ninguno bajo Kronos recibiría ahora algún rango apropiado. Estigia fue la primera en alinearse con Zeus, junto con sus hijos. Tal fue su sabiduría, heredada de su padre Océano. Y Zeus realmente la honró y la premió con largueza: Estigia se convirtió en el gran Juramento de los dioses. Ni siquiera los mortales se atreven a perjurar por Estigia. Ella quedó asociada al Inframundo, jamás se volvió diosa olímpica. El significado del juramento tomado en nombre de las aguas del Estigio será explicado más tarde cuando me toque contar la historia de Iris. Lo cierto es que los hijos de Estigia se convirtieron en los compañeros constantes del Señor de los dioses. Se recordará que en la tragedia de Esquilo *Prometeo encadenado*, Cratos y Bía aparecen como asistentes de Zeus[57]. Por otra parte, la diosa alada Nike estaba asociada muy estrechamente con la hija de Zeus, Palas Atenea.

La tercera divinidad de este grupo nos fue siempre más cercana, pese a que su nombre tal vez significa «la distante»: Hécate. No es sólo su nombre lo que la relaciona con Apolo y Artemisa (a quienes también se llamaba Hécatos y Hécate), sino también su origen familiar, si Hesíodo está en lo cierto al relatarlo. En otra parte se sostiene que

«La Diosa potente» en su reino triple

ella fue una de las hijas de Noche[58]. Empero Hesíodo nos da la siguiente genealogía: la pareja titánica de Febe y Ceo tuvo dos hijas: Leto, la madre de Apolo y Artemisa, y Asteria, una diosa astral que concibió a Hécate de Perse o Perses, el hijo de Euribía[59]. Hécate es por tanto prima de Apolo y de Artemisa y al mismo tiempo una reaparición de la gran diosa Febe, cuyo nombre los poetas dan con frecuencia a la luna. De hecho, Hécate solía aparecérsenos portando una antorcha como diosa lunar, mientras que Artemisa nunca lo hizo, si bien también ella a veces lleva una antorcha. Hesíodo procura distinguir más aún a Hécate de Artemisa subrayando repetidamente que la primera es *monogenes*, «hija única». En este sentido se parecía también a Perséfone, la diosa del Inframundo. Por lo demás, Hécate era una diosa triple, todopoderosa. Zeus la reverenció por encima de todas las otras[60] y le permitió tener parte en el dominio de la tierra, del mar y del cielo estrellado; o mejor dicho, no la privó de este triple honor, del que ella ya disfrutaba en la época de los dioses iniciales, los titanes, sino que le dejó retener lo que se le había concedido en la primera distribución de honras y dignidades. Ella era por lo tanto una auténtica titanesa de titanes, aunque esto no se declare nunca expresamente. Por el contrario, se dice que ella es aquella *Krataiis*, «la Potente», quien dio a Forcis por hija al monstruo marino Escila[61].

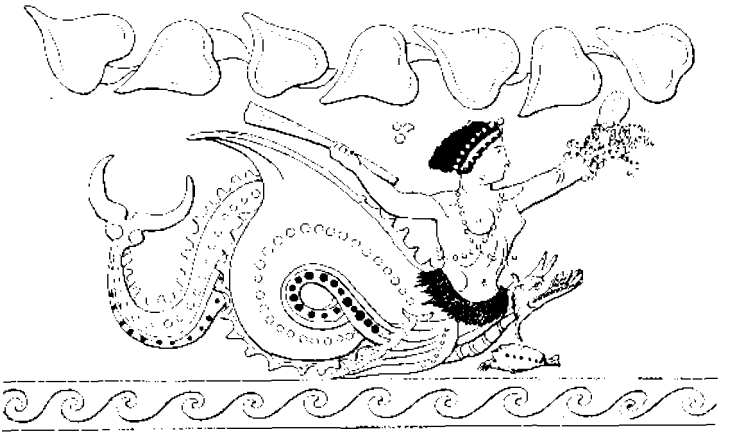
Se cuentan historias de sus amoríos con dioses del mar: en particular con Tritón, a quien Hesíodo llama *eurybias*, «de amplia fuerza»[62]. Aparte de esto, se decía también que Hécate era señora del Inframundo y que cada noche merodeaba a la cabeza de un enjambre de fantasmas, acompañada por ladridos de perros[63]. Se le llamaba incluso Perra y Loba[64].

Ella estaba literalmente cerca de nosotros, en el sentido de que se erguía ante las puertas de la mayoría de nuestras casas con el nombre de Prothyraia, la diosa que ayudaba a las mujeres en el parto (o que las oprimía a veces cruelmente); y podía también ser vista en encrucijadas de tres caminos, donde se erigían imágenes suyas: tres máscaras de madera rematando un poste, o una estatua de tres ángulos con tres caras mirando en tres direcciones. Describir cómo y con qué propósitos era invocada por las mujeres nos llevaría al terreno de la hechicería; y yo me propongo mantenerme, tan escrupulosamente como me sea posible, dentro de los límites de la mitología.

3. ESCILA, LAMIA, EMPUSA Y OTROS ESPANTOS

Hécate tenía dominio parcial sobre el cielo, la tierra y el mar, pero nunca fue una diosa olímpica. Estaba tan estrechamente relacionada con la vida de nuestras mujeres, y por tanto con la humanidad en general, que parecía más pequeña que las esposas e hijas de Zeus. Pero por otra parte su imperio era tan grande (en especial el del mar, donde en tiempos primordiales mantuvo sus amoríos) que el Olímpico posiblemente no pudo controlarlo. Cuando no deambulaba por los caminos, moraba en su caverna. Así también hacía su hija Escila, un espantajo marino, al menos de acuerdo con las anécdotas de nuestros hombres de mar, cuyo interés principal al contarlas era aterrorizar a los hombres de tierra adentro, pues ellos conocían la verdadera naturaleza del mar e incluso sus partes más peligrosas, y no asociaban a la gran diosa, que podía aparecer en muchas formas, con una zona única o fija.

Los marinos contaban[65] (y la historia se conserva en la *Odisea*, donde la diosa que, supongo, era originalmente triple fue inclusive duplicada) que hay dos riscos, uno de ellos de piedra lisa y tan alto que llega al cielo y su cúspide es invisible. En la mitad de este acantilado está la caverna de Escila. La cueva mira hacia el oeste, hacia la oscuridad impenetrable de Erebo. Allí mora Escila, aullando horriblemente,



Escila

como una perra joven. Sus doce patas (número requerido para una Hécate duplicada) permanecían sin desarrollo. Sus seis cabezas terribles se balancean en un largo cuello. En cada boca los dientes mortíferos se alinean en tres hileras. Con ellos pesca, sacando sus cabezas de la cueva y buscando entre las rocas delfines, focas o monstruos marinos más grandes. Cuando el barco de Odiseo se aproximó a su morada y el héroe decidió por consejo de Circe evitar el otro farallón, Escila emergió inesperadamente y devoró a seis tripulantes[66].

Bajo el otro risco acechaba Caribdis[67]. Esta pertenece totalmente a los cuentos de marinería, escasamente a la mitología, aunque Homero la llama «la divina Caribdis», haciendo uso del mismo adjetivo *dia* que aplica a la hermosa ninfa cavernaria, Calipso. Tres veces diarias Caribdis absorbía el mar y tres veces diarias lo vomitaba de nuevo. En la cima del risco, que no era en absoluto tan alto como el farallón opuesto de Escila, crecía una higuera salvaje. Caribdis se mantenía fuera de vista. Más tarde se contó de ella[68] que era hija de Gea y Poseidón: un monstruo omnívoro que robó el ganado de Heracles y por eso el rayo de Zeus la arrojó a las profundidades del mar.

Una historia algo similar se cuenta de Escila; que también ella, la perra salvaje, robó el rebaño de Heracles y fue por eso liquidada por el héroe. Su padre Forcis la devolvió a la vida quemando primero su cuerpo con antorchas e hirviéndolo después. Por esta razón Escila no teme ni siquiera a Perséfone, diosa del Inframundo[69]. Debemos reconocer en Escila a una gran diosa parecida a su madre Hécate. Probablemen-

te los relatos de Escila más conformes a su naturaleza real son los que la describen como una mujer hermosa hasta las caderas, pero que allí es un perro y más abajo es un pez. Aquellos relatos que al hablar de ella dicen que tiene alas, concuerdan igualmente con su naturaleza, puesto que a diferencia de Caribdis, ella gobierna no sólo sobre las profundidades sino sobre las lejanías tanto inferiores como superiores. Pero tal vez tenía este último dominio más comúnmente entre nuestros vecinos occidentales, los etruscos, que entre nosotros mismos. Debe ser esa la razón por la que a Escila se le conoce también como *Tyrsenis*, «la Etrusca»[70].

La madre de esta diosa (a la que no hay que confundir con otra Escila, humana, hija de Niso) lleva por nombre no sólo Hécate, sino también Lamia[71]. En este punto las historias se pierden en anécdotas que ni siquiera forman parte de las leyendas de marinería, sino que caen más allá todavía de los bordes externos de la mitología. Se convierten en fábulas del tipo que las nodrizas acostumbran contar a los niños, para asustarlos y corregir su conducta así como para entretenerlos. Lamia o Lamo es según su nombre «la Devoradora»: *laimos* significa «fauces». Lamo, forma abreviada del nombre, era probablemente el que usaban las nodrizas al hablar a los niños, tal como los nombres abreviados que daban a otros espantajos: Acco, Alfito, Gelo, Carco, o lo mismo que Mormo por Mormólice. Lamia, se decía, era una reina en Libia[72]. A los visitantes se les señalaba de hecho su cueva. Zeus la amó, pues era hermosa, y engendró hijos en ella[73]. Estos fueron víctimas de los celos de Hera. Desde entonces el pesar la ha vuelto horrible y roba por envidia los hijos de otras madres. Puede sacarse los ojos de la cara de modo que sigan vigilando aunque esté durmiendo. Y es capaz de tomar cualquier forma. Pero si es atrapada e inmovilizada, los niños pueden ser sacados vivos de su vientre[74].

Por cierto que a los niños también se les contaba una historia similar de los titanes. El cuento se parece de algún modo a la historia de Kronos. Como éste, también Lamia poseía una torre[75]. No está claro si ella era diosa o un dios o ambos a la vez. El poeta cómico Aristófanes[76], quien preservó pero también distorsionó y parodió tantos viejos relatos, menciona las partes del cuerpo de Lamia que ciertamente no son femeninas (de modo similar, la Gorgona tiene a veces un falo). Era por otra parte notable por su lascivia de meretriz, y a veces a una meretriz se le decía Lamia como sobrenombre. La habilidad de esta diosa para cambiar de forma evoca los aspectos triples de Hécate y la estructura corporal mixta de Escila. Lamia compartía este don con al-

gunas divinidades del mar y también con otro espanto: Empusa. A veces este nombre no es más que otra denominación de Hécate[77], pero otras veces Empusa aparece como un ser diferenciado.

La gente solía hablar además de lamias y empusas así, en plural, y cuando lo hacían los dos nombres eran sinónimos. Cuando Empusa era encontrada a la entrada del Inframundo, como ocurre en una pieza de Aristófanes[78], aparecía bien como una vaca, bien como una mula, bien como una bella mujer, o como una perra. Su rostro resplandecía como el fuego. Uno de sus pies era de bronce (pero el poeta obviamente exagera; otros narradores hablan solamente de su sandalia de bronce, que Hécate más tarde se puso en su calidad de *Tartarouchos*, «Regente del Tártaro»[79]. En su calidad de diosa luminosa llevaba en cambio sandalias de oro). El otro pie de Empusa estaba tan emporcado de estiércol de mula que no parecía ser una pata de mula sino una pata de mierda de mula. Aquí, sin embargo, la mitología ha cedido al mero cinismo impúdico.

4. LAS HIJAS MAYORES DE TETYS Y OCÉANO

Diré ahora los nombres de las hijas mayores de Tetys y Océano tal como las nombra Hesíodo[80]. Además de Estigia, quien era la más poderosa y a quien ya se ha mencionado, hay otras cuarenta. Hesíodo incluyó en su lista los nombres de diosas grandes y reconocidas, como Perséis, la «hija de Perses», es decir Hécate; y Urania, es decir Afrodita. También dio los nombres de esposas de Zeus como Dione y Europa, Metis y Eurínome, de las cuales sólo la última continuó siendo una diosa marina comparable a Tetys y a Tetis. De modo que Hesíodo reconoce en algún grado la validez de aquella historia sobre el comienzo de las cosas que hace de Océano y Tetys los padres de otras deidades, además de las del mar y de los ríos.

De las otras Oceánides mencionadas por Hesíodo, sólo nueve tienen que ver con el agua, el viento y la ola, con su movilidad y velocidad, con rocas y cavernas y embarcaciones. Calírroe y Anfiro sugieren flujo; Plexaura y Galaxaura sugieren el viento fustigante y la calma; Toa y Ocírroe, rapidez y movilidad; Petrea, las rocas; Calipso, el refugio cavernoso; Primno, la popa del barco. De los otros nombres, los siguientes se refieren a dones y riquezas (*doron ploutos*) que a veces pueden ser concedidos por el mar: Doris, Eudora, Polidora, Pluto. Se suponía que la primera de éstas había sido la madre de la generación

más joven de diosas marinas: las hijas de Nereo, de quien hablaré luego a propósito de «los Viejos del Mar». Pero debo todavía mencionar la mayor parte de los nombres de las hijas de Tetys, nombres que están entre los más confusos: Péito, Admeta, Yanta, Electra, Hipo, Clímene, Rodia, Zeuxo, Clitia, Iduía, Pasitoe, Melóbosis, Cercéis, Yanira, Acasta, Janta, Menesto, Telesto la de azafranado peplo, y finalmente Criseida, Asia y Tique.

Se podría conjeturar mucho sobre las diosas que se ocultan bajo dichos nombres; pero tan sólo haré las interpretaciones más obvias. Péito, la diosa «Persuasión», era claramente sólo un nombre particular de la Diosa del Amor, y por lo tanto se convirtió en compañera de Afrodita. Admeta, por otra parte, era, como Artemisa, una «Indomable». Hipo y Zeuxo tienen que ver con caballo y carro. Iduía era una diosa de conocimientos mágicos, Janta una diosa de hermosa cabellera, Telesto una diosa de iniciaciones a los misterios, y Tique una cuyo nombre significa «que puede ocurrir» o «Azar», deidad ésta de la que no se cuenta ninguna historia particular, pero cuyo poder era comprobadamente más fuerte que el orden de Zeus; como el de las tres Moiras y el de la triple Hécate.

5. LOS VIEJOS DEL MAR: FORCIS, PROTEO Y NEREO

En historias como las de Euribía, Estigia y Hécate, o en las de Escila, Lamia y Empusa, uno no puede asegurar que todos esos nombres no se refieran a una deidad única: la «Diosa potente», cuyo imperio comprende el cielo, la tierra, el mar y aun el Inframundo. Ni tampoco si Tetys, Tetis y Eurínome eran manifestaciones de la misma deidad o de hecho sólo tres nombres diferentes, originados en diversos lugares y tiempos, para su manifestación como Diosa de los Mares. Lo mismo ocurre con las tres deidades masculinas Forcis, Proteo y Nereo, a cada uno de los cuales describe Homero como «El Anciano de los Mares».

Los lectores de los sagrados libros de Orfeo estaban familiarizados con un relato[81] según el cual Forcis, Kronos y Rea fueron los primeros hijos de Océano y Tetys, quienes a su vez fueron prole de Cielo y Tierra, o, como lo he dicho antes, de las mitades superior e inferior del Huevo original. Según otra historia contada en dichos libros[82] Gea y Urano tuvieron por hijos a siete titanesas y siete titanes. Además de aquellos a quienes ya he mencionado, los textos incluían entre

las titanesas a la hermosa Dione, y entre los titanes a Forcis, con el sobrenombre *krataios,* «el potente». Según Hesíodo[83], Forcis era en cambio hijo de Gea y Ponto. Euribía era una de sus hermanas; no necesito repetir los nombres de las otras. Se casó Forcis con la de hermosas mejillas, Ceto, cuyo nombre es la forma femenina de *ketos,* «monstruo marino». Esta palabra es también apta para describir al Anciano de los Mares, como cuando Heracles lucha con éste y él asume varias formas. Es verdad que se atribuyen más comúnmente trucos metamórficos a Proteo y a Nereo que a Forcis, y que la historia de la lucha con Heracles se cuenta sólo de Nereo. Esencialmente se trata sin embargo siempre del mismo Anciano de los Mares. Forcis, llamado también Forco, era en cierto modo el mayor, el jefe del coro de todas las divinidades marinas. ¡Y en verdad debe haber sido un dios ladino y portentoso si, como he dicho antes, fue capaz con sus artes de devolver la vida a su hija Escila!

De los nombres del Viejo del Mar, Proteo es el que puede explicarse con más facilidad. Es una forma arcaica de Protógonos, «el primer nacido». No hay registro de los padres de Proteo, sino sólo de las aguas en que puede encontrársele. Frecuentaba una arenosa isla en la costa de Egipto, conocida como Faros; mientras que Forcis se sentía a gusto al oeste, en una bahía de Ítaca, o más lejos aún, donde también moraba su hija Escila. En el estilo de las leyendas de marinería que Homero gusta contar en la *Odisea*, se decía que Proteo tenía una hija llamada Idotea, quien lo traicionó[84]: «Viene aquí con frecuencia el veraz anciano del mar (dijo esta diosa al héroe Menelao), el inmortal Proteo, egipcio que conoce las profundidades de todo el mar, siervo de Poseidón. Dicen que él me engendró y es mi padre. Si tú pudieras acecharlo y apresarlo de alguna manera, él te diría el camino y el número de días de tu regreso a casa, de modo que puedas atravesar el Ponto rico en peces. Y también te diría, si es que lo deseas, todo lo que, bueno o malo, ha sucedido en tu palacio después que emprendiste tu largo y fatigoso viaje».

A lo que respondió Menelao: «Sugiéreme tú misma una emboscada contra el divino anciano a fin de que no me rehúya si me conoce y se da cuenta de antemano. Pues es difícil para un mortal sujetar a un dios». Replicó la diosa:

> Te diré, extranjero, qué hacer exactamente. Siempre que el sol va por el centro del cielo, el veraz anciano marino sale del mar con el soplo de Céfiro, oculto por el negro encrespamiento de las olas. Una vez

> fuera, se acuesta bajo los riscos cavernosos. A su alrededor duermen apiñadas las focas, cría de la hermosa diosa del mar, que salen de las aguas grisáceas exhalando el amargo olor de las profundidades marinas. Yo te conduciré allí al amanecer y te ocultaré en emboscada. Escogerás sólo a tres compañeros, a los mejores de tus naves de buenos bancos. Te diré ahora las peligrosas argucias del Anciano: cuenta primero a las focas, de cinco en cinco; luego se acuesta entre ellas, como un pastor en medio de su rebaño. Así que tan pronto como lo veas durmiendo emplea fuerza y vigor y retenlo allí mismo, no importa cuántas veces se transforme para escapar. Pues eso hará. Tomará las formas de todos los animales sobre la tierra. Hasta se tornará en agua y en fuego. Pero Uds. reténgalo con firmeza y aprieten más fuerte. Sólo cuando empiece a implorarte, volviendo a mostrarse tal como lo viste durmiendo, abstente de la violencia, suelta al Anciano y pregúntale...

Y así ocurrió. Proteo asumió las formas de un león, una serpiente, un leopardo, un cerdo, después también la del agua, y la de un árbol, y por fin dio respuestas veraces a todo lo que se le preguntó.

Se contaba que también Nereo se valía de parecidos trucos metamórficos. Estas historias fueron asimismo representadas por nuestros antiguos pintores, escultores, decoradores de vasos y herreros. Crearon para nosotros hombres con cuerpos de pez, y lo hicieron en un período muy anterior a aquel otro en que crearon mujeres con esos mismos cuerpos, lo que evidencia que el poder de las grandes diosas del mar *no se limitaba al elemento líquido*, mientras que «el Anciano del Mar» estuvo siempre asociado con las profundidades. Las imágenes lo muestran además con un león, un cabrón y una serpiente a los que hace brotar las cabezas de su propio cuerpo pisciforme. En esas criaturas se convirtió Nereo cuando Heracles luchó con él, sujetándolo luego del modo aconsejado por las diosas del destino e interrogándolo después. Esto ocurrió mucho antes de la aventura de Menelao con Proteo, e incluso antes de la lucha del mismo Heracles con Tritón, quien es uno de los dioses marinos más jóvenes en nuestra mitología. Volveremos a encontrarlo como hijo de Poseidón y Anfitrite. En ese combate, el Anciano del Mar era sin embargo también un espectador, *bajo una forma triple*, como lo muestra uno de los primeros pináculos de la Acrópolis de Atenas, donde muy a menudo se lo llama equivocadamente «Tifón».

Bajo un nombre u otro, «el Anciano» regía sobre nuestros mares antes de Poseidón. Y a diferencia de aquel otro regente marino, más antiguo aún, Briareo el de cien brazos, «el Anciano» era afamado por

su sabiduría y veracidad. Lo dice Hesíodo: «El hijo mayor de Ponto fue Nereo, quien nunca miente sino que dice siempre la verdad. Por esta razón se llama 'el Anciano' ya que es veraz y amable. Nunca se aparta de lo conveniente, pues está siempre lleno de justicia y amabilidad»[85]. La oceánide Doris le parió cincuenta hijas, todas ellas diosas marinas, cuyos nombres diré luego.

6. LAS DIOSAS GRISES (GRAYAS)

A Forcis, el Barbagris del Mar, le nacieron en nuestra mitología unas hijas que también eran grises. Cuenta Hesíodo: «Ceto parió de Forcis a las Grayas de hermosas mejillas, que vinieron al mundo con el pelo blanco. Por esto las llaman Grayas los dioses y los hombres»[86]. *Graia*, en nuestra lengua, significa una vieja. A fin de no confundirlas con otras diosas grises, se las ha llamado siempre con más precisión las Grayas de Forcis o de Forco, o las Fórcides, o, en tiempos posteriores, las Forquíades. Comparten este último nombre con sus hermanas las Gorgonas, y con él distinguiremos a unas y otras de las Moiras, que también son divinidades grises. Que las Grayas y las Moiras estuvieran sin embargo muy emparentadas, es una cuestión que nosotros, recién llegados, no podemos asegurar.

Hesíodo dice los nombres de dos grayas solamente: Penfredo la de bello peplo y Enio la de vestimenta azafranada. También alaba sus hermosos rostros, si bien tenían el cabello gris. Enio es un nombre guerrero, que se podría adaptar a una diosa de la batalla. Penfredo es el nombre que damos a una especie de avispa (unas diosas adivinadoras, que por eso pueden también ser tomadas como Moiras, aparecen en el himno homérico a Hermes bajo guisa de abejas). A la tercera graya (pues según otros relatos fueron tres) le asigna la tradición dos nombres: Dino, «la terrible», y Perso, que es sólo otra forma de Persis o Perséis, el nombre que Hécate recibió de su padre. Se contaba además que las grayas eran doncellas de pelo gris parecidas a cisnes. Tenían entre todas un solo ojo y un solo diente, que compartían. Moraban en un lugar sin luz de sol ni de luna. Es una cueva que se halla a la entrada de la tierra de las Gorgonas, más allá de Océano, tierra llamada Cístene, «el país de las rosas rocosas»[87].

La historia del diente y el ojo únicos prosigue relatando que las grayas eran guardianas estrictas del camino hacia las gorgonas. Sin embargo, eran capaces, como las moiras, de traicionar el secreto de la

ruta y de los medios para llegar allí. Perseo les robó el ojo cuando una de ellas se lo pasaba a la otra, a fin de que ninguna de las hermanas pudiera ver. De esta manera el héroe las obligó a revelar el secreto del camino y los medios. Esta historia pertenece a la mitología más que ninguna otra saga heroica, y volveré a ella más tarde.

7. LAS ERINIAS O EUMÉNIDES

El tercer grupo de Diosas Grises, junto a las Moiras y las Grayas, está constituido por las Erinias. Son viejas: más viejas que los dioses que ascendieron al poder con Zeus. Ellas mismas lo dicen cuando aparecen en el escenario teatral; por ejemplo en la obra de Esquilo cuyo título es su otro nombre, *Euménides*[88]. En lugar de cabellos tienen serpientes. Sus pieles son negras, sus vestiduras grises. Se contaba que tenían otro nombre: Manías o Furias[89], y que cuando se le aparecieron a Orestes, a quien perseguían porque éste había matado a su madre, eran negras al principio; pero se volvieron blancas cuando el atormentado fugitivo se hubo roído un dedo. En la región donde se contaba esta historia, vecindades de Megalópolis en Arcadia, se llevaban a cabo sacrificios simultáneos a las Euménides y a las Cárites. Ese otro nombre de las Erinias: Euménides, significa «las Benevolentes», sea porque ellas realmente se volvían benevolentes o simplemente porque la gente quería que lo hicieran.

Siempre que se menciona su número, son tres las erinias. Pero como las moiras, a quienes están asociadas y de las que son casi un duplicado, pueden ser invocadas como si se tratase de un ser único: una Erinia. El significado correcto de esta palabra es «un espíritu de ira y venganza». Se recordará que las Erinias, estas «poderosas», nacieron de la Madre Tierra, Gea, cuando ésta fue fertilizada por la sangre que derramara su castigado esposo, el mutilado Urano (mutilación que provocó a su vez ulteriores castigos y venganzas). Eso es lo que narra Hesíodo. Otros cuentan otras historias: las Erinias eran hijas de Noche[90]; o bien, si fueron en verdad hijas de Tierra, entonces el padre fue Escoto (Oscuridad)[91]. Epiménides, el sabio de Creta, estaba convencido de que entre los hijos de Kronos se contaban Afrodita, las Moiras y las Erinias[92]. También se decía que la madre de las erinias se llamaba Evónime[93], lo que puede tomarse como la tierra. Parece más verosímil que el nombre correcto sea Eurínome: nombre también de la madre

de las Cárites, quienes, como acabo de apuntarlo, recibían en Arcadia sacrificios simultáneos a otros recibidos por las Euménides. Se describe asimismo a las erinias como hijas de Forcis[94], quien viene a ser un marido apropiado para Eurínome, como se verá después en la historia de esta diosa. Los discípulos de Orfeo supusieron que los padres de las erinias fueron Hades (el Zeus del Inframundo) y Perséfone[95].

Las Erinias no fueron siempre aladas. Pero incluso cuando no tenían alas, mostraban un parecido a esos espíritus femeninos predatorios: las Harpías[96]. Sus alientos y sus cuerpos eran de un olor intolerable. De sus ojos brotaba una baba venenosa. Sus voces se parecían generalmente al mugido del ganado[97], pero por lo regular su cercanía se anunciaba con el sonido de un ladrido, pues eran perras, como Hécate[98]; llevaban foetes de correas tachonadas de cobre[99]. Portaban antorchas y serpientes. Su hogar quedaba bajo tierra, en el Inframundo. Una de ellas se llamaba Alecto: «la Interminable»; el nombre de la segunda: Tisífone, contiene la palabra *tisis* (retaliación); y el nombre de la tercera, Megaira, quiere decir ira envidiosa. Las tres eran vírgenes, pero representaban sobre todo a la Madre Regañona. Cada vez que una madre era insultada, o a veces incluso asesinada, aparecían las erinias. Perseguían como perras a todo el que hubiera hecho escarnio del parentesco consanguíneo y de la deferencia que a éste se le debe. Defendían los derechos del padre, así como los del hermano mayor; pero respaldaban sobre todo los reclamos de la madre, aun cuando éstos fueran injustos.

Todo esto se ve con claridad en la historia de Orestes, según la puso en escena Esquilo. Por orden de Apolo, Orestes mató a su madre Clitemnestra, adúltera y asesina de su esposo, a fin de vengar a su padre. Y esos vengativos espíritus de la madre hubieran sido más fuertes que toda la nueva teocracia fundada por el Padre Zeus, de no haber sido porque Palas Atenea, la hija del Padre, abrazó la causa de los hijos, esto es, la de Orestes y la de su propio hermano Apolo. El héroe fue salvado y purificado. Sin embargo, el culto de las «Viejas Diosas», las Euménides, se mantuvo tan firme como el de las Moiras.

8. LAS GORGONAS ESTENO, EURÍALE Y MEDUSA

Después del tercer grupo de Diosas Grises conviene describir a las hijas de Forcis mencionadas por Hesíodo inmediatamente después de las Grayas; se trata de las Gorgonas[100], a quienes llama-

mos *Gorgones* o *Gorgous*, plural de Gorgo. No debemos asemejarlas a ancianas, sino a máscaras: similares más bien a las máscaras que se le erigían a Hécate y que también la representaban.

Todo el que quisiera llegar hasta las Gorgonas necesitaba la ayuda de sus hermanas las Grayas. Pues como dice Hesíodo, las gorgonas vivían más lejos aún que las grayas, en dirección de Noche, allende Océano, con las Hespérides de limpio canto[101]. Eran tres. Una de ellas se llamaba Estenno o Esteno, nombre conectado con *sthenos*, «fuerza». La segunda se llamaba Euríale, cuyo nombre (de *eurus* y *halos*) significa que pertenecía al ancho mar. La tercera, Medusa, puede también haber pertenecido al mar, a juzgar por su nombre: *medousa* significa «gobernanta»; ¡y cuán a menudo fue invocado el «Señor del Mar» (*halos medon, pontomedon, eurumedon*), aunque su nombre usual era Forcis o Poseidón, mediante la forma masculina del nombre Medusa! Gorgides y Gorgades eran nombres de diosas marinas. Uno no puede creer que «Gorgo» significara sólo algo feo y terrible, pues era costumbre dar ese nombre a las niñas pequeñas, cuyos padres ciertamente no esperaban que sus hijas se convirtieran en criaturas aterradoras!

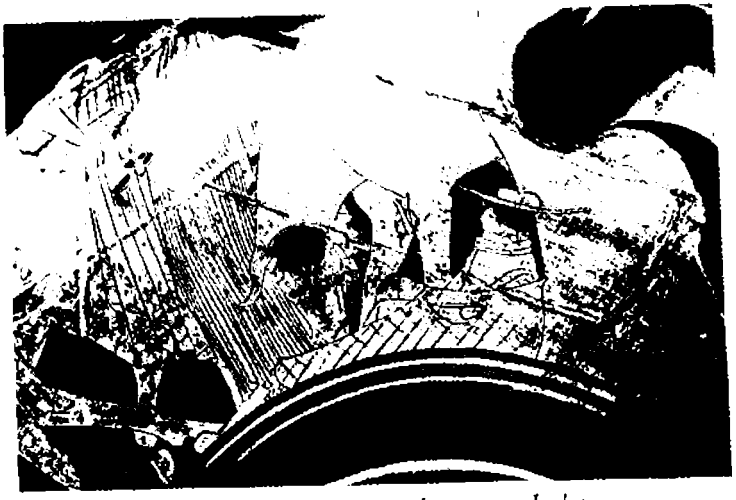
Se cuenta que de las tres hermanas sólo Medusa era mortal. Las otras dos eran inmortales y sin edad, como el resto de las diosas[102]. El dios de oscura cabellera, Poseidón, se acostó una vez con la hermana mortal sobre la hierba ligera, entre los brotes primaverales. Esta anécdota acerca mucho a Medusa y a Perséfone. También ella, la diosa del Inframundo, fue raptada por un dios oscuro y bajó hacia los muertos, como si fuera una mortal. Y ella envía la cabeza de la Gorgona, «la gigantesca figura del miedo», para detener a quienes procuran invadir su Inframundo[103]. En cierto modo, dicha cabeza es el otro aspecto de la hermosa Perséfone. Y he aquí lo más notable: si bien Medusa, como su madre el monstruo marino Ceto, era «de hermosas mejillas», ella y sus hermanas se parecían también a las erinias. Por lo demás, las gorgonas tenían alas doradas, pero sus manos eran de bronce[104]. Tenían colmillos poderosos como los de un jabalí y sus cabezas y cuerpos estaban ceñidos con serpientes[105]. Si alguno miraba la faz terrible de la Gorgona, el aliento lo abandonaba y en el mismo punto se transformaba en piedra[106].

En cuanto al problema de cómo podía aparecer por sí sola o aisladamente la cabeza de la Gorgona (lo que hacía en el Inframundo como autoprotección de Perséfone, según una versión; y, según otra que muchas anécdotas acogen, en el pecho de Palas Atenea), esto se explicaba en la historia de Perseo[107]. Este héroe fue llamado por su

A: *Europa sobre el toro tricolor*

B: *Diosa alada con león (probablemente Rea)*

A: *Leda, los Dióscuros y el huevo de la Némesis*



B: *Hermes y Maya con las vacas robadas*

madre Eurimedón, como si fuera un «regente del mar» y esposo de Medusa, no tan sólo su matador. Fue sobre todo Atenea quien protegió y guió a Perseo en la tarea de cobrar la cabeza de la gorgona. Le instruyó que no viera a la gorgona cuando avanzara sobre ella, sino que mirara sólo la imagen reflejada en su pulido escudo[108] (el mismo procedimiento era seguido por nuestros jóvenes en ciertos ritos de iniciación, en los que se les pedía mirar una máscara reflejada en una vasija de plata); Perseo logró de esta manera ver la cabeza sin confrontarla cara a cara. Cortó la cabeza con la hoz que había recibido de Atenea, o, según otras versiones, de Hermes o de Hefesto.

De la cabeza cercenada de la gorgona brotó el caballo alado llamado Pegaso[109], del que se habla en la historia del héroe Belerofonte. Pero no sólo el caballo: con él nació también Crisaor, el héroe cuyo nombre significa «el de la espada de oro». El *gorgoneion*: la cabeza o máscara de la gorgona, fue en lo sucesivo adoptada como prenda por Atenea, ya como insignia en su escudo o bien anexada a su pectoral, que era su sagrada piel de cabra llamada Aegis, égida. Se suponía también que la dueña original de ese cuero caprino había sido la gorgona[110], y que ésta fue una hija de Gea a quien Atenea desollara. La diosa Artemisa, y muy probablemente también la regañona Deméter (Deméter Erinia), se ponían al cuello el semblante mortalmente terrible, adoptándolo como si fuera el propio. Sin embargo los discípulos de Orfeo llamaban *gorgoneion* al rostro que se ve en la luna.

9. LA EQUIDNA, LA SERPIENTE HESPERÍDEA Y LAS HESPÉRIDES

Cuando referí la historia de Tifeo, Tifaón o Tifón, hablé de un dragón femenino, una diosa serpentiforme que era llamada Delfine en Asia Menor y en Delfos. Ese nombre sugiere que tenía más bien forma de delfín: criatura marina que tiene vientre (tal es el significado de la sílaba *delph*). En las narraciones concernientes a cualquier dios o diosa de la gran familia de Forcis, Proteo y Nereo, o a los correspondientes antiguos dioses de la Tierra como Tifón o el ateniense Cécrope o Cicreo el de Salamina, es siempre difícil determinar si la deidad en cuestión se parecía, de las caderas abajo, a una serpiente, a un delfín o a un pez. Hesíodo nos contó sobre una diosa llamada Equidna, «la Serpiente», una hija de Forcis y Ceto. Más adelante mencionaré todavía a otra serpiente, masculina, un hijo de la misma pareja, que fungía

de guardián de las Manzanas de las Hespérides, y de ese modo completaré mi relación de la prole de Forcis enumerada por Hesíodo. Pero antes permítanme contarles su historia sobre la diosa[111].

La divina Equidna nació en una caverna, con una conformación masculina y un porte gigantesco, en nada semejante ni a un ser humano ni a un dios inmortal. En una mitad de su cuerpo, era una joven mujer de hermosas mejillas y ojos vivos; en la otra mitad era una serpiente enorme y terrible, que se agita en los agujeros de la divina Tierra y que devora crudas a sus víctimas. Su cueva queda bajo una roca alejada de los dioses y de los hombres. Ese cubil le fue asignado por los inmortales. El lugar se llamaba Arima, y Homero lo describe como «el lecho de Tifeo»[112], es decir, del esposo de Equidna, a quien ella dio toda una prole monstruosa. Antes de darles cuenta de esa prole, déjenme explicar cómo acostumbraban representar un ser semejante nuestros antiguos pintores de vasijas: como una diosa alada, hermosa, con el cuerpo de una serpiente de las caderas hacia abajo. Hay una vieja y amable decoración que pinta diosas o ninfas de este tipo sin alas, pero con poderosos cuerpos de serpiente desde las caderas hacia abajo; cuatro de ellas, divinidades en dos parejas, llevan a cabo ritos sagrados en un viñedo, mientras en la otra cara de la imagen se ve a cabras atacando las vides. La historia del Jardín de las Hespérides menciona diosas o ninfas similares y por lo menos a una sierpe, el hermano de Equidna. Pero de ésta hay más que contar.

De acuerdo con Hesíodo[113], sus hijos fueron sobre todo esos perros sabuesos que son las criaturas más terribles de su tipo en nuestra mitología: Cerbero, el sabueso del Inframundo, de tres o aun de cinco cabezas; y Ortos u Ortro, el perro de tres cabezas de Gerión, hijo de Crisaor. Ortos tenía dos cabezas propiamente suyas, pero también siete cabezas de víbora, o al menos una cola de serpiente (lo que, de paso, se decía a veces también de Cerbero). Heracles mató a Ortos cuando asesinó a Gerión y ahuyentó sus piaras de cerdos. Ortos se acostó con su propia madre Equidna y procreó a Fige o Esfinge, monstruo alado, mitad doncella y mitad leona, que se menciona en la historia de Edipo; y procreó asimismo al León de Nemea, que fue también muerto por Heracles. Equidna parió también de Tifaón a la Hidra de Lerna, una sierpe de agua con muchas cabezas que se reproducían al ser cercenadas. Se describe con frecuencia a la Hidra de modo muy parecido a su madre. Otra hija de Equidna fue la Quimera, que escupía fuego y cuyo cuerpo era una combinación de león, cabra y ser-

Equidna

piente; fue vencida por Belerofonte. Según algunos relatos[114], Equidna sufrió un destino similar al de la mayoría de sus hijos: Argos, quien tenía ojos por todo su cuerpo, la mató mientras dormía. Sin embargo, Hesíodo declara expresamente que es una ninfa inmortal y está exenta de vejez[115].

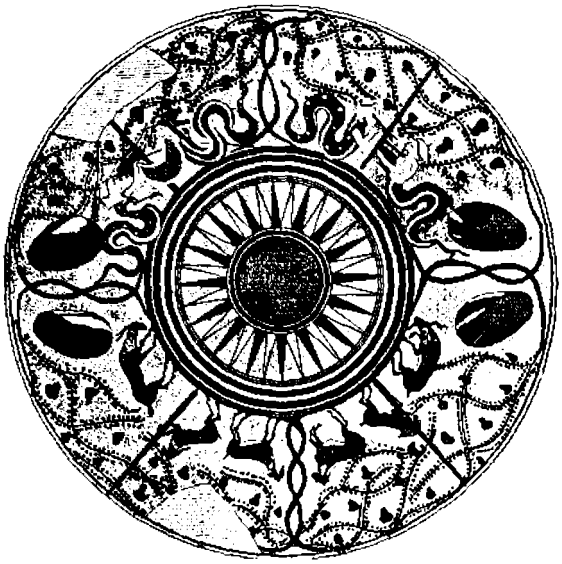
Hay por otra parte una diversidad de historias sobre el hermano de Equidna: la serpiente Ladón, así como sobre las Hespérides. Ladón tiene el mismo nombre que un río de Arcadia, y se habla de él como serpiente (*ophis*) con más frecuencia que como dragón (*drakon*). Se decía de él, como también de su hermana Equidna, que su madre fue Gea en realidad[116]; o bien que Equidna era su madre y entonces su padre fue Tifón. A Ladón se le encargó guardar el acceso al árbol que daba las Manzanas de Oro. Acechaba en los agujeros de la oscura tierra[117], o en la noche que se extiende al oeste más allá de Océano, donde habitaban también las Hespérides[118], guardianas de aquel mismo árbol. ¿O será cierta aquella otra versión de que las Hespérides eran ladronas que cogieron las manzanas doradas y fue por eso por lo que

la serpiente tuvo que enrollarse en torno al árbol?[119] El relato se contaba a veces de un modo, a veces de otro, según las necesidades de la historia específica en que aparecen las manzanas, el árbol y el jardín.

En una historia sobre las bodas de Zeus y Hera, que más tarde contaré, la Madre Tierra produjo el árbol milagroso como regalo de bodas para la novia[120], y fue Hera quien designó a Ladón como su guardián[121]. De acuerdo con otras historias las manzanas pertenecían a Afrodita[122], quien por lo demás tenía sagrados jardines propios entre nosotros los mortales. En todo caso, el divino Jardín de las Hespérides contenía a la serpiente Ladón, cuya habilidad para hablar con diferentes voces se menciona en los relatos[123] con tanta frecuencia como la alegre canción de las guardianas femeninas[124]. No se sabe de cuántas gargantas disponía Ladón para emitir esas voces, o si eran como las de Tifón. Usualmente la Serpiente de las Hespérides tiene dos cabezas, pero con frecuencia tiene tres, y en una versión tiene incluso un ciento. Contra los relatos en los que Heracles mata a Ladón podemos recordar otros en los que el héroe (o, por cuenta suya, el gigante Atlas, que en occidente soporta el arco del Cielo), obtenía las manzanas de un modo amistoso: o de la serpiente, o de las Hespérides, o con ayuda de éstas, según el gusto del narrador.

Se creía que las Hespérides eran hijas o bien de Noche[125], o de Forcis y Ceto[126], o de Atlas[127]; para no hablar de aquel error de identidad, una confusión con las Horas, que las hace hijas de Zeus y Temis[128]. Usualmente se mencionan tres o cuatro nombres, y tres o cuatro parece haber sido su número real, si bien muchas más son representadas en las pinturas. Los nombres que se les dan son muy variados. El nombre común: Hespérides, se relaciona con Héspero, la estrella del anochecer, la estrella de Afrodita. Se creía a veces que tenían un padre llamado Héspero[129]. No es necesario suponerlo, puesto que las hespérides están, como Héspero, asociadas directamente con el anochecer por el nombre, asociadas con la puesta del sol y las aproximaciones a Noche; si bien a una Noche que abriga en realidad el fruto áureo. Una de ellas se llama en efecto Héspera o Hesperia, «la Vespertina», la segunda se llama Eglé, «la Luminosa»; y la tercera Eritia o Éritis, «la Carmesí». La cuarta es Aretusa, que en otros contextos es una diosa de las fuentes.

Otro amable cuaternio de nombres para las hespérides es el siguiente: Lípara («de suave resplandor»), Crisótemis («ley y orden de oro»), Astérope («estrella brillante»), Higía («salud»). Medusa, el apelativo de la gorgona, también aparece como nombre de las hespé-



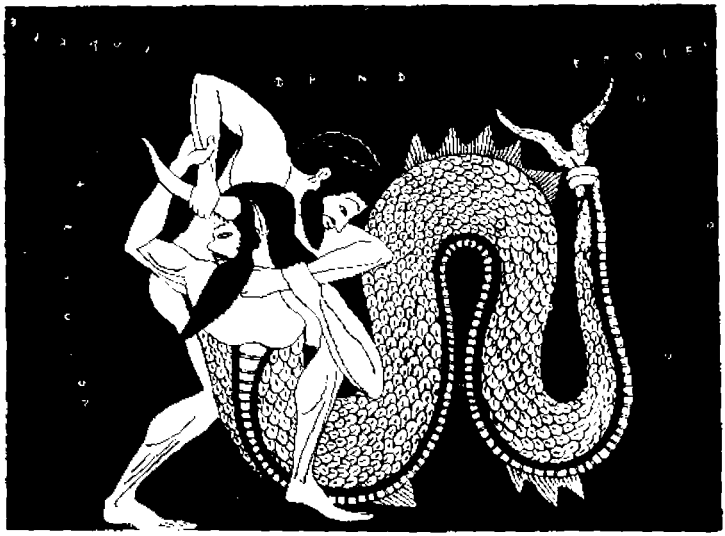
Ninfas serpentiformes

rides. Mapsaura, otro nombre aún, describe a una diosa que arrebata como una ráfaga de viento, una hespéride semejante a una harpía. Además del sabio Epiménides otros han identificado a las hespérides con las harpías; y no olvidemos sus «voces brillantes», que les daban un especial parecido con las sirenas. Los cuentos de las sirenas y las harpías deben sin embargo apartarse de los de las hespérides, en vista de las formas corporales particulares y de las peculiares funciones de las primeras. Las hespérides tienen un lazo más estrecho con Equidna y Ladón; también con las ninfas que vengo de mencionar: las ninfas serpentiformes en la viña. Una de esas ninfas toca la flauta doble. Y cuando nuestros ancestros escuchaban las notas de una flauta durante el crepúsculo o la noche, sabían que esas notas eran con frecuencia una añagaza para ritos e iniciaciones secretas: sabían también que los secretos de esas ceremonias podían ser a veces repulsivos o terroríficos.

10. AQUÉLOO Y LAS SIRENAS

Cualquier relato sobre las sirenas debe mencionar a Aquéloo, el más reverenciado de nuestros dioses ríos y a quien se atribuye como a Forcis[130], la paternidad de las sirenas. Hesíodo enumera a Aquéloo[131], el de los afluentes de plata, entre los ríos divinos, pero no como el principal. Por otra parte, Homero lo sitúa incluso por encima de Océano, el «origen de todo»[132]. Tal como Océano, Aquéloo pudo engendrar mares y corrientes, brotes y fuentes. Cuando se retrató a Océano como un viejo con los cuernos de un toro, fue Aquéloo el prototipo de esa imagen. En otras imágenes y descripciones, la hirsuta cabeza del padre Océano (que en definitiva era sólo una máscara, un semblante de gravedad profunda, casi pesarosa) dejaba brotar una tenaza y un palpo de langosta. El cuerno de toro desempeñaba un papel particular en las historias sobre Aquéloo. Heracles combatió con este dios acuático, lo mismo que con el Anciano del Mar y con Tritón. Como en éstos, el cuerpo inferior de Aquéloo era el de un pez serpentiforme; pero su cabeza era cornuda, y uno de los cuernos fue fracturado por Heracles[133]. Esa herida rezumó una sangre que dio nacimiento a las Sirenas: un nacimiento similar al de las Erinias.

En nuestra antigua lengua las sirenas se llamaban *Seirenes*. En su forma masculina, esta palabra describía también una especie de abeja o avispa, como lo hacía el nombre de Penfredo, una de las Grayas. Nuestros antiguos pintores y dibujantes de vasijas representaron a las sirenas no sólo como seres femeninos, sino masculinos y barbados a veces. Que los seres representados son sirenas, masculinas o femeninas, lo muestra el cuerpo de ave al que se añade una cabeza humana y con frecuencia unos pechos y brazos de mujer también. Los talones son a menudo muy poderosos y a veces terminan en cojinetes de león, como si revelaran un estrecho parentesco entre Sirena y Esfinge. La parte inferior del cuerpo semeja a veces un huevo. También las Grayas son muy afines a las Sirenas, en tanto «doncellas cisnes»; y también Medusa, al menos en aquella imagen donde un pájaro con semblante de Gorgona y dos pares de alas atrapa a un joven forcejeante por cada mano y se las arrebata. Esas criaturas arrebatadoras son sin embargo Harpías, cuyo nombre significa precisamente «Arrebatadoras». La característica distintiva de las sirenas es por lo demás (aparte de su forma de ave) su talento para la música. Y esto las conecta con las Musas. Tocan la lira o la flauta doble, o bien, cuando se retrata a dos de ellas



Aquéloo y Heracles

juntas, una toca la lira y otra la doble flauta. Y cantan a medida que tocan. De todo esto dan testimonio tanto las historias como los nombres particulares de las sirenas. Y así lo hacen también sus imágenes: esas representaciones, que aparecen en las lápidas de nuestro período clásico, son de una belleza maravillosa, y se entiende con claridad que no fueron inspiradas por las fábulas de nuestros hombres de mar sino por otras viejas narraciones que están ahora olvidadas.

Ciertamente las sirenas se abrieron camino en las leyendas de marinería, como lo hizo la gran diosa Escila. Homero pone una de sus historias en boca del gran mentiroso Odiseo, quien habla de dos sirenas pero no dice sus nombres. Sin embargo, uno de esos nombres: Himéropa, «la de voz que despierta el deseo», se encuentra en una antigua vasija pintada. Más tarde hallamos mención de dos trinidades de Sirenas; se piensa que una de ellas corresponde a las sirenas de Homero. Sus nombres individuales han llegado a nosotros con variadas formas: Telxiepia, Telxínoe o Telxíope es «la encantadora», pues *thelgein* significa «encantar»; Agláope, Aglaófonos o Aglaofemia es «la de voz deleitosa»; Pisínoe o Pasínoe puede ser «la seductora» si la primera forma es correcta. Una segunda trinidad es la de las Sirenas a las que se adoraba en Magna Grecia, en la costa tirrenia al sur de Italia: Par-

ténope, «la Virginal», en Neapolis, hoy llamada Nápoles; Leucosia, «la Diosa Blanca» y Ligia «la de Voz Brillante», al sur de Nápoles.

Como madre de las sirenas, que las parió de Aquéloo, se menciona a Estérope[134] (cuyo nombre significa lo mismo que la hesperídea Astérope), o bien a una de las Musas[135]. Narradores más antiguos tenían conocimiento de otra madre; y también sabían de un vínculo estrecho entre las Sirenas y Perséfone. Se decía que las sirenas eran compañeras de la Reina del Inframundo[136], que eran hijas de Ctón, «las profundidades de la tierra»[137], y que Perséfone las envió a nuestro mundo. Una antigua vasija pintada muestra a dos sirenas cantando ante una gran diosa mientras fijan la vista en el barco de Odiseo, que está siendo atacado desde el aire por dos enormes pájaros. Era tarea de las sirenas hacer comparecer ante la gran Reina a todos los viajeros cercanos, atraerlos a su presencia mediante los dulces tonos de su música y su canto. Y esto lo hacían no solamente con los marinos desafortunados, sino con todo el que debía entrar en el reino de los muertos. Pues mediante su arte la amargura de la muerte resulta aliviada y disimulada. Tal vez las sirenas masculinas tenían por cometido hacer que las mujeres tuvieran una muerte más dulce.

La historia de Odiseo sobre las Sirenas es la siguiente: Circe le había advertido[138] que debía navegar a prudente distancia de las voces y de los floridos prados de las sirenas; o que, en caso de no poder hacerlo, escuchara sólo él sus vivaces cantos, taponando previamente con cera los oídos de sus marineros y habiéndose hecho atar al mástil de la nave. Las sirenas se sentaron en su prado; éste parecía cubierto de flores; pero (y aquí la historia se vuelve un auténtico cuento de espantos, una fantasía de marineros obviamente), estaba el prado lleno en realidad de restos de huesos humanos y de pieles humanas a medio secar. Las palabras que le cantaron a Odiseo mientras él se mantenía erecto y amarrado, están también registradas[139]: «¡Ven hacia acá, Odiseo, afamado en el canto, gran honra de los griegos! Acerca tu nave para que puedas oír nuestra voz. Nunca ha pasado de largo hombre alguno en su negra nave sin escuchar nuestro canto. Fluye de nuestras bocas como la miel. El que lo ha escuchado encuentra delicia y gana sabiduría. Pues sabemos todo lo que los griegos y los troyanos sufrieron por Troya, por voluntad de los dioses. Y sabemos todo lo que ocurre sobre la tierra, en cada lugar y en todo momento». Al escuchar estas palabras Odiseo, según la historia que él mismo narra, quiso ser liberado de sus ligaduras; pero sus camaradas lo amarraron tanto más firmemente. No debe maravillarnos lo que Odiseo sintió: las Sirenas pasaron a ser diosas

Odiseo y las Sirenas

oraculares, lo que tal vez realmente fueran en el lugar en que tuvieran su altar.

Siempre fueron sin embargo diosas de la muerte y el amor, siervas de la diosa del Inframundo, Perséfone. La diosa del imperio de los muertos está también muerta hasta cierto punto. Las sirenas servían a la muerte y estaban condenadas a morir ellas mismas (al menos así nos lo informa un relato[140]), si acaso pasara alguna vez una nave y ellas no dieran cuenta de la tripulación. Cuando Odiseo y sus compañeros escaparon, las sirenas se suicidaron. Hesíodo contó que Zeus les dio por domicilio la isla de Antemesa, «rica en flores»[141]. Esto concuerda con el hecho de que ellas servían no sólo a la muerte sino también al amor. Una escultura en relieve, de fecha tardía, muestra a una sirena, en la que sólo la parte inferior de sus piernas es como de pájaro, acercándose amorosamente a un hombre dormido parecido a un sátiro. Esa escena recuerda el acercamiento de Selene a Endimión. Había asimismo algo amoroso en torno a la forma ovoide de las sirenas, según las muestran sus tempranas representaciones: tanto más cuanto que a menudo abrazaban contra sus cuerpos a pequeñas figuras humanas. Servían no sólo a la diosa de la muerte sino también a los mortales humanos, puesto que cargaban a los hombres y con alas doradas los alzaban al Cielo, si no a ellos como tales, en todo caso a sus deseos[142].

11. TAUMANTE, IRIS Y LAS HARPÍAS

Taumante, el gran hijo de Ponto y Gea[143], hermano de Nereo y Forcis, probablemente es sólo otro nombre del Anciano del Mar[144]. Por eso se decía también que era hijo de Tetys. *Thauma* quiere decir «maravilla», y Taumante debe haber sido una «maravilla del mar» en el mismo sentido que lo fueron sus hermanos o lo fue Proteo. Ya hemos descrito las artimañas metamórficas que estos tres practicaban.

La oceánide Electra dio a Taumante las siguientes hijas: Iris, una diosa cuyo nombre significa «Arco iris», y todas las Harpías[145]. Todas esas hijas de Taumante eran diosas que intervenían en los asuntos y destinos de los mortales.

Iris, la de pies alados, pero provista también de grandes alas, desempeñaba el oficio de Mensajera. Era, en nuestra lengua, un *angelos*. Se le rendía culto en Hecatesneso, la isla de Hécate, cercana a la isla de Delos. Hécate misma fue una vez conocida como Angelos. Como mensajera, se consideraba a Hécate hija de Hera y Zeus. Se decía que robó el ungüento de belleza de su madre y se lo dio a Europa, rival de Hera[146]. Cuando Hera quiso castigar a Hécate, ésta huyó primero hacia el lecho de una parturienta, después a una procesión funeraria y finalmente al mar Aqueronte en el Inframundo, donde fue purificada por los Cabiros: ¡una aventura que se diría muy típica de ella! Pero, como relataré enseguida, también Iris acostumbraba visitar el Inframundo. Otra figura con la que puede quizás identificarse a Iris es Idotea, la hija de Proteo cuyo nombre se refiere a un *eidos*, un fenómeno visible como el arco iris. Para explicar por qué Iris, la Mensajera del Cielo formalmente designada, era con frecuencia enviada al Inframundo por los dioses, déjenme contarles la historia tal como la refirió Hesíodo[147].

Muy lejos de los dioses vive la Odiada Diosa, Estigia, en su famoso palacio situado bajo una alta roca. Allí están los pilares de plata que soportan al cielo. Y hasta allí raramente viaja Iris, sobrevolando las anchas llanuras del mar. Pero si la disensión y la porfía estallan entre los inmortales y si acaso algún morador del Olimpo se refugia en una mentira, entonces Zeus manda a Iris que traiga el poderoso Juramento de los dioses. Ella lo trae desde muy lejos en una copa de oro: trae esa agua helada, conocida con muchos nombres, que se derrama de la elevada roca. Es el agua de Estigia. Como todas las aguas, también ésta se escurre bajo tierra en la honda noche, desde el cuerno de Océano: su corriente se divide en diez partes; nueve brazos cubren tierra y cielo; y el décimo fluye de esta roca, para afrenta de los dioses. Pues si en nombre de esta agua alguno de ellos comete perjurio, es derribado de inmediato y yace sin aliento durante todo un año; no accede ya a la ambrosía y el néctar, alimento y bebida de los inmortales, sino que permanece mudo y sin crédito en su retiro. Al cumplirse el año otros castigos más pesados le aguardan. Durante nueve años se le excluye de los consejos y festejos de los dioses. Sólo al décimo puede volver a tomar parte en sus asambleas.

Las Harpías

Las Harpías son aladas y de pies ligeros como Iris. Pocas veces aparecen con una forma de pájaro tan nítida como la de las Sirenas. Pero incluso cuando tienen dedos humanos, éstos se encorvan como garras para apresar y arrebatar. Y es que su nombre significa «las Arrebatadoras». La palabra *thuella* o *aella* «el viento que desgarra», tiene casi el mismo significado. Si un hombre desapareciera en ese viento tan desesperanzadamente como ocurrió con Odiseo, la gente diría: «las Harpías lo arrebataron»[148]. De la conocida historia de las hijas de Pandáreo, narrada en la *Odisea*, se aclara[149] que las desgraciadas doncellas, arrebatadas de la casa del padre muerto, fueron asignadas a las Erinias, como sirvientas, por las Harpías. Sabemos ya del parecido entre las erinias y las harpías, sabemos ya que podían ser confundidas unas con otras. Las harpías tienen otro parecido, un parecido con Medusa, sugerido por el aspecto de harpía con cuatro alas que tiene la gorgona; ese parecido está indicado también por el hecho de que según Homero[150], una harpía llamada Podarge, «la de pies alígeros», fue raptada por Céfiro, el Viento del Oeste, mientras «pastaba» en las Playas de Océano: se convirtió así en madre de los caballos inmortales de Aquiles: Janto y Balio. Se recordará que del cuello de Medusa brotó igualmente un caballo mágico, y que ella misma fue figurada por los antiguos pintores como teniendo la cabe-

za o el cuerpo de un caballo. Parece que en algunas épocas de nuestra historia nuestros ancestros aprendieron a admirar la velocidad del caballo tanto como habían admirado la velocidad del viento y de los pájaros.

Hesíodo nos da los nombres de dos harpías: Aelo, también llamada Aelopus, «el pie aéreo», y Ocípete, «la rapidez del vuelo», a quien se llama también Ocítoe u Ocípoda, «la rápida» o «la de pies rápidos»[151]. Sin embargo, como las Sirenas y las Grayas, las Harpías varían en número de dos o tres; así sabemos de un tercer nombre, Celeno, «la oscura»[152]: nombre que también lleva una de las hijas de Atlas, una de las hespérides, que también se llama Mapsaura, «ráfaga de viento». Enemigos y triunfadores de las Harpías fueron los alados hijos de Bóreas, el viento del Norte: Calais y Zetes. Ellos las derrotaron en la historia del vidente ciego Fineo, sobre cuya comida descendieron las harpías como grandes pájaros y se la robaron o se la ensuciaron. En la versión de esa historia contada por el poeta Apolonio de Rodas[153], también aparece Iris. Ella advirtió a los hijos de Bóreas que perseguir con espadas a «los Lebreles del gran Zeus» contrariaba a «la ley de Naturaleza», contrariaba a Temis. Así se detuvieron perseguidores y perseguidos, y se devolvieron de las islas que antes se habían llamado Plotai, «las Nadadoras», pero que desde entonces se llamaron Estrófades, «Islas del Retorno». Las harpías regresaron a las profundidades de la tierra bajo la isla de Creta e Iris lo hizo al Olimpo.

12. LAS HIJAS DE NEREO

Nereo tuvo cincuenta hijas con la oceánide Doris[154]: son nuestras famosas diosas marinas, cuyas formas seductoras, vestidas en épocas tempranas y más tarde desnudas, se ven con tanta frecuencia cabalgando sobre monstruos marinos milagrosos o sobre la espalda de un tritón. El monstruo más antiguo de este tipo (es decir, aquel del que tenemos la pintura más antigua) es un perro-pez, esto es, un perro en su parte delantera y un pez en la otra. Pero ninguna Nereida lo cabalga, y por lo pronto concentraremos nuestra atención en estas diosas hermosas, famosas por sus rostros de capullos de rosa[155].

Que eran cincuenta las hijas de Nereo, es algo que se nos dice expresa y repetidamente; lo hace entre otros Hesíodo[156], si bien realmente enumera cincuenta y una; pero hay que hacer notar que su lista incluye una segunda Doris. Los nombres de las Nereidas no son

Nereo, Doris y las Nereidas

por otra parte exactamente los mismos en todos los relatos. Nuestros poetas amaban esos nombres por su sonido y por las gratas imágenes y sensaciones que evocaban. Es por ello que desde Homero han llenado siempre muchas líneas de sus poemas con estos nombres, sin ningún temor a que la mera enumeración de las nereidas pudiera fatigar a la audiencia. Puede por tanto permitírseme, a modo de cierre de mis historias sobre las divinidades más viejas, preolímpicas, citar la lista de Nereidas tal como la da Hesíodo. Añadiré a ella una explicación (siempre que una clara explicación parezca posible) de los significados de los nombres según pudieron haberlos entendido nuestros ancestros.

Fueron entonces hijas de Nereo las siguientes[157]: Ploto, «la nadadora»; Eucranta, «la dadora del cumplimiento»; Sao, «la salvadora»; Anfitrite (quien, como diré más tarde, llegó a ser esposa de Poseidón); Eudora, «la de los buenos dones»; Tetis (de la que he hablado y hablaré todavía de nuevo); Galena, «la calma»; Glauce, «la verdemar»; Cimótoe, «la ola rápida»; Espeo, «la que mora en grutas»; Toe, «la ágil»; Halia, «la que habita en el mar»; Pasítea; Erato, «la que despierta el deseo» (que es también el nombre de una de las Musas); Eunice, «la de feliz victoria»; Melite; Eulímene, «la de buen puerto»; Ágave, «la noble»; Doto, «dadivosa»; Proto, «la primera»; Ferusa, «la dadora»; Dinámene; Necea, «isleña»; Actea, «la de los alcantilados»; Protomedea, «la primera en pensamientos»; Doris (quien como Eudora, cuyo nombre tiene el mismo significado, es también una de las

Oceánides); Pánope; Galatea (esa diosa marina semejante a Afrodita que fue pretendida por el cíclope Polifemo, enemigo más tarde de Odiseo, y que fuera amada por el hermoso Acis); Hipotoa, «veloz como una yegua»; Hiponoa, «indómita como una yegua»; Cimódoce, «la que junta las olas»; Cimatolega, «la que aquieta el oleaje»; Cimo, «la de las olas»; Eyone, «la de las dársenas»; Halimeda, «la diosa marina del buen consejo»; Glaucónoma, «la que habita el verde mar»; Pontoporea, «la que permite atravesar el Ponto»; Liágora y Evágora, «la elocuente»; Laomedea, «la gobernanta del pueblo»; Polínoa, «la que da entendimiento»; Autónoe, «dadora de inspiración»; Lisianasa, «la señora que redime»; Evarne; Psámata, «la arenosa»; Menipa, «la yegua intrépida»; Neso, «la diosa de las islas»; Eupompa, «la buena escolta»; Temisto (especie de duplicado de la gran diosa Temis); Prónoa, «la previsora»; y Nemertes, «la veraz», quien se parece a su padre inmortal en el conocer y decir la verdad.

Tal es la lista completa de las Nereidas de Hesíodo. En otras listas se mencionan también otros nombres. No todas las mencionadas eran consideradas hijas de Doris[158]. En tiempos antiguos más recientes se intentó distinguir entre Nereidas y Néridas, a fin de probar que sólo las últimas eran hijas de Doris. Pero esta diferencia no está autorizada por ningún relato antiguo. Entre otras nereidas no mencionadas por Hesíodo hay una a la que Homero llamó antes Apseudes, «la que nunca miente»[159]: ella hereda, como Nemertes, la cualidad paterna del dios que dice la verdad. Fueron también diosas oraculares nuestras diosas marinas. La más vieja, Tetys, tenía un altar oracular entre los etruscos. Sus nietas, las hijas de Nereo, con frecuencia rescataban a los marinos en peligro de naufragio; así al menos se creía. Además, eran ellas las que revelaban a los hombres los misterios de Dionisos y de Perséfone[160]. Un himno atribuido al cantor Orfeo contiene una referencia a esa historia; pero el relato mismo no se conservó. En cuanto a la tradición concerniente a un hijo de Nereo: Nerites, con quien Afrodita practicó por vez primera su juego amoroso, esa tradición tiene su lugar apropiado en las historias de la gran Diosa del Amor. Relataré ahora esas historias.

IV. La Gran Diosa del Amor

Nuestra Gran Diosa del Amor nunca fue exclusivamente nuestra. Es la misma deidad que nuestros vecinos orientales adoraron bajo nombres tan bárbaros como Ishtar o Ashtarot, nombre este que más tarde nosotros reprodujimos como Astarté. En Oriente era ella una diosa de demandas amorosas peculiarmente fuertes, pero también generosa hasta la abundancia en los placeres del amor. En los cielos, la estrella de la mañana y de la tarde, el planeta Venus, le pertenecía; y entre las criaturas terrestres su especial posesión era la paloma. Las historias que allá se contaban de ella no son las mismas nuestras, pero nos recuerdan a éstas. He aquí una de esas historias: el pez del río Eufrates encontró un Huevo maravilloso y grande. Lo empujaron hacia la costa, una paloma lo incubó y así nació la diosa de quien se dice que es la más amable y compasiva para con la humanidad[161]. El relato oriental de su joven amante Tamuz (o como le decimos nosotros, Adonis, valiéndonos del vocativo semítico de su nombre, Adoni, «Mi Señor») fue la forma original de la historia que implica a un amante juvenil de la diosa. En ese relato tal vez la diosa haya causado la muerte de su amante, pero sólo por excesivo amor.

Entre nosotros, la historia correspondiente se adhirió a Afrodita, cuyo nombre evoca todavía a «Ashtarot». En dicha historia, que ahora

narraré, Afrodita está todavía fuera de las filas de las deidades olímpicas, y continuó estándolo, al menos en lo que toca a esta historia, aun después de haber sido recibida entre aquéllas. Una razón por la que permaneció apartada del Olimpo fue su gran esfera de dominio fuera del mismo; idéntica razón por la que lo hacía Hécate, a quien Afrodita se parece mucho cuando aparece bajo el nombre de Afrodita Zeryntia en la costa de Tracia, o con el de Genetylis en la costa ática, *recibiendo sacrificios de perros.* Para los atenienses ella era «la Moira más antigua»[162]. También en otras regiones se la asemejaba a las Moiras y a las Erinias, puesto que era como éstas una hija de Kronos[163]. Por otra parte, la historia que la hace hija directa de Urano conectó para siempre con el mar a nuestra Gran Diosa del Amor. Para nosotros ella era Anadiómena: la diosa que «emerge» de las saladas olas; y recibía asimismo el nombre adicional de Pelagia, «la del mar».

Otros dos sobrenombres suyos daban oportunidad a algunas personas en Atenas, quienes preferían el amor de los muchachos y cuyos puntos de vista fueron expresados por Platón, de distinguir entre una Afrodita Pandemo, o «del amor común», y una Afrodita Urania, la «del amor celestial». La verdad del asunto es que el nombre Pandemo expresa la presencia de la diosa en todos los rangos y condiciones del pueblo, a los que enlaza en paz y amistad; en tanto que el nombre Urania da testimonio de su origen como diosa oriental del cielo, a la que sus adoradores rendían honores peregrinando (como por ejemplo en Corinto) hasta un altar situado en la cima de una montaña, donde las servidoras del templo los recibían de manera amistosa[164]. Esos dos sobrenombres parecen estar asociados con un tercer nombre, formando así una trinidad; como ocurría en el muy antiguo culto de Tebas, donde la diosa tenía una forma tercera: Apostrofia, «la que voltea la cara».

Pero es que «Afrodita» no era el único nombre principal de la diosa del amor. También respondía al nombre griego Dione, que es la forma femenina de Zeus y que en su formación se asemeja al latino Diana; significa «diosa del cielo radiante». También se reconoció en Dione a una diosa de las aguas. En Dodona era adorada junto con Zeus (como dios de las fuentes), y se la consideraba allí esposa del dios supremo y diosa de las fuentes ella misma, así como dadora de oráculos. Hesíodo la mencionó entre las Oceánides[165], y según los seguidores de Orfeo fue Dione una hija de Urano[166]. La inauguración del oráculo de Dodona fue atribuida a una paloma[167]. Aquellos que, como Homero, procuraban subordinar enteramente la gran diosa Afrodita a Zeus, afirmaban que era hija del olímpico y de Dione[168].

Paralelamente a la historia que hace de Afrodita una hija de Zeus y Dione, siguió encontrando siempre aceptación aquella otra historia en la que ella fuera procreada directamente por Urano. Es con este relato que comenzaré a narrar las anécdotas de la Gran Diosa del Amor.

1. EL NACIMIENTO DE AFRODITA

La historia del nacimiento de Afrodita se halla preservada en Hesíodo, donde da forma a la continuación de la historia de Urano, Gea y Kronos. Empieza con el primer viaje de la diosa a la isla de Chipre, hogar de sus altares más antiguos y poderosos, los de Pafos y Amato. Esta historia fue amplificada en un himno atribuido a Homero. Pero primero relataré el cuento original[169].

La virilidad cortada del padre Urano cayó en el mar inquieto, hacia el cual la arrojara Kronos desde la tierra firme. Durante largo tiempo fue hecha rebotar, saltar de acá para allá. Una blanca espuma (*aphros*), formada de la piel inmortal, se adensó en torno a ella. En su interior brotó y creció una doncella. Esta nadó primero hacia la isla de Citera, pero luego lo hizo hacia Chipre. Allí la hermosa, la púdica diosa surgió de las aguas y la hierba fresca brotó a sus pies. Dioses y hombres la llaman Afrodita porque fue formada por la espuma. También es llamada Citérea, debido a que nadó primero a Citera. Eros e Himeros («Deseo», el dios doble del amor) comenzó a acompañarla tan pronto como ella nació y se convirtió en una diosa. Desde el comienzo mismo se le otorgó cargo y cuidado, tanto entre dioses como entre hombres, sobre lo siguiente: el susurro de las doncellas, la risa y las burlas, la dulce lujuria, el amor y la amabilidad encantadora.

El himno homérico dice además[170] cómo fue recibida Afrodita en Chipre, cómo fue vestida por las Horas. Las Horas son las hijas de Temis, diosa de la ley y el orden cónsonos con las relaciones naturales entre los sexos. La contemplación de la completa desnudez de la diosa habría sido contraria a Temis, o al menos esa era la noción de nuestros ancestros de antiguas épocas, exceptuando a los dorios. Sólo cuando hubo sido vestida, coronada de guirnaldas y adornada, pudo Afrodita ser llevada ante los dioses. Tan pronto como éstos la vieron, todos la besaron, tomaron con firmeza su mano y quisieron esposarla en connubio permanente. Contaré a continuación las historias matrimoniales de la diosa, pero debo concluir esta parte de mi narración mencionando el relato de cómo Afrodita nació de un molusco y arribó en la

concha marina a la isla de Citera[171]. En la ciudad de Cnido, en la costa de Asia Menor, la concha era considerada una criatura sagrada para la diosa del amor. Fue en esa ciudad donde hombres de cepa griega pura, y no orientales, se atrevieron por vez primera a erigir una Afrodita desnuda: la famosa estatua del escultor Praxíteles.

2. AFRODITA Y NERITES

El amorío que se supone tuvo Afrodita cuando todavía estaba en el mar, antes de ser introducida a los dioses del Olimpo, tiene que ver con un molusco. El narrador de esta historia, quien era de un período tardío, llama a Afrodita hija de Zeus. Más aún, su historia indica que los días preolímpicos de la diosa transcurrieron en el mar.

Se dice que existe una concha pequeña pero de belleza maravillosa, que vive en las aguas más puras, en los arrecifes submarinos. Se llama Nerites, quien había sido anteriormente el único hijo de Nereo[172] (Hesíodo en cambio conoce cincuenta hijas y Homero no sabe de otra descendencia; la historia del hijo de Nereo era contada por gente costeña). Nerites era el ser más hermoso entre hombres y dioses. Mientras Afrodita vivía en el mar, sólo se complacía con él y con él vivió en calidad de amante. Como estaba previsto, llegó el momento en que debía ser admitida entre los olímpicos y el Padre la llamó. Ella quiso llevarse al Olimpo a su amigo y compañero de juegos; pero él prefirió vivir en el mar con sus hermanas y su padre. Ella intentó darle alas, pero tampoco quiso eso. De modo que la diosa lo transformó en la concha, y tomó por compañero y asistente a Eros, el juvenil dios del amor; a quien además le dio las alas.

Otra historia hizo de Nerites un preferido de Poseidón y un doble de Faetón. Cuando el hermoso muchacho conducía su carro sobre las olas, Helio se irritó. Pero esa es una historia más tardía aún que la que acabo de contar.

3. AFRODITA, ARES Y HEFESTO

Había narraciones en las que Afrodita tomaba por esposo a Ares, dios de la guerra. En otras, aparecía como esposa de Hefesto. Y finalmente hay una historia que Homero hizo famosa, donde la diosa del amor traiciona con Ares a su marido Hefesto. Según los relatos

de los tebanos[173], su unión con el dios de la guerra resultó en el nacimiento de la bella Harmonía, «la que une», quien fue una segunda Afrodita; y cuyo marido era Cadmo, el matador de dragones que fundó a Tebas, nombre que reaparecerá en el relato sobre Europa. Otros hijos atribuidos a Ares y Afrodita fueron por una parte Fobo y Déimo, «Miedo» y «Terror»[174], y por la otra Eros y Anteros, «Amor» y «Amor Correspondido»[175]. Todo esto sin embargo apenas si es mitología, sino genealogía meramente. De acuerdo con otras genealogías el padre de Eros fue Hefesto[176].

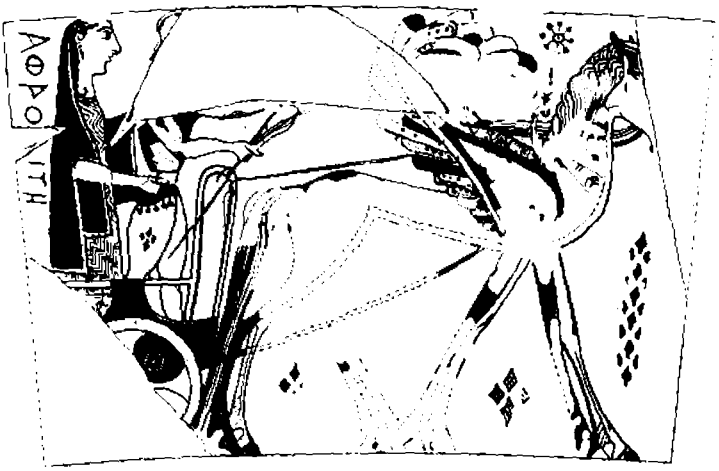
Tendré mucho que decir sobre Hefesto. Baste saber por el momento que, según una mayoría de relatos, era un maestro experto y tenaz del trabajo del metal, y sin embargo, al mismo tiempo, sólo un lisiado artesano enano. Creaba jóvenes vírgenes hechas de oro[177], que se movían como si estuvieran vivas y pensaban y hablaban y obraban. Dio forma a la primera mujer, Pandora[178]. Esta no fue su esposa, sino la de seres muy parecidos a él. La esposa de Hefesto, según Homero en su *Ilíada*[179], y según Hesíodo, era la más joven de las Gracias, Aglae, «la Gloriosa»[180]. ¿Acaso narraciones más antiguas, conocidas por estos poetas, sugerían que también Aglae era una obra de arte viviente? Pudiera ser, pues *charis* («gracia») significa también la delicia del arte. ¿O quizás el propósito de los poetas fue darle al dios herrero por esposa una Afrodita menor, en lugar de la grande? En todo caso, la diosa del amor pudo haber sido llamada asimismo Cárite en nuestra lengua. En la *Odisea*, la esposa de Hefesto era Afrodita y Ares el amante.

Un cantor del pueblo de los feacios, pueblo que estaba todavía más cerca de los dioses de lo que estábamos nosotros, narró cómo se amaron por vez primera Afrodita y el dios guerrero[181]. Eso ocurrió en el palacio del marido. Nadie lo sabía, y Ares se había empeñado mucho en violar el matrimonio de Hefesto. El Sol los vio en el acto de amor e informó enseguida al famoso maestro herrero. La noticia afligió a éste, y se refugió rápidamente en su fragua y pensó pensamientos oscuros. Instaló el gran yunque y forjó cadenas que no podían romperse ni aflojarse sino que eran invisibles, delicadas como telarañas. Las colgó de los postes de la cama y partió, o así simuló hacer, para Lemnos, su amada isla con la ciudad bellamente construida. Esa fue la oportunidad que Ares había estado aguardando. Lleno de deseo por la hermosa Afrodita entró en el palacio del herrero maestro. Ella por su parte acababa de regresar de una visita a Zeus, su padre, y estaba dentro sentada. Ares entró, la tomó de la mano y exclamó: «¡Ven, amada, acosté-

monòs y gocémonos en amor! Hefesto está lejos, se fue a Lemnos, a su pueblo los Sintios, de lengua extranjera». También ella anhelaba yacer con él. Así que fueron al lecho y luego se durmieron. Las cadenas hábilmente forjadas por Hefesto se cerraron enseguida sobre ellos, de modo que no podían mover un miembro, mucho menos ponerse en pie. Entonces supieron por vez primera que habían sido atrapados. Llegó el porfiado maestro herrero, pues el Sol todavía vigilaba y había traicionado a los amantes. En el umbral se paró el marido, loco de rabia, y llamó con voz terrible a todos los dioses:

> ¡Padre Zeus y todos ustedes, dioses bienaventurados y eternos! ¡Acudan y vean cuánta burla y vergüenza hay aquí! ¡Vean cómo Afrodita, la hija de Zeus, me escarnece continuamente porque soy un lisiado! Ella ama al perverso Ares porque es hermoso y lo son sus pies, mientras que yo cojeo. ¡Pero sólo mis padres son culpables de esto, que jamás engendrarme debieron! ¡Mas vean cómo duermen allí estos dos, aletargados de amor en mi propio lecho! Ofenden mi vista. Pienso que así yacerán todavía por un largo tiempo, pues se aman tanto el uno al otro; pero no tendrán ya deseo de continuar acostados juntos: ¡mis cadenas los retendrán fuertemente, hasta que el padre decida devolverme los dones que le di por la desvergonzada tunante! ¡Pues su hija es hermosa, pero casta no es!

Así habló, y en su palacio se reunieron los dioses, en la casa de broncíneo umbral. Acudieron Poseidón, Hermes y Apolo. Las diosas, pudorosas, se quedaron en casa. Estaban los dioses a la puerta, y una risa incesante se alzó entre ellos cuando se percataron del artificio del ingenioso Hefesto. Se decían el uno al otro: «¡Ningún bien prospera de una mala acción. El lento captura al veloz y el que es sorprendido en adulterio debe hacer reparación!» Apolo preguntó a Hermes: «¿Te gustaría yacer bajo tales cadenas con la dorada Afrodita?» Y Hermes respondió: «¡Ah, si tan sólo pudiera, gustosamente me sometería a cadenas tres veces más fuertes! Y que todos ustedes, dioses y también las diosas, viniesen y me vieran: tan de buen grado me acostaría con la dorada Afrodita». Los inmortales rieron de nuevo, todos menos Poseidón, quien rogaba al herrero maestro que liberara a Ares, prometiendo darle reparación apropiada, por cuenta de todos los dioses. Consintió de mal grado Hefesto y desencadenó a la pareja. Ellos se irguieron con celeridad, Ares en dirección a la tierra de los tracios, y Afrodita hacia Chipre, a su templo de Pafos. Allí la recibieron y bañaron las Gracias. Ungieron a la diosa con el aceite inmortal cuya fragancia se adhiere siempre a los dioses, y la envolvieron de nuevo en sus vestiduras maravillosamente hermosas y deleitables.



Afrodita y Ares

4. LA HISTORIA DE PIGMALIÓN

Se pensaba en Chipre que Pigmalión había sido rey y uno de los amantes de Afrodita. No sabemos cómo se pronunciaba su nombre entre los adoradores no griegos de la diosa, ni lo que ese nombre significaba para ellos; entre nosotros tomó también la forma «Pigmeón», que puede haber tenido el mismo significado de *pygmaios*, un enano (en tiempos primitivos otras islas del Mediterráneo oriental cercanas a Chipre estaban habitadas, según nuestras viejas narraciones, por seres que pueden ser descritos lo mismo como enanos o pigmeos que como grandes dioses. Se contaban entre ellos los Cabiros de Samotracia y los Telquines de Rodas, artesanos. En Lemnos era Hefesto otro ser como éstos).

Se contaba[182] que el rey Pigmalión se enamoró del ídolo de Afrodita desnuda, hecho de marfil; una imagen cúltica de este tipo no era rara entre los pueblos no griegos de tiempos antiguos. Pigmalión quiso casarse con la estatua y la acostó en su lecho. Esto es desde luego un fragmento de la historia. También se decía[183] que Pigmeón dio forma a la bella figura femenina en el marfil, y se enamoró profundamente de ella. En su amor desesperado rogó a Afrodita, y la diosa se apiadó de él. La estatua cobró vida, Pigmalión la hizo su esposa. Ella le dio por hija a Pafos, cuyo hijo Cíniras fundó la ciudad de Pafos, donde se encuentra el altar de Afrodita.

De acuerdo con este relato el culto de la diosa del amor sólo comenzó con Pigmalión y su creación del ídolo desnudo. Por su parte, de Pigmeón se sostiene que fue señor y amado de Afrodita, al igual que Adonis[184].

5. LA HISTORIA DE ADONIS

La historia del señor y querido de la Gran Diosa del Amor estaba relacionada entre nosotros (y también presumiblemente en los países orientales donde esta historia fue adoptada: en Siria, Chipre y Asia Menor) con la historia de un árbol, la de aquel arbusto árabe cuya goma muy fragante era tenida por los pueblos antiguos como la más valiosa entre sus tantas savias coaguladas. Llamaban «mirra» o «esmirna» a esa goma.

Dice el cuento[185] que Mirra (o Esmirna) era la hija de un rey; una hija del rey Tías, del Líbano, o del rey Cíniras de Chipre, fundador de Pafos; o bien hija de otros reyes que no es necesario mencionar. Mirra se enamoró profundamente de su padre (de lo cual se adujeron diversas razones: la ira del dios Sol, o la ira de Afrodita, pues se creía que Mirra llegó a pensar que su cabellera era más hermosa que la de la diosa; y hay otras anécdotas parecidas). La hija consiguió engañar a su padre o quizás lo embriagó, una incidencia que también se encuentra en un relato bíblico. Durmió con él como una criada desconocida durante doce noches, o tal vez menos. Finalmente, mediante la luz de una oculta lámpara, el padre descubrió quién era su pareja en la cama, y la persiguió con una espada desenvainada. Mirra había ya concebido un hijo de aquel amor prohibido y se llenó de vergüenza. Rogó entonces a los dioses que no le permitieran estar en ninguna parte: ni entre los vivos ni entre los muertos. Alguna deidad, Zeus o posiblemente Afrodita, se apiadó de ella y la convirtió en el árbol que llora su fruto en la goma aromática, el fruto de la madera: Adonis. Pues éste, el amante futuro de Afrodita, nació de la corteza hendida del árbol de mirra.

Adonis era hermoso, tanto que, apenas al nacer, Afrodita escondió al niño en un cofre y entregó éste a Perséfone para que lo guardara. La Reina del Inframundo abrió el cofre, vio al precioso niño y ya no quiso devolverlo nunca. Las dos diosas llevaron su disputa ante Zeus. El rey de los dioses dividió la posesión de Adonis del modo siguiente: durante un tercio del año viviría donde quisiera; otro tercio lo pasaría

con Perséfone; y el tercero con Afrodita. Sobre la muerte de Adonis, que cada año lo conducía hacia Perséfone en el Inframundo, la versión más común sostenía que un jabalí lo había herido de muerte cuando cazaba. Su sangre se derramó y de ella brotaron anémonas rojas; y por este motivo el arroyo Adonis, en Líbano, se tiñó de rojo[186]. Se pensaba que Artemisa o Hades habían echado el jabalí contra el mozo[187]. De ese modo, Afrodita se vio impelida a entrar en duelo por Adonis antes de que pudiera realmente poseerlo; los festivales que celebraban su afligido amor conmemoraban el día en que la diosa del amor se despedía de su joven señor. Allí yacía él herido de muerte, amado y llorado por Afrodita[188], quien en vano trataba de retenerlo. Al día siguiente se remontaba Adonis por el mar y por el aire. Era sin embargo costumbre decir que estaba todavía vivo. Las mujeres le ofrendaban luego pequeños «jardines»: un símbolo y una expresión plástica, común en nuestra lengua lo mismo que en otras, para aludir a sus propias feminidades. En los altares orientales se entregaban ellas a los extranjeros; la que no lo hacía debía al menos sacrificar su cabellera a Adonis.

6. AFRODITA Y ANQUISES

Las historias sobre la Gran Diosa del Amor que hasta ahora he narrado, tenían lugar en las zonas sudorientales de nuestro mundo griego; esto es, en Chipre y en Siria. El escenario del relato siguiente es la región de Troya, en Asia Menor. Afrodita aparece allí acompañada por animales salvajes. Esto la relaciona con la «Madre de los Dioses», a quien describiré luego para así concluir mi presentación de las deidades que o bien eran preolímpicas o al menos permanecían alejadas del Olimpo. La historia nos fue legada en un himno atribuido a Homero[189].

Había tres diosas sobre las cuales Afrodita no tenía poder alguno: Atenea, Artemisa y Hestia. Todos los demás dioses y diosas sucumbían a ella, quien impelía incluso a Zeus a enamorarse de mujeres mortales y a rechazar a su propia esposa-hermana Hera, hija de Kronos y Rea. Por esa causa Afrodita fue a su vez urgida por Zeus a enamorarse del pastor Anquises. Pastoreaba éste su ganado en las alturas del monte Ida, y era tan hermoso como los inmortales. Afrodita lo contempló y el amor hizo presa de ella. Entonces se apresuró a Chipre, a su templo en Pafos; cerró tras sí las puertas del templo, se

hizo bañar por las Gracias, que la ungieron con el aceite de los inmortales, cuya fragancia se adhiere a los dioses eternos. Con hermosas vestiduras y ornada de oro volvió rápidamente a Troya, al monte Ida, a la madre de los animales salvajes.

Se abrió camino a través de las montañas hacia los cobertizos del ganado. Balanceando sus colas venían tras ella lobos grises, leones de mirada feroz, osos y rápidos leopardos, insaciables en su hambre de gacelas. La diosa se regocijó al verlos y llenó de amor sus corazones, de modo que todos se ayuntaron en parejas a la sombra de los bosques. Entró así en la barraca de los pastores y encontró a Anquises solo; caminaba éste de un lado a otro y tocaba un laúd. Afrodita se apareció ante él en forma de una doncella mortal, tierna y hermosa. Anquises la contempló, atónito por su belleza, su estatura y su espléndido ropaje. Ella vestía un traje rojo, más deslumbrante que el fuego; sus pechos brillaban maravillosamente, como si los bañase la luz de la luna. El amor se apoderó de Anquises y le habló a la diosa. La saludó como a una inmortal, le prometió altar y sacrificios, le suplicó bendición para él y para su descendencia. La diosa al punto le mintió, le dijo que era una doncella mortal, una princesa frigia que podía hablar también la lengua de los troyanos. Hermes, dijo, la había sacado del coro de Artemisa en el que ella bailaba con sus compañeras y con las ninfas, y la había transportado desde Frigia por el aire, al monte Ida; pues fue emplazada, tal había dicho el dios mensajero, a convertirse en la esposa de Anquises. Pero ella deseaba que el pastor no la tocara hasta que la hubiese mostrado a sus padres y hermanos, de quienes ella debía ser nuera y cuñada; y quería también enviar a sus propios padres un mensaje concerniente a la dote, antes de que la boda fuera celebrada.

Estas palabras de la diosa provocaron en Anquises un amor todavía mayor. «¡Si eres una doncella mortal y estás destinada a ser mi esposa, entonces ni dios ni hombre alguno me apartarán de ti. Aun si Apolo debiera darme luego muerte, deseo amarte ahora, enseguida, y morir después!» Así exclamó el pastor, a tiempo que tomaba la mano de Afrodita. Ella lo siguió a su lecho, volteándose una y otra vez como si procurara retirarse, y abatiendo sus ojos encantadores. Sobre sábanas suaves descansaban allí pieles de osos y leones que el mismo Anquises había cazado. Quitó a su novia los adornos, le soltó el cinturón y la desnudó. De acuerdo con la voluntad de los dioses, yació el mortal con la diosa inmortal, sin saber lo que hacía. No fue sino a

la hora en que debían regresar los otros pastores cuando Afrodita despertó a su amante dormido y se le mostró en su verdadera forma y belleza. Anquises se espantó cuando vio sus ojos deleitosos. Se apartó de ella, se cubrió el rostro y le suplicó lo salvara. Pues ningún hombre mortal conserva por el resto de su vida la salud cuando ha dormido con una diosa.

Se contaba además que Afrodita profetizó el mayor bien para el hijo que concibiera de Anquises, lo mismo que para sus descendientes. El hijo fue Eneas, quien sería famoso más tarde entre nuestros vecinos italianos como fundador de la nación latina. De su parte la diosa lamentó haberse entregado a un mortal. Anquises no debía revelar a nadie que la madre de su hijo era ella, de ese hijo que las ninfas le traerían a Anquises como si el niño perteneciera a una de ellas. Si Anquises no guardaba el secreto, el rayo de Zeus lo alcanzaría. Existe la anécdota de Anquises lisiado más tarde por el golpe de un rayo[90]. Pero también hay la versión de que fue castigado con la ceguera por haber visto desnuda a la diosa. Las abejas le aguijonearon los ojos[91].

7. SOBRENOMBRES DE AFRODITA

Nuestra mitología ha perdido muchísimas historias relativas precisamente a aquellas deidades que nos son más conocidas. La sustancia de los relatos estaba contenida en la figura de la deidad misma, pero ningún relato aislado podría presentar a la figura completa en todos sus aspectos. Los dioses vivían en el alma de nuestros ancestros, por lo que sus figuras no se agotaban al entrar en algunas de sus historias tomadas aisladamente. Y sin embargo, cada relato contiene, ahora como entonces, alguna parte viva de ellos, un fragmento que contribuye a sus configuraciones totales. Las historias, por su parte, no podrían estar contenidas por completo en una sola palabra, en el nombre o en alguno de los sobrenombres de la divinidad en cuestión. Pero están hasta cierto punto comprendidas en esos nombres: la historia del nacimiento de Afrodita está por ejemplo contenida en su sobrenombre «Anadiómena». Es por esta razón que, tal como han sido preservados, esos sobrenombres son necesarios para una comprensión de nuestra mitología. En el caso de Afrodita, debemos mencionar por lo menos algunos otros de sus nombres, a fin de iluminar todos los aspectos de nuestra Gran Diosa del Amor.

En nuestra lengua la palabra *aphrodite* adquirió el significado de «placer amoroso». Este don de la diosa aparece en los viejos poetas acompañado por el adjetivo *chruse*, «dorado». Esto no debe sin embargo entenderse en un sentido demasiado estrecho, pues dicho adjetivo expresa también la atmósfera completa de Urania, la «Celestial» oriental, quien en Chipre también llevó el sobrenombre de Eleemon, «la compasiva». La atmósfera así revelada se ve ya restringida cuando nos encontramos con las cortesanas del viejo culto a la diosa, entre las cuales la diosa misma es una de ellas: Afrodita Hetaira o Porne. Fue en esta atmósfera limitada donde brotaron las obras de arte que representaban la belleza de la diosa como «Calíglutos» o «Calípige»: «La de hermosos glúteos», con su traje alzado; esto ocurrió en una época en que nuestros escultores habían conseguido disipar el terror que hasta entonces protegía la desnudez de la diosa en su baño. En Esparta, donde las mujeres disfrutaban de gran libertad en asuntos de amor, Afrodita tenía el sobrenombre «Querida» o «Dueña», que también era nombre de la esposa-hermana de Zeus, por lo que se la llamaba allí Afrodita Hera. En un altar espartano se la adoraba bajo dos títulos: o bien Afrodita Enoplios cuando porta armas, o bien, si con cadenas, Afrodita Morfo: «la bien formada» o «la de diversas formas», que tal vez fuera otro nombre para aquella Eurínome, madre de las Gracias, quien era biforme y estaba encadenada, como contaré dentro de poco. También en Esparta era Afrodita llamada Ambológera, «la que pospone la vejez». En Atenas tenía sus propios jardines como *Aphrodite en kepois* y era venerada como Urania y como la Moira más antigua. En el cabo Colias, sobre la costa del Ática, Afrodita era asimismo Genetilia, que, al igual que la *Venus Genetrix* de los latinos, era una diosa del nacimiento. Presidía un grupo de tres diosas y recibía como Hécate sacrificios de perros. Una hermosa vasija pintada la muestra cabalgando un cisne, y en tanto Epitragidia se sentaba sobre un buco o cabrón.

Otro aspecto de Afrodita, con el que también debe haber tenido algo que ver el cabrón, está expresado en sobrenombres como Melaina y Melainis, «la Negra», y Escocia, «la Oscura». En la medida en que esto se refiere a la oscuridad que el amor busca, este aspecto está conectado con el ya descrito. Pero la Afrodita negra puede igualmente estar asociada con las Erinias, entre las cuales se cuenta a veces. Sobrenombres como Andrófonos, «asesina de hombres»; Anosia, «la impía»; y Timbóricos, «la excavatumbas», indican sus potencialidades siniestras y peligrosas. Epitimbidia es en realidad Afrodita «sobre las

tumbas». Se le invoca como Reina del Inframundo bajo el nombre de Persefesa. Adopta el título de Basilis, «Reina». Su sobrenombre Pasifesa, «la que brilla de lejos», la asocia también con la diosa lunar. Todas estas características evidencian que en una época existieron relatos que identificaban a la diosa del amor con la diosa de la muerte, un ser comparable a la *Venus Libitina* de los romanos.

La forma masculina del nombre de Afrodita: Afroditos, nos lleva a presuponer otro grupo de relatos. Con un nombre parecido era venerada en Amato (Chipre), donde se la pintaba barbada. Dentro de poco presentaremos el sexo doble de la Madre de los Dioses en Asia Menor y más tarde el de Hermafrodito, una figura que resultó de esta característica de la Gran Diosa del Amor.

V. La Gran Madre de los Dioses y sus consortes

El título de Gran Madre, o el de Madre de los Dioses, o el que combina ambos nombres a la vez, fue dado a una sola de las hijas de Gea y Urano: a Rea, quien parió de Kronos los tres dioses regentes del mundo, Zeus, Poseidón y Hades, y las tres diosas, Hera, Deméter y Hestia. Tal fue el origen de la generación, más reciente, de los dioses olímpicos, y es por eso que la diosa de la que todos ellos descienden puede muy bien llamarse la Gran Madre de los Dioses. Derecho aún mayor a este título posee por supuesto la Madre Tierra, Gea, quien produjo de sí incluso al Padre Urano. De hecho fue sólo en la genealogía hesiódica que se hizo una distinción tan fuerte entre Gea y Rea, con el resultado de que la primera vino a ser madre de la última. Pero las historias sobre Rea presuponen que fue ella la Primera Madre y ella quien produjo sus auxiliares y compañeros masculinos, bien extrayéndolos de la tierra, o, según otras historias, habiendo sido fertilizada por la divinidad del cielo.

No hay duda de que Rea no fue *nuestra* Gran Madre más de lo que fue sólo nuestra la Gran Diosa del Amor (entre nuestros vecinos orientales de Asia Menor y Siria y en regiones todavía más lejanas, no es siempre fácil distinguir entre las dos). En Asia Menor particular-

mente, Rea fue venerada como *Meter Oreia*, «Montaña Madre», para mencionar sólo uno de sus muchos nombres, los que casi siempre se formaban a partir del nombre de una montaña e indicaban relación con un paisaje montañoso: nombres tales como Berecintia, Dindímena, Idea. En el territorio de Asia Menor, origen de la diseminación de su culto y desde donde llegó a nosotros en realidad, fue llamada, en Frigia, Matar Kubile, que da en nuestra lengua Cibeles. Se la puede reconocer también en la Señora de las Bestias cretense, quien aparece en la cima de una montaña flanqueada por dos leones. Pero su bien conocida figura entronizada proviene sin embargo inicialmente de la Madre de los Dioses frigia. Está usualmente adornada con una corona de murallas, como con una ciudad sobre su cabeza, y juega con un león o conduce un carro tirado por leones.

Su procesión festiva incluía seres masculinos que le acompañaban en su danza extática y salvaje, bajo el tono estridente de los «instrumentos de tierras altas»: flautas, címbalos, tamboriles, cascabeles y también, en los tiempos más antiguos, bramadores. Esos seres pueden haber sido hombres originalmente, pero imitaban a unos espíritus divinos tales como los que en nuestra lengua se denominan *daimones*, «demonios». En Frigia se llamaba Berecindes a los divinos sirvientes de la diosa. El nombre más conocido era sin embargo «Coribantes». Mencionaré a continuación los nombres que entre nosotros tenían divinidades similares a esos servidores de la Gran Madre; tales nombres son casi todo lo que ha sobrevivido de los relatos de la Gran Madre. Casi siempre sus servidores fueron identificados con los Coribantes, quienes por lo tanto no desempeñan rol particular alguno en los relatos que ahora contaré.

1. DÁCTILOS IDEOS Y CURETES

He contado ya cómo Rea llegó a Creta cuando estaba en trance de dar a luz a Zeus, *el futuro padre de dioses y hombres*, y cómo ocultó allí al niño en una cueva del monte Egeón, cerca de Licto[192]. Otros lugares además de esa montaña y esa cueva reclaman haber sido el sitio de nacimiento y crianza de nuestro dios supremo; el monte Dicte y el monte Ida, cada uno con una gruta de difícil acceso, tuvieron según se cree ese honor. La última de las mencionadas montañas, que está en Creta, tenía el mismo nombre del monte Ida en Asia Menor, querencia de la Gran Madre de los Dioses. La

montaña cretense es escenario de la siguiente historia: Rea esperaba en el Ida el momento del parto[193]. Cuando éste llegó y empezaron los dolores, se apoyó, atormentada, en el suelo, con ambas manos. Enseguida brotaron de la montaña tantos espíritus o deidades como dedos tenía la diosa. Estos seres la rodearon y asistieron el nacimiento. Fueron llamados Dáctilos Ideos, «Dedos Ideos», por el monte Ida y por los dedos de Rea; pero también fueron llamados Curetes o Coribantes (ya dije que los consortes de la Madre de los Dioses en Asia Menor eran denominados Coribantes). El nombre Curetes significa «jóvenes»: eran tres por lo regular, estaban armados de escudo y espada y llevaban a cabo un baile guerrero en torno al recién nacido hijo de Rea. Produjeron en aquella ocasión un estrépito con sus armas de hierro, para ahogar los vagidos del bebé, de modo que Kronos no pudiera escucharlos. También se contaba que los Curetes surgieron de la tierra después de la lluvia[194], o de las lágrimas del niño divino[195]. Estaban estrechamente asociados con el niño divino (el *kouros*), y se suponía además que eran hijos de los Dáctilos[196].

Daktulos significa literalmente «dedo», y por esta razón son diez en la historia que acabo de contar, mientras que los Curetes son tres. Había sin embargo historias de nueve Curetes o de pueblos enteros de Curetes, de nueve o diez Coribantes y de cien Dáctilos Ideos. Más aún, en otros cuentos el número de Dáctilos Ideos era diferente y también variaban de naturaleza entre sí mismos. Se contaba que había veinte Dáctilos de la mano derecha y treinta y dos de la izquierda[197]; que los de la mano derecha habían sido guerreros, y magos los de la izquierda; o que los de la mano izquierda habían producido hechizos y los de la mano derecha habían roto hechizos; o que los de la mano derecha fueron hombres que descubrieron el hierro e inventaron la metalurgia, y los otros fueron en realidad sus hermanas[198]. En algún otro lugar se mencionan cinco Dáctilos Ideos; tres de ellos tienen nombres cónsonos con destrezas curativas: Peonio, Epimedes, Yasio; el cuarto se llamaba Idas. Tenían por jefe a Heracles, no el hijo de Zeus y Alcmena, se nos aseguraba, sino el Dáctilo Ideo que inauguró los Juegos Olímpicos al inducir a sus cuatro hermanos a correr unos contra otros. Por lo demás, existía un relato de sólo tres Dáctilos, quienes servían a la Gran Madre frigia; y este número preciso tiene en dicha historia una significación particular, lo mismo que en tantas otras ocasiones.

Los tres Dáctilos Ideos, servidores de Adrastea (que así se llama la Gran Madre frigia en esta historia[199]), fueron Celmis, Damnameneo

y Acmón. Ellos fueron los primeros guerreros, hombres salvajes, nacidos de la tierra, primitivos, y al mismo tiempo herramientas: Acmón quiere decir «yunque»; Damnameneo significa «el que obliga», en este caso el martillo; lo más probable es que Celmis signifique «cuchillo». Este último fue el desafortunado de los tres hermanos, entre el yunque y el martillo. Se contaba que el muchacho Celmis había sido un leal camarada del pequeño Zeus, pero había insultado a Rea, quien era su madre lo mismo que la de Zeus. En castigo fue convertido en acero, que es lo que le ocurre al hierro entre yunque y martillo cuando va a ser transformado en un buen cuchillo[200]. Se decía también que los otros dos hermanos eran hostiles hacia él[201]. La misma relación se encuentra en una cierta historia de tres Coribantes, historia que pronto diré.

En el relato que menciona dos Dáctilos[202], se hace destacar especialmente que ellos se sentaron junto a la Madre Idea, compartieron su trono y fueron, entre todos los muchos Cabiros, los «conductores de las Moiras». Se llamaban Ticias y Cileno; puede que estos nombres aludan al carácter pronunciadamente fálico de los Dáctilos y describan dos figuras que eran simplemente falos. Se contaba[203] que la ninfa Anquíale (otro nombre de la Gran Madre) los hizo surgir en la cueva Dictea cuando presionó la tierra con ambas manos en su aflicción (como se recordará ella se apoyó fuertemente en la tierra durante sus dolores de parto). Según este relato, sin embargo, no fueron diez sino dos los «Dedos» que brotaron bajo la mano de la diosa, a quien en lo sucesivo acompañaron. En todas estas historias los Dáctilos eran asistentes e instrumentos de la Gran Madre, obstetras, herreros y magos; también se les puede describir como artesanos enanos, en vista de sus cortas estaturas.

2. CABIROS Y TELQUINES

También los Cabiros eran servidores, ministros de la Gran Madre. Se sabía desde tiempos antiguos[204] que se llamaban Cabiros por el Monte Cabiro en la región de Berecintia, que pertenecía a la Gran Madre frigia, y que de allí se trasladaron a su sagrada isla: Samotracia. Sus nombres nos sonaron siempre extranjeros y deben haber pertenecido a la misma lengua bárbara que se conservó en Samotracia como idioma de la religión y misterios de los Cabiros. Tal vez estaba empa-

rentada con la lengua de los antiguos habitantes de Lemnos, los adoradores de Hefesto, hablantes de una lengua extraña. Se contaba que los Cabiros eran los Dáctilos Ideos[205], que viajaron de Frigia al occidente y cuyas prácticas mágicas hicieron de los habitantes de Samotracia los primeros conversos a sus cultos secretos. Se creía además que Orfeo había sido uno de sus discípulos por aquellos tiempos. Se rumora que la misma Madre de los Dioses estableció a sus hijos, los Coribantes, en Samotracia[206]; pero a nadie le estaba permitido revelar quién era el padre, ya que eso sólo se decía en el culto secreto. En todas estas historias los Dáctilos, los Curetes, los Coribantes y los Telquines son a veces sólo algunos seres primitivos y a veces pueblos primitivos enteros, quienes, en comparación con el gran tamaño de la Madre, eran, como he dicho, de estatura diminuta.

Y sin embargo los Cabiros eran llamados entre nosotros *megaloi theoi*, «grandes dioses». Así los invocaban nuestros marinos, como a dioses salvadores en momentos de peligro. Se les llamaba también Curetes y Coribantes, y en Lemnos también Hefestos, en plural. En la tierra firme opuesta (es decir, en Macedonia) se contaba la siguiente historia sobre ellos[207]: había una vez tres Coribantes, tres hermanos, dos de los cuales asesinaron al tercero. Envolvieron la cabeza del hermano asesinado en un manto púrpura, la trenzaron y la llevaron en un escudo de bronce al pie del Monte Olimpo, donde la enterraron. Estos mismos dos hermanos llevaron también el cesto de los Misterios contentivo de un falo, el miembro viril de Dionisos, al país de los etruscos. No es mucho lo que sabemos de las historias que se contaban en las islas, excepto nombres y genealogías. Cabiro, madre de los Cabiros, aquella cuyo nombre se traducía en nuestra lengua como Rea, Deméter, Hécate o Afrodita, era una hija de Proteo[208]; al menos, eso se decía en Lemnos. Cabiro dio por hijo a Hefesto el niño Cadmilo. Este último engendró tres Cabiros y tres Ninfas Cabíricas. Esta genealogía no menciona dos hermanos particulares. Por otra parte, en Samotracia se levantaban dos estatuas fálicas de bronce, semejantes a nuestras estatuas de Hermes, flanqueando la entrada al Sanctasanctórum. Se decía que eran hermanos gemelos, hijos de Zeus: los Dióscuros[209]. En el Sanctasanctórum mismo se erguía (esto puede adivinarlo incluso un no-iniciado) el tercer hermano, quien era venerado como un pequeño y como un gran Cabiro al mismo tiempo: como un pequeño Cadmilo y como el grande y misterioso Córibas. Su relación con la Gran Madre era un secreto. Pero se ha dicho que también era secreto el pa-

dre de los Coribantes, pese a lo cual se revelaba en una genealogía que los Cabiros y sus Ninfas descendían de Cadmilo. «Coribantes» y «Cabiros» son dos nombres bien conocidos para designar a los mismos seres. El niño Cadmilo y el padre de los Cabiros parecen haber sido una y la misma persona. En esto reconocerán ustedes una identificación mediante la cual la Gran Madre se conecta doblemente con su hijo menor; éste es tanto su esposo como su niño. Tal relación entre ambos se encuentra muy a menudo en anécdotas concernientes a nuestros Misterios. Los nombres que han llegado a nosotros de las cuatro divinidades de Samotracia: Axíero, Axiocersa, Axiocerso y Cadmilo, eran tenidos por idénticos a Deméter, Perséfone, Hades y Hermes, respectivamente[210].

Los Cabiros de Lemnos eran herreros; por esto se les llamaba Hephaistoi. De seres de este tipo, como también de la cualidad de dioses marinos que es común a todos ellos, nos dicen más los relatos sobre los Telquines, aunque también esos relatos, y en especial los más antiguos, hayan desaparecido casi totalmente. «Telquines» era el nombre que se daba en la isla de Rodas a seres similares a los que ya he mencionado bajo tantos otros apelativos. Pero los Telquines tenían un carácter inframundano más marcado: eran famosos como magos malignos y guardaban celosamente los secretos de su arte[211]. Por otra parte, fueron ellos quienes hicieron las primeras imágenes de los dioses[212]. Se contaba además[213] que eran nueve en total y que llegaron a Creta con Rea para criar al niño Zeus. Eran sin embargo más conocidos como los que criaron a Poseidón[214], tarea en la que recibieron ayuda de la hija de Océano que se llamaba Cafira (ese nombre delata la antigua identidad de estas divinidades con los Cabiros). Rea encargó a Cafira y a los Telquines el cuidado de la crianza del niño Poseidón (volveré sobre esta historia más tarde). Había también relatos de una hostilidad entre los Telquines y Apolo[215], hostilidad que resultó en la destrucción de los dioses mayores por el más joven. Para nosotros el dios solar gobernaba como deidad suprema sobre Rodas, isla que Zeus le diera en posesión[216]. De acuerdo con otro relato[217] los Telquines barruntaron la llegada del Diluvio y por ello salieron de Rodas. Se les representa, al igual que al resto de los Dáctilos, como un pueblo primitivo, si bien originalmente fueron un pequeño grupo de servidores de la Gran Madre.

3. LA HISTORIA DE ATIS

No puedo omitir la única historia detallada que conocemos de un servidor de la Gran Madre, incluso si esa historia no es griega. La Madre de los Dioses a la que en ella se alude es enteramente frigia. Aparece allí con el nombre Agdistis, por la roca Agdos cercana a Pesinunte, ciudad consagrada a ella. Su amante Atis era menos griego todavía que Adonis, el querido de Afrodita. En otros aspectos las dos parejas muestran algunas semejanzas, sobre todo si se tiene en mente que, en Amato, la diosa del amor era además de doble sexo. El hermafroditismo de la Gran Madre asiática se refleja entre nosotros en el hecho de que, por una parte, se la identificó con nuestra virgen cazadora, la diosa Artemisa, y entonces se le conocía como Megale Artemis: «la gran Artemisa»; y en que, por otra parte, se la representaba con muchos senos, como una Gran Madre. En la versión que se nos contaba de su historia frigia también nuestros dioses desempeñaban una parte; pero eso no es más que un asunto de nomenclatura. Cuando «Zeus» interviene en el cuento, puede entenderse que el nombre alude a Papas, el dios frigio del cielo.

La peña de Agdos, así dice el relato[218], había tomado la forma de la Gran Madre. Sobre ella cayó Zeus dormido. Mientras dormía, o mientras forcejeaba con la diosa, su semen se derramó sobre la roca. Al décimo mes la peña vociferó y parió un ser indómito y salvaje, de doble sexo y doble concupiscencia, llamado Agdistis. Con cruel regocijo Agdistis expoliaba, asesinaba y destruía todo lo que escogía, sin cuidarse de dioses ni de hombres y sin tener por más poderosos sobre la tierra o en el cielo a otra que a sí misma. Los dioses deliberaban con frecuencia sobre cómo domeñar esta insolencia. Cuando todos se hallaban indecisos, Dionisos se hizo cargo de la tarea. Había una cierta fuente a la que Agdistis acudía para aplacar su sed cuando el juego y la cacería la sofocaban. Dionisos convirtió en vino el agua de la fuente. Llegó Agdistis corriendo, impelida por la sed; bebió con avidez el extraño licor y cayó por fuerza en el sueño más profundo. Dionisos observaba; hizo con destreza una cuerda de pelos, y ató con ella a un árbol el miembro masculino de Agdistis. Al despertar de su ebriedad, el monstruo se irguió violentamente y su propia fuerza lo castró. La tierra bebió la sangre que corría y junto con ella las partes desgarradas. De éstas brotó enseguida un árbol cargado de frutos: un almendro, o

un granado según otra versión. Nana, la hija del rey o dios-río Sangario (Nana es otro nombre de la gran diosa de Asia Menor), vio la belleza del fruto, lo cogió y lo ocultó en su regazo. El fruto desapareció y Nana concibió de él un niño. Su padre la encarceló, pues era mujer desflorada, y la condenó a morir de hambre. Pero la Gran Madre la alimentó con frutos y con comidas de los dioses. Parió así un varoncito, a quien Sangario echó al descampado para que muriera. Un chivo macho atendio al bebé, quien, una vez encontrado, fue nutrido con un licor llamado «leche de cabra macho». Se le puso por nombre Atis, bien porque *attis* es palabra lidia para un muchacho hermoso, o bien porque *attagus* era designación frigia para el chivo.

Atis fue un muchacho de maravillosa belleza. El cuento dice que Agdistis se enamoró de él. La deidad salvaje se llevó de cacería al crecido mozalbete, lo condujo al paraje más inaccesible y le dio despojos de la caza. Midas, rey de Pesinunte, intentó separar a Atis de Agdistis y con este fin dio al joven su propia hija como esposa. Agdistis apareció en la boda y enloqueció a los participantes con las notas de una siringa. Atis se castró bajo un pino, gritando: «¡A ti, Agdistis!» Y así murió. De su sangre brotaron violetas. Agdistis se arrepintió luego y suplicó a Zeus que devolviera a Atis a la vida. Todo lo que Zeus pudo conceder, en acuerdo con Destino, fue que el cuerpo de Atis no se pudriera nunca, que sus cabellos siguieran siempre creciendo y que su dedo más pequeño permaneciera vivo y se moviera por sí solo.

VI. Zeus y sus esposas

Para no dar una imagen del todo extraña de la mitología griega, debo ahora pasar a los relatos sobre Zeus y sus esposas. Sólo con el acceso de Zeus al poder, con la aparición de su rostro masculino, se volvió *nuestra* esta mitología, la mitología que en tiempos posteriores fue siempre reconocida como específicamente griega. No debemos sin embargo olvidar los relatos dominados por las figuras de las grandes diosas: la Poderosa Diosa Triple (llamada Hécate usualmente), la Compasiva Afrodita y la Madre Rea. Sin esas historias la imagen sería igualmente falsa.

Zeus no llegó al poder simplemente porque derrotara a los titanes, victoria que en realidad debió a la Madre Gea y a algunos de los hijos de ésta. En mucha mayor medida su predominio se funda en matrimonios, en alianzas con las hijas y nietas de Gea. Entre esas alianzas Hesíodo menciona en primer término su unión con Metis y deja de último su matrimonio con Hera. En el recuento de esos matrimonios que haré a continuación, empezaré con Hera, valiéndome de una vieja historia a la que se refiere Homero, si bien la historia misma está hoy olvidada. Las que se refieren a Metis y a otra famosa esposa de Zeus, Leto, aparecerán algo más tarde, junto con las narraciones sobre sus todavía más famosos hijos. Antes de referir las historias de los matri-

monios de Zeus, déjenme empero hablarles primero de Hestia, quien fuera la hija mayor y primer brote de Kronos y Rea, pero que después se convirtió también en el último de esos hijos, puesto que el padre la devoró la primera y la vomitó después que a todos los demás.

Hestia fue pretendida por uno de los tres hermanos, Poseidón, y por uno de los nuevos dioses, Apolo[219]. La cortejaron en vano, porque después de la derrota de los titanes ella le había pedido a Zeus la dignidad de permanecer virgen y de recibir la primera víctima de todo sacrificio; y Zeus le concedió lo que quería. Hestia obtuvo como lugar sagrado el punto central de la casa, el hogar, que es asimismo el significado de su nombre. Más aún, recibió no sólo el primer sacrificio, sino también el último en toda asamblea ceremonial de los mortales. Se contaba aquí y allá que había sido atacada por Príapo o por algún otro dios fálico[220]. Pero ninguna historia nos dice que Hestia haya nunca tomado marido o que hubiera sido alguna vez arrancada de su morada fija.

1. NACIMIENTO E INFANCIA DE ZEUS

He hablado más de una vez del nacimiento de Zeus. Pero es imposible evitar darse cuenta de que las historias de su nacimiento que conservamos, se deslizan con notoria prontitud hacia la guarda y nutrición de Zeus en tanto niño divino. Es decir, el nacimiento comienza con los dolores de parto de la Gran Madre de los Dioses, pero ella queda enseguida envuelta en la oscuridad de la noche: una historia que contrasta con la del nacimiento de Apolo, pues éste ocurre, por así decirlo, a los ojos de todo el mundo. Rea llegó a Licto, Creta, durante la noche profunda[221], y ocultó a su hijo en la cueva del Monte Egeón. Según otra versión[222], Zeus nació en Arcadia, en el Monte Liceo, en cuya cima, sagrada región de Zeus Licaón («Zeus lupino»), ninguna criatura proyecta sombra[223]. Rea bañó al recién nacido en la fuente del río arcadiano Neda[224], que rompió a manar especialmente para este propósito, y se fue luego con él rápidamente a Creta, donde tres ninfas dicteas del fresno: las Diktaiai Meliai, hicieron de nodrizas del niño divino. Esas ninfas eran las compañeras de aquellos curetes o coribantes que en otros relatos tomaron a su cargo al niño Zeus. Había desde luego otras cuevas en Creta que se decía habían desempeñado una parte en la historia del nacimiento e infancia de Zeus. Además de la

Zeus

cueva en el Monte Egeo («Monte de la Cabra»), se mencionaba también a las grutas Dictea e Idea. Una de ellas fue el escenario del nacimiento del niño, la otra el de su nutrición y protección. Junto a las diosas que aparecían en los variados relatos como nodrizas de Zeus, también algunos animales podían alegar haber alimentado al dios: una cabra hembra y una puerca[225], abejas y palomas[226]. De los muchos cuentos sobre el tema diré primero el único que no tiene por escenario a una cueva.

Las tres hijas de Rea: Hestia, Deméter y Hera, existían ya cuando la Gran Madre parió a sus tres hijos varones. Decía a continuación la historia: cuando Rea dio a Kronos el hijo más reciente, Zeus, Hera pidió a su madre que dejara al niño bajo su cuidado[227]. De acuerdo con esta versión, Kronos ya había arrojado a Hades al Tártaro y a Poseidón a las profundidades del mar. Esta vez, al conminar a Rea a mostrarle lo que había parido, ella le ofreció una piedra envuelta en pañales. Él se la tragó; pero enseguida se dio cuenta del truco que le habían jugado y empezó a buscar a Zeus por toda la tierra. Entre tanto, Hera se había llevado a Creta a su futuro marido, y Amaltea (el ser con más frecuencia nombrado como nodriza de Zeus) colgó la cuna de la rama

de un árbol, de modo que el niño no pudiera ser descubierto ni en el cielo ni en la tierra ni en el mar. A fin de que Kronos no pudiera escuchar los vagidos de su hijo, reunió después un grupo de muchachos, les dio escudos y lanzas de bronce y los hizo bailar en torno al árbol mientras producían un enorme ruido. Esos muchachos eran llamados Curetes, o Coribantes en otras historias.

En otra versión del mismo relato, Adrastea depositó al bebé en una cuna dorada[228] y le dio una pelota de oro[229]. Fueron Adastrea e Ida las nodrizas y guardianas de Zeus[230]. Esos eran dos nombres de la misma Rea, que también se llamaba Meter Idaia. Adrastrea («la inevitable»: tal era en nuestra lengua un significado posible de su nombre) será mencionada de nuevo en una de las historias órficas. Su áureo regalo se refería al futuro dominio del mundo por parte de Zeus. Según otro relato[231], el niño fue alimentado por Amaltea y Melisa, hijas del rey cretense Meliseo. Melisa lo nutrió con miel, pues su nombre significa «abeja»; y como ya he mencionado, había una historia en la que Zeus era amamantado por abejas.

La gente hablaba de una sagrada gruta de abejas en donde Rea parió a Zeus[232]. Ningún dios u hombre podía acceder al lugar. Cada año, en cierto período, una gran llamarada brotaba de la cueva. Eso ocurría en momentos en que fermentaba la sangre derramada en el nacimiento del dios. Esa gruta estaba habitada por abejas sagradas, nodrizas de Zeus. Cuatro hombres audaces, llamados Layo, Celeo, Cerbero y Egolio, trataron una vez de entrar a la cueva y robar tanta miel como pudieran. Se revistieron de armaduras de bronce para protegerse de las abejas y llegar a la miel; vieron entonces los pañales de Zeus y la sangre, ante lo cual las broncíneas láminas cayeron de sus cuerpos. Un viejo vaso pintado los muestra desnudos, siendo atacados por abejas gigantescas. Se decía que Zeus había dado a estas abejas su color bronceadorado, y también su notable vigor, en agradecimiento por haberlo amamantado. El dios convirtió a aquellos hombres en pájaros que llevan sus mismos nombres. No pudo fulminarlos con su rayo porque en aquella cueva no podía morir nadie.

Se decía que Amaltea le dio a beber de su famoso cuerno. A juzgar por su forma, era el cuerno de un toro, prototipo de una vasija que nosotros llamábamos *rhyton*, que se suponía debía uno vaciar de un trago, pero era imposible. Perteneció originalmente a la cabra de Amaltea[233]. En algunas versiones Amaltea misma era la cabra y habría nutrido a Zeus con su leche. Museo, de quien se dice que fue hijo y

discípulo de Orfeo, sostuvo que la cabra era hija del Sol, pero tan horrible que los dioses en torno a Kronos imploraron a Gea que escondiera la espantosa criatura en una gruta cretense[234]. Fue así puesta al cuidado de Amaltea, quien amamantó a Zeus con la leche de esa cabra. Cuando el niño divino creció y estuvo en capacidad de luchar contra los titanes, no tenía armas. Por consejo de un oráculo que debe haber recibido de Gea, Zeus mató a la cabra, con cuya piel se hizo invulnerable y que además tenía del lado interno la apariencia terrorífica de la Gorgona. Además se contaba que un hijo de la cabra, de nombre Egipán (es decir, el dios Pan en su cualidad de cabra macho, que ya nos hemos encontrado en la historia de Tifeo), fue alimentado junto con Zeus. Ayudó a Zeus contra los titanes haciendo resonar su cuenco o cuerno, con el que los llenó de terror pánico[235].

En este punto debemos contar una historia sobre el águila de Zeus[236]. Había un muchacho llamado Aeto, «águila», quien, como el dáctilo ideo Celmis, de quien ya he hablado, nació de la tierra y, lo mismo que Celmis y que el ya mencionado Egipán, se suponía que había sido un compañero de juegos de Zeus niño. Aeto era hermoso y Hera lo convirtió en águila porque sospechaba que Zeus lo amaba. Una historia parecida se contaba de Ganímedes[237], un hermoso hijo del rey de Troya que por su belleza fuera robado por el águila de Zeus, portadora del rayo, habiéndosele convertido después en copero de los dioses.

2. ZEUS Y HERA

Si nos atenemos a la mayoría de las historias, la verdadera esposa de Zeus fue su hermana Hera, nombre este que en nuestra lengua alguna vez debió haber querido decir «la señora». Como dije hace poco, Hera escogió por marido a su hermano menor tan pronto como éste naciera. Hay una referencia al rol dominante desempeñado por la diosa en esta alianza en aquel canto de Homero[238] donde Hera sonsaca a Zeus para que repitan su boda en el Gárgaro, la cresta más elevada del Monte Ida, en el Asia Menor. Esa historia de la seducción y adormecimiento de Zeus tiene también un lugar en nuestra mitología, pero Homero le da un propósito especial. No contaré ahora por tanto esa historia tal como Homero lo hace, sino sólo algunas partes que rememoran relatos más viejos.

La seducción requería un hechizo amoroso. Hera visitó por ello a Afrodita y obtuvo de ésta el *kestos himas*, el ceñidor mágico que la diosa del amor prendía en torno a su pecho. La historia de esa visita contiene una descripción del tiempo en que Zeus hizo que el Padre Kronos se sumergiera bajo la tierra y el mar[239]. En esos tiempos Zeus y Hera vivían en el palacio de Océano y Tetys, quien había recibido a los niños divinos de manos de Rea y los mantenía ocultos. Hermano y hermana se acostaron en secreto en su lecho de bodas, sin que lo supieran sus mayores. Otra versión dice que la boda tuvo lugar en la región de Océano, al borde occidental de la tierra, pero no en secreto. Allí se levantaba el palacio de Zeus con su lecho[240] y hasta allí llegaron con regalos matrimoniales todos los dioses[241]. Tierra dio las manzanas doradas que se conocen como Manzanas de las Hespérides; trajo a la joven novia el árbol maravilloso, con sus frutos, de los que Hera se admiró y a los cuales hizo guardar por la serpiente en el jardín de los dioses. En esta historia, las hespérides intentaron robar las manzanas.

Sin embargo son preponderantes los relatos que hablan de un ayuntamiento secreto de la pareja divina suprema. También había historias y representaciones de infables servicios amorosos prestados por Hera a Zeus[242]. Los habitantes de Samos sostenían que el apareamiento tuvo lugar en su isla y que duró trescientos años, en completo secreto[243]. Más tarde, cuando Zeus hubo establecido su supremacía derrotando a los titanes y tomó lugar en el Olimpo, Hera se sentó a su lado en los concilios y fiestas de los dioses. Pasó a ser la señora «del solio dorado» y fue entronizada en otras cumbres. Había una montaña en el país de Argólide en el Peloponeso, que anteriormente era llamada Thronax: «Montaña del Trono», o bien Thornax: «Montaña del Escabel», aunque después se denominó Kokkyx, de *Kokkygion*: «Montaña del Cuco». De ella se contaba la siguiente historia[244]:

Zeus percibió una vez a Hera sola, apartada de los otros dioses, y procuró seducirla. Para ello se convirtió en un cuco y se posó en la montaña. Ese día había él enviado una terrible tormenta. La diosa vagaba solitaria por la montaña y se sentó en el lugar donde más tarde se erigió el templo de Hera Teleia, «Hera Cumplida» o «Colmada». Cuando el cuco la vio, bajó tembloroso y aterido a su regazo. La diosa se apiadó del pájaro y lo cubrió con su túnica. Enseguida asumió Zeus su forma real y trató de convertirla en su amante. Hera luchó contra él, pues eran hijos de la misma madre, hasta que él prometió hacerla su esposa. Se dice que Hera fue la única hermana que llegó a tener por

esposo a un hombre de su mismo rango, es decir, a su propio hermano. Entre nosotros los mortales la consanguinidad por la madre habría sido un obstáculo para algo semejante[245].

Otro relato sostiene que la boda sagrada ocurrió en el Monte Citerón, en Beocia. Hasta allí llevó Zeus a su novia desde la isla Eubea. Esa enorme isla, llamada «el buen país de las vacas», pertenecía a Hera, cuyo animal sagrado era la vaca y de quien de hecho se decía que tenía hermosos ojos de vaca. Aparecía en Eubea como una niñita bajo el cuidado de su aya Macris, «la extensa»: otro nombre para Eubea. Macris buscó a la raptada doncella en la tierra firme al frente, acercándose al lugar donde la pareja divina se había escondido. El dios-montaña Citerón la engañó diciéndole que Zeus yacía allí con Leto[246] (como dije ya, tendré más que contar sobre esta otra gran esposa de nuestro dios supremo).

Había relatos especiales sobre la soledad de Hera, su separación de los otros dioses y de su marido. A ellos se refiere Homero[247] cuando describe las disputas matrimoniales de la pareja olímpica regente y pone en boca de Zeus estas palabras: «No hago caso de tu cólera; ¡aunque huyeras al último confín de la tierra y el mar, donde moran Jápeto y Kronos sin rayo de sol o soplo de viento; aunque tuvieras que ir tan lejos en tu errancia, no me importa tu ira!» Las errancias de Hera, durante las cuales se embozaba en la oscuridad más profunda, terminaban siempre con su retorno a casa del marido. Se contaba que cuando se bañaba en la fuente de Cánato, próxima a Argos, recuperaba su virginidad[248]. Ese baño debió haber sido siempre una preparación para aparearse con Zeus.

De todas las diosas, Hera fue la esposa, la que buscó cumplirse con su marido. Podía sin embargo dar a luz por sí misma, es decir de sí misma, sin concurso de Zeus. De ese modo parió a Tifeón de Delfos, encolerizada porque Zeus había traído al mundo a Palas Atenea; y así mismo vino al mundo Hefesto y quizás también Ares, como contaré más tarde. Hefesto y Ares fueron hijos de Hera muy especialmente, aun cuando se los suponía también hijos de Zeus. Se contaban por lo demás historias de dos hijas dadas por Hera a Zeus: Hebe e Ilitía. Esta última era la diosa que ayudaba a las mujeres en sus labores de parto; si se invocaba a alguna otra en esas ocasiones, bien a la misma Hera o a Artemisa, entonces se las llamaba también Ilitías, por esa función. Por otra parte, el nombre de Hebe significa «Flor de Juventud». Era otra versión de su propia madre en tanto ésta tenía la cualidad de Hera Pais:

«Hera la joven doncella». El héroe Heracles, hijo de Zeus y de la reina mortal Alcmena (un héroe estrechamente conectado con Hera por su nombre: «gloria de Hera», y por sus hazañas y sufrimientos), recibió finalmente a Hebe por esposa cuando se convirtió en dios del Olimpo.

3. ZEUS, EURÍNOME Y LAS CÁRITES O GRACIAS

La calidad victoriosa y conquistadora de Zeus se destaca menos en sus relaciones con su esposa y hermana Hera que en los relatos de sus otros matrimonios. Eurínome, quien concibió para él a las Cárites, fue con seguridad una de las divinidades derrotadas y más antiguas; pero no conservamos ninguna historia al efecto. Se sabe que una diosa llamada Eurínome tenía un templo en Arcadia, en un paraje de difícil acceso. Ese templo se abría sólo una vez al año. La imagen cúltica de la divinidad mostraba a una mujer de cola de pez y encadenada con cadenas de oro[249]. Los habitantes de la región suponían que se trataba de Artemisa, pero personas más educadas recordaban q según Homero y Hesíodo, Eurínome era una hija de Océano, q junto con Tetys recibió a Hefesto en su regazo en la profundidad de las aguas cuando el último fue arrojado al mar; contaré más adelante esa historia. Eurínome tenía un talante agradable, era una digna madre de las Cárites, y la presumo idéntica a la Afrodita Morfo de los espartanos.

Se decía que Eurínome y Ofión u Ofioneo, de cuyo nombre se colige que se trataba de un dios con cuerpo de serpiente como «los Viejos del Mar», gobernaban sobre los titanes antes de Kronos y Rea[250]. Tenían su morada en el Olimpo. Pero Ofión tuvo que ceder ante Kronos y Eurínome ante Rea, de acuerdo con un pacto[251] por el cual el ganador en cada caso sería el que pudiera echar al Océano a su oponente. Ofión y Eurínome cayeron a las profundidades. Esto ocurrió cuando Zeus se hallaba aún en la cueva cretense. De allí que el hijo de Kronos tomara a Eurínome, hija de Tetys, como otra de sus esposas y engendrara en ella a las Cárites. En un relato en que el nombre de la diosa aparece corrompido como «Evónime», Kronos engendraba en ella a Afrodita, las Moiras y las Erinias[252].

Para nosotros las Cárites eran algo así como una triple Afrodita. Lo mismo que a ésta, no se las representó desnudas sino hasta más tarde. Nos es familiar su imagen en un grupo desnudo donde dos de ellas

miran hacia el contemplador y la tercera nos muestra su espalda. En tiempos anteriores aparecían vestidas. En su viejo templo de Orcómenos, en Beocia, se las veía en forma de tres piedras que se decía cayeron del cielo en posesión del rey Eteocles[253]. Se comentaba que las Cárites eran triples, ya fuera que su nombre se refiriera a una flor, a las diosas o a doncellas mortales[254]. Eteocles tenía tres hijas, llamadas Trittai, «las triples». Una vez, mientras danzaban para las Cárites, cayeron inadvertidamente en un pozo. Tierra se apiadó de ellas e hizo brotar una flor del mismo nombre (Trittai), compuesta de tres partes, tantas como tenía la danza. La historia de las tres piedras caídas del cielo conservaba el recuerdo de su origen celeste, mientras que la de la desaparición en un pozo mantenía su conexión con las aguas profundas y el Inframundo. Esta última conexión se conserva también por vía genealógica, pues se dice a veces que las Cárites eran hijas de Noche y Erebo[255], o hijas de Leteo[256], el río del Inframundo cuyo nombre significa «Olvido». Las hijas de Hécate y Hermes de quienes también se contaba algo[257] eran probablemente estas mismas tres Cárites.

Eran tres en Beocia, donde las cantaron Hesíodo y otro gran poeta ativo, Píndaro. Las tres «Reinas» de Orcómenos[258], cuya forma visible era la de tres piedras sin tallar[259], fueron respectivamente llamadas Aglae: «la Gloriosa», Eufrosine: «Alegría», y Talía: «Abundancia». Píndaro celebró «la limpia luminosidad de las Cárites»[260] y las llamó también *keladennai*, aludiendo al bullicio característico de sus fiestas[261]. En Laconia, donde se adoraba a dos Cárites, se llamaba a una Cleta: «la Invocada», y a la otra Fena: «la Brillante»[262]. Estos eran nombres de diosas que aparecían con las fases de la luna; pues durante las oscuras noches de los festivales de la luna nueva, la luna era invocada tumultuosamente, así como tumultuosamente se recibía a «la Brillante»[263]. También los atenienses conocieron sólo dos Cárites: Auxo: «la Creciente»», y Hegémone: «la Precursora»; pues en la segunda mitad del mes la luna precede al sol. Tales nombres eran otra expresión todavía del origen celestial de las Cárites. También se las llamó hijas del Cielo, de Urano[264], o bien hijas del Sol y de Luz[265], especialmente de la Luz de Luna: de Helio y Eglé.

La palabra *charis* describe lo que las Cárites trajeron del cielo al mundo, o lo que surgió de la unión de Zeus con Eurínome. Proviene de *chairein*, «regocijarse». Se opone a *erinus*, como las Cárites a las Erinias. De seguro se trataba de los dos aspectos o manifestaciones de una y la misma gran diosa: de una parte *charis*, de la otra ira y venganza. Los latinos necesitaron dos palabras para expresar *charis*: *venus*,

«belleza», que fue su nombre para la diosa del amor, y *gratia*, «favor» y «agradecimiento», que a su vez se convirtió en el nombre de tres diosas, las *Gratiae* o Gracias, quienes danzaban juntas a la luz de la luna[266].

4. ZEUS, TEMIS Y LAS HORAS

Zeus tomó como esposas a dos hijas de Gea y Urano, dos hermanas de la Madre Rea. Una de ellas era Temis, cuya boda nos fue descrita por Píndaro[267]. Tal como él cuenta la historia, Temis fue la primera esposa de Zeus: primero las Moiras trajeron desde las fuentes de Océano a la celeste Temis, la del buen consejo, tras unas yeguas de brillo dorado, por el brillante camino que lleva al Olimpo, para que fuera la esposa primera y primordial del salvador Zeus. De él concibió a las Horas veraces, diosas con cintas de oro que traen consigo los frutos gloriosos de la tierra. En otra historia[268], una sobre el nacimiento de Zeus, desempeñaba Temis el mismo rol de Adrastea: recibía al niño recién nacido y se lo llevaba a Amaltea (esto no significa que no pudiera haber sido más tarde su esposa). En esta versión, Temis parece haber sido apenas otro nombre para la Madre Rea, lo mismo que Adrastea.

Temis es un nombre que ya he tenido ocasión de mencionar más de una vez. La palabra *themis* significa en nuestra lengua una ley de la naturaleza, la norma que hace convivir juntos a los dioses y a los seres en general, particularmente a los seres de ambos sexos. Es fácil de obedecer, pero también prohíbe muchas cosas. La diosa Temis reúne en asambleas a los dioses[269] y lo mismo hace con los seres humanos. También es *themis* que los hombres y las mujeres se junten y se unan en el amor[270]. Ello hubiera sido sin embargo contrario a *themis*, de no haber deseado las mujeres protegerse mediante la modestia y las vestiduras; como ya he contado, las Horas, hijas de Temis, incluso fajaron a Afrodita tan pronto como ésta surgió del mar. *Hora* quiere decir «el momento adecuado». Sus diosas son las tres Horas, que no traicionan ni engañan y que por eso son justamente llamadas las veraces. Traen y conceden madurez. Vienen y se van de acuerdo con la firme ley de las periodicidades de la naturaleza y de la vida. Se les confió guardar las puertas del Cielo y del Olimpo[271], por las que Hera entraba y salía. Temis recibía a Hera cuando ésta llegaba airada al Olimpo[272]. Ambas

diosas eran amigas. Se contaba que las Horas habían educado a Hera[273]. Se llamaban Eunomia, «Disciplina»; Dike, «Justa Retribución»; y Eirene, «Paz». Tales eran los dones que estas diosas, engendradas por Zeus en Temis, trajeron al mundo[274].

Había un relato especial sobre Dike. Ella era el duplicado virginal de su madre, tal como Hebe fue una versión de Hera doncella. Una forma más fiera de Dike es Némesis, de quien hablaré pronto y a quien se adoraba en la ciudad ática de Ramnunte junto con la maternal Temis. Hesíodo nos profetizó que las diosas Aidós y Némesis, cubiertas con blancos mantos, abandonarán a la humanidad al final de nuestra maligna época, y entonces ocurrirán cosas todavía peores[275]. Pero esa es en realidad la historia de Dike, pues de ella se contaba que se había ya retirado a las montañas[276] cuando la humanidad cesó de observar *dike*, palabra que en nuestra lengua significa no sólo justa retribución sino también justicia en general. Cuando de ello se siguieron cosas todavía peores, Dike desamparó a la tierra y puede ahora ser vista en el cielo como la constelación Virgo.

5. ZEUS, MNEMOSINE Y LAS MUSAS

La otra hija de Gea y Urano con la que Zeus se alió fue Mnemosine, diosa cuyo nombre quiere decir «Memoria». Pero ella también nos daba, mediante sus hijas las Musas, el olvido de las congojas y el cese de las zozobras: *lesmosyne*[277] o *lethe*. Ya he dicho que Leteo, como río, es parte del Inframundo, al que se llamaba «los campos Leteos» o «la casa de Leteo». Pero en esa región infernal también había una fuente de Mnemosine, de la que hablaré más tarde. En Beocia se mostraba a los visitantes dos fuentes[278], una llamada Mnemosine y la otra Leteo. No lejos de esas fuentes Mnemosine era adorada como una diosa. También las musas tenían sus lugares y fuentes sagradas en Beocia, sobre el Helicón, como también otros lugares y fuentes fuera de Beocia, en especial en el monte Olimpo, en Pieria. Hesíodo pastoreaba sus manadas por el Helicón cuando las Musas le hablaron y le dijeron saber lo mismo cómo mentir y cómo revelar la verdad[279]. Ellas le dieron un ramaje de laurel y lo iniciaron en la poesía. De allí que enseguida él nos dijera los orígenes ancestrales de los dioses.

Nos contó el matrimonio de Zeus con Mnemosine[280]: yacieron juntos nueve noches en su sagrado lugar de reposo, lejos de los otros

dioses. Cuando hubo pasado un año Mnemosine parió nueve hijas, todas de la misma naturaleza, adictas al canto y desinteresadas de cualquier otra cosa. Las parió en un lugar no lejano de la cima del nevado monte Olimpo; allí, se suponía, tenían sus lugares para danzar y su palacio[281]. Con las Musas habitaban las Gracias e Himeros, el doble de Eros. De sus lugares festivos marchaban en procesión hacia el Olimpo, con canto inmortal. La oscura tierra servía de eco a sus himnos, y era hermoso el andar de sus pies cuando se dirigían hacia su padre. Tenían también un claro de baile en la cúspide del Helicón cerca del *hippou krene*, «la fuente del caballo», y del altar de Zeus. Siempre que de allí partían en procesión al Olimpo, avanzaban envueltas en densa niebla. Uno sólo podía oír sus asombrosas, hermosas voces durante la noche. Eran sus nombres: Clío, «la dadora de fama»; Euterpe, «la que da alegría»; Taleia, «la festiva»; Melpómene, «la que canta»; Terpsícore, «la que disfruta el baile»; Erato, «la que despierta el deseo»; Polimnia, «la de los muchos cantos»; Urania, «la celestial»; y Calíope, «la de preciosa voz». Aquel de quien se prendaban, derramaba por su boca dulce el discurso y dulce el canto[282].

No siempre o en todas partes se decía que las Musas eran nueve. Variados números las comprendían; y tenían asimismo otro nombre colectivo, pues se les decía no sólo *Mousai*, sino también *Mneiai*[283], un plural de Mnemosine, «Memoria». En el mismo país de Hesíodo se contaba una historia donde las Musas eran tres originalmente[284]. Los nombres de estas tres no provienen de la mitología, sino de la práctica poética; se llamaban en apariencia: Melete, «practicar»; Mneme, «recordar»; y Aede, «cantar». Entre los padres adscritos estaban Urano y Gea[285], quienes eran también los padres de Mnemosine. Nuestros poetas sostenían que todo lo que decían era repetición de lo que las Musas les habían dicho, y era a ellas a quienes daban todo el crédito. Con frecuencia invocaban a «la Musa», así en singular, bien por ese nombre o por el de alguna de las nueve musas. Se suponía que ella entonces descendía del cielo[286].

Se contaba empero también[287], que un hombre llamado Píero, de Macedonia, que queda al norte del monte Olimpo, llegó a la región del monte Helicón e instituyó allí el culto de nueve musas, en lugar de las tres anteriores. Según este relato, él mismo tenía nueve hijas: las Piérides, cuyos nombres eran iguales a los de las nueve musas, y habrían sido de hecho éstas, originalmente. Pero en otra historia[288], las Piérides eran en realidad falsas musas, quienes, habiéndose erigido como

rivales de las verdaderas, fueron derrotadas en una competición y transformadas luego en pájaros. Cuando ellas cantaron todo se ensombreció y nadie les prestó oídos; cuando las verdaderas musas cantaron, todo se aquietó: el cielo, las estrellas, el mar y los ríos; aun el monte Helicón, arrobado, empezó a elevarse al cielo, hasta que el caballo alado Pegaso golpeó con sus cascos la montaña por orden de Poseidón: así brotó la fuente *hippou krene*. Toda esta historia de una competición de canto y de dos tipos de musas, las verdaderas y las falsas, tal vez sea de un período posterior. Desde sus mismos comienzos las musas podían asumir forma de pájaros, como lo hacían también las sirenas, quienes eran asimismo hermosas cantoras. Por lo demás, las musas estaban muy próximas a las ninfas de las fuentes, tal como su madre Mnemosine estaba asociada con las fuentes, tanto en el Inframundo como en el mundo superior.

Los nombres de las nueve musas no estaban al principio asignados a las diversas artes musicales; e incluso más tarde tal asignación era poco clara y apenas segura. A Clío se le concedía el arte de la historia; Euterpe era señora de la flauta; Taleia dominaba la comedia, mientras Melpómene lo hacía con las elegías y la tragedia; Terpsícore la lira; Erato la danza; Polimnia el arte de narrar; Urania la astronomía y Calíope el canto heroico. Esta última era la más gloriosa de las musas, según nos aseguraba Hesíodo[289]; y debió haberlo sido, pues de otro modo no podría haber estado asociada con esa forma de poesía, la más gloriosa.

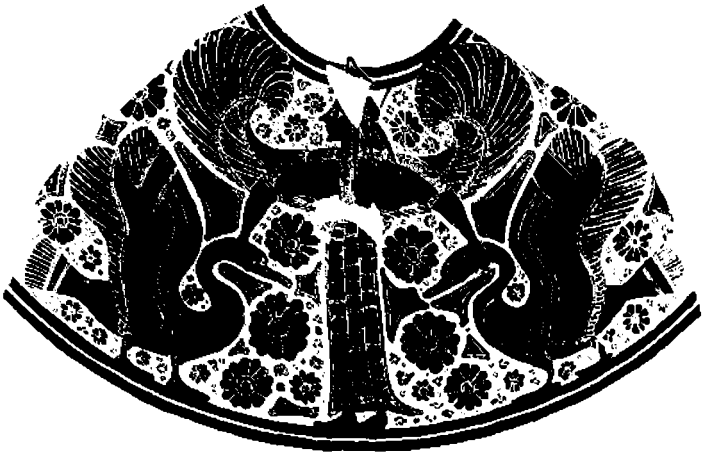
6. ZEUS, NÉMESIS Y LEDA

He dicho antes que uno de los retoños de la diosa primordial Noche fue una hija llamada Némesis[290]. El nombre significa justa ira, la cual se dirige contra los que han violado el orden, en especial el orden de la naturaleza, y han despreciado la ley y norma naturales. Donde Temis es despreciada, aparece allí Némesis. Ella era alada, al menos en sus retratos tardíos; tal vez fue asunto de azar el que no se hubieran conservado retratos suyos tempranos, pues su compañera Aidós, la diosa «Vergüenza», quien en la profecía de Hesíodo desampara junto con Némesis a la humanidad[291], está en cambio dotada de alas en imágenes muy anteriores. Y Artemisa, a quien tanto Aidós como Némesis se aproximan mucho, era alada ya en los tiempos más antiguos.

Las Erinias, espíritus de ira y venganza, son tan parecidas a Némesis (o a las Nemeseis, pues el nombre existía también en plural[292]) que *pueden ser confundidas* con ésta. Pero las Erinias tenían una función más limitada: tomaban venganza cuando se había derramado sangre, en particular la de una madre. Némesis por su parte aparecía siempre que Temis era ofendida de algún modo. No es sorprendente que en un templo de Némesis se encontraran imágenes de las Cárites, quienes representaban el principio opuesto al de las Erinias[293]. De la famosa imagen cúltica de Némesis en Ramnunte, se contaba que el escultor Agorácrito la había labrado como una Afrodita y luego, en un momento de rabia, la rehizo como estatua de Némesis[294]. Su cabeza estaba adornada con un festón de aladas niñas y ciervos alados[295]. La diosa tenía en su mano una rama cargada de manzanas, como si fuera una hespéride. También ha sido tomada por una oceánide[296].

Cuando Zeus se acopló con Némesis no pretendía procrear diosas que trajeran al mundo belleza, orden y memoria, dones de las Cárites, las Horas y las Musas respectivamente. Se contaba que la diosa huyó[297]. No quería unirse en amor con el rey de los dioses, el hijo de Kronos. La atormentaban la vergüenza y la justa ira. Huyó por tierra firme y atravesó el Mar Negro. Zeus la perseguía procurando atraparla. En el mar, ella se volvió pez. Zeus surcaba las aguas tras ella llegando hasta Océano y el borde del mundo. En tierra buscó ella escapar del dios perseguidor tomando las formas de las criaturas terrestres. Finalmente se convirtió en un ganso; Zeus tomó la forma de un cisne y así se ayuntó con ella. Más tarde puso ella el huevo del que brotó esa hermosa mujer que trajo desastres a la humanidad al provocar la guerra de Troya: Helena, hija de Zeus. Nos dijo una mujer poeta que el huevo tenía el color del jacinto azul[298]. Fue encontrado por Leda, la esposa del rey Tindáreo de Esparta[299]. Otro relato decía que el huevo fue hallado en un bosque o marisma por un pastor, quien se lo llevó a Leda[300], y otra historia más presenta a Hermes lanzando el huevo en el regazo de Leda, quien lo ocultara en un cofre hasta que nació Helena.

¿Era acaso una historia diferente la que contaba cómo Zeus tomó la forma de un cisne y se acopló con Leda[301], o se trataba de la misma historia con la sola alteración del nombre de la novia? Leda no es un nombre griego. Entre los licios del Asia Menor *lada* significaba «mujer». Tal vez Zeus celebraba (en forma de cisne) sus bodas con una diosa que, exceptuando a la Madre Tierra, era el primer ser femenino



La «Artemisa alada»

del mundo, y que podía por tanto ser llamado simplemente Leda: «la Mujer». Se decía que bajo la cima del Taigeto Zeus engendró en Leda a Cástor y Pólux[302]. Estos hermanos mellizos eran los Dióscuros, *Dios kouroi*: «hijos de Zeus», quienes rescataron a muchos hombres en el combate y en particular en el mar. En una historia perpetuada en las vasijas pintadas, los dióscuros eran ya mozos, dos hermosos caballeros, cuando su madre parió un huevo. La familia quiso sacrificarlo a los dioses y por ello lo puso en el altar; así brotó del huevo la niña Helena.

También había narraciones de huevos mellizos[303], de uno de los cuales vinieron al mundo los Dióscuros y del otro Helena; y tal vez también, como hermana melliza de ésta, Clitemnestra, la asesina de su marido que fuera a su vez asesinada por su hijo. Hay por otra parte un estuco en el que vemos a Helena y sus hermanos brotando de un huevo único. Los hermanos fueron tema de muchas historias, de las que sólo diré brevemente una[304]: Pólux era inmortal, Cástor mortal; cuando llegó el momento de la muerte de Cástor, su hermano no quiso separarse de él. Es por eso que siempre pasan un día juntos en el Inframundo y otro arriba con su padre. Estas historias, sin embargo, nos llevan ya al campo de la saga heroica, como lo hacen las historias amorosas en las que Zeus se ayunta con mujeres mortales.

7. RELATOS CRETENSES

Había en nuestra mitología muchas historias similares a la de Zeus y Leda. En la forma que esas historias tomaron usualmente desde Homero y Hesíodo, la heroína que concebía un hijo de Zeus era necesariamente la hija de un rey o bien una reina. De allí que los hechos del niño, como la historia amorosa misma, pertenecieran en realidad a la saga heroica. Un hijo de Zeus nacido de una mujer mortal era, como Heracles, sólo un semidiós; o bien, cuando se trata de mellizos como Cástor y Pólux, sólo uno de ellos era inmortal. Es verdad que Heracles alcanzó finalmente la inmortalidad; pero de seguro no fue un héroe mortal en la forma original de su historia: como Dáctilo debió haber tenido una madre divina. Asimismo, la mayoría de las historias de amor de Zeus provenían de relatos más antiguos que daban cuenta de sus bodas con diosas. Esto puede en particular afirmarse de la historia de Europa: su nombre aparece en la lista de hijas de Océano y Tetys, entre los de otras esposas de Zeus[305]. Ese nombre significa «la de los ojos grandes» o «la de amplio semblante». El relato hablaba de sus comienzos en Fenicia, un país oriental, pero sigue con una relación de su matrimonio y progenie en Creta. Son relatos cretenses, pero fueron acogidos en nuestra mitología y por tanto los contaré, al menos brevemente.

Si Europa era la hija o más bien la hermana del rey Fénix, de quien Fenicia tomó nombre, es algo en lo que no están de acuerdo los narradores[306]. Su madre se llamaba Telefasa, «la que brilla de lejos», o Argíope, «la de rostro blanco»[307]. En otras palabras, la faz tanto de la madre como de la hija era la de la luna, mientras que la palabra *phoinix* alude al color rojizo del sol. Se decía que Zeus agarró a Europa mientras ésta cogía flores por la playa[308]; se le acercó en forma de toro y la raptó. Ese toro no era en modo alguno un animal ordinario: tres colores muestra en una antigua vasija pintada. Además decían los poetas que su aliento olía a azafrán. El animal ha de haber tenido en efecto un poder encantatorio peculiar, pues Europa se montó en él por sí misma y permitió ser así llevada sobre el mar. Nuestros pintores de vasos la representan como una diosa real cabalgando sobre el toro: alada, o con un pez o una flor en su mano. A menudo carga ramas de vid llenas de uvas, como si el encanto ejercido sobre ella por Zeus hubiera sido el mismo que ejerciera el dios-toro Dionisos. Pero también muestra a veces en su mano un aro, probablemente un collar, que se decía había sido el regalo de bodas de Zeus, elaborado por Hefesto[309]. Así viajó hasta

Creta. Uno de los lugares que se creía había servido como escena del matrimonio fue la cueva dictea[310]. Cerca del pueblo de Gortina hay sin embargo un árbol de plátano en cuyo ramaje se piensa que Zeus se acopló con Europa luego de haber tomado la forma no de un toro sino de un águila.

Había relatos de otros regalos dados por Zeus a su novia: una lanza que nunca erraba su blanco[311], y criaturas mágicas asignadas en calidad de siervos guardianes de Europa. Una de estas últimas era un perro de bronce (otro relato cretense habla de un perro dorado que protegió antes que nadie a la cabra del niño Zeus y más tarde al santuario del dios[312]). El otro ser mágico era Talos[313], un gigante broncíneo que circundaba la isla tres veces al día o tres veces al año. Arrojaba piedras a los extranjeros, estaba enteramente compuesto de metal y tenía apenas un punto vulnerable en su cuerpo: una corva o una vena que corría desde la nuca a la corva y estaba obturada por una clavija de bronce. En la lengua de los antiguos cretenses, quienes todavía no habían aprendido el griego, su nombre aludía al sol, y Zeus tenía en Creta el mismo nombre: *Zeus Tallaios*. De modo que en la historia de Europa, «Zeus» obviamente significa el dios solar cretense. Este dios aparecía también en forma de toro. O, para ser más exactos, tal vez se trataba entonces del dios cretense del cielo en su aspecto oscuro como dios del cielo nocturno. Pues se decía por lo demás que Europa fue desposada en Creta con el rey Asterión o Asterios[314], nombre que significa «Rey de los Astros». El dios-toro de los cretenses llevaba ese nombre no sólo como padre de los reyes que Europa concibió de Zeus sino también, según relataré a continuación, como un hijo con forma de toro de esa misma familia.

Se conocen los nombres de tres hijos de Zeus y Europa. Uno fue el rey de Licia, Sarpedón, quien de acuerdo con un relato, viajó de Creta a Asia Menor. Las historias cretenses tratan sobre todo de los otros dos hijos: Minos, el sabio rey terrenal y legislador de Creta, y el justo Radamantis, quien gobernaba sobre las Islas de los Bienaventurados. En el relato sobre la familia de Minos, encontramos de nuevo el matrimonio con un toro[315]. Minos tomó por esposa a Pasifae: «la que ilumina todo», hija de Helio y de Perséis, cuyo nombre ya conocemos como designación de la diosa lunar. Se contaba que Pasifae se enamoró de un toro maravilloso, hermoso y radiante, que un dios (bien Zeus, bien Poseidón) había enviado a Creta[316]. Es cierto que el toro vino del mar y por eso se menciona a Poseidón; pero también se afirmaba que dicho toro era otra manifestación del mismo Zeus[317]. Es obvio que para los anti-

guos cretenses el toro era una manifestación de su dios supremo. En nuestros relatos propios, más conocidos, Pasifae se había enamorado de un toro real. Logró que el gran artesano Dédalo le construyera la imagen de una vaca a fin de ocultarse en ella; el toro cayó en el engaño y procreó en la reina al Minotauro, el «Toro de Minos», que fue llamado Asterio. Se trataba de un niño con cabeza de toro al que fue forzoso esconder. Creció en el Laberinto, una construcción enmarañada fabricada por Dédalo con ese fin. Teseo de Atenas dio muerte finalmente al hombre-toro, lo que ya es otra historia de la saga heroica. Puesto que ese relato se entreteje con la historia de Ariadna, una hija de Minos y Pasifae (historia que tiene su lugar entre las que conciernen al dios Dionisos), lo contaré en su debido momento.

Minos y Pasifae tuvieron un hijo llamado Glauco, «el verdemar». De éste se decía que, niño todavía, jugaba con una pelota, o bien perseguía a un ratón, cuando cayó en una gran cuba de miel y se ahogó[318]. Nadie sabía lo que le había ocurrido. Se consultó a un oráculo y éste respondió: «Ha nacido entre ustedes una criatura maravillosa. El que adivine su verdadera apariencia hallará también al niño». En los rebaños de Minos había nacido una ternera que cambiaba de color tres veces al día: primero era blanca, luego roja y finalmente negra. Un adivino de Argos, llamado Polífido o «el que sabe mucho» dio con el parecido: moras. Pues también la mora es primero blanca, luego roja y finalmente negra. Puesto que estaba destinado a hallar a continuación al niño, Polífido observó que una lechuza estaba ahuyentando abejas de la entrada de una bodega de vinos; en esa cueva encontró el casco de miel y sacó de éste el cadáver de Glauco. Minos le pidió entonces que devolviera al muchacho a la vida, y para eso lo encarceló junto con el cuerpo yerto en una tumba vacía. Allí percibió Polífido que una serpiente se aproximaba al cadáver. La mató. Llegó otra serpiente que, cuando vio que la primera estaba muerta, cogió una planta y la puso sobre aquella, que volvió a la vida. Polífido tomó la planta y resucitó con ella al pequeño Glauco. Minos quiso luego obligar al adivino a que enseñara su arte a Glauco o de otro modo no lo dejaría retornar a su país. Polífido hizo lo que se le ordenó, pero cuando por fin abandonaba Creta pidió al muchacho, al despedirse, que escupiera en su boca. De ese modo, sin saberlo, devolvió Glauco a Polífido su sabiduría.

Así termina la historia cretense de Glauco y la progenie de Europa. En tierra firme, en Beocia, se cuentan otras historias de un tal Glauco[319], que nos dan la primera explicación sobre el origen de su nombre, «el verdemarino». El mismo tiene que ver con una planta

mágica, una flor que otorga la inmortalidad; Glauco se la comió, saltó al mar y se transformó en un dios marino (antes había sido apenas un pescador, no un príncipe cretense). Un relato cuenta que cuando llegó de Fenicia, Europa, fundadora femenina de la familia, arribó no a Creta sino a Beocia[320]. Allí le hizo Zeus una cueva, de modo que nadie, ni siquiera los dioses, pudieran enterarse de dónde ocultaba a su amada. El rey Fénix envió a Cadmo, hermano de Europa, a buscarla[321]. Fue entonces cuando Cadmo, siguiendo a una vaca herrada en ambos flancos con una luna llena, fundó la ciudad de Tebas[322].

Esto nos lleva a la historia de la vaca lunar errante, cuya heroína fue Io en otra versión: otra mujer a la que Zeus amara. Hera la convirtió en vaca[323] y la puso bajo custodia de Argos el de muchos ojos. Zeus continuó sin embargo amándola, aun cuando tuvo que asumir la forma de un toro para conseguirla[324]. Hera hizo que un tábano la acosara, provocando así que huyera del país de Argos en Grecia a Egipto. Allí dio Io a Zeus su hijo Epafo, de quien se decía no era otro que Apis, el toro divino egipcio[325]. Se afirmaba también que Io era la misma Isis de los egipcios[326], y que esta gran diosa se había convertido en una vaca tricolor; a veces era blanca, a veces negra, otras veces del color de la violeta (*ion*), nombre que en nuestra lengua suena como el de Io. Todas estas historias tocan solamente el borde más externo de nuestra mitología, aunque el rapto de Europa recuerda con nitidez el de Perséfone.

8. HISTORIAS ÓRFICAS

Había también un relato sobre cómo Zeus tomó por esposa a la segunda de sus tres hermanas, hijas de Rea; es decir, a Deméter. Se suponía por otra parte (eso lo diré después) que el marido de Deméter era Poseidón. Pero ningún dios que no sea Zeus es mencionado como padre de Perséfone, única hija de Deméter. La historia de la unión de Zeus y Deméter era a un tiempo muy popular y sin embargo no tan conocida; Hesíodo la menciona[327], y además corría el rumor de que esa historia era representada por el sacerdote y la sacerdotisa de los Misterios de Eleusis[328]: tal vez por esa razón era uno de los más secretos relatos y no podía ser narrado sino en los Misterios. Ahora bien, a esta historia se le imprimía un giro, con otro nombre para el amante de la diosa. Se contaba de un joven o cazador cretense, de nombre Yasión o Yasio (un dáctilo ideo, a juzgar por su

nombre), a quien Deméter se entregó en los surcos de un campo tres veces arado[329]. La diosa concibió de él al niño Plutos («Riqueza») y entonces la tierra hizo brotar una cosecha variada y abundante. Empero Zeus fulminó con su rayo al amante de la diosa; tal era al menos la versión pública[330], no la que se contaba en los Misterios.

Dejaré a un lado las historias que se mantenían en secreto y en su lugar contaré las conservadas por los discípulos de Orfeo, quienes confiaron a la palabra escrita mucho de lo que era apenas hablado, incluidos algunos relatos sumamente antiguos que ellos entretejieron en la trama de una versión nueva sobre el origen de los dioses. Uno de estos relatos más antiguos era aquel en que Rea aparecía en el papel de Deméter. Rea, se contaba, había prohibido a Zeus casarse[331]; ante lo cual Zeus buscó raptar a su madre. Rea se convirtió en serpiente, lo que también hizo Zeus, y así se acopló con ella como serpiente con serpiente, entrelazadas en un nudo indisoluble. El emblema conmemorativo de esta unión (*symbolon*, en nuestra lengua) es la vara de Hermes, a la que dos serpientes se enroscan y adhieren. Más tarde Zeus raptó a su propia hija Perséfone, quien naciera de la unión previa. También al hacer esto tenía él forma de serpiente. El niño que le nació de su hija fue llamado Dionisos, entre otros nombres. Pero ambas deidades: Zeus el raptor de Perséfone y Dionisos su hijo, fueron también llamados Zagreo, que en nuestra lengua significa «cazador poderoso». Posteriormente diré más de este asunto, aunque las historias de los dáctilos y los cabiros han permitido ya aclarar que padre e hijo podían ser uno y el mismo.

Ya he referido los relatos más viejos sobre el comienzo de las cosas según los narraban los discípulos del cantor Orfeo. En el primer comienzo aparecía la diosa Noche, en forma de un pájaro negro. Pero ella no aparecía enteramente sola. Con ella estaba el Viento, que la hacía fructuosa, y así fue que puso el Huevo, que a su vez contenía en su interior un ser móvil y alado: Eros, o también Fanes, como se lo llamó con más frecuencia después. En la narración más reciente los tardíos discípulos de Orfeo introdujeron a Cronos: «Tiempo»[332], que no era una divinidad griega. No se puede confundir nuestro Kronos con Cronos el que nunca envejece y que produjo de su interior al reposado Éter y asimismo a Caos, el espacio vacío que no tenía suelo firme y estaba repleto de oscuridad. Éter es un nombre que también significa la luz del cielo o el brillante cielo diurno, y para Éter creó Cronos un Huevo plateado que giraba sobre sí mismo. Pero Éter y Caos vinieron a distinguirse uno de otro cuando apareció Fanes, hijo de Éter,

conocido además como Faetón Protógonos, «el radiante primogénito». Su deslumbrante traje blanco era el Huevo de plata. Tenía cuatro ojos, cuatro cuernos y alas doradas; bramaba como un toro o rugía como un león; tenía doble sexo: mujer por delante y hombre por detrás; y fue también llamado Ericapeo, Eros y Metis. Era, en tanto Fanes, «el que aparece» y «el que revela»; como Eros, «Amor»; y como Metis, era «Sabio Consejo», una deidad que a juzgar por su nombre era femenina, pero de la que se decía que portaba el semen de los dioses. No hay traducción conocida para el extraño nombre Ericapeo, verosímilmente extranjero.

Se decía además que nadie podía mirar a la cara al Protógonos, con excepción de la santa Noche[333]. Todos los demás seres se azoraban apenas por la luz que él derramaba. Creó el cielo y la tierra, creó también una segunda tierra, la luna. Asignó al sol los cuidados sobre este primer mundo creado y ordenado. Esto hizo, el Padre, habitando en su gruta con la triple diosa Noche. Hablando con exactitud, había tres diosas en la cueva, hijas del bisexuado Padre Fanes; Noche la primera diosa, emitía el Oráculo; la segunda, «ruborosa», se tornó esposa del Padre, raptada por éste; la tercera era la madre de justicia, de *dikaiosune*, la alta diosa Dike, quien nunca se acercó a la humanidad, a diferencia de aquella hija de Temis que ya he mencionado. Ante la cueva se sentaba la diosa Adrastea. Con los tonos de su tambor broncíneo, instrumento de la gran Madre Rea, mantenía a los hombres bajo el hechizo de la justicia. Fanes en su gruta fue el primer rey; puso el cetro en manos de Noche, de quien pasó a Urano y de éste a Kronos; de Kronos el cetro pasó a Zeus, quien fue el quinto regidor del mundo. Después de Zeus vino el sexto gobernante: Dionisos, con cuyo reino terminaba la canción de Orfeo. No llevaré ahora tan lejos la historia, sino que me contentaré con describir los hechos de Zeus contados por los seguidores de Orfeo.

Cielo y Tierra fueron creados por Fanes. En esta historia Urano y Gea eran un dios y una diosa, hijos, como las otras divinidades, de Noche. De ellos se contaban anécdotas muy parecidas a las que ya referí en los relatos de los titanes. Los titanes eran sus hijos: catorce, puesto que entre ellos se incluía a Forcis y a Dione. También referí ya la historia de Kronos, rey de los titanes, embriagado con miel y así adormilado (en lo que fue el primer sueño en la historia del mundo)[334], lo que permitió que Zeus lo atara. De acuerdo con esta historia, su hijo lo castró[335], tal como él había castrado a su padre Urano. Entretanto Rea, habiendo sido primero madre de Zeus, se volvía ahora De-

méter[336], es decir, su propia hija y la hermana y esposa de Zeus, de quien parió a Perséfone. Zeus consultaba y se aconsejaba frecuentemente con la diosa Noche, aquella de quien se decía que daba el oráculo. El nuevo padre y regente del mundo se apoyaba en ésta[337], y se dirigía a ella como «abuela y diosa suprema». Fue por su consejo que ató primero a Kronos y después a toda la progenie de Fanes, su primer predecesor, con una cuerda de oro. Y los devoró, como también al progenitor, el bisexuado padre primordial. Cuando toda esta progenie «estuvo *de nuevo* en Zeus»[338] (tales son las palabras utilizadas en el relato, lo que por tanto significa que «Zeus» había sido también uno de los nombres del primer procreador[339]), el resultado fue el siguiente, según continuaban los seguidores de Orfeo la exaltación de su dios supremo:

> Zeus es el primero, Zeus es el último, el dios del relámpago deslumbrante. Zeus es la cabeza, Zeus es el medio, de Zeus tienen todas las cosas su fin. Zeus es el fundamento de la tierra y del cielo estrellado. Zeus es varón, Zeus es una mujer inmortal. Zeus es el aliento de todas las cosas. Zeus es la extensión de la llama inagotable. Zeus es las raíces del mar, Zeus es el sol y la luna. Zeus es el Rey, Zeus es el principio de todas las cosas, el dios del relámpago deslumbrante. Pues ha ocultado todas las cosas dentro de sí y las ha sacado de nuevo a la gozosa luz de su sagrado corazón, obrando maravillas.

9. SOBRENOMBRES DE ZEUS Y HERA

Permítanme concluir enumerando algunos de los muchos sobrenombres de Zeus y Hera que o bien resumen historias ya contadas o las amplifican con rasgos a los que todavía no he dado prominencia suficiente.

El sobrenombre de Zeus siempre recurrente en Homero: *nephelegeretes*, significa que se trataba del dios «que amontona las nubes». Este no es un sobrenombre en sentido propio como lo son Ombrios o Hyetios: «el dios de la lluvia», o Kataibates: «el que Desciende»; Kappotas: «el de los aguaceros», o incluso Keraunos: «el Relámpago». Todos estos apodos se refieren a la cualidad de «dios de la atmósfera», una cualidad de Zeus que en nuestra mitología enfatizábamos menos que otras como Gamelios: «dios del Matrimonio», Teleios: «el que concede completitud», o Heraios: «el Zeus de Hera». A menudo lo llamábamos Pater: «el Padre»; y también Patroos, Phratrios, Philios,

Xenios e Hikesios, en tanto dios de las comunidades, las razas y las hermandades, que llegaban a incluir a los huéspedes y a los extranjeros necesitados de protección. Como Polieus era el dios de las ciudades. Como Boulaios era el *metietes*, el dios del buen consejo que socorre a quienes lo consultan. Como Basileus: «Rey», tenía más que ver con las profundidades que con el cielo. Como Soter: «el Salvador», Ktesios: «Protector de Propiedades», y Melichios, el dios que podía ser apaciguado con miel, el gentil dios de las profundidades, aparecía con la forma de una serpiente. El apodo Chthonios o Katachthonios se refería a una esfera segunda, oscura, de Zeus, que contrastaba con su reino brillante y superior del cielo y del Olimpo.

Entre los sobrenombres de Hera había tres que se le daban en el mismo lugar y que expresaban una triplicidad y una periodicidad recordatoria de las fases de la luna: Pais, «la Doncella»; Teleia, «la Llena»; y Chera, «la Solitaria». Bajo el segundo apelativo se volvía especialmente Gamelia, Zygia, Syzygia: nuestra gran Diosa del Matrimonio.

VII. METIS Y PALAS ATENEA

ENTRE LAS GRANDES esposas de Zeus había una de la que tal vez nada hubiéramos sabido, de no ser porque apareció en la historia de una gran hija del dios, en la historia de Palas Atenea. Metis, «Sabio Consejo», pudo haber sido también un sobrenombre de Atenea, de quien se decía que era igual a Zeus en el sabio consejo y en el coraje[340]. Pero se contaba que Zeus escogió como primera esposa a aquella Metis que sabía más que todos los otros dioses u hombres[341]. Era hija de Océano y Tetys[342], y se había aliado con Zeus ya en la época en que todos los hermanos y hermanas del dios fueron devorados por Kronos[343]. Fue ella quien administró la poción que puso a dormir al temible Padre y lo obligó a vomitar los dioses que había tragado. También mostró Metis conocer el arte, atribuido asimismo a la diosa Némesis, de adoptar muchas formas diferentes, cuando Zeus procuró tomarla[344]. Sobre esto no se dijo más nada, excepto que Zeus lo consiguió sin embargo. Lo que ocurrió después nos introduce en la historia del nacimiento de Palas Atenea.

1. EL NACIMIENTO DE ATENEA

Un relato del nacimiento de Atenea, que se encuentra en Hesíodo a continuación de la afirmación de que Zeus tomó a Metis como primera esposa[345], se desarrolla como sigue: cuando Metis estaba próxima a dar a luz a Atenea, Zeus, insidioso, la engañó con palabras halagadoras y se la comió, introduciéndola en su propio vientre. Gea y Urano le habían aconsejado hacerlo, a fin de que ninguno de los dioses eternos alcanzara la dignidad de rey en lugar de Zeus: pues estaba previsto que Metis pariera hijos extremadamente sabios. El primero de éstos fue la doncella de ojos de búho Tritogenia (un sobrenombre de Atenea cuyo significado se explicará en un segundo relato), igual a Zeus en arrojo y sabio consejo. Después de esta doncella Metis debía sin embargo dar a luz un niño de corazón absolutamente conquistador y que sería rey de dioses y de hombres. Zeus devoró a Metis antes de que eso ocurriera, a fin de que la diosa practicara para él su conocimiento de lo bueno y de lo malo.

El segundo relato se encuentra también en Hesíodo, cuando afirma que Zeus dio a luz de su cabeza a Tritogenia la de ojos de búho[346]: la terrible, la que suscita el estrépito de los combates, la conductora de ejércitos, la que se complace en los tumultos, guerras y refriegas; entretanto, Hera generaba de sí misma al maestro artesano Hefesto. Se trataba, sostiene el relato, de una rivalidad entre los esposos[347]. Hera parió a Hefesto sin concurso de Zeus; pero Zeus secretamente tomó para sí a una hija de Océano: Metis; a quien trampeó, pese a ser ella muy sabia, asiéndola luego con ambas manos y metiéndosela en el vientre. Zeus temía que Metis diera nacimiento a algo más fuerte que el rayo. Por eso el hijo de Kronos la sorprendió y devoró. Pero ella estaba por entonces preñada de Palas Atenea. El padre de dioses y hombres parió él mismo a la hija, junto a una cúspide en la ribera del río Tritón (por eso el sobrenombre Tritogenia), mientras oculta dentro de Zeus estaba Metis sentada, ella, madre de Atenea, abarcadora de todas las cosas juntas, quien sabía más que todos los otros dioses u hombres.

No se afirma en este relato particular que Atenea haya nacido de la cabeza de Zeus. Se habla de un «pico» (sinónimo de cabeza en nuestra lengua), a fin de encubrir el extraño nacimiento. Había sin embargo relatos en los que Hefesto[348] o Prometeo[349] (o bien Palamaón[350], otro nombre de Hefesto), aparecía asistiendo al nacimiento y hendía el crá-

Nacimiento de Palas Atenea

neo de Zeus con un hacha doble o un martillo. Brotó Palas Atenea con un grito de guerra de eco tan poderoso que tanto el Cielo como la Madre Tierra se estremecieron[351]. Todos los inmortales se asustaron y se asombraron al verla saltar frente a Zeus portador de la égida: salió de su inmortal cabeza y blandía aguda jabalina. Tembló poderosamente el gran Monte Olimpo bajo el peso de la doncella de ojos de búho. Por todas partes rugió profundamente la tierra y se levantó airado el mar en un tumulto de olas purpúreas; sobre las playas se precipitó la marea salada, y el espléndido hijo de Hiperión detuvo por largo tiempo los rápidos corceles del sol, hasta que por fin la virgen Palas Atenea bajó de sus hombros inmortales el arma divina. Y mucho se regocijó Zeus, el dios del sabio consejo.

2. PADRES Y TUTORES DE ATENEA

En nuestra mitología Palas Atenea era la hija del Padre: una virgen guerrera en cuyo nacimiento desempeñó el Padre un rol más importante que la madre. Al menos desde Homero, ella tomó un lugar segundo tras el de su padre Zeus. En mi descripción de la batalla con los gigantes mencioné ya a un cierto Palas. También fue ese el nombre del hijo de los titanes Crío y Euribía[352], e idéntico nombre se da a un padre de Palas Atenea[353]. La palabra *pallas* puede recibir en nuestra

lengua diferentes acentos e inflexiones y así tener un significado ora masculino, ora femenino. En masculino, alude a un hombre joven y fuerte; en femenino, a una fuerte virgen, una *virago*, como se la llamaría en latín. El Palas masculino fue siempre la misma figura aunque se le dieran diversas genealogías, una versión masculina más salvaje y aún más guerrera de la diosa Palas. Del padre de Palas Atenea llamado Palas, se contaba que quiso hacer violencia a su propia hija; la diosa lo venció, tomó su piel como botín (lo que asimismo se cuenta de Palas Atenea en relación con Palas el gigante) y se revistió con dicha piel. Palas el padre era alado, como también lo era Palas la hija en las viejas imágenes.

Además de Zeus y Palas, se mencionaba todavía a un tercer padre de la diosa. Se contaba que cuando Zeus devoró a Metis ya ésta estaba preñada: el cíclope Bronte había engendrado en ella a Atenea[354]. Tal vez haya una referencia a esta paternidad en la historia del nacimiento de Atenea que conté hace poco, en el pasaje donde se afirma que Zeus temía que Metis trajera al mundo algo más potente que el rayo. El nombre Bronte significa «el Atronador». En tanto herreros, los cíclopes están muy cerca de los dáctilos ideos; quienes a su vez eran, como he dicho, seres fálicos primordiales. De otros seres semejantes, los primeros hombres y reyes primordiales de diversos países, se contaba que se encargaron de la educación de Atenea cuando nació. También uno de ellos, llamado Itono, fue considerado padre de Atenea[355]; esta creencia se asocia con un relato referente además a otras familias en las que se supone fue criada la diosa.

Cuando Atenea saltó del interior de la cabeza del padre en las riberas del río Tritón, continuaba diciendo la historia, el dios-río se encargó de educarla[356]. Tritón tenía una hija propia cuyo nombre era Palas. Atenea y Palas jugaban juntas a la guerra. Estando una vez Palas a punto de herir a Atenea con su jabalina, Zeus temió por su hija y puso ante ella su temible piel de cabra, la Egida. Palas desvió por un momento a un lado su mirada y fue mortalmente alcanzada por Atenea. La diosa entró entonces en duelo por ella y elaboró su imagen, el Paladio; colgó en torno a esa estatua la Egida y la puso junto a la imagen de Zeus. Por otra parte, Itono, a quien acabo de mencionar, tenía dos hijas: Atenea y Yodama; Atenea dio muerte a su hermana cuando jugaban a la guerra. Itono era un rey primordial de Tesalia, región donde se adoraba a Atenea como Itonia.

De acuerdo con otra historia Atenea fue criada por el hombre primordial beocio llamado Alalcomeneo[357]. Este había emergido de la

Palas Atenea alada

tierra en el lago Copais y estaba casado con una cierta Atenais, versión claramente distorsionada del nombre de la diosa. Por último, se pensaba también que el tutor de Atenea fue un rey primordial de Arcadia igualmente llamado Palas[358]. Este Palas tenía dos hijas, Nike y Crisa. Ya he contado que Nike, la alada diosa de la victoria, era en otro relato hija de aquel Palas cuyo padre fuera el titán Crío[359]. Ella se convirtió en la compañera de Atenea, quien fuera asimismo llamada Nike. Crisa, «la dorada» (pero de ningún modo «dorada» en el mismo sentido que Afrodita), fue también uno de los sobrenombres de Atenea. La historia es siempre la misma y presenta dos aspectos de la diosa única bajo nombres diferentes.

3. ATENEA Y HEFESTO

En todas sus historias, Atenea era llamada Parthenos: «Virgen». Pero también se la invocaba como Meter, es decir, «Madre»[360]. Hay una curiosa historia sobre un apareamiento suyo, historia en la que no perdía su virginidad y sin embargo confiaba luego un niño a las hijas de Cécrope, rey de su amada ciudad de Atenas. Era una historia sagrada que con frecuencia fue contada en imágenes visuales; puede

ser admirada en Roma, en un altar erigido en los sacros recintos de una emperadora devota y deificada.

Se contaba que, en retribución a la ayuda prestada con su martillo en ocasión del nacimiento de la diosa, Hefesto solicitó convertirse en su novio[361]. Ciertamente la diosa le fue entregada y ciertamente el dios la condujo a la cámara nupcial. Pero al acostarse con ella, Atenea desapareció, de modo que el semen del dios cayó en tierra[362]. La diosa Gea (también llamada Ctonia) concibió así a Erictonio, el niño divino de la Acrópolis ateniense, al que, una vez nacido, puso en manos de Palas Atenea. Según otro relato, hubo una lucha (*eris*) entre Hefesto y Atenea, y por eso el niño se llama Erictonio[363]. Aún un tercer relato sostiene que el dios persiguió a la diosa y consiguió vencerla (el altar de Roma representa esta escena), pero no pudo privarla de su virginidad: Atenea logró apartarlo de sí[364]. Diversas versiones hacen aparecer una lana (*erion*)[365] con la que la diosa secó el semen, o más bien el polvo con el que el semen se mezcló[366]. En el lenguaje poético se hacían referencias al «rocío nupcial»[367]. Nuestra lengua decía «rocío» con dos palabras diferentes: *herse* o *drosos*; ambas podían también significar un niño recién nacido. Aun un dios como Apolo o como Zeus fue llamado, en su calidad de niño divino, Hersos o Erros.

Los estudiosos de las tradiciones más secretas conservaron memoria de una historia en la que Atenea concebía de Hefesto un hijo llamado Apolo[368], bajo cuya protección, decían estos antiguos historiadores, se erigió la ciudad de Atenas. No debo abstenerme de mencionar esa historia, aunque más nada sepamos de ella. Había también otras, contadas por los atenienses y los delios, donde Atenea y Leto, madre de Apolo, aparecían estrechamente relacionadas[369]. Atenea prestó ayuda a Leto cuando esta última llegó a Delos para dar a luz a su hijo.

4. LAS HIJAS DE CÉCROPE

Decían los atenienses que su primer rey fue Cécrope, un ser primordial nacido de la tierra, mitad hombre mitad serpiente. Es posible que ese nombre sea entonces un retruécano de «Cércope»: «el que tiene cola». Cuando Palas Atenea y Poseidón disputaron sobre quién de los dos regiría sobre el Ática, que más tarde sería el país de los atenienses, fue Cécrope el juez de la disputa: Poseidón golpeó con su tridente el roquedal sobre el que más tarde se levantaría la Acrópolis,

Atenea recibe de Gea a Erictonio, en presencia de Cécrope, Hefesto y Herse

provocando así en realidad que un «mar», es decir, una fuente salada, brotara de la piedra[370]; se decía también que en dicha ocasión hizo el dios que brotara de la tierra el primer caballo[371]. Atenea, por su parte, plantó el olivo y Cécrope le adjudicó por esto la victoria. Más aún: se decía que Cécrope fue el primero en dirigirse a Zeus por su nombre[372], el primero en erigir una estatua de Atenea, el primero en descubrir que los hombres tienen padres lo mismo que madres[373], y el primero en introducir la monogamia.

La esposa de Cécrope fue Aglauro o Agraulo: «la que habita en tierra labrada» (un epíteto de sus hijas es *drakaulos*: «la consorte de la serpiente»[374]). Se contaba que tenían tres hijas, las Agláurides, llamadas Aglauro, Herse y Pándroso[375]. Los dos últimos nombres significan respectivamente «relente» y la «omnirrociada» o «la que rocía todo». Probablemente se trata de una alusión al rocío mismo, es decir, a un regalo de la luna. También se decía que para los atenienses las Agláurides eran las Moiras[376]. Se contaba que Aglauro le dio a Ares una hija llamada Alcipe: «yegua atrevida». Existía también una historia amorosa de Herse y Hermes en la que Aglauro, la hermana, jugó un papel trágico (papel que asimismo juega en otros relatos): dice esa historia[377] que las tres hermanas habitaban en la Acrópolis, tal como lo hicieron más tarde las Arréforas, vírgenes atenienses que servían a la diosa de la ciudad. La casa tenía tres habitaciones, y Herse moraba en la segunda. Hermes las espió una vez cuando llevaban sobre sus cabezas los cestos sagrados en la solemne procesión, y se enamoró de Herse, que era la

más hermosa. Le rogó a Aglauro que le facilitara el acceso a la hermana; ella pidió oro a cambio, pero después los celos la subyugaron tanto que ni siquiera por oro pudo admitir que el dios se acercara a su hermana. Hermes se encolerizó y con un toque de su bastón mágico convirtió a Aglauro en una imagen de piedra. Herse dio a su amante divino un hijo hermoso llamado Céfalo, quien sería favorito de la diosa Eco[378]. En la historia de los *kerukes*, «heraldos» de los Misterios Eleusinos, fue Herse quien concibió al primer ancestro de esa familia, al primer heraldo, de nombre Cérix[379].

Pero de todas las historias de las hijas de Cécrope, la más conocida dice lo siguiente[380]: Atenea recibió de Tierra al niño Erictonio, cuyo padre era Hefesto, y procuró criarlo en secreto, a fin de que los otros dioses nada supieran del muchacho. Lo puso en una cesta redonda y cubierta, probablemente similar a las que se usaban en los Misterios y de las que repta hacia afuera una serpiente, como puede verse en muchas imágenes. Más tarde se diría que Atenea había parido un reptil[381]. En otra versión de la historia Atenea *habría colocado a Erictonio* en un cofre, como había hecho Afrodita con Adonis. La diosa confió el receptáculo cerrado a las tres hijas de Cécrope, bajo prohibición estricta de abrirlo[382]. Una vez que partió la diosa, las muchachas sintieron curiosidad, en particular Aglauro, de quien se decía explícitamente que fue ella quien abrió la cesta o el cofre. Alguna de las hermanas compartió la culpa, pero los narradores no concuerdan sobre cuál. Aglauro y esa otra hermana espiaron el secreto de Atenea: qué fue lo que vieron es algo sobre lo cual, de nuevo, no coinciden los narradores[383]. Tal vez fuera una serpiente, o un niño protegido por una serpiente o aun por dos; o un niño con pies como serpientes. Las muchachas que violaron el secreto: Aglauro ciertamente y Herse o bien Pándroso, enloquecieron y se lanzaron de la altura rocosa sobre la que más tarde fue construida la Acrópolis. ¿O acaso fueron perseguidas por las vigilantes serpientes? Así al menos se las ve, pintadas en la superficie de una vasija. Por lo demás, la serpiente que podía advertirse oculta en el escudo de la famosa estatua de Atenea Pártenо, obra del escultor Fidias, era considerada como aquella, la misma que emergía del cesto y después se refugiaba en la diosa.

Había también un cuento sobre lo que Atenea había hecho después de confiar el niño a las tres hermanas. Se dirigió a Palene (en Ática) y allí cogió una roca para fortificar la ciudadela de Cécrope, que más tarde sería la Acrópolis de Atenas. Cuando retornó con la enorme piedra, un cuervo salió a su encuentro y le contó que el secreto había sido

descubierto. Hasta entonces el cuervo había sido un pájaro favorito de Atenea, y ha continuado siéndolo en otras partes de Grecia. Pero ahora la ira inicial de la diosa cayó sobre ese pájaro; dejó caer la gran piedra, que se convirtió en el Monte Licabeto, y desde ese momento no se ven cuervos en la Acrópolis[384]; allí en la sagrada ciudadela donde se adora a Atenea y donde sus secretos se conservan mejor de lo que los guardaron las hijas de Cécrope, el oficio de ave favorita de la diosa recayó en el búho. En las imágenes antiguas el búho a menudo representaba a Atenea misma; y dicho pájaro se convirtió también en el tema de algunos relatos. Contaré uno de ellos para concluir esta parte de mi narración.

Aqueronte, un río del Inframundo, y Gorgira, cuyo nombre es una forma ampliada de Gorgo, tuvieron un hijo llamado Ascálafo[385]. La madre fue también llamada Orfne («Oscuridad»); o bien era Estigia, a la que ya mencioné como otro río del Inframundo. Este Ascáfalo vio y testimonió cómo Perséfone comió del granado después que Hades la raptara; al hacer eso la doncella su madre Deméter la perdió para siempre, viéndose obligada Perséfone a volver perpetuamente al Inframundo. En su ira, Deméter convirtió a Ascáfalo en un búho. Una versión dice que la diosa echó antes una gran piedra sobre el culpable, quien allí yació hasta que Heracles lo liberó[386]. Esta historia no tiene aparentemente nada que ver con Palas Atenea. Y sin embargo se sabe que los atenienses se dirigían a la gran diosa de la ciudad como a su «Core» (es decir, su Perséfone[387]); y que la antigua estatua ateniense de Atenea Nike tenía en una mano el casco de la diosa y en la otra una granada[388].

5. SOBRENOMBRES DE ATENEA

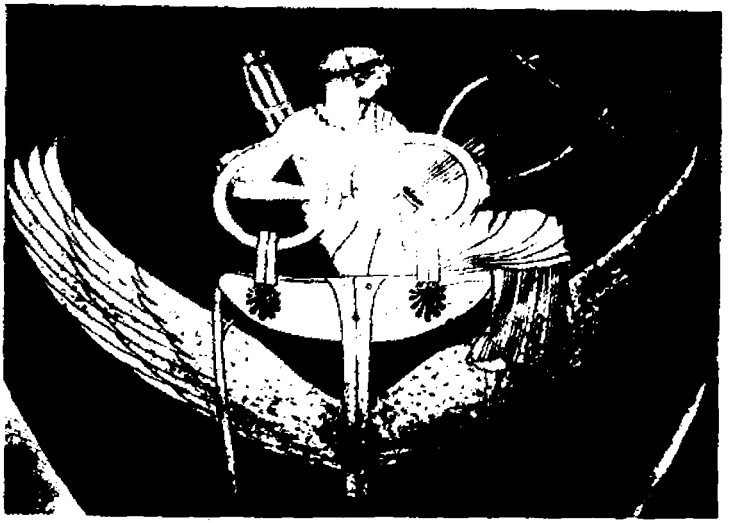
Como todas las otras grandes deidades, tenía Atenea numerosos sobrenombres, algunos de los cuales expresaban cualidades particulares, en tanto otros resumían historias enteras concernientes a la diosa. El pueblo empezó incluso a llamarla su «Pronoia», su «Providencia»; pero eso debió haber ocurrido después del período en que se impusieron los sobrenombres a los que ahora pasaré revista.

Como nombre de Atenea, Aglauro indicaba un aspecto más oscuro, trágico, persefonesco, de la diosa. Cuando se la llamaba Pándroso, como a la otra hija, homónima, de Cécrope, se mostraba bajo otro aspecto, un aspecto brillante que estaba asociado con el olivo. En la Acrópolis crecía un olivo sagrado, en el templo de Pándroso. Selene,

nombre de la diosa lunar, nunca fue un sobrenombre de Atenea, como tampoco lo fue Metis; pero los estudiosos de nuestras antigüedades (incluido, según se dice, el mismo Aristóteles[389]), han afirmado que bajo el nombre de Atenea se ocultaba de hecho la luna. De Selene sabemos que tenía también un padre llamado Palas, por una versión al menos[390], versión que se desvía de la que da Hesíodo; pero Atenea difiere de la brillante Selene porque tiene diversos aspectos que contrastan nítidamente, tanto como contrastan la luna llena y la oscuridad: era también Gorgopis («de faz de Gorgona») y portaba el aspecto de la Gorgona sobre su pecho. Pero era además llamada Helotis, como Europa, «la de ancho rostro», una expresión asociada al nombre Selene. El epíteto poético *glaukopis* era más bien un juego de palabras: puede traducirse como «de ojos de búho», pero al mismo tiempo refiere al color verdemarino u oliváceo de los ojos de la diosa. El apodo Tritogenia no significaba originalmente que ella hubiera venido al mundo en la ribera de algún río o lago particular, sino que nació del agua misma; pues el nombre Tritón parece estar asociado con el agua, generalmente. Bajo el sobrenombre Aitía era un pájaro de mar, el avefría gris o tijereta de agua, también conocido como cuervo marino. Se contaba que con esa forma tomó bajo sus alas a Cécrope, el serpentiforme hombre primordial, llevándoselo de Atenas a Megara[391]. Como Hefestia estaba asociada con Hefesto, y con el dios guerrero Ares como Areia. Era Ergane, diosa de las artes manuales, y bajo ese apelativo estaba más cerca aún del maestro artesano divino; en tanto que como Alalcómena, «la que está en guardia», se acercaba más al dios de la guerra. Entre todas las artes manuales prefería y protegía especialmente el arte de los herreros y fundidores de metal, lo mismo que las habilidades femeninas: el arte de hilar, el de tejer y el trabajo con la lana. También era a veces llamada Higía, en cuya calidad la acompañaba un hijo de Apolo: Asclepio.

Atenea destacaba entre todas nuestras diosas como diosa protectora de una ciudad, con sobrenombres como Polia o Poliuco; y como protectora de héroes, aunque no de todos: tenía sus preferidos, tales como Perseo, matador de la Gorgona, Diómedes, Tideo (hijo salvaje y padre aún más salvaje), y el sabio Odiseo. Por otra parte tenía Atenea sacerdotisas con nombres que podían haber sido utilizados para describir a la diosa misteriosa: Tritea, abreviatura de Tritogenia; Auge, «la lustrosa»; Etra, «la brillante». Estas sacerdotisas dieron nacimiento a algunos héroes: Tritea parió de Ares a Melanipo, «caballo padrote negro»; Auge tuvo con Heracles a Télefo, «el que brilla de lejos»; y

A: *Apolo acompañado por dos Musas se encuentra con Artemisa*



B: *Apolo sobre el Cáliz de un Trípode alado*

A: *Silenos asedian a Hera en presencia de Hermes y Heracles*

B: *Ticio intenta raptar a Leto en presencia de Apolo y Aidós (o Artemisa)*

Etra, por Poseidón, dio a luz a Teseo. Todas estas últimas historias conducen hacia la saga heroica, como la tantas veces contada de Perseo, sobre cuya madre, Dánae, descendió Zeus visiblemente en forma de lluvia de oro. Los habitantes de la isla de Rodas decían que algo similar ocurrió en ocasión del nacimiento de Atenea: cuando la diosa saltó de la cabeza del padre, dejó éste caer una áurea llovizna[392].

VIII. Leto, apolo y Artemisa

Una gran esposa de Zeus perteneció mucho más a sus hijos, y en especial a uno de ellos, a Apolo. Con justicia se decía de Leto que uno de sus descendientes era el más glorioso de todos los bisnietos de Urano: su hijo, la tercera deidad mayor de nuestra religión, sólo menor ante Zeus y Atenea[393]. Todos los dioses se irguieron de sus asientos cuando Apolo apareció ante ellos tendiendo su arco. Así nos fue descrita la escena[394]. Sólo Leto permaneció apaciblemente acomodada junto a Zeus y tomó de las espaldas de su hijo el arco y la aljaba. Estaba envuelta en vestiduras oscuras[395], pero era siempre graciosa, suave como la miel y la más grata divinidad del Olimpo. Se complacía en sus dos hijos, a quienes por ella se llamó los Letoides. Se regocijaba con Artemisa, la hija, cuando la veía corretear por los montes y disfrutar con los jabalíes y los ciervos en compañía de las ninfas[396]. Artemisa, virgen perenne, era una figura de hermana en relación tanto con su hermano como con su madre. En cuanto a Leto, todas sus historias empiezan con el nacimiento del hijo, pues la hermana gemela de éste se encuentra usualmente ya en escena.

1. ERRANCIAS DE LETO

Del nacimiento de Leto no nos quedó ningún relato. Era nieta de Urano y Gea[397], y una de las hijas del titán Ceo, cuyo nombre significa lo mismo que *sphairos*, es decir, «la Bola del Cielo»; por eso se le decía Polo, «Polo del Cielo»[398]. Sostenía el pueblo de Cos que Leto había nacido en esa isla[399]. De su madre Febe he dicho ya que ese nombre significaba a la diosa lunar, o más exactamente: «Pura» y «Purificadora»; al nieto se le llamaba Febo Apolo, masculinizando su nombre. Se ha dicho que Leto concibió de Zeus a sus hijos en Dídima, cerca de Mileto[400]. Lo cierto es que todas las historias sobre las errancias de Leto parecen haber tenido a Asia Menor como punto de partida. En algunas versiones, Leto estaba ya embarazada y buscaba un lugar donde parir; según otras cargaba ya a sus hijos a sus espaldas.

Se decía que Leto sólo podía dar a luz en un lugar en el que el sol nunca brillara; así lo habría querido la celosa Hera, de acuerdo con la explicación que se daba[401]. Pero se puede pasar por alto dicha explicación y enfatizar simplemente el hecho de que el nacimiento tenía que ocurrir en la oscuridad; o en todo caso, durante un período en que sólo los lobos pudieran ver. Nuestra lengua gozaba de expresiones que describían el crepúsculo (el que precede al amanecer, se entiende) como «luz lupina», *likophos o likauges* [402]. Una versión de las errancias de Leto nos dice que Zeus la convirtió en loba durante doce días; con ese aspecto llegó a la isla de Delos desde los Hiperbóreos, habitantes afortunados de un país de los dioses situado al norte, al que se creía que iba Apolo a descansar una vez al año. Se decía que por esa razón las lobas cargan a sus cachorros durante doce días cada año. Y en verdad los delios afirmaban que las lobas sufrían sus trabajos de parto durante doce días y doce noches, y de pie[403].

Según otro relato, Leto llegó a un país de lobos, es decir, a Licia en Asia Menor, ya que en nuestra lengua Licia significa «tierra de los lobos». A orillas del río Janto, cerca de Araja, se mostraba a los visitantes el lugar donde nacieran los mellizos de Leto: «dos luces del cielo», como se les honra en una inscripción. En una tercera historia[404] Leto había ya parido a sus mellizos cuando llegó a Licia con ellos para bañarse en el río Janto; llegó primero a la fuente Mélite, de la que fue alejada por rebaños de vacas a las que ella convirtió en sapos. Escoltada por lobos, la familia se dirigió hacia el río Janto. Leto dedicó a Apolo el río y dio el nombre de Licia al país, que era el de los Termiles. Estas

historias llegaron obviamente de Asia Menor. Parece que allí se rindió culto a Leto, Apolo y Artemisa antes que entre nosotros. El cuento del parto de Leto que se narraba en Grecia contiene otra historia especialmente alusiva a Delos, historia que ahora referiré.

2. LETO Y ASTERIA

En algunos relatos tiene Leto una hermana llamada Asteria: «Diosa Estrella». Según Hesíodo, Asteria era esposa de Perses o Perseos, de quien tuvo a Hécate[405], diosa particularmente cercana a Artemisa. Hay un relato en el que Zeus, una vez que se hubo acoplado con Leto, quiso seducir también a la hermana[406]. Asteria huyó de él como lo hicieran Némesis o Metis[407]; se convirtió en una codorniz (*ortyx*). Zeus la alcanzó bajo forma de águila[408]. Ella entonces se volvió piedra, cayó al mar y se escondió bajo las ondas; vino a ser así el aislado risco sobre el que Leto pudo parir por fin a su hijo, pues emergió apenas de las aguas, sólo lo suficiente para que el sol no brillara todavía del todo sobre ella. Se dio a la isla el nombre Ortigia, «Isla de la Codorniz»; o bien se la llamó Delos, porque se tornó visible (*delos*) cuando surgió de las profundidades: Delos, la isla natal de Apolo.

Se contaba además que Leto se transformó en una codorniz-madre[409] (nombre de la hembra que dirige a esos pájaros migratorios), y que Zeus se acopló con ella habiendo adoptado la forma de una codorniz macho[410]. En este relato Delos había sido antes una isla flotante que derivaba de aquí para allá sobre nuestro mar y no era en absoluto notoria. Se convirtió en Delos, «una estrella ampliamente visible en la tierra oscura», sólo cuando Leto la escogió como lugar de parto y los dioses la fijaron al fondo marino con cuatro pilares[411].

Y se decía más todavía[412], que Artemisa nació primero y que vino al mundo sin trabajo. Las moiras le asignaron enseguida el rol de partera de su madre. Su natalicio era celebrado al sexto día del mes, el de Apolo al séptimo. A veces se hace una distinción entre Delos y una isla aparte llamada Ortigia, donde habría nacido Artemisa. Ella tenía por dominios especiales una Ortigia frente a Siracusa en Sicilia y otra Ortigia en Asia Menor, frente a Efeso. Esta última Ortigia tenía además una historia propia sobre Apolo; se contaba allí que los Curetes asistieron el parto de Leto[413], como lo habían hecho con el de Rea, y que también en esta ocasión hicieron un estrépito para que la celosa Hera no reparara en el nacimiento.

3. EL NACIMIENTO DE APOLO

Relataré ahora nuestra historia sobre el nacimiento de Apolo[414]. Se decía que la diosa Leto, preñada y errante, visitó todas las montañas e islas de Grecia, desde Creta hasta Renea, que queda frente a Delos. Todas tenían miedo de recibir al poderoso dios que estaba a punto de nacer. Y todas eran más ricas que el pequeño y estéril risco de Delos al que Leto tuvo entonces que apelar: la diosa le prometió riquezas, riquezas que los adoradores de Apolo traerían al islote desde todas las partes del mundo. Delos se sintió complacida y replicó amistosamente, aunque no sin miedo; ya que había escuchado que Apolo sería un dios que no perdona, un gran señor sobre mortales e inmortales; estaba por tanto asustada de que, tan pronto como viera la luz del día, el dios pudiera despreciar al estéril peñasco y hundirlo en las profundidades marinas con una sola pisada. Entonces sería poblada por pulpos y negras focas, no por hombres, y Apolo partiría a otro país. Se decía que Leto respondió a estos temores jurando que el dios levantaría en Delos su primer templo; hizo el juramento en nombre de la Estigia y se entregó enseguida a los dolores del parto. Sufrió durante nueve días y nueve noches una angustia peor de la que esperaba. Se reunieron en la isla todas las diosas, las más gloriosas de las cuales pueden aquí mencionarse por sus nombres: Dione, Rea, Temis y la marina Anfitrite, junto con todas las demás, exceptuando apenas a Hera. Esta última incluso retuvo a su lado a la partera divina, la diosa Ilitía, a quien ocultó con nubes de oro en el Olimpo, para que no viera nada de lo que ocurría en Delos. Las diosas que estaban en la isla enviaron a Iris, la mensajera, para que trajera a Ilitía, prometiéndole en pago por sus servicios un collar de oro de nueve codos. Con esta promesa persuadió una diosa a la otra y así llegaron ambas volando a Delos, bajo forma de inocentes palomas. Apenas llegó Ilitía a la isla, Leto dio a luz. Se agarró con ambas manos de las palmeras que allí crecían, arrodillándose en el blanco prado. Sonrió el suelo, brotó el dios y gritaron fuertemente las diosas. Ellas bañaron enseguida al niño con agua clara y lo envolvieron en blancas telas. Era de oro el trenzado cinto con que ciñeron la empañadura. Pero la madre no amamantó al niño; Temis le dio néctar y ambrosía. Cuando se hubo saciado del inmortal alimento, ni siquiera el dorado cinto pudo ya contenerlo. Febo Apolo dijo a las diosas: «Queridos me serán la lira y el arco, y revelaré a los hombres en mis oráculos la inexorable determinación de Zeus». Las diosas estaban maravilladas. Delos refulgió con luz áurea y toda la isla

floreció. Existen descripciones de la fragancia que en ese momento envolvió a Delos[415]; o de cómo los cisnes circularon cantando alrededor de la isla siete veces[416], mientras Leto sufría todavía los dolores de parto. Cuando giraban por octava vez ya no cantaron: salió el dios a la luz y las Ninfas delias entonaron el sagrado canto de Ilitía. Resonó el cobrizo firmamento y ni siquiera Hera permaneció impasible, pues Zeus le aplacó la ira. Los fundamentos de Delos se volvieron de oro y todo el día brilló con luz áurea el lago circular. Las hojas del olivo se volvieron también de oro (pues también crecía en Delos este árbol, lo mismo que la palma, y se decía asimismo del olivo que Leto se había apoyado en él). El río Inopo rebosó de oro. Se contaba además que un gallo estaba presente en el nacimiento del dios[417], un gallo, esa ave de la que también se afirmaba que al surgir la luna entra en éxtasis y baila, si bien es sobre todo un testigo del amanecer. Desde entonces es considerado el gallo un pájaro favorito de Leto.

4. APOLO Y SUS ENEMIGOS

Historias había también sobre enemigos a quienes Apolo venció inmediatamente después de nacer. Ya Leto había sido amenazada en el curso de sus errancias. Como he contado antes, difieren los relatos sobre si la diosa tenía aún a sus hijos en el vientre o si los cargaba ya sobre sus espaldas. Uno de los asaltantes de Leto y por tanto asimismo un enemigo de Apolo y Artemisa, fue el gigante Ticio, hijo de Zeus y Elara[418] (y a juzgar por su nombre, un ser fálico). Creció tanto ya en el vientre de su madre que dio muerte a ésta, así que su padre lo ocultó en la Tierra, quien por eso es finalmente su paridora. Ticio atacó a Leto cuando ésta se aproximaba a Delfos, llevándosela por la fuerza. Dice un relato que Artemisa flechó al gigante[419]; dice otro que quien lo hizo fue el niño Apolo[420]. También se contaba que Ticio fue derribado por el rayo de Zeus[421]. Yace en el Inframundo, sus novecientos pies de altura abatidos por completo, mientras dos buitres le rasgan el hígado[422]. O bien era una serpiente quien hacía esto último, mientras, según esta versión, el hígado se regeneraba de nuevo con la luna[423].

Se contaba además que el dragón Pitón[424], quien en la mayoría de las historias aparece como el verdadero enemigo de Apolo, había ya perseguido a Leto para impedir el nacimiento de sus hijos. Fue por eso que, tan pronto como nació Apolo, el dios tomó venganza ma-

tándolo[425]. O bien, si no enseguida, lo hizo cuatro días después; pues el primer lugar que Apolo visitó fue Delfos, donde el dragón, un hijo de Gea, tenía su cubil. Este cubil era una cueva próxima a una fuente[426]. En otra versión Pitón se enroscó en torno a un árbol de laurel. Todos los relatos concuerdan en que Apolo lo mató con sus saetas.

Las versiones más antiguas mencionaban dos dragones. Pero no fueron muertos los dos. El verdadero enemigo de Apolo era una criatura femenina, una dragonesa (*drakaina*) llamada Delfine[427], nombre que está conectado con una vieja palabra que significa vientre, como también lo está el toponímico *Delphoi*, que en nuestros días se denomina Delfos, su nombre latino. Con la serpiente hembra Delfine habitaba un macho llamado Tifón, del que se decía que había sido concebido por Hera sin concurso del marido en un rapto de ira[428]. Ella habría puesto al bicho maligno a cargo del otro, es decir, el dragón a cargo de la dragonesa. No se dice que Apolo matara también al dragón hijo de Hera; los narradores parecen haber confundido a Pitón, el dragón de Delfos, con Tifón o Tifeo, el adversario de Zeus: en todo caso las dos historias, la délfica y la de Asia Menor que ya he referido, estaban estrechamente relacionadas. Además de llamársele Delfine, se da forma masculina al nombre de la dragonesa enemiga: Delfines[429]; o bien se la llama incluso Pitón. Ésta se convirtió en realidad en una serpiente apolínea, cuyo nombre sirvió al de la sacerdotisa que daba oráculos en Delfos: la Pitia. Muchas imágenes muestran a la serpiente Pitón viviendo en amistad con Apolo y guardando el Onfalo, la sagrada piedra umbilical y punto central de la tierra, que se erguía en el templo de Apolo.

De cualquier modo el otro enemigo de Apolo, además de Ticio el gigante fálico, no era Pitón sino Delfine, la gigantesca serpiente ventriforme. Lo mismo en los relatos que en las canciones entonadas en honor de Apolo conocidas como Peanes, se narraba cómo el dios llegó a Delfos en brazos de su madre, un niño pequeño y desnudo, con el cabello sin cortar[430]; sostenía el arco tendido y portaba en su mano una flecha. Allí fue recibido por el monstruo, la enorme serpiente, a la que disparó flecha tras flecha hasta darle muerte. El canto decía «*Hie, hie, paieon!*»: pues su madre lo cargó para que fuese su campeón tan pronto como naciera. Los narradores que confundían a Delfine con Pitón (y esa confusión era total, tal vez incluso intencional), terminaban la historia de la muerte del dragón diciendo que el cuerpo de éste acababa por disolverse bajo el sagrado poder del Sol y que después de la putrefacción (*puthein*) el lugar mismo era llamado Pitón,

Leto, Apolo, Artemisa y el dragón

así como a Apolo se le llamaría en adelante Pitio[431].

También se narraba cómo obtuvo el dios sus primeros sacerdotes después de capturar el rocoso emplazamiento de Delfos. Algunos hombres de Creta navegaban rumbo a Grecia. Apolo saltó a la nave habiendo tomado forma de enorme delfín, se tendió sobre ella con todo su cuerpo y la dirigió hacia Crisa, puerto de Delfos. Allí, como un astro reluciente, saltó directamente del barco a su templo, desde el cual apareció enseguida como un adolescente de largos cabellos ante los atemorizados cretenses, a quienes inició en su sacerdocio[432]. Hay muchas historias sobre cómo construyó el famoso templo de Delfos y sobre las diversas formas que le dio primero[433]. Se contaba que un templo le había sido erigido por abejas, con cera y plumas; pero Apolo, se creía, envió después ese templo a la tierra de los hiperbóreos. Viajaba hasta allá cada año, en un carro tirado por cisnes[434]. Ya he dicho que Leto vino de la misma región bajo la forma de una loba. Se decía asimismo que Apolo podía convertirse en lobo para destruir a sus enemigos o para acoplarse con su querida Cirene, de quien luego diré más[435].

Un templo délfico que fuera construido por algunos hombres terminó incendiado por enemigos humanos de Apolo: eso hizo el sacrílego Flegias, de quien hablaré también, y su pueblo los flegios. Pereció fulminado por las flechas del dios[436], e hizo expiación en el Inframundo. Otro ser que aparecía a menudo como enemigo de Apolo era su medio-hermano Heracles, hijo de Zeus y Alcmena. De Heracles se contaba que, manchado de sangre y enfermo, entró al inviolado tem-

plo en Delfos. Cuando hubo preguntado cómo podría curarse a sí mismo, no habiendo recibido respuesta, robó el sagrado trípode en el que la Pitia solía pronunciar oráculos. Apolo combatió con él y Zeus zanjó la disputa: Heracles devolvió el trípode y recibió consejo del oráculo[437]. En otra ocasión los medio-hermanos pelearon por un venado o una cierva, animales consagrados a Apolo y Artemisa. Todo eso nos lleva otra vez a la saga heroica.

Debo sin embargo continuar narrando cómo tuvo Apolo que expiar el asesinato de Delfine, perpetrado inmediatamente después de haber nacido[438]. Se trata de la historia de su errancia desde Delfos hasta el Valle de Tempe, en Tesalia, y de su servidumbre bajo el rey Admeto, cuyo nombre significa: «el indomable»[439]. La expiación duró un «gran año», es decir, ocho años, lapso que acostumbrábamos llamar un *ennaeteris*, un período de nueve años. Sólo después de esa expiación retornó Apolo a Delfos como *Phoibos*, «el Incorrupto», portando una córona y un ramo del sagrado laurel del Valle de Tempe (un muchacho de Delfos solía posteriormente llevar esos mismos aditamentos a imitación del dios). Esos años representan la famosa «época pastoril» de Apolo a orillas del río Anfriso. Mientras sirvió a Admeto[440], las vacas del rey echaban *terneros mellizos*. Apolo ayuntó un león y un jabalí como tiro del carro del rey[441], y de ese modo Admeto obtuvo por esposa a Alceste. Cuando llegó el momento de la muerte del rey, Apolo lo salvó embriagando a las moiras[442]; y cuando la muerte vino por segunda vez en busca de Admeto, Alceste tomó el lugar de su marido, aunque fue devuelta del Inframundo por Heracles (pero también esta historia nos aleja de la mitología). Otra conocida razón para explicar la servidumbre de Apolo a Admeto era que el dios había matado a los Cíclopes, o al menos a sus hijos. Hizo eso para vengarse de Zeus porque éste había abatido con el rayo a Asclepio, hijo de Apolo. En breve contaré esa historia.

5. APOLO Y SUS AMORES

En una versión posterior de la historia de la servidumbre a Admeto, éste y el dios aparecían ligados por el amor[443]. Había muchas historias de amor relativas a Apolo, historias que en su gran mayoría y sobre todo las más famosas concluían trágicamente, ya fuera un muchacho o una muchacha el objeto del amor del dios. La razón de que se contaran muchachos entre los amores reputados del dios con-

sistía en que éste era precisamente la divinidad de esa edad en la que los muchachos acostumbraban abandonar la tutela de sus madres y se dedicaban a vivir juntos. Los grupos más jóvenes se subordinaban a los de más edad. Solían también apegarse a un hombre de edad madura. Lo mismo para los varones que para las hembras, esa era la edad del florecimiento fugaz. Los relatos presentan el amor de Apolo por alguien de uno u otro sexo como algo muy peligroso.

Hiacinto era un muchacho divino parecido a Adonis[444]. Cuenta la historia que Afrodita se vengó de una musa porque ésta había increpado a la diosa por su amor a Adonis. Clío, la musa, concibió a Hiacinto de Píero, el padre de las musas, tal como Mirra había concebido a Adonis de su propio padre. La musa Erato[445] y el cantor Támiris rivalizaron por el hermoso muchacho, y de este modo, se creía, comenzó la pederastia[446]. Otro relato revela el parecido entre Hiacinto y el muchacho Apolo[447]: como Apolo, Hiacinto tenía una hermana estrechamente ligada a él; su nombre era Polibea; junto con ella fue conducido al Olimpo. Se dice que su imagen cúltica en Amiclas, Esparta, representaba a un ser doble de cuatro orejas y cuatro brazos[448]. En leyendas posteriores aparece Hiacinto siempre como un joven tierno, que a veces cabalga un cisne. Se contaba que Apolo lo amaba y jugaba con él al lanzamiento del disco: un mediodía el dios golpeó a su amado con la laja de piedra. De la sangre de la accidental víctima brotó el jacinto, una flor silvestre con un capullo azul oscuro[449]. Desde luego que Hiacinto no estaba más «muerto» que lo que estuvo Adonis: era una divinidad, y de hecho se le adoró también como a un héroe muerto. Y se aseguraba que el bulbo de su flor servía para posponer la pubertad de los muchachos.

Entre los muchachos que Apolo amó, se menciona a otro llamado Cipariso, «Ciprés»[450]. En todas estas historias, esos muchachos son dobles del mismo Apolo. Cipariso lo era por haber matado sin intención a una criatura que amaba, tal como Apolo había matado a Hiacinto. Esa criatura era un ciervo, uno de aquellos animales que, como ya he dicho, eran sagrados para Apolo y Artemisa. El de esta historia tenía cuernos fuertes y resplandecientes y en su frente exhibía adornos de plata. Era manso, y Cipariso lo amó. Le puso guirnaldas y montó en él. Un mediodía cálido, cuando el animal descansaba a la sombra del boscaje, el joven cazador Cipariso lo confundió con un ciervo ordinario. Le lanzó su jabalina, y al hallar que había matado a su mascota, quedó desconsolado. Quiso morir o llorar eternamente a su amado. El único remedio que Apolo pudo ofrecer al doliente muchacho fue

convèrtirlo en un árbol de penas, el ciprés, un árbol perenne en el que Cipariso vive eternamente.

Quien desee hablar de las doncellas de las que Apolo se enamoró, tendrá que hablar también de un rival en la mayoría de los casos, quien a menudo fue más afortunado que el dios. Menciona a esos rivales el poeta griego, autor de un gran himno a Apolo[451], que se pensaba había sido Homero. Las historias de amor mismas sólo fueron contadas detalladamente más tarde. El primer amor de Apolo fue Dafne, nombre también del laurel. Se decía que Dafne era hija del dios-río Ladón y de Tierra[452]. Otros narradores sostenían que el padre era el río Peneo, señor del Valle de Tempe en Tesalia[453]. Era Dafne una virgen silvestre como Artemisa, quien a su vez tenía sus propios árboles de laurel sagrados, en tanto Dafnea y Dafnia. Dafne fue amada no sólo por Apolo sino también por un joven llamado Leucipo[454], «el del corcel blanco» o «el semental blanco». Leucipo se disfrazó de muchacha para que se le permitiera acompañar a Dafne. Lo descubrieron sin embargo cuando se bañaban, las compañeras de Dafne. De ello resultó que Leucipo o bien murió o desapareció. Dafne, perseguida por Apolo, rogó a la Madre Tierra que la salvara y fue convertida en un laurel, árbol que desde entonces sería el favorito del dios, quien adoptó una rama del mismo como corona. Ese árbol, como casi todos, es naturalmente bisexual, por lo que da el ejemplo más perfecto de la unión de los dos sexos.

Otra historia es aquella que concierne a Dríope (*Dryope*), hija de Dríope (*Dryops*), «el Hombre-Roble». Era ella una compañera de juego de las hamadríades, ninfas del roble. Para obtenerla, Apolo se convirtió primero en una tortuga. Las ninfas se solazaron con la extraña criatura y Dríope la puso en su regazo; la tortuga se convirtió enseguida en una serpiente, ante lo cual huyeron las ninfas aterrorizadas. Apolo engendró así un hijo en Dríope. La muchacha no dijo nada del asunto a nadie, tomó marido y parió su hijo en connubio con este hombre. Después las hamadríades robaron a la muchacha y la hicieron una de ellas[455]. En otra de las conocidas metamorfosis de Apolo, el dios se volvía un lobo[456], y en esa forma se acopló con la ninfa Cirene. Había muchas historias sobre enredos amorosos de Apolo con muchachas, pero terminaré mi relación con la historia de Cirene, que contaré ateniéndome a la forma en que mejor la conocemos[457].

Cirene era una virgen cazadora, una figura parecida a Artemisa. Era hija del rey tesalio Hipseo, nombre que se refiere a las alturas celestes y que por tanto implica a un rey del cielo; su madre era una ninfa de las

aguas. Se contaba también que Artemisa le había regalado dos perros de caza[458]. Vivía Cirene en los bosques del monte Pelión y protegía con espada y jabalina los rebaños de su padre contra las bestias de presa. Apolo espió a la muchacha cuando ésta, desarmada, luchaba con un león. Atónito, llamó al sabio centauro Quirón, cuya cueva estaba cerca. Quirón le aconsejó tomarla en secreto por esposa, así que Apolo se llevó a la virgen silvestre al norte de África en su carruaje dorado tirado por cisnes, a un lugar donde después se fundaría la ciudad de Cirene. Consumaron el matrimonio en la áurea guarida nupcial de Libia. Quirón profetizó que Cirene daría a luz un niño divino; Hermes se haría cargo de él y lo entregaría a las Horas y a la diosa Gea. Estas, maravilladas por el niño que Hermes llevara a sus regazos, derramarían néctar y ambrosía en sus labios, tornándolo de ese modo inmortal. Harían de él un Zeus, un santo e incontaminado Apolo, que habría de ser una alegría para los hombres, quienes lo amarían; que sería el más fiel guardián de rebaños; que sería Agreo y Nomio, cazador y pastor, como también lo era Apolo; y que también sería Aristeo, «el mejor de todos los dioses».

De este segundo Apolo y segundo Zeus-niño se dijo que su padre lo llevó a la cueva de Quirón para que lo educaran los sabios centauros. Cuando hubo crecido del todo, las musas prepararon su boda (mencionaré luego a su hijo Acteón, nacido de Autónoe, hija de Cadmo) y le enseñaron las artes de la curación y la adivinación. Le asignaron la guarda de sus rebaños en el país tesalio de Ptía. Cuando Sirio, la estrella del verano tórrido, resplandeció sobre las Cícladas y la gente no podía escapar de la plaga, entonces, por mandato de Apolo, invocaron a Aristeo. De allí que, también por orden del padre, dejara él Ptía y se estableciera en la isla de Ceos, donde hizo sacrificios a Zeus y a Sirio[459]. En su honor soplaron durante cuarenta días los Etesios, vientos que limpian el aire corrompido. Aristeo inventó el colmenar y la apicultura, la almazara y la confección del queso[460]. Se decía que había sido el primero que puso trampas para los lobos y osos, y el que liberó a la isla de Cerdeña de aves de rapiña.

6. NACIMIENTO Y MUERTE DE ASCLEPIO

Una de las historias amorosas de Apolo es también la narración del nacimiento del médico divino y dios curador, Asclepio. El mismo Apolo era también médico; uno cuyas artes curativas fracasa-

ron solamente con aquellos a los que dio muerte por propia mano. Homero menciona a Peón como médico de los dioses, curador de los inmortales cuando éstos sufrían heridas[461]. «Peón» era un apelativo de Apolo. Asclepio, quien sanaba a los mortales e incluso podía hacerlos retornar de la muerte a la vida, fue como Aristeo un segundo Apolo a quien, además de considerársele hijo de este dios, también se le llamó «Zeus», pese al hecho de que fue Zeus quien lo mató, según una leyenda que después referiré.

Hay una antigua historia sobre los amores de una diosa del lago Boibis, al norte de Grecia[462]. En el dialecto local ese nombre significaba «el lago de Febe». La diosa misma era también llamada Brimo, «la Recia». Según esa antigua historia, cuyos detalles se guardaban en secreto, su amante era Hermes, un dios fálico que en tiempos antiguos era simplemente un falo. También en tiempos antiguos, aunque ya en el estilo de la saga heroica, se contaba otra historia de los amores en el lago Boibis[463]. Una doncella se lavaba los pies en el lago; era hija del rey Flegias, «el fogosamente rojo», a quien mencioné antes como uno de los enemigos de Apolo. Ella se llamaba Corónide, «la muchacha corneja». Apolo tuvo un hijo de ella, pero ella tomó por marido a Isquis, el hijo de Elato, «el hombre pino». El nombre Isquis tiene que ver con «fortaleza»; los latinos no se equivocaron al traducirlo como *Valens* [464]. Ese nombre estaba asimismo reservado para el padre del niño divino de Corónide. El relato en que Apolo era el padre sostenía que el cuervo (un pájaro favorito de Apolo, que en aquella época no era negro sino blanco) trajo al dios la noticia del matrimonio de Corónide con Isquis. La ira de Apolo cayó primero sobre el cuervo, que desde entonces es negro[465]. El castigo de Corónide y el nacimiento de Asclepio están descritos en la historia que sigue, de data posterior[466].

La muchacha tenía ya en su interior el semen puro del dios, cuando llegó de Arcadia un huésped de nombre Isquis, hijo de Elato. Corónide no pudo resistírsele y se le entregó en secreto, sin que su padre se enterara. Apolo, en cambio, no dejó de observar la infidelidad. Envió a su hermana a Laceria (cuyo nombre revela que se trata de una ciudad de cornejas parlanchinas), cerca del lago Boibis, donde estaba el hogar de Corónide. Esta fue asesinada por las flechas de Artemisa y con ella murieron muchas mujeres flegias. Hubo una pestilencia devastadora y ardieron incontables piras funerales. Cuando el fuego resplandecía ya en torno a Corónide, Apolo dijo: «¡No puedo tolerar que mi hijo perezca con la madre!» Tomó a Asclepio del cadáver que ardía

A: *Hefesto escoltado al Olimpo por Dionisos, una Ménade y Sileno*

B: *Peleo lucha con Tetis en presencia de Quirón y la nereida Pontómeda*

A: *Helio, las estrellas como muchachos saltarines, Endimión, Eos, Céfalo y Selene*

B: *Eos llorando a Memnón*

en la pira y lo entregó al centauro Quirón, quien le enseñaría el arte de la curación.

Otras versiones circulaban en Epidauro, aquel famoso lugar de culto de Asclepio donde tanta gente se curaba durmiendo en el templo. Esas versiones no decían nada sobre la infidelidad y muerte de Corónide. En lugar de ello, hablaban de un segundo nombre de la madre del dios: Eglé, «la luminosa»[467], cuyo padre era Flegias, en tanto la madre era una hija de la musa Erato. El nacimiento del niño divino tuvo lugar en el santuario y atendieron el parto Artemisa y las moiras[468]. Se contaba además que Flegias, ese hombre belicoso, llegó al Peloponeso con aviesa intención, para espiar y conquistar más tarde el lugar. Con él venía Corónide, quien ya en ese momento y sin que lo supiera el padre, estaba preñada por Apolo. Ella dio a luz a Asclepio en suelo de Epidauro y lo abandonó en la montaña que antes se llamaba el Monte de los Arrayanes, pero que más tarde se denominaría Monte del Pezón. Asclepio fue allí amamantado por una cabra y protegido por un perro pastor. El pastor Arestanas se dio cuenta de que le faltaban los dos animales, salió a buscarlos y encontró así al niño, a quien decidió llevar consigo a casa. Pero a medida que se aproximaba al bebé vio que de éste irradiaba una luz. Se dio cuenta de que había algo divino en todo aquello y se alejó. Enseguida se propagó la noticia de que, en el futuro, aquel niño encontraría remedios para los enfermos e incluso devolvería los muertos a la vida. El perro se convirtió en un animal sagrado de Asclepio, al modo de la serpiente apolínea.

Nunca se dijo que Asclepio trajera de vuelta a la vida a los muertos en el mismo Epidauro. Diversas narraciones mencionan a héroes a quienes revivió, entre ellos a Hipólito, el favorito de la diosa virgen Artemisa[469]. Los relatos nos informan que la resurrección de una persona muerta provocaba la cólera de Zeus. Éste mató con su rayo al médico divino. Apolo vengó a su hijo matando en cambio a muchos Cíclopes. Todo esto es sólo una justificación posterior de la servidumbre del dios bajo Admeto, servidumbre que en realidad debió sufrir Apolo por el asesinato de Delfine.

7. RELATOS DE ARTEMISA

Se recordará que uno de los nombres de la Gran Madre de los Dioses en Asia Menor (una diosa que además de ser una madre

tenía también fuertes rasgos hermafrodíticos), era el de Gran Artemisa. Nuestra Artemisa jamás fue llamada «madre», si bien estaba tan cerca de su madre Leto como de su hermano Apolo. Ella aparecía siempre como una doncella, pero también se asemejaba a un muchacho en su vigor y rusticidad, como lo hacen las muchachas a esa edad especial que estaba justamente bajo su protección. Se contaba que ella rogó a su padre le diera compañeras de sólo nueve años de edad[470]. Esa era la edad en que las niñas abandonaban a sus madres y entraban al servicio de Artemisa; en los primeros tiempos todas lo hacían, pero después sólo algunas escogidas. Permanecían al servicio de la diosa hasta que eran núbiles. En Atenas, las pequeñas doncellas de Artemisa eran llamadas *arktoi*, «osas». De Artemisa misma se debe haber supuesto en una época que era una osa; o, en tiempos todavía más antiguos, cuando la fauna de Grecia era más sureña, una leona.

Por otra parte, Artemisa fue siempre descrita como una virgen cazadora, y sus compañeras también eran vírgenes. ¡Pobre del hombre que la espiara cuando se bañaba en los pozos y arroyos salvajes! Por esa ofensa el cretense Sipretes fue convertido en mujer[471]. Muchos conocen la historia de Acteón[472], hijo de Aristeo y Autónoe y sobrino de Semele, la madre de Dionisos. Es una historia trágica que fue relatada de diversas formas. La versión más conocida dice que Acteón, a quien Quirón había educado para que fuera un cazador, sorprendió a Artemisa cuando ésta se bañaba. La diosa lo castigó convirtiéndolo en ciervo, animal que por regla era su favorito pero que en esta ocasión sería su víctima. Los cincuenta sabuesos de Acteón desgarraron a su metamorfoseado amo, y a Autónoe le correspondió la atroz tarea de reunir los huesos de su hijo. Seguramente existió un cuento más antiguo en el que Acteón se disfrazaba con la piel de un ciervo y de esa forma se acercaba a Artemisa; en una versión posterior el cazador quiso raptar a la diosa, o bien fue a Semele, la amada de Zeus, a quien codició, de modo que Artemisa echó la piel de ciervo sobre sus hombros. Todos los relatos concuerdan en que Acteón fue despedazado.

Otra historia relativa a Artemisa tenía por heroína trágica a una compañera de la diosa, una cierta Calisto. Tal nombre propio se formó del adjetivo *kalliste*, «la más hermosa», y era un apelativo de la misma Artemisa. Se decía que Calisto había sido una ninfa del cortejo de Artemisa, una cazadora que vestía los mismos ropajes que la diosa[473]. En los diferentes relatos ella aparecía con padres diferentes: Nicteo, «el hombre de la noche»; Ceteo, «el hombre del monstruo

Artemisa mata a Acteón

marino»; o Licaón, «el lupino». En verdad la misma Calisto tenía también diferentes nombres, tales como Megisto, «la más grande»[474], o Temisto, una forma del nombre Temis[475]. Según un autor cómico, Zeus la había seducido después de asumir la forma de Artemisa[476]. En las viejas historias Artemisa tenía todavía, desde luego, la forma de una osa, y Zeus se ayuntó con Calisto como un oso. La historia original era la de un acoplamiento de animales, que rezaba simplemente como sigue: bajo forma de un animal, Calisto subió al lecho de Zeus[477]. Relatos posteriores dicen que Artemisa descubrió que su compañera estaba preñada cuando se bañaban y que, encolerizada, la transformó en una osa. Se supone que la diosa mató también al culpable. Calisto apareció sin embargo finalmente en el cielo como la Osa Mayor, después de haber dado a Zeus un hijo que fue el primer ancestro de los habitantes de Arcadia[478]. El nombre de ese hijo, Arcas, está relacionado con *arktos*, un oso. Se contaba también que Calisto dio a luz mellizos: Arcas y Pan, el dios de patas de cabra de aquel mismo país[479]. La rusticidad de Arcadia y el carácter antiguo de sus habitantes se avenían muy bien con tales diosas y semejantes ancestros.

8. LA HISTORIA DE BRITOMARTIS

La historia de Britomartis es también un relato sobre Artemisa. Con ese nombre invocaban los cretenses a una doncella divina a quien Artemisa amaba especialmente. Traducido de la lengua cretense, el nombre Britomartis significa «dulce virgen»[480]. En otras regiones de la gran isla se le decía Dictina, la diosa del Monte Dicte; este nombre contiene también un eco de la palabra con la que en nuestra lengua designamos una red: *diktys*. Y es que, en efecto, una red desempeña un rol en la historia.

Se contaba que Britomartis era una hija de Zeus nacida en Creta y que era ninfa y cazadora. Minos, hijo de Zeus, se enamoró de ella. Persiguió a la muchacha silvestre por las montañas de Creta. La ninfa se escondía ora en los encinares, ora en las zonas bajas. Durante nueve meses siguió Minos sus huellas. Casi la capturó en un risco escarpado del Monte Dicte, donde sus ropas quedaron cogidas por una rama de mirto o arrayán. Pero ella saltó a tiempo del alto risco al mar, cayendo en las redes de unos pescadores, quienes así la salvaron. Artemisa la elevó al rango de diosa[481].

En los relatos de los habitantes de la isla de Egina, Britomartis llegaba allí en la barcaza de un pescador. Ese pescador, cuyo nombre era Andrómedes, quiso violarla, pero la diosa desapareció en el bosque que ya entonces cubría la montaña donde tiene su altar[482]. En Egina sin embargo no era llamada Britomartis sino Afea, puesto que de pronto se volvió invisible (*aphanes*). Esa explicación es de seguro incorrecta, ya que no hay conexión entre las dos palabras. Pero todavía puede visitarse el templo de Afea en una estribación montañosa al sur de Egina.

9. SOBRENOMBRES DE APOLO Y ARTEMISA

Muchos sobrenombres y apelativos de Apolo y Artemisa han aparecido ya, entretejidos en las historias que he contado. Algunos nombres no mencionados todavía, como por ejemplo Delfinio, que conecta a Apolo con los delfines, se explican por sí solos. Y solamente pocos entre tantos nombres refieren a historias o a descripciones conocidas.

Así, nos ha quedado la descripción de cómo Apolo, habiendo primero llegado a Delfos con un arco tendido, entró después con paso gallardo y amplio a la ciudad, provisto de un manto grande y fragante y portando en su mano la lira, y de allí enseguida apareció en el Olimpo en la asamblea de los dioses, quienes de inmediato fueron presa de un deseo de música y canto. En esa oportunidad, las musas cantaron en antífonas los inmortales dones de los dioses, así como las penas de los ignorantes y frágiles hombres. Las cárites, las horas, Harmonía, Hebe y Afrodita, un grupo de nueve diosas, danzaron en una ronda, tomándose unas a otras las manos por la muñeca. También Artemisa entró en la danza, y Ares y Hermes se holgaban con las danzarinas. Entre ellas sostenía Apolo la lira, hermoso y altivo en su paso resuelto, iluminado y radiante. Centelleaban sus pies y sus vestiduras[483]. Era así como aparecía en tanto *Musagetes* y *kitharodos*, es decir, como «Conductor de las Musas» y «Cantor con la Lira». Para nuestros antiguos narradores y poetas era como si la luz del sol se hubiera vuelto música. «Él hace que toda la naturaleza armonice», cantó uno de aquellos poetas nuestros, «el espléndido Apolo de Zeus, quien une Comienzo y Fin, y el plectro de su lira es el brillante rayo del sol»[484].

De modo similar Artemisa no era siempre la Cazadora, la que dispara sus flechas suavemente asesinas sobre las mujeres mortales y los animales salvajes. También ella fue adorada bajo apodos reveladores del placer que le causaba el baile de extraños danzarines, fueran varones o hembras. Como Cariatis, disfrutaba las danzas de las muchachas del nogal en el pueblo de Caria: aquellas Cariátides que en sus rondas extáticas soportaban sobre sus cabezas cestos de cañas vivas como si fueran plantas danzantes. En honor de Artemisa Cordaca los hombres realizaban la danza *kordax*, con movimientos femeninos. Otra práctica en honor suyo era la de las muchachas que portaban falos, como acostumbraban hacerlo también los actores en las comedias. En uno de los festivales de la diosa los hombres se ponían en las cabezas cornamentas de ciervos. Los celebrantes de las mascaradas fálicas adoraban a la diosa como Coritalía, sobrenombre que significa lo mismo que Dafnea, «Doncella del Laurel». Tenía también apodos relativos a la luna, como Hegemone y *keladeine*, nombres que compartía con las Cárites, y cuyos significados ya he explicado. Cuando la luna brillaba, Artemisa estaba presente y los animales y las plantas bailaban.

IX. Hera, Ares y Hefesto

Es tiempo de hablar de los hijos de Hera: Ares y Hefesto. De acuerdo con Homero ambos eran hijos de Zeus, aunque según Hesíodo sólo Ares lo fue. Pero Homero cita a Zeus diciendo que odiaba a Ares porque éste se complacía sólo en la contienda, la guerra y los combates (observación que dicho sea de paso, podría también aplicarse a Palas Atenea), y porque se parecía a su madre Hera, de modo que su lugar adecuado estaría entre los titanes, allá en las profundidades más hondas de Tártaro[485]. Ares sin embargo, siempre en la misma descripción que Homero hace de él, era mendaz incluso con su madre[486]. No conocía a Temis y ayudaba al enemigo. Era una figura gigantesca que, cuando se desplomaba (como ocurrió una vez que lo alcanzó una piedra lanzada por Atenea), abarcaba una extensión de setecientos pies[487]. Esta figura carecía de dignidad en todos los sentidos; cuando «el broncíneo Ares» era herido, chillaba como nueve o diez mil hombres[488].

Homero no pensaba que Hefesto fuera especialmente digno, tampoco él. Es sabido que cojeaba y que era más un enano que un gigante. Pero al menos era un consumado artesano y un reconciliador de sus padres: la risa que provocó entre los dioses del Olimpo puso fin a la disputa de aquellos[489]. Por la descripción que Homero hace de los dos

hermanos, es fácil imaginarse cuánto odiaba nuestro más grande poeta la guerra y la disputa. Es a él a quien probablemente debemos agradecer el hecho de que se sepa tan poco sobre Ares: casi nada en realidad, excepto que era hijo de Hera y aliado del salvaje país de Tracia. Su nombre sonaba como *ara*, «maldición» (aunque esta palabra ciertamente significa también «plegaria»), y era palabra casi sinónima de guerra. Los relatos que alguna vez hicieran una presentación más personal del dios, tal vez de cuando era niño, fueron olvidados casi por completo.

Y sin embargo lo vemos de niño en los retratos que de él hicieron los etruscos, retratos cuyos prototipos debieron ser tomados de nuestros antiguos artistas. El relato en el que Ares es concebido sin intervención de padre alguno, se conservó sólo entre los romanos; quienes de todos modos, de seguro no inventaron esa historia, ya que ese tipo de relato es característico de nuestra diosa Hera. Tifón también nació de Hera sin concurso de su padre: la suya es una figura que no debemos pasar por alto en el contexto que ahora nos ocupa. Procederé a decir más sobre Tifón, a modo de inicio de mi presentación de Hera como madre. Pues Hera es el lazo entre todas las historias que seguirán de inmediato.

1. MATERNIDADES DE HERA

Se recordará que la dragonesa de Delfos, a la que Apolo más tarde matara, recibió de Hera un dragón: Tifaón, traído al mundo por la gran diosa encolerizada contra su marido cuando éste, Zeus, dio a luz a Palas Atenea. La narración dice que, en su ira, Hera habló de este modo a los inmortales congregados:

> ¡Oídme, todos los dioses y todas las diosas, cómo Zeus echa vergüenza sobre mí, cómo es él el primero en hacerlo, después de haberme tomado por esposa! Sin mí ha engendrado a Atenea, la que es gloriosa entre todos los inmortales, mientras que mi hijo Hefesto, al que yo misma parí, es el más ínfimo de todos nosotros: yo misma lo lancé al mar; pero Tetis la hija de Nereo lo acogió y lo cuidó junto con sus hermanas. ¡Ojalá nos hubiera hecho otro servicio! ¡Tú, monstruo engañoso! ¿Cómo te atreviste a engendrar a Atenea tú solo? ¿No podía yo haberte dado una hija? ¿No era yo tu esposa? ¡Ahora me las arreglaré para tener un hijo que será glorioso entre los dioses! Lo haré sin deshonrar tu lecho ni el mío, pero también sin allegarme a ti. ¡Me mantendré lejos de ti y permaneceré entre los otros dioses![49]

Entonces Hera se apartó también de los otros dioses. Imploró y golpeó la tierra con la palma de su mano: «¡Oídme, Gea, y Urano, tú que estás en lo alto, y ustedes, titanes que habitan bajo la tierra en el Tártaro, ancestros de dioses y de hombres! ¡Escúchenme todos y denme un hijo que no sea más débil que el mismo Zeus! ¡Así como Zeus fue más fuerte que Kronos, así hagan que mi hijo sea más poderoso que él!» Golpeó la tierra con mano potente. Gea, la dadora de vida, se estremeció, y Hera se regocijó, pues supo que obtendría lo que quería. De allí en adelante, y durante un año completo, no yació con Zeus ni se sentó a su lado en el lugar donde antes deliberaban juntos. Se refugió en sus templos, donde recibía con gusto los sacrificios. Cuando al cabo de un año hubo llegado el momento, dio nacimiento a algo que no se parecía ni a dioses ni a hombres: Tifaón, ese terrible desastre, azote de los mortales. Hera se lo llevó a Delfos, donde la dragonesa lo tomó a su cargo.

El relato de la concepción de Ares, según lo contó un poeta latino, es similar pero no idéntico[491]. Allí la diosa Gea aparece en la forma de madre de las plantas, particularmente de las flores, forma en que los romanos la invocaban como Flora, «la diosa flor». Ella misma habla, diciendo casi la misma historia que acabo de relatar. La esposa del rey de los dioses se sentía insultada por la razón que ya he dicho, proponiéndose por ello hacer todos los esfuerzos para salir preñada sin la ayuda de su marido. Se había encaminado hacia Océano a fin de solicitar alivio y consejo, pero interrumpió su viaje al llegar al palacio de la gran diosa Flora, quien le dio la planta (según esta versión una flor, pero en otra una especie de hierba[492]), el simple mágico cuyo toque podía volver fructífero al ser más estéril. Hera fue tocada por el simple y concibió al dios de la guerra. Una vez preñada regresó a Tracia, donde parió a su hijo.

Por su parte, y de acuerdo con la historia que Hera misma cuenta, Hefesto no resultó propiamente de un nacimiento sin padre sino que fue mal engendrado y, como lo explicaré en breve, tuvo un nacimiento prematuro. Esta historia suena no menos antigua y no menos cónsona con los tiempos primitivos que aquella otra de la concepción sin intervención de marido. Hesíodo prefirió valerse del relato más reciente, en el que Hera buscaba competir con su marido dando a luz al más dotado maestro artesano entre todos los descendientes de Urano[493]. Procederé a relatar las historias relativas a Hefesto; pero debo primero narrar un cuento antiguo sobre Ares, del que se ha conservado al menos una huella. Ese cuento introduce otro tema sumamente antiguo y que

es común tanto a nuestra mitología como a las de otros pueblos: el tema de los mellizos.

2. ARES Y LOS ALÓADAS

Los dióscuros Cástor y Pólux, hijos de Leda, no eran los únicos mellizos de nuestra mitología. La afirmación de que este par de hermanos estaba sujeto a la muerte por una de sus mitades, es decir, que estaba de ese modo asociada al Inframundo, no entra en conflicto con otra afirmación: la de que ambos eran seres divinos. Sin embargo sus hazañas pertenecen mucho más a la saga heroica que a la mitología. Otros pares de mellizos originalmente divinos, como los Afáridas Idas y Linceo, adversarios de los Dióscuros, pasaron enteramente a la saga heroica. Un par de mellizos muy antiguos fueron los Actoriones Moliónidas, «los dos hijos de Actor y Molione», muchachos heroicos que nacieron de un huevo de plata y cuyos cuerpos conformaban uno solo[494]. Heracles pudo matarlos sólo porque se valió de un engaño, y entonces los vengó su madre. Por otra parte, los dióscuros tebanos Anfión y Zeto, hijos de Zeus y de Antíope, fueron, a la recíproca, vengadores de su madre; se vengaron en otra mujer que había usurpado el lugar de la madre. Así, entre los pares de mellizos más antiguos y originalmente divinos, estaban los Alóadas o Alóidas, quienes casi lograron matar a Ares y fueron traicionados por su madre. Esta era la historia[495]: Oto y Efialtes eran varones mellizos cuya vida fue corta. El padre era Aloeo, nombre derivado de *aloe* y *halos*: «lugar circular» y «disco redondo». Ifimedea, la madre, decía que había sido preñada por Poseidón. Se había enamorado del dios y frecuentaba la orilla del mar, donde vaciaba con sus manos agua en su regazo, hasta que Poseidón engendró en ella los mellizos[496]. La belleza de estos niños era apenas inferior a la del famoso cazador Orión, de quien diré más después. La Tierra dadora de vida los nutrió de tal modo que los hizo gigantes. A los nueve años de edad tenían ya nueve codos de ancho y nueve brazas de altura. Se aseguraba que cada mes crecían nueve «dedos»[497]. Declararon la guerra a los dioses del Olimpo y se propusieron echar el Monte Osa sobre el Monte Olimpo, y el Pelión sobre el Osa, para de ese modo escalar al Cielo. Hubieran en efecto llevado a cabo su plan de haber seguido creciendo hasta la juventud. Pero Apolo los mató antes. De acuerdo con otra historia, no podían ser muertos excepto el uno por

el otro[498]. Así, cuando trataron de raptar a Hera y a Artemisa, una cierva apareció entre ellos, bien porque la hubiera enviado Artemisa o bien porque se tratara de la misma Artemisa bajo esa forma[499]. Los mellizos lanzaron sus jabalinas sobre la cierva y se hirieron el uno al otro. Así llegaron al Inframundo, donde fueron atados, si bien por separado, a un pilar; sobre el pilar se posó la terrible lechuza «Estigia».

Una de las audaces acciones de los Alóadas consistió en capturar a Ares y encerrarlo en una vasija de bronce, uno de aquellos enormes jarros que tenemos aún ahora, aunque hechos usualmente de arcilla. Allí permaneció el dios durante trece meses, y hubiera perecido si no fuera porque Eribea, la madrastra de los mellizos, reveló a Hermes el paradero del perdido Ares. Hermes sustrajo al prisionero, que estaba a punto de morir del tormento[500]. Se puede suponer que en esa época Ares era todavía un niño de la misma edad que los Alóadas. En las imágenes etruscas que he mencionado, se ve a los niños de pie sobre la boca de una vasija en la que resplandece un fuego: lo que indica obviamente los preliminares de una ceremonia de iniciación. La historia adicional de Ares en la isla de Naxos, escondiéndose en «una piedra que devora al hierro»[501], recuerda al niño dáctilo Celmis, a quien sus dos hermanos torturaron y purificaron como hierro en el yunque. De la crianza de Ares y de su tutor Príapo, quien le enseñó primero a bailar y sólo después a guerrear, contaré posteriormente.

3. CAÍDA Y CRIANZA DE HEFESTO

Otros relatos sobre Ares tratan de sus relaciones con Hefesto. Es famosa la historia en que ambos aparecen juntos con Afrodita. Contaré luego otra en que aparecen con su madre Hera: de nuevo una mujer entre los dos. El nacimiento prematuro, e infeliz por lo demás, de Hefesto, que servía de trasfondo a lo que seguía, ha sido ya mencionado. Pero debo explicar con más detenimiento el significado de ese nacimiento. La historia describía el nacimiento de un niño que renqueaba de ambos pies, puesto que las plantas y los talones estaban en posición invertida, no adaptados para caminar sino apenas para un movimiento frontal, arrastrado, de todo el cuerpo. Esta desfiguración se nos muestra claramente en las antiguas vasijas pintadas; y pronto llegaré al relato de cómo Hefesto, echado del Olimpo, tardó todo un día en caer, como una especie de rueda giratoria en el cielo, antes de alcanzar la tierra. Su nacimiento fue prematuro porque ocurrió du-

rante los trescientos años en que la relación de Hera con Zeus era secreta. De lo prematuro resultó lo malnacido, de modo que la anécdota de la concepción sin concurso de marido fue sólo una excusa: así se dijo[502], como se dijo también que Hefesto nació del muslo de Hera[503].

Homero dejó que el mismo Hefesto nos contara la historia, con palabras que no intentaban ocultar la angustia del hijo por el hecho de que Hera había procurado mantener en secreto el malparto[504]. La misma diosa había declarado lo que hizo; lanzó al niño al mar, y le habría ido peor a éste de no haber sido cogido en su caída por Eurínome y Tetis, quienes lo tomaron en su regazo. Nueve años permaneció Hefesto con las dos diosas e hizo para ellas, en una gruta próxima a Océano, broches y hebillas, zarcillos y gargantillas. Nadie se enteró de ello, ni dios ni hombre alguno, a excepción de las dos diosas marinas que lo habían salvado. Homero pone en boca de Hefesto otra historia de su caída[505]. Tal vez fuera la misma historia, pero con otra explicación de la caída: Hefesto habría tratado de ayudar a su madre contra Zeus, pero su padre lo tomó por el talón y lo arrojó desde el sagrado umbral del palacio de los dioses. A través del aire cayó Hefesto el día entero. Se ponía ya el sol cuando se desplomó en Lemnos, casi sin respirar. Fue descubierto y cuidado por los sintios, un pueblo bárbaro del que se decía que lo adoraba en dicha isla. Esto ocurrió en la época en que Zeus suspendió de una cuerda de oro a su esposa entre Cielo y Tierra, como castigo por la persecución de Heracles[506]. Hera fue atada por ambas manos, más un yunque en cada pie.

Mencionaré en breve otra ocasión en que Hera fue atada, esta vez por Hefesto, quien así se vengó de haber sido precipitado por su madre. Hay que decir, de paso, que no todas las historias concuerdan en que fue su madre quien lo lanzara. Según un relato, una vez nacido su hijo, Hera lo llevó a la isla de Naxos, y se lo entregó a Cedalión, quien habría sido después su tutor y le enseñara la herrería[507]. Cedalión era una figura parecida a los cabiros. Su nombre era tanto como decir «el fálico». Se le contaba entre los cíclopes[508], siendo también entre éstos que Hefesto reclutó a sus socios artesanos; pero Hefesto hizo eso sólo más tarde, cuando las narraciones habían comenzado a conectar al dios con los grandes Vulcanos o volcanes del oeste, con Etna y Vesubio. En un lugar de Lemnos, en la pequeña montaña de Mosiclo, donde el fuego brota de la tierra, los compañeros de Hefesto eran algunos cabiros llamados Carsinos: «los Cangrejos». Hefesto fue considerado dios del fuego subterráneo; en nuestra lengua, *hephaistos* también signifi-

caba «fuego» en un sentido general. En cuanto a Cedalión, hablaré de él otra vez cuando refiera las historias sobre la constelación de Orión.

4. HERA ATADA

Esta era una vieja historia que contaba cómo Hefesto amarró a Hera, una historia del mismo tipo que aquella de la atadura de Ares y Afrodita, o que las de los primeros robos de Hermes, que en breve contaré. Todas ellas son narraciones de hechos engañosos llevados a cabo por dioses astutos, casi siempre en una época en que todavía no se habían unido a la familia del Olimpo, aunque Zeus y Hera ya estuvieran gobernando allí. Estos últimos habían sido unidos por sus hermanos y hermanas. La hija de Zeus, Palas Atenea, y su hijo Apolo, compartían ya ambos el poder de la pareja suprema. Leto estaba también allí con su hijo, y Artemisa con su hermano. La gran diosa Afrodita formaba asimismo parte de la compañía; tal como lo hacían además Ares y Dionisos. Hefesto se mantenía sin embargo apartado, según contaré. Este relato no hace mención alguna de Hermes. El orden cronológico en que fueron recibidos en el Olimpo los dioses que acabo de mencionar y los más jóvenes, nunca fue determinado con seguridad y es algo en todo caso carente de importancia.

Como he dicho, se contaba que Hera estaba muy avergonzada de su hijo malparido; que lo echó por eso de su lado, para ocultar su maternidad, y que el hijo resintió todo eso[509]. Se alegaba haberle sido encargada al dios la tarea de realizar los tronos de los olímpicos, pues era maestro artesano famoso. En todo caso le envió a Hera un hermoso trono. La diosa se sintió complacida con el regalo, se sentó en el trono y se vio de pronto inmovilizada por cadenas invisibles. Más aún, el trono se alzó en el aire con la diosa encadenada. Nadie podía liberarla, por lo que hubo gran consternación entre los dioses. Estos se dieron cuenta de la estratagema de Hefesto y le enviaron un mensaje a fin de que acudiera a liberar a su madre. El hábil maestro replicó, inflexible, que él no tenía madre. Los dioses, reunidos en consejo, permanecían silenciosos, sin saber cómo traer a Hefesto al Olimpo. Ares asumió la tarea; pero tuvo que retroceder ante las llamas de Hefesto, por lo que retornó ignominiosamente derrotado. Una antigua vasija nos muestra a los comediantes representando la lucha entre los dos hermanos por la madre entronizada y atada: combaten con lanzas,

Ares con el nombre de Enialio, y Hefesto como Dédalo, lo que revela la identificación original del divino artesano con Dédalo el de Atenas.

Lo que seguía en la historia después de la derrota de Ares fue no sólo contado en palabras sino también representado en magníficas pinturas, que sirvieron a nuestros antiguos artistas para decorar muchas vasijas. Fue Dionisos, el hijo de Zeus y Semele, quien logró traer al autor de la estratagema: le dio vino, con cuyos efectos obviamente no estaba éste familiarizado todavía; puso luego al dios intoxicado sobre una mula, y lo escoltó al Olimpo como en una procesión triunfal. De seguro los dioses rieron al contemplar ebrio al maestro artesano. Mas éste no estaba tan embriagado como para liberar a su madre sin pedir nada a cambio: puso por precio a Afrodita, o bien casamiento con otra diosa que ya conocemos, Palas Atenea. Sabemos que Hefesto nunca tuvo mucha suerte con las diosas. Fuera como fuere, Hera se vio liberada.

5. HERA, IXIÓN Y LOS CENTAUROS

Se habrá notado que cuando Hera deseaba concebir un hijo sin Zeus, era sin embargo escrupulosa en no deshonrar el lecho de su marido; ponía en eso especial énfasis. La forma de matrimonio que ella protegía en tanto diosa nuestra de la pareja, era la monogamia, o si se quiere (viendo las cosas desde el punto de vista de la mujer), la realización de sí misma mediante un único marido, de quien ella sería la esposa única. De allí los celos y el odio a los hijos de Zeus nacidos en otras mujeres. Zeus a su vez no sólo era en nuestra religión, como ella, el dios del matrimonio, sino que representaba también el principio del otro origen de la vida, el origen no maternal: el principio del origen paterno como el más alto, en el que el padre no está asociado a una mujer única ni se mantiene en una relación de servidumbre con la feminidad general (como la relación de los dáctilos con la Gran Madre) y menos aún con una sola mujer, sino que otorga en lugar de ello su progenie a todas las mujeres, como don divino. Hera parece haber conservado de tiempos anteriores, preolímpicos, una asociación con seres de naturaleza dactílica. Se contaba que en sus días prematrimoniales había sido raptada por un gigante llamado Eurimedón, de quien concibiera un hijo[510]. Ese hijo no fue Hefesto sino Prometeo, quien está muy cerca de Hefesto. Y había también relatos sobre

cómo la esposa de Zeus, presumiblemente en los días oscuros de separación del marido, cuando visitaba ella a dioses primordiales como Océano o a los titanes en el Inframundo, era atacada por seres fálicos llamados Sátiros, según puede verse en pinturas que están en su famoso templo cerca de Pesto o en representaciones sobre vasijas.

Otra historia, bastante similar, tenía por escenario al Cielo[511]. Era una historia de Ixión, rey de los Lapitas, quienes habitaban Tesalia en tiempos primitivos. El padre de Ixión, se decía, había sido Ares, o bien el notorio malhechor Flegias. Pero se mencionan otros nombres del presunto engendrador. Su esposa terrestre se llamaba Día, que no es sino otro nombre para Hebe, la hija de Hera, y en realidad era probablemente nombre de Hera misma en tanto «la que pertenece a Zeus» o «la Celeste» (pues eso es lo que significa la palabra). Ixión había prometido a su suegro Deyoneo, «el destructor», pagarle una rica dote. Cuando Deyoneo vino a buscarla, el yerno excavó un foso lleno de carbones ardientes al que cubrió de delgada madera y polvo, de modo que Deyoneo cayera en él. Ixión fue así el primer parenticida entre los mortales. Enloqueció por ello, y nadie, ni dios ni mortal, era capaz de purificarlo de su crimen, hasta que el mismo Zeus se apiadó de él dándole no sólo absolución sino elevándolo además al Cielo, donde lo hizo su huésped y le concedió inmortalidad. En el palacio del que era huésped, Ixión miró a Hera y la deseó para sí. Hera informó de esto a Zeus. Para descubrir la verdad, Zeus formó con nubes una imagen de su esposa; Ixión abrazó a la nube y engendró en ella una criatura semihombre, semi-caballo. Airado por el doble crimen de Ixión, Zeus ató al malhechor a una rueda de fuego alada que gira siempre en el aire mientras el penitente repite las palabras: «¡Debes recompensar a tu benefactor con agradecimiento!» La escena del castigo fue transferida más tarde al Inframundo. En toda esta historia puede reconocerse con facilidad el castigo de un dios solar más viejo y salvaje, que debió ser domeñado por el gobierno de Zeus.

Ixión engendró en la nube sin concurso de Cárite alguna, es decir, sin Afrodita: lo mismo se dijo de la concepción de Hefesto[512]. Del hijo de Ixión, un ser de doble aspecto llamado Centauro, se decía que se ayuntaba con las yeguas del monte Pelión[513]. Ese fue el origen de los Centauros, habitantes de los bosques sobre cuyo cuadrúpedo cuerpo de caballo aparecía la parte superior del cuerpo de un hombre. Eran vecinos peligrosos de los Lapitas, quienes tuvieron que combatir contra ellos cuando los Centauros quisieron llevarse a sus mujeres,

un hecho famoso acontecido en ocasión del matrimonio de Pirítoo e Hipodamia; en realidad este suceso pertenece a la saga heroica. Otro ser al que se consideraba hijo de Ixión era Quirón[514], de quien ya he hablado. Era el más honrado de los centauros[515]; educó a los héroes y a los hijos de los dioses en una cueva bajo la cúspide del Pelión. Entre sus discípulos se destacó el divino médico Asclepio; pues Quirón mismo fue el primer médico y el primero en entender de los usos de las hierbas. De Quirón se contaba también que Kronos, con forma de caballo, lo engendró en Filira, «árbol de tilo», una hija de Océano[516]. En una antigua vasija pintada aparece Quirón con vestimenta cubierta de estrellas, un árbol desenraizado sobre sus espaldas cargadas de despojos de caza, y con su perro al lado: cazador salvaje y dios oscuro. Sus penas y su bondad serán descritas en la historia de Prometeo.

X. Maya, Hermes, Pan y las Ninfas

No es fácil decir qué tipo de diosa era originalmente Maya, la que diera a Zeus su hijo más astuto: Hermes el mensajero de los dioses. ¿Acaso era Maya apenas una ninfa, como la presenta el himno adscrito a la época de Homero? Acostumbrábamos decir «Maya» para dirigirnos a una mujer vieja, sabia y buena. La palabra significaba también «comadre» o «comadrona», y en uno de nuestros dialectos se aplicaba a «abuela». Además, como he dicho antes, fue con este apelativo como Zeus se dirigió a la diosa Noche para pedirle un oráculo[517].

Cuando concibió y parió a su hijo, la madre de Hermes habitaba en una oscura cueva del monte Cilene en Arcadia. Pero no era ella la diosa de esa montaña: de haberlo sido, Sófocles, en una obra basada en el relato del himno, no hubiera introducido especialmente a la ninfa Cilene como nodriza del niño. Cilene pertenecía a la montaña desde su origen; Maya, por su parte, estaba relacionada con el cielo nocturno en tanto una de las Pléyades. Todas esas estrellas eran diosas doncellas retiradas. Se les consideraba hijas de Atlas[518], de quien sabemos que se erguía al oeste soportando el arco de los cielos. La madre de las Pléyades, se decía, había sido Pléyone, o bien Etra, «la brillante», oceánides las dos. De las hijas se contaba que formaban una banda de doncellas

de Artemisa a las que persiguió el cazador salvaje Orión hasta que Zeus las convirtió en palomas (*peleiades*), después de lo cual convirtió en estrellas tanto a las perseguidas como al perseguidor. Especialmente cercana a Maya era Calisto, una compañera de Artemisa; hablé ya de ella con cierto detenimiento. Cuando bajo forma de osa Calisto parió de Zeus a su hijo Arcas y desapareció luego ella misma de la tierra, el niño fue adoptado por Maya[519].

¿No fue nunca Maya, aun en los tiempos más antiguos, algo más que una Pléyade? Su asociación con Cielo y Noche sugiere que debió haber sido de mayor importancia. No sobrevive sin embargo historia alguna en la que aparezca en un rol principal... a menos que recordemos la famosa historia narrada en el himno homérico, donde aparece como madre de Hermes. Relataré ahora esa historia, ateniéndome casi siempre a sus palabras originales.

1. NACIMIENTO Y PRIMEROS HECHOS DE HERMES

Maya, la modesta ninfa (así empieza el relato[520]), nunca participaba en la asamblea de los dioses bienaventurados. Habitaba en una caverna profundamente sombría, donde Zeus jugaba al amor con ella, envueltos en noche impenetrable mientras Hera dormía. Nadie sabía de esto, ni dios ni mortal alguno. El deseo de Zeus halló por fin su cumplimiento. Llegó para la ninfa el décimo mes sacando a la luz el asunto, descubriendo el hecho: parió un hijo de gran astucia, un engañoso lisonjero, un saqueador y ladrón de ganado, un dador de sueños y un merodeador nocturno como los que acechan en la calle en los portales. Pronto alcanzaría fama entre los dioses por sus hazañas. Nació en la temprana mañana, al mediodía tañía la lira y al atardecer robó las vacas de Apolo, todo ello en el mismo día cuarto del mes en que Maya lo trajo al mundo.

Apenas brotado del cuerpo inmortal de su madre no permaneció mucho tiempo en la sagrada cuna, sino que se levantó y traspasó el umbral de la alta cueva, en busca del rebaño de Apolo. Se encontró con una tortuga que le dio alegrías inestimables: Hermes fue el primero en recibir del carapacho de una tortuga los sonidos de un instrumento musical. Se le cruzó la tortuga a la salida de la cueva; por allí pastaba y arrastraba sus patas, como suelen hacer las tortugas. El hijo de Zeus, el raudo Hermes, la vio y le habló riendo:

> ¡Tan pronto, un presagio feliz! No me desagrada mirarte. ¡Bienvenida, hermosa danzarina, compañera del banquete! Llegas en el momento preciso. ¿De dónde tomaste, tortuga, un juguete tan delicioso, la concha protectora sobre tu espalda, tú que habitas en las montañas? ¡Te llevaré conmigo a casa; sé servicial conmigo! Es mejor permanecer puertas adentro, pues afuera hay peligros. Aún viva eres amparo contra la magia dañina: ¡si mueres, entonarás canto muy hermoso!

Fue así como Hermes empezó: inventando la lira. Se llevó con ambas manos la tortuga a su cueva, donde la sacudió y tajó: sus palabras y sus hechos eran rápidos como el pensamiento. Aparejó dos tallos de caña, fijándolos a un extremo del interior de la concha, y todo lo demás que uno ve en ese instrumento en las viejas imágenes. Tensó en él siete cuerdas de tripa de oveja. Entonces, una vez apresto el amable juguete, ensayó sus notas con el plectro: la lira resonó, potente, en sus manos. Con mucha belleza cantó el dios, hallando las palabras y la música a medida que cantaba, al modo musical de los jóvenes en los banquetes, cuando se zahieren con descaro unos a otros. Cantó sobre Zeus y Maya, sobre cómo practicaban éstos sus juegos amorosos y alabó el resultado de esos amores: su propio nacimiento. Conmemoró también las riquezas que la ninfa recibiera de Zeus en regalo. Y ya sus pensamientos se dirigían sin embargo en otra dirección. Puso la lira en la sagrada cuna; estaba ávido de carne. De modo que saltó fuera de la fragante caverna, acechando y merodeando furtivamente, como hacen los ladrones en la oscuridad de la noche.

Helio se hundía ya con sus corceles y su carro cuando Hermes llegó a Pieria, a la umbrosa montaña de los dioses, donde se hallaba también el inmortal rebaño de sus ganados, pastando la fresca hierba u ocupando sus establos. El hijo de Maya, el merodeador, quien pronto daría muerte a Argos el de muchos ojos, separó del rebaño cincuenta vacas. Las arreó de modo que caminaran hacia atrás, a fin de que sus pezuñas traseras fueran adelante y las delanteras siguieran detrás. Llegaron a suelo arenoso. Se hizo Hermes unas sandalias que nadie más podría imaginar, con ramas de tamarisco y de mirto que ató a sus pies. Tenía apremio, y mucho le faltaba por viajar. Lo vio un hombre viejo que atendía su viña en Beocia, cerca de Onquesto, como a mitad de jornada del dios; Hermes le dijo: «¡Anciano, vino tendrás en abundancia; pero no has visto lo que has visto y no has escuchado lo que has oído! ¡Y guardarás silencio, o esto te valdrá lo peor!»

Condujo así rápidamente a las vacas a través de montañas y valles y florecientes marismas. La oscura Noche, su divina auxiliar, había ya pasado y era casi de mañana. Selene, hija de Palas, apareció en el cielo tan pronto como el hijo de Zeus llegó al río Alfeo con el ganado de Apolo. Infatigables, las vacas entraron al corral y comieron del fino y suave herbaje. Hermes entretanto juntó madera y la apiló para hacer fuego. Hizo con rama de laurel una yesca de fácil manipulación; el calor cobró el vigor de una vaharada: Hermes fue el primero en encender un fuego. Se levantó así en un hoyo una enorme llamarada de madera reseca; se elevaron las llamas y el calor se expandió a gran distancia. Mientras el poder de Hefesto mantenía vivo el fuego, Hermes con mucha fuerza trajo dos vacas del corral al fuego. Las derribó de espaldas, las volteó y les quebró el espinazo. Hizo esto primero con una y luego con la otra. Tasajeó carne y grasa y asó todo en espetones de madera. Los cueros los puso a secar sobre una roca, donde (según dice el relato) podían verse todavía (es decir, en la época en que se cuenta la historia). Lo que siguió fue la división exacta de la carne en doce partes iguales, una para cada uno de los doce dioses del Olimpo, incluida una doceava parte para Hermes mismo. Y a pesar de todo lo que anhelaba la carne sacrificial, a pesar de que lo atormentaba la sabrosa fragancia, resistió y no llevó a su boca ni siquiera un bocado, pues los dioses, a quienes se dirigen los sacrificios, no consumen realmente la carne de la víctima. Apiló la carne en el establo cubierto, en memoria celebratoria de su primer robo. El resto ardió en el fuego.

Cuando hubo terminado, el dios arrojó al río las sandalias, apagó y esparció las negras cenizas. Así transcurrió la noche entera, la segunda noche, y Hermes no estaba todavía en casa. Selene brillaba ya en el cielo. Temprano en la madrugada llegó al divino Monte Cilene; nadie se le cruzó en la larga jornada, ni dios ni hombre alguno, y tampoco le ladró ningún perro. El rápido Hermes, hijo de Zeus, se deslizó en la sala de la caverna a través de la cerradura, al modo de un aliento de otoño: como la niebla. Se movió rectamente, los pies ligeros, a través de la cueva, hacia el espléndido santuario interior, con paso sigiloso. Se metió con agilidad en la cuna, se envolvió los hombros en sus pañales y jugó como un niño pequeño con las sábanas en torno a sus rodillas. Así yació, con la lira bajo su brazo izquierdo. Pero su madre la diosa había observado todo, y le habló a su hijo el dios:

> ¿De dónde vienes, taimado, de dónde vienes durante la noche, tú, muchacho desvergonzado? ¡Temo que muy pronto el hijo de Leto te arrastrará encadenado por esas puertas! ¡O de lo contrario pasarás tu

> vida como los ladrones, por los barrancos! ¡Regresa al lugar del que viniste! ¡Tu padre te engendró para que fueras una penosa vejación de los dioses y de los hombres!

Con astucia le respondió Hermes:

> ¿A qué vienen esas palabras, madre, dichas a un bebé que apenas si conoce algo del mal y que prácticamente se asusta y empavorece cuando su madre lo reprende? Por mi parte, escojo esa habilidad maestra que proveerá del mejor modo por mí y por ti para siempre. ¡Ah no!, ¡no queremos permanecer entre los dioses sin que nos den regalos u oraciones, como piensas! ¡De seguro es mejor disfrutar entre los inmortales por toda la eternidad, con inagotable riqueza, que rebajarse aquí, en esta sombría cueva! Me refiero a que ganaré la misma sacra reverencia que se le paga a Apolo. Y si mi padre no me concede eso, sacaré de donde no tengo, ¡y puedo hacerlo!, para convertirme en un príncipe de ladrones. Si el hijo de Leto me rastrea, algo peor puede ocurrirle: iré hasta Pitón y asaltaré su casa. Sacaré de allí suficientes trípodes y vasijas, oro, hierro reluciente, y muchas vestimentas que expoliar. ¡Lo verás, si eso deseas!

Así hablaron, el hijo de Zeus y la señora Maya. De Océano llegó luego la mañana, con luz para los hombres. Apolo había ya llegado a Onquesto, a la sagrada cueva de Poseidón. Allí encontró al anciano tosco que laboraba en su viña por el camino. Le habló y contó del ganado que buscaba: vacas todas de cuernos retorcidos. Sólo el toro y los perros habían sido dejados; las vacas se habían ido, tal como el sol se ponía. ¿Acaso el viejo no había visto pasar a alguien con las vacas? El anciano respondió: «Amigo mío, es difícil hablar de todo lo que uno ve. Muchos viajeros pasan por aquí, buenos y malos. ¿Cómo podría uno examinarlos a todos? Además, yo he estado excavando todo el día hasta el anochecer, aquí en la viña. Pero me parece que vi a un niño, aunque no estoy muy seguro de eso, y no sé quién era el niño, que pasaba con un ganado, llevando una vara en una mano. Caminaba detrás de las vacas, mirando una y otra vez a sus espaldas: las cabezas del ganado se dirigían hacia él». Así habló el viejo. Apresurando sus pasos, Apolo observó un ave con las alas extendidas, y supo enseguida por ese signo que buscaba a un hijo de Zeus convertido en ladrón. De un salto estuvo en Pilos, envuelto en una luminosa neblina. Observó las huellas y se dijo:

> ¡Qué cosa más rara! ¡Estas son ciertamente pisadas de ganado, pero se dirigen en dirección opuesta, hacia el prado de asfódelos! Aunque las

> huellas no son las de un hombre, ni las de una mujer, ni de lobos, osos o leones. No puedo creer que un Centauro, siquiera, deje huellas tan tremendas. Esto es realmente raro.

Apenas había Apolo hablado cuando ya estaba en el boscoso Monte Cilene, cercano a la sombría guarida rocosa donde la ninfa inmortal había parido al hijo de Zeus. Una dulce fragancia se expandía por todo el contorno. Pastaban muchas ovejas en la montaña. Franqueó Apolo el pétreo umbral de la caverna. Cuando el hijo de Zeus y Maya percibió al airado visitante, desapareció por completo bajo sus pañales de dulce fragancia. Y así como la madera ardiente se oculta bajo la ceniza, así se ocultó Hermes de Apolo; recogió cabeza, pies y manos, como quien acaba de ser bañado y procura un dulce sueño. Pero yacía allí despierto, con su lira bajo el brazo. El hijo de Zeus y Leto lo reconoció, y bien que los conocía, a la ninfa encantadora de la montaña y a su hijo querido, que se escondía allí prudente y engañosamente. Apolo miró cada rincón de la cueva; con la llave metálica abrió tres cuartos ocultos, llenos todos de néctar y ambrosía. Mucho oro y plata había en ellos, muchos ropajes de púrpura y blancura deslumbrante, como los que se guardan en los sagrados albergues de los dioses bienaventurados. Cuando hubo explorado todos los rincones, el hijo de Leto se dirigió a Hermes:

> ¡Tú, allí, niño en la cuna! Dime: ¿dónde están las vacas? ¡Mientras más pronto hables será mejor! ¡Si no, difícilmente nos separaremos en paz! Te arrojaré al negro Tártaro, a la mortal oscuridad de la que no hay salvación. Ni tu madre ni tu padre te devolverán de allí a la luz. ¡De entonces en adelante formarás parte del Inframundo, y reinarás entre la gentecita! [Apolo se refería con esto a los muertos.]

Hermes le respondió, insidioso:

> ¿Qué palabras tan inamistosas pronuncias aquí, hijo de Leto? ¿Qué vacas son esas que buscas? Nada he visto o escuchado de ellas, ni he sabido cosa alguna por otros. Nada puedo declararte, ni siquiera ganarme la retribución de un informante. ¿Acaso me parezco a un hombre fuerte, que roba vacas? No es en eso que me ocupo, sino en cosas muy diferentes: en dormir y tomar mi leche materna, en yacer entre pañales o en tomar mi baño de agua tibia. ¡Cuidado, pues, si no quieres que alguien se entere de la razón de tu regaño! En verdad que sería muy novedosa la noticia de que un niño recién nacido saliera por allí a buscar vacas. ¡Nací ayer, mis pies son tiernos y el suelo duro! Y aun así, si tú lo quieres juraré por la cabeza de mi padre que ni soy culpable ni he

> visto a otro robar tus vacas, cualesquiera hayan sido esas vacas. ¡Esta es la primera vez que oigo hablar de ellas!

Esto diciendo pestañeaba como de veras, levantaba sus cejas y emitía un largo silbido para cubrir el vacío de sus palabras.

Apolo, sonriente, dijo:

> ¡Ah, tú, mi mascota! ¡Tú, hábil embaucador! ¡Hablas como un ladrón experimentado! ¡Muchos pastores sufrirán tus manos en las montañas, cuando, deseoso de carne, caigas sobre sus manadas! ¡Pero si no deseas que esa somnolencia tuya sea la última, salta de tu cueva, compañero de la negra noche! ¡Pues esa será tu especial gloria entre los dioses inmortales: serás el Príncipe de los ladrones por toda la eternidad!

Así habló Apolo, agarrando enseguida al niño y queriendo cogerlo en sus brazos. Pero Hermes había previsto eso: dejó escapar un presagio en la mano de su medio hermano, un insolente mensajero del estómago, y enseguida estornudó. Lo soltó de inmediato Apolo, y, a pesar de la prisa que tenía, se sentó en el suelo junto al niño y lo reprendió. Pero no tardó en decir: «¡Bueno, adelante, entonces vamos, bebé en pañales, hijo de Zeus y Maya! ¡Esos presagios aéreos me servirán para encontrar mis vacas! ¡Y tú serás mi guía!»

Hermes saltó y empezó a andar delante de Apolo, echándose a los hombros el pañal y haciendo con sus manos gestos junto a sus oídos, lamentando su suerte y maldiciendo a todas las vacas del mundo, mientras insistía en su inocencia e incluso amenazaba a Apolo con la ira de Zeus. Pero sería superfluo citar sus palabras con exactitud, pues ya ustedes se habrán dado cuenta de que estos dioses estaban jugando. ¿Por qué se sentó Apolo con Hermes en el suelo, si no por pura risa? Sin embargo, la historia proseguía narrando en detalle cómo ese juego continuó en el Olimpo, sobre las rodillas mismas del padre: Zeus se comportó como si Hermes le fuera totalmente extraño, y le preguntó a Apolo dónde había encontrado esa presa tan encantadora: ese niño recién nacido que tanto se parecía a un mensajero. ¿Acaso era apropiado traer semejante ser a la asamblea de los dioses? A eso respondió Apolo describiendo lo que el pequeño ladrón había hecho. Informó del robo de sus vacas, de cómo Hermes había llevado a cabo el truco de sus potentes sandalias, y cómo lo había finalmente descubierto en el rincón más oscuro de la sombría caverna, donde ningún águila podría divisarlo. Más aún: ¡Hermes había tratado de ocultar el brillo de sus ojos cubriéndoselos con las manos! Procedió luego Apo-

lo a dar un recuento de las mentiras que Hermes había dicho.

Entonces Hermes dirigió un dedo a Zeus y dijo:

> Padre Zeus, te diré a ti la verdad, pues soy franco y no sé mentir. Él llegó a nuestra casa esta mañana temprano, en busca de sus vacas. No trajo consigo testigo alguno que pudiera haber visto lo que ocurrió y diera testimonio a los dioses. Quiso obligarme por la fuerza a confesar y me amenazó con arrojarme al Tártaro, valiéndose de ser un joven en la plenitud de su fuerza mientras que yo apenas nací ayer, como él bien lo sabe...

Y así siguió: ¡El padre seguramente le creería, y más le valiera decir la verdad! ¡Él, Hermes, se sentía avergonzado ante Helio y los demás dioses! Entonces juró de nuevo, pero esta vez, en presencia de Zeus, no por la cabeza de su padre, sino por la magnífica entrada al palacio de los dioses; y amenazó con devolverle a Apolo su trato. ¡Zeus, dijo, debería auxiliar al más joven! Ante esto rompió a reír el padre, contento; ordenó que los hermanos se reconciliaran y conminó a Hermes a que llevara a su hermano al lugar donde había escondido las vacas. Habiendo hablado, hizo Zeus con la cabeza la señal que incluso Hermes tenía que obedecer, al igual que todos los dioses y hombres.

De ese modo los dos espléndidos hijos de Zeus marcharon juntos hacia Pilos. Hermes sacó las vacas del encerradero que había allí disimulado en una cueva próxima al río Alfeo; las empujó hacia la luz. Apolo había ya visto desde lejos los cueros de las reses sobre las enormes rocas, y se maravilló del vigor del niño: de que hubiera sido capaz de matar dos cabezas de ganado. Hermes llevó a cabo todavía otra maravilla: habiendo Apolo tratado de atarlo, a él y a las vacas, con mimbres de junco, Hermes hizo que éstos se enraizaran de nuevo en el suelo y crecieran cubriendo a las vacas, de modo que no se movieran de allí. Después apaciguó la cólera de su hermano con el sonido de la lira. Apolo rompió a reír de alegría. El asombroso sonido caló su corazón, y se vio tomado por un dulce anhelo a medida que escuchaba con toda su alma. El hijo de Maya permaneció allí, a su lado izquierdo, de pie, sin miedo alguno, tocando la lira y cantando con voz hermosa en honor de los dioses inmortales y de la oscura tierra, diciendo cómo llegaron a ser y cómo recibió cada uno su porción respectiva. En su canto alabó Hermes sobre todo a Mnemosine entre las demás divinidades, puesto que él, el hijo de Maya, era de su porción. De los otros dioses cantó, todo en el orden más ajustado y honrado, de acuerdo con sus dignidades y con el tiempo en que cada uno llegó a ser.

El deseo de Apolo por la lira era insaciable. Reconoció que el instrumento bien valía las cincuenta vacas, y admiró a su hermano por haberlo inventado. Elogió la lira, cuyo sonido produce un efecto triple: alegría, amor y dulce sueño. Dijo que también él, Apolo, era un compañero constante de las Musas, pero hasta ahora sólo como tocador de flauta; que desde entonces en adelante estaría asegurada la fama entre los dioses de Hermes y su madre; y que él, Apolo, prometería cualquier cosa a cambio de la lira. El habilidoso Hermes se comportó con cortesía: dio la lira a Apolo, y recibió por ella, como primera retribución, el cayado de pastor de Apolo y el oficio de pastor. Debió por supuesto jurar a su hermano que no le hurtaría la lira o el arco. Entonces Apolo hizo otro regalo a Hermes: un báculo dorado y trifoliado que concede riquezas (aquí la historia no alude a la bien conocida vara de Hermes, la que tiene dos serpientes enroscadas: la vara del Mensajero). Lo único que Apolo no pudo ceder a su hermano fue el poder de la elevada predicción; sólo a él se le había confiado el conocimiento de las decisiones de Zeus. Pero dio a Hermes el poder adivinatorio de tres vírgenes enjambradas, tres abejas hermanas del Parnaso, así como su antiguo dominio sobre los animales, junto con el cargo de mensajero iniciado en el camino a la casa de Hades en el Inframundo: el oficio de Psicopompo, escolta de almas. Tal era el afecto que Apolo había tomado al hijo de Maya, quien además recibiría de Zeus el derecho a traficar con inmortales y mortales, es decir, el oficio de Mensajero de los Dioses. También los seres humanos se benefician de Hermes... aunque no demasiado: pues a veces voluntariamente los hace errar en la oscura Noche.

2. HERMES, AFRODITA Y HERMAFRODITO

Tal vez la historia de los primeros hechos de Hermes fuera contada una vez con muchos detalles, o quizás fue más tarde ampliada con el relato de cómo el ladrón de ganado encontró oportunidad, mientras el airado Apolo lo amenazaba, de robarle también su carcaj y sus flechas: a lo que su hermano reaccionó echándose a reír[321]. Todo esto ocurrió en la «época pastoril» de Apolo, que transcurrió en Tesalia.

Lo cierto es que en ese país su hermano menor podía sentirse tan a sus anchas como en Arcadia. Las imágenes religiosas que allí se le erigieron eran o bien de estilo «Cilenio», consistente en un falo de madera o piedra, o bien de aquel otro, parecido, en que la imagen

consistía en un pilar rectangular dotado de una cabeza y un falo erecto, imagen que en nuestra lengua se llama *herma*. Se decía que este tipo de imagen provenía de los Misterios de los Cabiros[522], es decir, del norte de Grecia, donde queda Tesalia. El lago tesaliano Boibis fue escenario de aquella historia de Hermes que relaté cuando me referí al nacimiento de Asclepio. Se contaba que cuando el dios contempló a la diosa[523] (a veces llamada Perséfone, otras veces Brimo[524]), se excitaron desvergonzadamente sus impulsos naturales. Debe haberse pensado en esa misma región que esa diosa era también la madre del dios, porque a veces se menciona a Hermes como fruto del enredo del lago Boibis[525]. Cuando por otra parte se afirma que Hermes engendró a Eros con Artemisa[526], se trata de nuevo de la misma historia. Nos vemos ante la misma Gran Diosa, de quien Hermes, en la forma de aquellas antiguas imágenes religiosas suyas conectadas con los dáctilos, era tanto marido como hijo.

En un relato mucho más conocido, la diosa más estrechamente relacionada con Hermes era Afrodita. Ambos eran considerados hermano y hermana, resultando según una genealogía, hijos de Urano, el cielo nocturno, y Hemera, el brillo del día[527]. De hecho, Hermes y Afrodita claramente han debido ser mellizos, ya que compartían natalicio el mismo día, el día cuatro del mes lunar[528]. El hijo de ambos era Eros[529], o bien, en realidad, aquel otro ser del que hablaré ahora; éste fue confiado por Afrodita, ya de niño, a las ninfas del Monte Ida, donde fue criado hasta la adultez en una caverna[530]. En los rasgos de ese amable muchacho podían discernirse los de su padre y los de su madre. Cuando cumplió quince años abandonó su hogar montañés y recorrió toda el Asia Menor admirando en cada lugar los ríos, fuentes y cascadas de la región. Llegó así a Caria, a la magnífica fuente de la ninfa Salmacis, quien era compañera de Artemisa y nunca cazó, sino que simplemente peinaba sus cabellos y se admiraba a sí misma en el espejo del agua. Cuando vio al joven, cuyo nombre pudiera igualmente haber sido Eros, se enamoró de él; pero no pudo seducirlo. Él rechazó a la ninfa, pero no pudo resistir al agua y se sumergió en la fuente. Salmacis abrazó entonces al muchacho y los dioses complacieron su deseo: se volvió una con el hijo de Hermes y Afrodita, ese hijo a quien se llamaba Hermafroditos y que desde entonces fue en realidad un hermafrodita, un muchacho femenino, aunque no al modo de Atis, quien perdiera enteramente su virilidad.

Con esa forma, la historia ciertamente no era antigua. Se recordará sin embargo que en Amato, Chipre, Afrodita era adorada como Afro-

ditos. Así que todavía en ese país encontramos en un solo ser la unión de femenino y masculino que fue alcanzada por Salmacis: una unión que incluso hoy día se expresa en nuestra lengua cuando al hablar de una pareja casada decimos *androgyno*, «hombre-mujer». La contraparte opuesta de semejante cumplimiento mutuo nos es presentada en la historia de Narciso, una trágica figura de muchacho tan parecido a Hiacinto que frecuentemente se los confundía. Del hermoso Narciso se contaba que al llegar a los dieciséis años de edad vio por vez primera su reflejo en una de las muchas fuentes del Helicón en la región de Tespis en Beocia[531], una región en la que Eros era adorado especialmente. Narciso se enamoró de su propio reflejo y se consumió, o bien se dio muerte[532]. De su cuerpo brotó la flor que todavía hoy se llama Narciso, un nombre derivado de nuestra vieja palabra *narke*, «estupor».

Otra figura que podría igualmente confundirse con Hiacinto y que por tanto se supuso también que fue un muchacho amado por Apolo[533], era Himeneo, así llamado por el grito «Hymen», un estribillo melódico propio de nuestros cantos matrimoniales; la palabra significaba también la doncellez de una muchacha, su «flor», como se dice metafóricamente[534]. Más de una historia relataba cómo en ocasión de su matrimonio el hermoso joven Himeneo moría en la cámara nupcial[535]; y había también la versión de que vistió ropas de muchacha a fin de seguir a la amada doncella con quien se casaría[536]. Se le puede ver en un mural pompeyano donde está pintado como un segundo Hermafrodito. Esta cualidad del joven dios parece referirse a la condición que llevaba al matrimonio y concluía en el mismo, tanto para los muchachos como para las muchachas: una condición que conecta a Himeneo no sólo con Hiacinto sino incluso con Adonis.

3. NACIMIENTO Y AMORÍOS DE PAN

Reconocido entre los hijos de Hermes era el gran dios fálico de los habitantes del Peloponeso, especialmente de Arcadia: un dios de cuernos y piernas de cabra llamado Pan. Se contaba de Hermes una historia parecida a la de la servidumbre de Apolo bajo el rey Admeto en Tesalia[537]. Más aún, la anécdota amorosa implicada en esa historia de Hermes presenta a Dríope, el «hombre roble», tal como su hija Dríope, de quien ya he hablado, aparece en la historia de Apolo. La que concierne a Hermes tenía lugar en Arcadia. Hermes pastoreaba allí

ovejas para un señor mortal y haciéndolo se enamoró de una ninfa, «la ninfa de Dríope». No se declara que Dríope fuera el amo mortal de Hermes, pero así lo parece. El deseo de Hermes se cumplió y nació una criatura mágica, provista de patas y cuernos de cabra, que alardeaba y se reía. Cuando lo hubo parido, su madre dio un salto y huyó, sin encargar a alguien que amamantara al niño: tan aterrada se sintió con sólo ver su salvaje y barbado rostro. Hermes tomó a su hijo, lo envolvió en una piel de conejo y rápidamente lo llevó al Olimpo. Tomó asiento junto a Zeus y los otros dioses, presentándoles a su hijo. Los inmortales se contentaron mucho con el niño, Dionisos más que los otros. Lo llamaron Pan porque «todos» se complacieron con él.

En nuestra lengua *pan* significa «todo», y el dios fue más tarde identificado con el Universo físico; aunque su nombre nada tiene que ver con esto excepto por el sonido. Tal como la he contado, esta historia sugiere que Pan era un dios de las generaciones más jóvenes; habrá que recordar sin embargo que cada generación de dioses debe haber tenido su propio Pan: había ya un Pan en la cueva de Zeus que ayudó a éste contra los titanes o contra Tifón, y un Pan fue también, junto con Arcas, un hijo de Zeus y Calisto. Nuestro gran poeta y mitólogo Esquilo distinguía dos Panes: un hijo de Zeus, hermano mellizo de Arcas; y un hijo de Kronos[538]. La distinción entre diversos Panes se expresaba también en nombres compuestos como Titanopán, Diopán, Hermopán (alusivos en cada paso a su padre) o Egipán, nombre que utilizaban los que no querían asignar algún linaje particular al dios. En el cortejo de Dionisos, o en las representaciones de paisajes salvajes, aparecía no sólo un gran Pan sino también pequeños Panes, Paniskoi, que jugaban el mismo papel de los Sátiros, de quienes hablaré en breve. Ese parecido con los Sátiros, quienes en principio han de haber sido más de uno, condujo a una dispersión y multiplicación del dios Pan, quien, a su vez, cuando apareció originalmente, quizás tuviera tan sólo un único hermano mellizo y representara el lado más oscuro de una pareja masculina divina.

Todos conocen las características que numerosos relatos menores atribuyen a Pan: oscuro, provocador del terror, fálico, pero no siempre maligno. Podía desde luego ser a veces maligno, especialmente al mediodía si se le despertaba de su sueño[539]. Por las noches dirigía las danzas de las ninfas: también se anunciaba en las mañanas y oteaba desde las cimas montañosas[540]. De él se contaban muchas historias amorosas, en las cuales perseguía ninfas[541]. Esas cacerías resultaban por lo general

como la de Apolo con Dafne: así la ninfa Pitis se convirtió en Pino; Siringe se volvió una caña con la que Pan elaboró la *syrinx* (siringa), una flauta provista de una hilera de huecos; Eco, perseguida por Pan, se transformó en una mera voz, un mero sonido refractado. Pero la pasión más grande de Pan fue Selene. Se decía que la diosa lunar se negó a acompañar al dios oscuro[542], por lo que Pan, para complacerla, se revistió de blancas pieles de cordero y de ese modo la sedujo; incluso cargó con Selene sobre sus espaldas. No es por supuesto seguro que ya en los primeros tiempos le fuera necesario alterar de ese modo su forma para desempeñar el rol de amante exitoso con una diosa que, una y otra vez, se deja abrazar por la oscuridad.

4. HISTORIAS SOBRE PRÍAPO

¿Cómo se llamaba aquel dios de quien públicamente se decía que era tanto padre como hijo de Hermes?[543] No hay absoluta seguridad sobre su nombre, porque de las líneas de la inscripción que lo informaban, sólo se ha conservado un fragmento. Ya he dicho que, en su calidad de dios fálico, Hermes aparecía tan pronto como marido, tan pronto como hijo de una y la misma diosa. Es natural que otro dios fálico pudiera cumplir ambos papeles: cuando Hermes era el padre ese otro era el hijo y viceversa. Esa relación entre los dos correspondía exactamente a la relación entre la Gran Madre y su pareja masculina, a quien ella paría, tomaba luego por esposo y paría después de nuevo.

En la mencionada inscripción dedicatoria ese dios era con toda probabilidad Príapo, el dios fálico de las ciudades Príapo y Lámpsaco en el Helesponto, que es los Dardanelos modernos. También él fue contado entre los hijos de Hermes[544], y se sostenía que no era otro que Hermafrodito[545]. Se decía que su madre fue Afrodita y usualmente su padre, se suponía, era Dionisos, o a veces Adonis[546], o aun el mismo Zeus[547]. El relato de su nacimiento está obviamente modelado sobre los de Hefesto y Pan. Es la historia de un malparto[548]. Afrodita había dado a luz un niño monstruoso, que tenía una enorme lengua y un gran vientre, una criatura excesivamente fálica y de hecho con el falo orientado hacia atrás (algo que también se decía de Fanes); tan monstruoso, pues, que lo apartó de sí, lo abandonó y renegó de él. La presunta causa del malparto fue la envidia o los celos de Hera (un tema barato y con seguridad no antiguo). Se decía que Hera había aplicado

al cuerpo de la preñada Afrodita un toque maligno, mágico. El monstruo fue encontrado por un pastor, quien se dio cuenta de que la peculiar posición de su órgano fálico, es decir, esa característica no solamente fálica sino hermafrodítica, era benéfica para la fertilidad de plantas y animales.

Teníamos otras divinidades de carácter excesiva o en realidad puramente fálico, cuya esfera era la procreación y la fertilidad: por ejemplo Ortanes, «el erecto» (de quien se decía también que era hijo de Hermes[549]); Conisalo, «el que remolinea en el polvo»; o Ticón, «el que rompe su marca». Entre nosotros era tan restringida la esfera del Príapo helespontino que sólo jugaba el rol de una grotesca divinidad de los jardines, una especie de espantapájaros. Los escritores inventaron situaciones obscenas y cómicas a costa suya. Contaban cómo trató de asaltar a Hestia (o a la romana Vesta) mientras la diosa dormía y cómo fue espantado por el rebuzno de un asno[550]. Lo cierto es que tenían fama los sacrificios de asnos que se le hacían en su propio país. En Bitinia, Asia Menor, se decía que Príapo era un dios guerrero[551], uno de los titanes o de los Dáctilos Ideos. Hera lo hizo tutor del niño Ares, pero él entrenó al niño para que fuera primero un bailarín perfecto, y sólo después un guerrero. Esto sitúa a Príapo en el grupo de los tutores fálicos o semianimales de los dioses, grupo que incluye a Cedalión, Quirón y Sileno, pero también a Palas, el tutor de Atenea.

5. NINFAS Y SÁTIROS

Las ninfas aparecían en muchas historias sobre las deidades mayores. Ningún lugar más apropiado para hablar de ellas que en este recuento sobre Hermes. De todos los dioses fue Hermes el único hijo de una ninfa que tuvo un lugar permanente en el Olimpo. Y este hecho se reflejaba claramente en la estrecha y sólida asociación del dios con aquellas diosas a las que se llamaba *Numphai*. Esa asociación debe haber sido la causa de que la gran diosa a la que nos dirigíamos, bajo uno de sus nombres, como Maya, fuera obligada, en tanto madre de Hermes, a poner a un lado o a ocultar su rango original. La palabra *numphe* aludía a un ser femenino gracias al cual un hombre se volvía *numphios*, esto es, el feliz novio que había alcanzado el propósito de su virilidad. El término podía aplicarse lo mismo a una gran diosa que a una doncella mortal. No obstante, si algún ser era descrito simplemente como una ninfa, incluso si también expresamente como «diosa» e

«hija de Zeus», ello no significaba que tuviera la naturaleza eterna de los grandes dioses.

Entre los seres eternos podrían contarse por ejemplo las Nereidas (quienes eran las más cercanas a las ninfas), eternas como su elemento el mar. Por otra parte, aquellas ninfas del agua (Náyades o Naides) pertenecientes a las fuentes y no a las aguas mayores, no eran más duraderas que las fuentes mismas. Menos aún lo eran las ninfas asociadas con los campos o los bosques, especialmente con árboles particulares, tales como las Dríadas o Hamadríades, «Ninfas del Roble»; ellas morían con sus robles. Había un método antiguo para calcular el espectro de vida de una ninfa[552]: «Nueve lapsos humanos vive la corneja parlanchina; un ciervo tanto como cuatro cornejas; un cuervo tanto como tres ciervos; una palma tanto como nueve ciervos; y tanto como diez palmas viven las ninfas de hermosas cabelleras, las hijas de Zeus».

En el mismo sentido había una declaración en el relato de Afrodita y Anquises, relato en el que la gran diosa confiaba su hijo mortal a las ninfas del Monte Ida, diosas de hondo regazo. Y es que las ninfas eran con más frecuencia nodrizas de dioses y héroes, delegadas e imágenes múltiples de sus madres, que madres ellas mismas. La declaración en cuestión dice así:

> No son seres humanos ni inmortales; viven mucho, se alimentan de ambrosía y bailan sus rondas con los dioses. Los Silenos y Hermes practican con ellas el juego amoroso en los recovecos de sus amables grutas. Abetos y encinas empezaron a crecer cuando ellas nacieron, prosperando junto con ellas. Poderosamente se alzan esos árboles, se les llama «Alameda de los Dioses», y los mortales jamás los hieren con el hierro. Pero si por voluntad del Destino les llega la muerte, primero se marchitan los hermosos árboles, luego pierden su corteza, sus ramajes se quiebran, y con ello también parten de la luz del sol las almas de sus ninfas[553].

Estas palabras asientan claramente que las ninfas estuvieron en principio asociadas con los árboles de una Alameda de los Dioses: en particular con árboles queridos por una u otra de las diosas mayores, y cuyas penas, se decía[554], hacían que también la gran diosa respectiva se afligiera.

Las ninfas aparecían además, así en tiempos tempranos como posteriores, tal como son ellas mismas: con portes hermosos, trajeadas en largas clámides, conducidas por Hermes, usualmente en grupos de

tres. El tres parece haber sido su número básico, el número de las Gracias y de otras conocidas trinidades, todas las cuales reflejaban la imagen dispersa de una gran Diosa Triple; puede decirse con seguridad que las ninfas hacían eso. Hermes, su acompañante constante, a menudo en presencia de Pan, representaba el cuarto elemento, masculino, junto a la trinidad femenina. Los Silenos, a quienes acabo de mencionar, formaban parte de una relación correspondiente en la que el elemento masculino aparecía en plural. Tales seres, sin duda originalmente hombres que en danzas y procesiones representaban a los escoltas fálicos de la gran diosa, tales seres, digo, eran llamados en un viejo dialecto peloponesio, Satyroi: «los llenos», término que describía su condición «abundante» y por tanto sexualmente excitada. Esa era su denominación más general. «Machos cabríos» representando el mismo papel (hombres con pieles de cabra, o, en los relatos, objetos divinos capriformes con los que jugaban las ninfas) recibían también el nombre de Sátiros. La palabra *Silenos* estaba asimismo relacionada con dichos bailarines, quienes para ese papel se anexaban colas de caballo. Los Silenos, criaturas de orejas puntiagudas, cascos y colas de caballo (aunque en lo demás de aspecto fálico humano), con visajes de nariz chata y modales toscos, tenían el mismo privilegio de presentarse en tropel de deidades masculinas, privilegio igual al que poseían los Sátiros. Existían por lo demás historias sobre un único Sátiro[555], quien oprimía al pueblo de Arcadia y fue liquidado por Argos, el de muchos ojos; o sobre un Sileno único, tutor de Dionisos. Pues todas estas figuras (Sátiros y Silenos, fueran humanos o divinos), estaban asociadas a ese dios. Todas eran sin embargo mortales, incluso aquellas que eran divinas[556]. En Asia Menor se contaba sobre un Sileno que, emborrachado y cogido en cautiverio, revelaba profundas verdades; así como de otra figura llamada Marsias, quien fue tan tonto como para competir en música con Apolo, resultando derrotado y desollado; un castigo que no parecerá tan cruel si suponemos que el aspecto animal de Marsias era tan sólo una mascarada.

Sería superfluo abundar sobre «los inútiles, perjudiciales Sátiros», según se les ha descrito en todos los tiempos[557]. Ellos no sufrían castigo alguno por amar a las ninfas, quienes en cambio podían ser muy peligrosas para los mortales ordinarios: así por ejemplo cuando el hermoso muchacho Hilas desapareció mientras sacaba agua de un pozo, desastre provocado por la ninfa del pozo y por la luz de la luna[558], o tal vez por una trinidad de ninfas, «diosas terribles para los hombres que viven al aire libre»[559]. En nuestra lengua, la palabra *numpholeptos*, «to-

mado por las ninfas», equivalía a la expresión latina *lymphaticus*, término en el cual la partícula *lympha* es versión de «ninfa», aunque en el sentido de «agua»; o bien a la expresión *lunaticus*, «enfermo de luna», que se aplicó posteriormente a la persona que enloquecía de tiempo en tiempo o sólo ligeramente, y a quien se consideraba víctima de las ninfas. Había además una relación especial entre la humanidad como un todo y las Melias, «Ninfas del Fresno»; pero éstas tenían un linaje especial, ya que eran hijas de Urano y Gea, nacidas de la sangre del padre mutilado. Describiré esa relación cuando me toque hablar de cómo fue que los seres humanos llegaron a existir.

XI. Poseidón y sus matrimonios

Después de las historias de Zeus y sus esposas y de las de sus hijas e hijos (de quienes no he terminado de contar, pues los relatos sobre Dionisos aún nos esperan, y los que se refieren a Heracles tienen lugar apropiado en la saga heroica), hablaré ahora del hermano de Zeus, Poseidón, y de los matrimonios que celebró.

Hay que decir que sólo uno de esos matrimonios tiene la significación de aquellos de Zeus que llevaron a establecer y confirmar su gobierno y por tanto el ordenamiento final del mundo. Tal fue el matrimonio con Anfitrite, gracias al cual Poseidón esposó al mar y se convirtió en su gran regente. Pues en la historia que implicaba a Halia no era él todavía el reconocido señor del mar; y su alianza con Deméter (que se refleja probablemente también en el nombre Poseidón o Poteidán, «Esposo de la diosa Da») presupone una alianza anterior y estrecha con la tierra firme y el suelo. Aun si no se acepta que el componente «Da» en el nombre del dios sea la forma abreviada de «Deméter» en el sentido de «Tierra», de todos modos su sobrenombre Gayoco significa lo mismo: «Esposo de Tierra». Sus historias lo pintan como un dios turbulento que ni servía a la divinidad femenina, como lo hacían los seres puramente fálicos, ni tenía el dominio supremo sobre todo, como lo tenía Zeus. En su calidad de padre (pues se le

podía llamar Pater, «Padre», simplemente[560]), estaba de algún modo entre los dos tipos de dioses masculinos: entre los que servían a la Gran Madre por un lado y el Padre Olímpico, por otro..., quien sin embargo se parecía a Poseidón todavía en aquellos tiempos de lucha, mientras se establecía el nuevo gobierno. Poseidón continuó siendo siempre un padre más oscuro junto a su hermano celeste; siguió estando asociado con formas animales por más tiempo y de modo más decisivo que Zeus; y el mar era realmente su más apropiado dominio. Pero no fue tan oscuro como Hades, Rey del Inframundo, tercero de los hermanos y también contraparte siniestra de Zeus, quien gobernaba solamente en lo alto.

Imágenes muy conocidas de Poseidón lo muestran majestuoso, sosteniendo el emblema de su poder, el tridente. Su sofocado salvajismo y su cólera amenazadora eran igualmente clásicas.

1. NACIMIENTO DE POSEIDÓN Y BODA DEL CARNERO

La historia del nacimiento de Poseidón conecta al dios con dos criaturas terrestres, el cordero y el caballo. Las deïdades griegas y de hecho las de todo el Mediterráneo, tenían formas de carnero mucho antes de tenerlas equinas. De los dos animales, el caballo fue el de introducción posterior, desde el norte. Así, por ejemplo, tanto Hermes como Apolo aparecían en tiempos tempranos con la forma de un morueco; el primero, empero, sólo en calidad de dios procreador, el último como dios solar. Huellas de esas manifestaciones se conservan en nuestra religión, pero no hay relatos que les conciernan directamente. En lo que toca a Poseidón, quien hizo del caballo su animal sagrado de un modo más sólido que ningún otro dios, tenemos dos historias que involucran al cordero y al carnero.

Se contaba que cuando Rea parió a Poseidón, disimuló al niño en un rebaño de corderos, cerca de una fuente llamada Arne: «la fuente de los corderos». Le dio a Kronos un potrillo cuando el padre buscó al hijo para devorarlo, tal como le diera una roca en lugar del niño Zeus[561]. En otra versión de la historia, la ninfa de la fuente a quien Rea confiara el niño tenía entonces un nombre diferente. Fue sólo cuando Kronos pidió el niño a la ninfa, y luego de haber ésta negado tenerlo, que tanto ella como la fuente adquirieron el nombre Arne, como si esa palabra nada tuviera que ver con «cordero» sino con el verbo «negar»,

de sonido similar. De seguro esta versión es tardía e incorrecta[562]. Otra historia relativa a Poseidón, donde el dios se casaba habiendo adoptado la forma de un carnero, decía de este modo: la novia de Poseidón (de la que allí se hablaba a la manera de la saga heroica[563]), se llamaba Teófane, nombre que significa «la que aparece como una diosa», o bien «la que provoca la aparición de un dios». Su padre, el rey Bisalte de Macedonia, era hijo de Helio y Gea[564]. La hermosa Teófane fue disputada por varios pretendientes, pero Poseidón se alzó con ella y la llevó a una isla cuyo nombre tal vez significara «la isla del Carnero». En todo caso, el relato prosigue contando que Poseidón convirtió a su novia en cordera y a sí mismo en carnero, y que, en realidad, volvió corderos a todos los pobladores de la isla. El resultado fue que cuando los otros pretendientes vinieron en su persecución, la pareja no pudo ser descubierta y Poseidón consumó su boda de carnero, de la que nació el carnero de vellón dorado que Frixo llevó más tarde a Cólquide, originándose así el viaje de los Argonautas. Pero todo eso pertenece por completo a la saga heroica.

2. POSEIDÓN ENTRE LOS TELQUINES

De acuerdo con una historia que ya he mencionado al dar relación de los telquines, Rea puso a salvo al recién nacido Poseidón llevándolo a ese pueblo de hábiles artesanos, habitantes inframundanos de la isla de Rodas[565]. Cafira, una hija de Océano, fue allí la nodriza de Poseidón; y fueron los telquines quienes forjaron para él su tridente[566]. Pero nunca se dio a entender que aquel celoso pueblo pudiera haberle enseñado sus habilidades. Se mencionaba también a una hermana de los telquines, una hermana llamada Halia, «la diosa marina».

Cuando Poseidón llegó a la madurez viril, sigue diciendo la historia, se enamoró de Halia y engendró en ella seis hijos, así como a una hija de nombre Rodo, de quien tomó denominación la isla. Era aquella una época en que los gigantes habían brotado en la parte oriental de la isla, habiendo Zeus derrotado ya a los titanes. Afrodita había nacido del mar recientemente, cerca de Citera, y estaba por entonces en camino a Chipre. Los hijos de Poseidón, insolentes y arbitrarios, le impidieron arribar a Rodas. Por esa razón la diosa los castigó con la locura, pues provocó que buscaran acostarse con su propia madre; así hicieron, oprimiendo también a los isleños con fechorías violentas. Cuando Poseidón vio todo esto, vengó la desgracia acarreada a la madre ha-

ciendo que sus hijos se hundieran bajo tierra; desde entonces se los ha llamado Dioses o Espíritus del Este. Halia se lanzó al mar, y a partir de ese hecho ha llevado el nombre de Leucotea, «la diosa blanca», y es objeto de culto por los isleños como una inmortal.

De la diosa llamada Leucotea tendré que narrar más tarde una historia muy diferente. Rodo, la hija de Halia, es la misma Rode, de quien se dijo además que era hija de Afrodita o de Anfitrite. Todos esos tres nombres: Halia, Afrodita, Anfitrite, y también, todavía, Cafira, deben haberse aplicado a una y la misma gran diosa. En las islas del Mediterráneo situadas más al norte, se la llamaba asimismo Hécate, Cabiro o Deméter Cabiria, y se la tenía por madre de los cabiros.

3. DEMÉTER Y LOS MATRIMONIOS DE POSEIDÓN COMO PADROTE

Da fue un nombre primitivamente antiguo para Ga o Gea. De-méter o Da-mater fue probablemente llamada de ese modo en vista de su cualidad de «Madre Tierra», y en calidad de tal se esposó con Poseidón. Ambas divinidades tenían en común una asociación particularmente estrecha con la vida agrícola y sus productos. La misma afirmación puede desde luego hacerse invirtiendo los términos: los dos estaban asociados a los factores que regían, y por tanto hasta cierto punto producían, una cierta forma agrícola de existencia: la diosa, con el grano (y sobre esta asociación había narraciones sagradas, de las que hablaré más adelante); y el dios, con el corcel, desde la introducción de la cría caballar. En su alianza marital con Zeus, Deméter era predominantemente el *alter ego* de Madre Rea, que concibió a Perséfone de su propio hijo y al hacerlo se concibió de nuevo a sí misma: un misterio del que se hablaba muy poco públicamente. Y en su alianza con Poseidón, por otra parte, era ella la Tierra, que carga plantas y animales y por tanto podía asumir la forma de una espiga de trigo o de una yegua.

Se narraba que cuando Poseidón empezó a perseguir a Deméter con impertinencias amorosas, la diosa se había ya enfrascado en la búsqueda de su hija raptada, Perséfone[567]. Deméter se transformó en yegua y se mezcló con los corceles del rey Onco, que pastaban. Poseidón descubrió el engaño y se acopló con Deméter adoptando la forma de un semental. Furiosa, la diosa se convirtió en erinia, divinidad de la ira, y fue llamada entonces Deméter Erinia hasta que lavó su rabia en las aguas del río Ladón, adquiriendo luego, por ese baño, el apodo Lusia.

Parió de Poseidón una hija cuyo nombre no podía decirse fuera del ámbito de los Misterios, y al mismo tiempo al famoso corcel Arión, de negra crin. Arión heredó de su padre esa crin negra, según se contaba ya en tiempos muy antiguos. En el relato de la unión de Medusa y Poseidón, esa crin se convertía en «los oscuros rizos» del dios[568]. Cuando Perseo cortó la cabeza de la Medusa, una cabeza con todo el aspecto de una Erinia, brotó del cuello de aquella novia de Poseidón el caballo mágico Pegaso. Otro relato declaraba que la novia de Poseidón, la que parió a Arión, era una harpía[569]. Como he dicho antes, apelativos como Erinia, Gorgo y Harpía significan todos lo mismo.

Deméter se reprodujo a sí misma en una hija innombrable (también en esto reconocemos la huella de los relatos de los Misterios); por su parte, Poseidón hizo lo mismo en un corcel. Muy conocida es la historia en la que, compitiendo con Palas Atenea, Poseidón creó el primer caballo: con un golpe de su tridente el caballo brotó del suelo rocoso del Ática[570]. Había también una versión de la misma historia que presentaba a Poseidón durmiendo sobre una roca en la ática Colono; su semen cayó sobre la piedra, que parió al primer corcel[571]; el nombre de éste fue Escifio: «el encorvado», o Escironita: «el hijo de la piedra caliza».

4. POSEIDÓN Y ANFITRITE

Ninguno de los dioses que gobernaron nuestro mar antes de Poseidón tuvo algo que ver con el caballo: ni Briareo el de cien brazos, cuyo segundo nombre, Egeón, está relacionado con *aix*, «chivo»; ni tampoco «el Viejo del Mar» bajo cualquiera de sus variadas metamorfosis o de sus nombres: nunca tuvo la forma de un caballo. Antes de que hubiera nada parecido a un caballo marino, un dios con aspecto de toro acostumbraba atoar o remolcar a una diosa a través del mar. El mismo Poseidón asumía ese aspecto de toro[572], y en calidad de dios marino se le sacrificaban toros. Porque también el toro apareció en las costas del Mediterráneo mucho antes que el caballo. Hipocampos («monstruos caballos»), seres mitad caballo y mitad peces serpentiformes; centauros marinos, cuyas partes corporales inferiores combinaban caballo y pez; oceánides y nereidas con nombres reveladores de una naturaleza equina femenina: nombres como Hipo, Hiponoa, Hipotoa y Menipa..., todos estos seres aparecieron en el mar griego sólo

después de que Poseidón se posesionara de él. Y esto lo consiguió mediante su matrimonio con Anfitrite.

Hesíodo nombró a Anfitrite entre las cincuenta hijas de Nereo[573]. Pero podría con facilidad tomársele por una oceánide[574], una hija de Tetys. Pues cada una de ellas, Anfitrite y Tetys, era, por encima de toda comparación con las demás diosas y de cualquier sentido particular, *la* señora y propietaria del mar, a quien pertenecían todas las olas espumosas y los monstruos del mar. Eso se afirma expresamente de Anfitrite[575]. Se decía que Poseidón espió a la diosa cuando ésta danzaba con las nereidas en la isla de Naxos y la raptó[576]. La historia sigue diciendo que Anfitrite huyó de Poseidón hacia el extremo occidental del mar, a Atlas o al palacio de Océano que se hallaba en el mismo punto[577]. Su escondite fue revelado al perseguidor por delfines. En todo caso fue ciertamente un delfín quien persuadió a la diosa y la condujo hacia su novio. Se le premió con un lugar entre las estrellas.

Después de su matrimonio con Anfitrite, Poseidón fue el regente de nuestro mar. La pareja gobernante se parecía en muchos aspectos a la de Zeus y Hera. Tal como a Zeus se le podía invocar simplemente como «Marido de Hera»[578], podía uno dirigirse a Poseidón en tanto «Marido de Anfitrite, la del huso de oro»[579]. Su procesión nupcial fue modelada sobre la de Dionisos y Ariadna: no sólo caballos, toros y carneros, sino también venados, panteras, leones y tigres aparecieron como monstruos marinos cabalgados por nereidas. De los Tritones, participantes masculinos en estas procesiones de divinidades frecuentemente representadas, tengo algo más que decir.

5. HIJOS DE ANFITRITE

El turbulento marido no sólo de Anfitrite sino también de muchas nereidas, náyades, ninfas y heroínas, fue el padre de numerosos hijos que desempeñaron papeles en la saga heroica. Aunque entre ellos hubo no sólo héroes, sino también seres salvajes y violentos que fueron vencidos por los héroes; seres como Polifemo el cíclope, cuyo castigo por Odiseo provocó la venganza de Poseidón. Las historias de estos dioses no dan mucho lugar para una descripción mayor. Pero puedo hablar de los hijos que Anfitrite dio a Poseidón, o al menos de los dos más famosos y a quienes ya he mencionado: Tritón y la diosa isleña Rodo.

Tritón

Hesíodo llamó a Tritón «el de amplia fuerza» y lo describió como un gran dios que habitaba en el fondo del mar, en el palacio áureo de su amada madre Anfitrite y su señor y padre Poseidón[530]. El poeta afirmaba que Tritón era una deidad terrible. He mencionado su amorío con Hécate y también que Heracles lo venció por la fuerza en presencia del triple «Viejo del Mar», cuyo arte metamórfico aparentemente no dominaba este dios más joven: Tritón era mitad pez y mitad humano, y puede ser comparado a los silenos y los sátiros. Lo único que lo diferencia de ellos es el hecho de que éstos evolucionaron desde seres humanos disfrazados hacia criaturas animales terrestres, mientras los prototipos de Tritón fueron hombres que se ataviaron con colas de peces o delfines. Una antigua vasija italiana pintada muestra un trío de esos danzantes.

Las narraciones relativas a Tritón pueden resumirse así: él era el Sileno o el Sátiro del mar, un raptor de mujeres; de hecho un raptor de muchachas también, y desde tiempos antiguos esos raptos podían ser llevados a cabo por varios tritones a la vez; un ser que podía despertar el terror y desorientar a los hombres mediante el sonido de su cuerno de concha. Los tritones eran acompañados por tritonesas.

Pero usualmente eran nereidas quienes los acompañaban cuando nadaban en procesiones nupciales por el mar, celebrando el matrimonio de Poseidón y Anfitrite o el nacimiento de Afrodita, o aquellos misterios que se decía habían sido revelados a la humanidad por las nereidas.

La historia de la diosa Rodo, hija de Anfitrite, tiene por marco las ondas espumosas de su madre; pero nos introduce también a la familia del dios solar. El nombre Rodo está conectado inseparablemente a *Rhodon*, «una rosa», tal como la diosa lo está con la isla. Se contaba que cuando Zeus y los otros dioses estaban fraccionando la tierra entre ellos, la isla de Rodas no era visible todavía: se escondía en las profundidades del mar[581]. Helio, el dios solar, no se había presentado aún a la partición; de modo que los otros dioses dejaron sin posesiones al dios incorrupto. Cuando de pronto se acordaron de él, Zeus propuso que cancelaran la partición y comenzaran de nuevo. Pero Helio no lo permitió. Dijo que podía ver un pedazo de tierra fértil surgiendo del mar. Apeló a Láquesis, la diosa de las particiones, para que detuviera sus manos y jurara, junto con los otros dioses y el hijo de Kronos, que lo que estuviera en ese momento apareciendo sería porción suya. Y así aconteció: la isla brotó de las aguas saladas y pertenece al padre procreador de los rayos del Sol, el auriga de los corceles de fogosos dardos. En la isla el dios tomó por esposa a la diosa Rodo y tuvo hijos con ella. Originalmente la isla y la diosa eran cuando mucho una persona única, como lo fueron Delos y la diosa-estrella Asteria, o Lemnos, isla de los cabiros y de Hefesto, y su Gran Diosa, también llamada Lemnos[582].

XII. El Sol, la Luna y su familia

Considerados por sí mismos y bajo los nombres Helio y Selene, que eran las palabras griegas para designar esos cuerpos celestes, el Sol y la Luna no desempeñaron un gran papel en nuestra mitología. En lugar de ello prestaron sus rayos de oro y plata a otras divinidades, divinidades que eran tan humanas como celestiales y astrales. Pese a todo lo lunar o solar que esas otras divinidades puedan parecer (Zeus y Hera, Apolo y Artemisa, para no nombrar otras), ellas estaban para nosotros *por encima* de los cuerpos celestiales. Esos dioses enseñaban a los hombres secretos de la vida en forma de imágenes, algo que el sol, la luna y las otras estrellas no podían hacer por sí solos.

Y sin embargo incluso el dios Helio, el dios «Sol», tenía una relación más fuertemente entretejida con la existencia humana que la poseída, al margen de la mitología, por el cuerpo celeste, «el Sol». Eso no se debía tan sólo a que nosotros instintivamente lo medíamos con patrones humanos y lo veíamos en imagen humana. Considerado de esa manera, lo pensábamos infatigable[583]: un cochero incansable, cuyo carro era tirado originalmente por toros[584] y sólo posteriormente por «corceles lanzadores de dardos»[585]. Estaba tan entretejido en nuestra existencia como lo está la fuente de la visión: externamente en tanto padre procreador de los rayos del sol[586], pero también interiormente,

y por una razón más profunda, como si nuestros ojos fueran ellos mismos hijos del sol, hijos de ese «ojo infatigable»[587]. «Tú, rayo del Sol, vidente madre de los ojos»[588]; así abría un peán nuestro gran poeta Píndaro (es decir, un canto entonado en honor a Apolo). No era *a priori* imposible considerar al sol como una divinidad maternal; nuestra lengua tenía un nombre femenino: «Helia»[589], que significa «sol»; era el nombre de una de las hijas del Sol, una hermana de Faetón. Y es que la familia de Helio cuenta con muchas doncellas y mujeres divinas.

Para nosotros Helio era sobre todo un padre, y como padre estaba entrelazado con nuestra existencia toda: como testigo de nuestros actos que todo lo ve y todo lo escucha[590], especie de conciencia superior que nos cubre y puede hacerse comparecer para que testifique la verdad[591], y como padre engendrador de quien se originan continuamente todos los días de nuestra vida. Cada mañana nos concede un día de vida, a menos que decida retener uno de ellos, o todos. Por ejemplo, se retiró por largo tiempo para Odiseo, y lo hizo por siempre para los compañeros de Odiseo, el día que regresaban a casa[592]. Dios procreador y consciente, no fue en nuestra mitología una mera y ciega fuerza productiva. Cuando descendía cada noche, nuestros ancestros entendían simplemente que Helio tenía otro dominio: ya fuera al otro lado de la tierra, sobre los hombres vivos o muertos que allí habitaban (esta idea fue expresada incluso por muchos poetas y filósofos antiguos)[593], ya en las honduras de la sagrada oscuridad de Noche[594], donde moraba con su madre, su esposa y sus queridos hijos. Cuando los griegos dicen ahora: «Helio es rey», eso a veces significa sólo que es mediodía; pero la frase se utilizaba antaño por lo general para describir la puesta del sol.

Se decía que a la hora de su ocaso el dios-sol trepa a una gran vasija dorada[595], la misma vasija de boca ancha que una vez prestó a Heracles cuando el héroe viajó a las islas occidentales de Océano para traer el ganado de Gerión. Esa vasija porta al dios, según se nos contaba[596], sobre las ondas espumosas. Es un lugar de descanso, hueco, lleno de delicias, una barca que Hefesto forjó en oro precioso y equipó con alas. Lleva con furiosa velocidad sobre la superficie del agua al dios que duerme, desde la morada de las hespérides a la tierra de los etíopes, donde el carro y los rápidos corceles esperan por él hasta la aproximación de la Diosa de la Mañana, Eos, la que nació temprano. Frecuentemente se nos describió y pintó la manera como Helio, ahí en el este, monta en su carro y aparece otra vez en el Cielo. Como dice un poeta:

LÁMINA IX

Atenea y Hefesto crean a Anesidora (o Pandora)

Zeus, Hermes, Epimeteo y Pandora

> Terrible es la mirada de sus ojos bajo el áureo yelmo, esplendorosamente irradia el brillo de sus rayos. En sus sienes resplandecen las guardamejillas de su casco, enmarcando un semblante encantador que brilla de lejos. La delicada vista del dios destella al soplo de los vientos como chispas en torno. Bajo su mando piafan sus sementales[597].

En la mayoría de sus representaciones, Helio no lleva yelmo sino corona de rayos, y es un joven hermoso. Sus caballos son alados y hay muchachos que dan grandes brincos o que están a punto de saltar: son las estrellas. Las dos diosas, Eos y Selene, hermanas de Helio, marchan precediéndole, la diosa lunar a menudo en un carro que se precipita hacia abajo.

La genealogía de Helio ya ha sido contada en las narraciones sobre los titanes. De hecho, sólo él retuvo el apelativo de Titán bajo el gobierno de Zeus. La titanesa Tía lo parió del titán Hiperión, así como a sus dos hermanas. Ella, Tía, era una diosa de muchos nombres, en cuyo obsequio estiman los hombres el oro; eso era al menos lo que se decía[598], tal vez porque tenía derecho a los regalos de oro, como también y en especial lo tenía Perséfone. Además del nombre Tía: «la Divina», palabra que designaba esa cualidad por la que los dioses eran dioses, la madre del Sol era también Eurifesa: «la que brilla ampliamente»[599], y se la adornaba con el apodo «la de Ojos de Vaca». Tales apelativos recuerdan nombres como los de Europa y Pasifae o Pasifesa: nombres de diosas lunares relacionadas con toros. En la madre de Helio podemos reconocer a la diosa lunar, tal como en su padre Hiperión reconocemos al dios-sol mismo. Este último nombre significa «el de arriba», «el de lo alto», es decir, el Sol, a quien Homero da el mismo nombre llamándolo no sólo Helio sino otras veces Hiperión[600], o con la doble apelación Hiperión-Helio[601]. Nuestros ancestros parecen haberlo considerado una divinidad autoengendrada, similar en eso al esposo e hijo de la Gran Madre de múltiples nombres, un Dáctilo o un Cabiro. La esposa de Helio fue llamada, claro está, con un nombre diferente al de su madre; pero ese nombre, Perse[602] o Perséis[603], fue también uno de los nombres de la diosa lunar Hécate, y sin duda daba cuenta del aspecto inframundano de la diosa «de amplio brillo». El nombre de la reina del Inframundo, Perséfone, puede ser tomado como una forma mayor de Perse, quizás simplemente más ceremoniosa. Otro nombre de la esposa del dios-sol, Neera: «la Nueva»[604] (es decir, la luna nueva, la luna en su fase más oscura), daba una idea más precisa de la ocasión en que la diosa lunar se convirtió en madre de los

hijos de Helio: el momento de la luna nueva como oportunidad para el presunto encuentro entre Sol y Luna.

Como hijas de Helio y Neera fueron nombradas Lampecia, «la iluminadora», y Faetusa, «la radiante». De acuerdo con la historia contenida en la *Odisea*[605] ellas dos tenían a su cuidado las trescientos cincuenta cabezas de ganado de Helio, en la isla Trinacia. Ese número es el de los días del año[606], en el que doce meses lunares sumados constituyen un año solar incompleto. Era natural que Helio quitara a todos los compañeros de Odiseo el día de su retorno al hogar, en castigo por la devoración de sus ganados[607]. Tampoco sorprende que en la historia del hijo de Helio, Faetón (historia que contaré dentro de poco), el número de las hijas del sol fuera aumentado a tres. La tercera hermana se llamaba Eglé[608]: «luz» (es decir, «luz de luna»), o Febe, que es asimismo nombre muy conocido de la diosa lunar. Posteriormente todavía, de Faetón se decía que tuvo siete hermanas[609], reconocibles supuestamente en las siete estrellas Híadas..., una de las cuales debía ser Helia, el sol femenino. Se sabe que también las tres Cárites eran tenidas por hijas de Sol[610]; pero había que distinguirlas de las famosas Helíadas: Circe, hija de Helio y Perse, la seductora encantadora de la *Odisea*[611] que acostumbraba transformar en animales a sus visitantes; Pasifae, que aparece en las narraciones cretenses; y Medea, quien, según relatos parcialmente sobrevivientes, era una bruja cruel que despedazaba a sus víctimas y a la que las sagas sobre Jasón y los Argonautas dieron renombre duradero como asesina de su hermano, de su nuero y finalmente de sus propios hijos. Circe estaba relacionada estrechamente con la luna; pero como lo he indicado, su lugar apropiado está en la saga heroica.

Dos de los hijos de Helio se hicieron famosos. Eetes, padre de Medea, tiene algunos rasgos oscuros. En la saga heroica es un rey de Cólquide, país del Cáucaso; pero originalmente era apenas discernible de Hades, el rey del Inframundo, invisible y dador de invisibilidad, opuesto y contraparte de Helio. El otro hijo, Faetón («el brillante»), fue así llamado por el apodo de su padre, quien a su vez era también llamado Helio Faetón[612], tal como el padre de éste se llamaba Hiperión Helio.

1. LA HISTORIA DE FAETÓN

Ya en la Antigüedad hubo estudiosos que, cuando no podían reconocer la historia común que respaldaba a los variados relatos so-

bre una figura mitológica única y del mismo nombre siempre, salían de la dificultad aseverando la existencia de diversas figuras portadoras de dicho nombre. Esa afirmación era casi siempre apresurada, como sería igualmente apresurado de nuestra parte, hoy, tratar de distinguir entre dos jóvenes divinos llamados ambos Faetón. Sabemos ya que este apelativo se le daba a un hijo de Helio, alguien como un sol más joven o menor. Puede añadirse que también podían recibir ese nombre otros cuerpos celestes, pero sólo si se parecían a «un sol pequeño». En tiempos ulteriores el planeta Júpiter[613] (o el planeta Saturno[614], portador entre nosotros y también en Oriente del mismo nombre del Sol[615]), fue tenido por Faetón. Originalmente, empero, se dio este nombre a la estrella más próxima a la diosa Afrodita; esa estrella era en Oriente el planeta de la diosa del amor, y por ello se llama Venus hasta hoy día. Nuestra nación la estimaba en cambio como estrella del atardecer y estrella de la mañana: Héspero y Fósforo o Heósforo..., como si fueran dos estrellas diferentes. Se tenía a Heósforo por hijo de Eos y Céfalo[616], tal como se consideraba a Faetón, en la historia que ahora contaré. En esa historia la relación de dicha estrella con Afrodita es de tal naturaleza que uno se acuerda de Adonis. Esta historia de Faetón deberá con justicia enumerarse entre las relativas a los amoríos de la gran diosa.

Se decía que Afrodita tuvo una fantasía con el deiforme Faetón, el hijo de Eos y Céfalo[617]. Estaba él aún en su tierna juventud, casi un niño, cuando la diosa lo raptó. Se convirtió así en guardián de su muy sagrado recinto, oficio que Afrodita le asignó, elevándolo al rango de una divinidad o un espíritu divino o Dáimon, lo que importaba el mismo tipo de inmortalidad que poseía Adonis. Aun en aquellos otros relatos donde el padre de Faetón no era sólo el semidivino Céfalo sino el mismo Helio, Faetón tenía al menos una madre y un padrastro que lo relacionaban con el mundo de los mortales y con los muertos. En una versión[618] su madre se llamaba Clímene; el marido de ésta, es decir, el padrastro del hijo, era supuestamente Mérope[619], rey de un país particularmente querido por el dios solar: Etiopía, o bien de la isla de Cos. Es muy posible que «Mérope» significara al sol mismo. Clímene, por otra parte, era una denominación de la Reina de los Muertos, Perséfone; y en un relato, la esposa de Mérope llegó prematuramente al reino de los muertos[620], como también lo había hecho Perséfone.

La historia de Faetón, hijo de Helio y Clímene, contaba que el muchacho ascendió una mañana, como joven dios del sol, al carro de su padre[621]. Subió mucho y cayó. Podemos reconocer en esto a la estre-

lla de la mañana, que con prontitud se eleva y rápidamente desaparece. Se añade en la misma historia que Zeus lanzó su rayo al conductor excesivamente audaz, pero no lo alcanzó hasta que el carro se hubo ya sumergido en el río Erídano. Se produjo entonces una enorme conflagración que sólo el Diluvio pudo extinguir. En principio esa conflagración ciertamente no estaba en la historia: el orgulloso vuelo del joven había sido tan sólo frustrado. En otros relatos, Faetón conducía el carro del Sol demasiado cerca de la tierra y destruyó todo con el fuego[622], siendo esa la razón de que Zeus tuviera que fulminarlo. En la antigüedad el río Erídano se identificaba con el Po. En sus riberas las hijas del Sol guardaron duelo al hermano; de esas lágrimas brotó el ámbar, y ellas mismas se volvieron álamos. Al final todas fueron elevadas al cielo como constelaciones, junto con el río Erídano[623]. Pero la conclusión original de esta historia se nos revela en un relato cretense. El cochero náufrago se llamaba en Creta Adimnio o Atimnio[624]. Era hermano de Europa[625], y se podía verle reaparecer cada tarde. Es un hecho que la desfallecida estrella de la mañana aparece de nuevo como astro del poniente, y en el cielo del anochecer ciertamente es el acólito de Afrodita.

2. SELENE Y ENDIMIÓN

Por sus cambios visibles y sus casi visibles movimientos, por su cambiante relación con el sol y la tierra y su participación por igual en la luz y en la oscuridad, la luna proporcionó materiales para muchas historias: para historias de heroínas que eran grandes diosas o tal vez sólo una, la mayor de todas, una diosa cuyos muchos aspectos nos hacen *a priori* imposible identificarla totalmente con un cuerpo celeste. A la visible Selene se asociaban muchas heroínas: cazadoras y corredoras, vírgenes perseguidoras y perseguidas de la saga. Ya en la Antigüedad se sabía que las rápidas alternancias en el cielo de la luna y el sol, corresponden a aquellas imágenes[626]. De las viejas narraciones divinas en donde una diosa Luna de aspecto de vaca consumaba nupcias con el toro del Sol, apenas quedó finalmente, en relieves posteriores, el carro de Selene tirado por bueyes. Ella había tenido un aparejo de dos caballos, contrastante con el carro de cuatro caballos de Helio, y también podía ser vista cabalgando sola sobre un buey o un caballo, una mula o un ciervo. Era invocada como ser celestial alado[627], pero podía ser portada por un chivo (en una ocasión, por el mismísimo Pan,

Selene

quien, como conté, la sedujo tras encubrirse en una piel de cordero).

Además de ser llamada Selene (palabra relacionada con *selas*, «luz»), la diosa, vista tal como aparece en el cielo, era también llamada Mene. Esa era la forma femenina de *Men*, vocablo alusivo a la luna, al mes lunar, y que en Asia Menor designaba asimismo a un dios-luna. Había una historia del matrimonio de Selene con Zeus[628]: la diosa lunar dio al regente divino una hija de nombre Pandia, «la eternamente radiante» o «la enteramente brillante»..., aludiéndose al brillo de las noches de luna llena. Las dos historias amorosas que conciernen a Selene: las de sus enredos con Pan y con Zeus respectivamente, entraron en nuestra mitología. No ocurrió así con una historia posterior donde Selene y Helio se casaban[629] en tanto diosa-luna y dios-luna, con las formas que revisten cuando se les ve en el cielo. Nuestra Selene era la hermana de Helio; un ser de pura naturaleza fraternal, como lo era Artemisa en relación a Apolo. Cualquier matrimonio entre ellos tenía que confinarse por entero a las regiones invisibles, inframundanas, donde ambos tenían muchos nombres y formas de manifestación diferentes a los que tenían en el cielo. La

única historia de amor famosa relativa a nuestra diosa lunar provenía de Asia Menor, y su escenario era una cueva.

Se contaba allí que cuando Selene desaparecía detrás de la cresta montañosa de Latmos en Asia Menor, estaba visitando a su amante Endimión, quien dormía en una cueva de esa región[630]. Endimión, que en todos sus retratos aparece como un joven hermoso, un pastor o cazador, recibió el don del sueño sempiterno..., don proveniente sin duda, en la historia original, de la diosa Luna misma[631], quien así podía siempre encontrarlo y besarlo en aquella caverna. El nombre Endimión quiere decir «que se encuentra *adentro*», envuelto por su amada como en una sola vestidura.

De acuerdo con un poeta de un período posterior, el alado dios del sueño, Hipnos, se enamoró de Endimión. Dio al joven la capacidad de dormir con los ojos abiertos[632]. En nuestros relatos, Endimión aparece como rey de Elide[633], el país de los Juegos Olímpicos, que según se sabe fueron fundados por un dáctilo ideo (Endimión es más afín a un dáctilo que a Adonis). Engendró en Selene cincuenta hijas, el mismo número de los meses de una Olimpíada o período entre unos juegos y los próximos. Su sueño perenne era un don de Zeus, quien le permitió escoger su propia manera de morir[634], de donde resultó que Endimión eligió el sueño perpetuo en lugar de la muerte. Según otros narradores, ese estado le fue infligido como castigo porque, después de haber sido elevado al cielo por Zeus, se habría comportado como Ixión, procurando seducir a Hera. Está claro que la diosa lunar, aparte de aparecer bajo el nombre Selene, podía también dar soporte a la dignidad de la Reina de los Dioses.

3. EOS Y SUS RAPTADOS

Los hijos de la pareja titánica Hiperión y Tía, constituían una trinidad: además de Selene, Helio tenía otra hermana, la Diosa de la Mañana: Eos[635]. Como la diosa Luna, Eos puede ser vista corriendo delante del emergente dios solar, o cabalgando como figura alada un nítido carro del Sol, un aparejo de cuatro caballos. No sería del todo correcto traducir Eos como «púrpura de la mañana». Sus brazos y dedos eran sin duda rosáceos, y sus ropajes eran de un amarillo azafranado, pero su naturaleza era algo más consistente que un simple fenómeno coloreado en el cielo. Era el nuevo día, y por eso se la llamaba también Hemera[636], «Día», o con un antiguo nombre: Tito[637],

una forma femenina de Titán que verosímilmente significaba «día»[638]. Lo mismo que bajo el nombre Helia, también en Eos encontramos la contraparte femenina del sol, así como a una hermana de Selene más arisca y turbulenta que ésta: una hermana cuyas historias de amor eran más apasionadas que las de la diosa Luna.

De todos sus amores, el que tuvo por Títono se volvió el más famoso. Eos se había llevado a Títono en un carro de oro[639], y nos dice Homero que cada vez que trae a los hombres la luz, se levanta del lecho que comparte con Títono, a quien deja allí[640]. Títono es forma masculina de Tito, perteneciente como el nombre de Eos a una lengua no griega, una lengua más antigua. Como dios y como joven mortal era nativo de Asia Menor, cercano sin duda a Adonis y a Faetón. Este último aparece[641] (con ese nombre y como Fósforo[642], Heósforo[643], o Héeos[644]) al lado del chipriota Pafos[645] en la lista de los hijos de Eos, o como nieto de ésta por vía de su hijo Títono, a quien ella alumbrara en Siria. Se decía que Eos, la diosa del áureo trono, había raptado al divinal Títono, un joven de la familia de los reyes de Troya[646]. Luego acudió ante Zeus para suplicarle concediera vida eterna a su amado. Zeus accedió. Pero no se le había ocurrido a Eos que hubiera sido mejor pedir la gracia de la juventud y protección contra el envejecimiento. Por eso, mientras Títono fue joven, vivió felizmente con Eos en la proximidad de Océano, al borde oriental del mundo. Cuando aparecieron hebras blancas en su atractiva cabeza y en su barba, la diosa cesó de compartir su lecho con él; en lugar de ello lo atendía como a un niño pequeño, lo nutría con el alimento de los dioses y le proporcionaba hermosas vestiduras. Y cuando la canosa vejez le quitó a Títono todo poder de movimiento, la diosa lo colocó en un aposento cuyas puertas acerrojó. De esa habitación sólo salía la voz de Títono: ya no tenía fuerza en sus miembros.

Otros narradores dan algunos detalles de esa historia que no aparecen en el relato precedente[647]: Títono se transformó en una cigarra. Eos dio a luz hijos suyos; el más famoso fue Memnón[648], quien vino a Troya desde Etiopía, tierra oriental del Sol, para ayudar a la familia de su padre, y pereció por mano de Aquiles: un trágico episodio de la saga heroica, que se dice sumió a la diosa en una pena profunda. Una magnífica vasija pintada muestra su llanto por el hijo muerto.

El gran amor de Eos por los jóvenes hermosos, a quienes acostumbraba tomar por la fuerza, campeaba de tal modo en sus historias que se llegó incluso a afirmar que sus continuas pasiones eran un castigo infligido por Afrodita, debido a que Ares había abandonado por su

culpa a la diosa del amor[649]. En realidad, Eos aparece en nuestra mitología como una segunda e implacable Afrodita. Con frecuencia sólo conocemos los nombres de los jóvenes a los que amó; así, por ejemplo, el de Clitos, «el renombrado»[650]; era tal su belleza que la diosa lo raptó para que pudiera permanecer entre los inmortales. Un nombre curioso era el del agraciado Céfalo, a quien mencioné ya como hijo de Hermes y Herse y como padre de Faetón. *Kephale*, la palabra de la que deriva el nombre, significa «cabeza». Por esa hermosa cabeza hubo en Ática una disputa entre Eos y Procris, la esposa de Céfalo. La historia de Céfalo y Procris nos lleva otra vez a la saga heroica. Esta rival femenina de Eos era una de aquellas heroínas que tenían más características lunares que diosa alguna. Así, en la isla de Cefalenia se contaba de un Céfalo que se acopló con una osa[651]; y sabemos que ese animal es una forma de manifestación de Artemisa o, en la historia de Calisto, de un doble de la misma diosa portador de otro nombre. En cuanto a la historia de la disputa, Eos finalmente cargó con Céfalo[652]. Hizo lo mismo con muchos lindos muchachos carentes de nombres, según vemos en las antiguas ilustraciones. Bien puede ocurrir que ahora veamos a Céfalo, «la Cabeza», arriba en el cielo. Tal vez sea él «la Cabeza» en la constelación de Orión, otro favorito de Artemisa y Eos convertido en astro; de éste hablaré a continuación.

4. HISTORIAS DE ORIÓN

Un gran caudal de historias gravita en torno a la constelación de Orión. Ella brilla con esplendor particular en nuestros cielos, y se decía que antes había sido el salvaje cazador Orión, una figura gigantesca que descuella en nuestra mitología como si proviniera de una edad bárbara y primitiva. Su nombre estaba asociado apropiadamente con el de los niños gigantes Oto y Efialtes, los Alóadas[653]. De éstos se contaba que sólo cedían en belleza ante Orión. Ya dije en mi relato sobre la diosa Maya cómo una hueste de divinas doncellas huyó de Orión y fue al fin convertida en la constelación de siete estrellas llamadas Pléyades. En una versión, sólo una doncella fue perseguida, Pléyone[654], pero en otras Orión persiguió a Pléyone y a sus hijas[655]; lo cierto es que corrió tras ellas durante cinco o siete años, a través de Beocia. Tal vez ya en tiempos antiguos fueran ellas tórtolas salvajes (*peleiades*) a quienes el rústico cazador quería de hecho matar, pero al mismo tiempo eran diosas, como la osa que entró en los cielos en

compañía de ellas y de Orión[656]. Pronto explicaré la estrecha relación que existía entre este cazador particular y Artemisa; a ella se debe sin duda que de las Pléyades perseguidas por Orión se dijera que habían sido compañeras de caza de la diosa[657]. Narraré ahora las historias concernientes al cazador.

En un relato se considera a Orión hijo de Poseidón y de Euríale, la hija de Minos[658]. Esa relación de su linaje revela cuán cerca estaba a la vez del cazador salvaje de Creta conocido también como Zagreo, y del mismo Minos, el perseguidor de Britomartis. En Beocia, sin embargo, se contaba una historia diferente sobre el parentesco del cazador gigante[659]. Moraba en Tanagra el hospitalario Hirieo, cuyo nombre significa «el Hombre Abeja». Ya dije en la historia de Kronos cómo los dioses se embriagaban con miel en los tiempos primordiales. Otros narradores no hablan de Hirieo sino de un rey Enco[660], o bien de Enopión[661]; estos nombres están conectados con *oinos*: «vino», tal como el nombre Hirieo y el de la ciudad de Hiria, perteneciente a Tanagra, estaban a su vez conectados con *hyron*, «panal de abejas». Pues bien, Hirieo (o Enopión) fue visitado por tres dioses (usualmente los mencionados eran Zeus, Poseidón y Hermes). Esos tres dioses hicieron que su semen fluyera en el interior de la pelliza de un toro sacrificado y ordenaron a su anfitrión que enterrara el saco de cuero llenado de aquel modo. Transcurridos diez meses, surgió de él Orión, un gigante nacido de la Tierra[662]. De ese modo los dioses concedieron un hijo al anfitrión, quien había sido estéril siempre.

En la continuación de la historia (y en particular como se la cuenta en la isla de Quíos), los efectos del vino jugaban un papel importante. Estando ebrio, Orión raptó a Mérope, la esposa de su padrastro Enopión[663]. Otra versión dice que Mérope, la víctima del gigante intoxicado, era una de las hijas de Enopión[664]. Se contaba que Orión cortejaba a Mérope y que para ganarla libró de fieras salvajes a la isla de Quíos; pero Enopión quiso romper su acuerdo con él, y por eso Orión se emborrachó y forzó la entrada a la cámara de Mérope[665]. O bien fue Enopión quien embriagó al cazador, lo cegó mientras dormía y lo sacó de allí, abandonándolo en la costa. El meollo de todos estos relatos parece consistir en que el ebrio gigante puso manos violentas sobre la esposa de su padrastro y Enopión se vengó cegándolo: lo que hizo ha de haber sido especialmente terrible para merecer sufrimiento tan espantoso. De no ser por la anécdota de los tres dioses (que en todo caso pudiera haber sido inventada en obsequio a un retruécano: una de las maneras de decir «arrojar semen» es *ourein*, y de esta palabra

proviene en la historia el nombre Orión), el castigo sugiere que el gigante debe haber violado a su propia madre. Un relato similar a propósito de los efectos del vino se cuenta de Licurgo, el enemigo de Dionisos[666]. La ceguera como penalidad por este delito se encuentra en otros relatos, además del de Edipo[667].

Mérope podría haber sido la madre de Orión, como Semele era la madre de Dionisos y Elara lo era del gigante fálico Ticio; si bien el dios y el gigante no nacieron realmente de esas madres, pues lo hicieron de otras maneras. Existía también una historia sobre una esposa de Orión llamada Side, «Granada», a quien el cazador empujó al Inframundo porque ella se comparó en belleza con Hera[668]. El nombre de esa esposa es muy apropiado para la Reina del Inframundo, como también lo era el nombre Mérope. Se esconde en estos nombres una madre-esposa con quien pecó Orión, y es por eso que el hecho terrible fue castigado con la ceguera. Un adivino dijo a Orión que podía curarse sólo si exponía las cuencas de sus ojos a los rayos del sol[669]. El gigante ciego oyó el estrépito de una forja y caminó en dirección al ruido. Cruzó el mar (caminando sobre él[670] o, lo que es más probable dado que era un gigante, atravesándolo a pie firme) y llegó a Lemnos, donde la forja de Hefesto obraba con enorme fragor[671]. Aunque las narraciones mencionan expresamente a este dios, fue sin embargo a Cedalión, tutor de Hefesto, a quien Orión cogió y se echó a las espaldas, a fin de que el enano lo guiara, el enano al gigante, hacia el levante; llegaron así ante el naciente Helio y Orión se curó. Se decía también que regresó a castigar a Enopión; pero éste se había escondido bajo la tierra, en una cámara de bronce[672]. Comenzó entonces la errancia de Orión, errancia que concluyó cuando fue transportado a los cielos. Como cazador amenazó con exterminar a todas las criaturas sobre la tierra[673]. Artemisa y Leto estaban en Creta cuando él cazaba allí. Pero Tierra hizo brotar contra él el escorpión, la alimaña picó al cazador salvaje y posteriormente lo acompañó en los cielos como otra constelación. O bien puede haber sido Artemisa quien mandó al escorpión contra el agresor cuando éste ya se había posesionado de los ropajes de la diosa[674]. Ella era también capaz, por supuesto, de matar a su asaltante con sus flechas[675] y eso fue lo que de hecho hizo en otra historia, única en su tipo. Oigamos esa extraña historia.

Se contaba que Eos había ya tomado a Orión para que fuera su marido cuando Artemisa lo mató con sus flechas en la isla Ortigia[676]. Esta isla era el punto en que el sol surgía: fue el lugar de nacimiento

de Apolo, la isla también llamada Delos. Allí había Orión retado a Artemisa a una competencia con el disco[677]. La diosa se enfureció por eso..., o bien, según la mayoría de versiones, por el hecho de que el gigante había atacado a la doncella hiperbórea Opis (otro nombre de la misma Artemisa). De acuerdo con esta historia única, Artemisa estaba sin embargo enamorada del cazador[678]. Apolo se dio cuenta de ello y se disgustó; la regañó, pero sus palabras fueron inútiles. Entonces vio de pronto muy lejos en el mar la cabeza de Orión, apareciendo como una manchita oscura, y retó a su hermana a competir con él mismo al tiro de arco, tomando como blanco el punto aquél. Artemisa dio en la cabeza, a la que no había reconocido, y después transportó a su amado a un lugar entre las estrellas. Tampoco la constelación de Orión muestra muchas veces otra cosa que su cabeza sobre el horizonte. Las gentes que sin embargo se negaban a aceptar la historia de su metamorfosis en una constelación, sostenían que Orión caza todavía en los prados de asfódelos del Inframundo, llevando en la mano su mazo de bronce, en persecución de las fieras que antes mataba sobre la tierra[679].

5. RELATOS DE LOS DIOSES DE LOS VIENTOS

Había además un relato sobre un marido de Eos que alcanzó un rango mayor al asignado a cualquier otro de sus maridos, de los que ya he hablado[680]. Me refiero a Astreo, «el Estrellado», cuyo nombre mencioné como el de un hijo de la poderosa diosa Euribía y del titán Crío[681]. De él se declara expresamente que fue «el antiguo padre de las estrellas»[682]. A él, dios del cielo nocturno, la diosa de la mañana dio por hijo no sólo la Estrella de la Mañana, Heósforo, sino también los dioses de los vientos: es decir, los dioses de los vientos principales solamente, los que merecen culto. Ella alumbró sin embargo a los cuatro, aunque Hesíodo menciona nada más los nombres de tres: Céfiro, el viento del oeste; Bóreas, el viento del norte; y Noto, el viento del sur. Al cuarto (Afeliote, viento del este, o Euro, viento del sudeste) se refiere Hesíodo sólo mediante el apodo Argeste: «el dador de brillo». Nos dice que estos vientos son de origen divino y traen grandes beneficios a los mortales[683]. Existen no obstante también los ventarrones, hijos de Tifeo, que bajan sobre el mar para gran daño de la humanidad. Soplan por turno desde diversas direcciones, haciendo que las

embarcaciones naufraguen, destruyendo a los marineros, mientras otros devastan la tierra floreciente y las amables obras de los hombres y cubren todo de polvo y confusión.

La rosa de los vientos completa, que también entre nosotros se componía de ocho vientos al menos, no tenía por supuesto ningún lugar en nuestra mitología. Ni siquiera del amable Céfiro, el anunciador de la primavera, me es posible contar ninguna historia antigua; a menos que se considere el relato de su acoplamiento con la harpía Podarge, la yegua de patas rápidas, en la pradera cercana a Océano, en quien engendró los corceles adivinos de Aquiles[684]. Bóreas, el viento del norte, es el único que nuestra mitología presenta como una figura mayor: alado, con dos rostros, mirando hacia adelante y hacia atrás, en lo que se parece solamente a Argos, el que lo ve todo. En retratos muy antiguos, Bóreas tenía en realidad patas serpentiformes[685]. Se acopló no solamente con yeguas de raza[686], sino que fue la contraparte masculina de Eos: un raptor de doncellas. Se pensaba que era un salvaje tracio, puesto que soplaba desde el norte, desde Tracia; y se decía que arrebató una vez a una doncella ática, una hija del rey Erecteo llamada Oritía, nombre que significa «la que bulle en las montañas»[687]. Se encontraba ésta jugando con su compañera Farmacia, «la hechicera», cerca de la fría corriente del Iliso, próxima a Atenas, cuando Bóreas la raptó. De esta unión nacieron en Tracia los mellizos alados Calais y Zetes, de quienes ya dije que sólo ellos podían derrotar a las harpías.

Según otro relato, los vientos estaban sujetos a un rey llamado Eolo, siendo entonces meros instrumentos sin personalidad propia. El nombre Eolo quiere decir tanto «el móvil» como «el de muchos colores»: no cabe duda de que originalmente fue un dios de los cielos estrellados similar a Astreo. Su historia está preservada por la narración de las aventuras de Odiseo[688]. A la manera típica de los cuentos de marinería, se contaba que el rey Eolo era amigo de los dioses y gobernaba la flotante isla Eolia. La empinada y escarpada isla estaba rodeada por paredones de bronce. Eolo tenía en su palacio doce hijos, seis hembras y seis varones. Los hijos estaban casados con las hijas, y las parejas jaraneaban todo el día con el padre y la madre; por la noche dormían juntos. Odiseo llegó a la isla con sus camaradas y Eolo los entretuvo durante un mes en su palacio. Cuando quisieron reanudar su viaje a casa les dio un odre hecho del cuero de un toro de nueve años; en él había encerrado de tal modo los vientos que podía aquietarlos y soltarlos a su gusto. Los ató fuertemente al barco de Odiseo con una

cuerda de plata, a fin de que ninguno de ellos pudiera sacar de su curso a la embarcación, dejando libre tan sólo al viento del oeste para que soplara las velas. Todo el mundo conoce la historia por la *Odisea*: todo fue en vano. Los compañeros de Odiseo supusieron que éste ocultaba oro o plata en aquella bolsa y liberaron a los vientos. De ese modo hasta la mitología se desvía hacia la fábula.

Bóreas rapta a Oritía

XIII. Prometeo y la raza humana

He mencionado ya toda la progenie de titanes y titanesas, con excepción de la línea de Jápeto. Esa línea está estrechamente conectada con la raza humana. Considerada como una gran familia, la humanidad es la contraparte de la raza de los dioses (es decir, de la familia de los dioses olímpicos), y ocupaba en nuestra mitología tanto lugar como el que tenían el Sol y la Luna y los cielos estrellados. La raza de los dioses estaba compuesta de inmortales, la raza humana de mortales. Pero esta última se conectaba de manera particular con algunas deidades que no llegaron al Olimpo y que aparentemente estaban tan sujetas a la muerte y en especial al sufrimiento, como lo están los mortales. Muchos de nuestros filósofos sostuvieron la opinión de que la raza humana era eterna. En nuestra mitología se la consideraba al menos longeva. Pues si bien condenada al aniquilamiento, no estaba confinada a una edad única, al menos no más de lo que estaban por ejemplo las ninfas. Ciertamente las ninfas aparecen a menudo como esposas de los primeros hombres, en una época anterior a la creación de Pandora, cuando los seres humanos eran sólo hombres, una especie puramente masculina. Esa especie masculina, la de los primeros hombres, estaba conectada con la raza titánica de Jápeto, en particular con dos de sus hijos, Prometeo y Epimeteo. Narraré dentro de poco las

historias en que ellos dos actuaban como representantes de la humanidad. De acuerdo con los seguidores de Orfeo, los titanes eran los pecaminosos ancestros de los hombres. Nos contó Hesíodo[689] que el padre Urano les había dado el nombre «Titanes» con intención verbal injuriosa y a guisa de retruécano, como si la palabra proviniera de *titainein*: «sobrepasarse a sí mismo», y de *tisis*: «castigo»; los titanes se habrían pues «sobrepasado a sí mismos», en su temeridad, al intentar llevar a cabo una gran obra, y por eso fueron después castigados. Esa obra no fue realizada en la línea ancestral Urano-Kronos-Zeus; pues los titanes fueron siempre hostiles a Zeus, el vástago finalmente victorioso de aquella otra línea de parentesco, y no tomaron parte en la mutilación y derribamiento de los padres. Su temeridad, como cualidad especial (*atasthalia*), era compartida con los hombres[690], quienes por esta precisa razón se veían continuamente amenazados de destrucción por los dioses. Hesíodo presenta al linaje de Jápeto diciendo que consiste enteramente de maleantes castigados. La historia de los titanes, enemigos de Zeus y de los dioses, es un prefacio a la historia de la raza humana.

El nombre Jápeto tiene para nosotros un sonido extranjero. Aparte del hecho de que fuera finalmente arrojado al Tártaro junto con los otros titanes[691], todo lo que conocemos de él es el relato genealógico de su matrimonio con Clímene[692] (que en otros lugares es nombre de la Reina del Inframundo), o, sustituyéndola a veces, con Asia[693] o con Asópide[694]. Jápeto se llevó a su casa a Clímene, la oceánide de hermosos tobillos, y con ella subió al lecho común. Ella concibió así al robusto Atlas y al arrogante Menecio, y también a Prometeo y a Epimeteo. Se decía de Menecio que era un malhechor a quien Zeus golpeó con el rayo por su atrevimiento y anhelo agresivo, arrojándolo al Erebo[695]. Atlas, por su parte, soportaba los anchos cielos[696], manteniéndose de pie y apuntalando la carga con su cabeza y sus manos, al borde de la tierra, junto al jardín de las Hespérides. Estaba inevitablemente compelido a hacerlo, pues tal fue el sino que Zeus le decretara. Es conocido como padre de muchas diosas: las Hespérides, Maya, las Pléyades. En relatos antiguos y ahora perdidos[697], se trataba de un dios de sabiduría peligrosa, muy familiarizado con las profundidades del mar. Aun en tiempos tempranos poseía los pilares que mantenían separados al cielo y la tierra. Y ya bajo el dominio de Zeus su imagen es la de un gigante condenado a una eterna faena en el límite occidental de la tierra, mientras Prometeo sufría su castigo al extremo oriental. De Prometeo y Epimeteo diré más en el curso de lo que sigue a continuación.

A: *Atlas y Prometeo*

B: *La liberación de Prometeo*

La máscara de Dionisos en el Liknón

1. EL ORIGEN DE LA HUMANIDAD

Dioses y hombres son de origen común, dice Hesíodo[698], quien basaba esa afirmación en relatos más antiguos. He contado ya uno de esos relatos: de cómo Gea, madre de Tierra, concibió de la sangre derramada por el mutilado padre Urano y trajo a la poderosa tierra las Erinias, los enormes Gigantes y aquellas ninfas llamadas Melias, «Fresnos»[699]. En la gran narración de los sucesivos y variados linajes humanos («las eras antiguas», como se les dijo más tarde), los «Fresnos» produjeron la raza de bronce[700]. Al contar sobre el robo del fuego, Hesíodo conservó para nosotros la palabra *melioi*, forma masculina de *meliai*, alusiva a los seres humanos (o, con más precisión, a los hombres)[701], quienes pertenecían por tanto a las ninfas del fresno. Esos hombres, los Melioi o Melíades, fueron después descritos como seres que yacen bajo los fresnos como frutos caídos[702]. En muchos otros relatos (y casi cada otro país de Grecia o de Asia Menor tenía un relato parecido), el primer ser masculino, el Hombre Primordial, brotaba directamente de Tierra, quien también de ese modo era madre común de dioses y mortales.

Respecto a los primeros pueblos de los diversos países, de quienes los respectivos habitantes posteriores invariablemente hicieron descender la raza humana toda, la historia que se nos contaba decía aproximadamente esto:

> Fue Tierra quien primero produjo a los hombres, dando un fruto amable, pues quería ser madre no sólo de plantas insensibles y de animales irracionales, sino también de criaturas obedientes y piadosas. Es difícil, sin embargo, precisar si el primer hombre surgido fue Alalcomeneo, a orillas del lago Copais en Beocia; o si fueron primeros los Curetes ideos, una raza divina; o los Coribantes frigios, que fueron los primeros hombres a quienes el dios Sol viera cuando brotaron como árboles; o si el lugar de nacimiento del primer hombre, o de los primeros hombres, fue Arcadia, que parió a Pelasgo, un hombre que existió antes que la luna. O Eleusis, que alumbró a Disaules, morador de los Campos de Raria; o Lemnos, que parió a Cabiro en medio de inefables Misterios; o Palene, paridora del más viejo de los Gigantes, el flegreo Alcioneo[703].

Otra historia (o, mejor dicho, una declaración, de la que se decía en Atenas que había sido pronunciada por una cierta mujer sabia), daba el crédito al suelo de Ática:

> En los días en que toda la tierra brotaba y reventaba con cosas vivientes de todo tipo, tanto animales como plantas, nuestra tierra ática demostró ser estéril y pura en lo que concierne a los animales salvajes; entre todas las criaturas vivas prefirió al hombre, y dio a luz un ser que sobrepasa a los demás en razón y que rinde culto tan sólo a la justicia y a los dioses[704].

En estas palabras se puede detectar una cierta intencionalidad que está fuera de lugar en la mitología, donde todo es espontáneo y autoevidente y nada se dirige polémicamente contra otros. La hablante procuró, en las palabras que acabo de citar, no sólo esbozar una halagadora diferencia entre los atenienses como *gegeneis* («nacidos de la tierra») o como *autochthones* («autóctonos», que significa originalmente lo mismo) y los habitantes de las otras regiones, sino también trazar una diferencia entre el suelo del Ática y el resto de la tierra; si bien ella misma reconoce la divinidad de la Tierra como un todo al proseguir diciendo que no es la Tierra quien imita a la mujer cuando concibe y pare, sino la mujer quien imita a la Tierra[705]. Más aún, no de los atenienses sino de los pobladores de la isla Egina se decía que habían salido gateando de la tierra, un pueblo completo, lo que de todos modos hicieron no como seres humanos sino como hormigas. Se decía que después de que la diosa Egina hubo parido de Zeus a Eaco, ese hijo fue abandonado en la isla[706]. Cuando creció hasta convertirse en un joven, halló fastidiosa aquella soledad. De allí que Zeus volviera hombres y mujeres a las hormigas de la isla, dando a Eaco el pueblo de los Mirmidones, un nombre que suena como la palabra *murmekes*: «hormigas». Fue este pueblo el que construyó el primer barco. En una variante posterior de esa historia, Zeus hizo crecer de la tierra a los hombres, a fin de complacer a Eaco. El nombre poético de los seres humanos, *meropes*, se refería sin duda a un relato que contaban habitantes de la isla de Cos. El rey Mérope, cuyos súbditos fueron los primeros en adoptar aquel nombre, fue, como he dicho antes, padrastro de Faetón, y probablemente su nombre no era sino otra denominación del Sol mismo. *Merops* era también nuestro nombre para el halcón-abeja, un pájaro que pone sus huevos en el suelo y que por tanto es una especie de marido de Tierra. De este modo el término *meropes*, aplicado a los seres humanos, expresa el hecho de que éstos nacieron de Tierra, y también, desde luego, el hecho de que son vástagos de un dios solar procreador.

Siempre que la historia del origen de la humanidad tenía por escenario particular a una isla, se consideraba que la madre era la diosa de esa

isla: en otras palabras, nuestra bien conocida Gran Madre, bajo el nombre de la isla en cuestión. Ese rol lo representaba Rea en Asia Menor y en nuestra tierra firme la misma diosa bajo sus manifestaciones locales particulares. Ella alumbró a los seres que se convirtieron en los ancestros de la raza humana. Se recordará que ella, la Gran Madre, siempre tuvo consigo a Dáctilos, Curetes, Coribantes o Cabiros, a quienes generó en su propio seno y con quienes también procreó después. En los diferentes relatos estos seres se convertían en pueblos primitivos enteros, como los Telquines, habitantes aborígenes de la isla de Rodas. Todos los dioses primordiales de este tipo eran al mismo tiempo hombres primordiales. La diferencia entre esas dos cualidades simultáneas radica sin duda en el hecho de que como hombres primordiales dejaban de ser esposos de la Gran Madre y recibían otras esposas. Había en Lemnos historias referentes a tres ninfas Cabíricas[707]. Eran hijas de la gran diosa y del Cabiro que procreó con ella, y tenían tres hermanos con quienes formaron tres pares, que pueden describirse como las primeras parejas primordiales humanas.

En la mayoría de los relatos, los primeros seres masculinos a los que se considera hombres primordiales tenían una cualidad en común con Kronos, ese hijo de la Madre Tierra con quien comenzó la historia de la raza de dioses: la cualidad de la astucia. De Alalcomeneo, el hombre primordial de Beocia, se decía que le había dado a Zeus el taimado consejo que permitió al regente de los dioses recuperar a la ofendida Hera y atraerla de nuevo al matrimonio[708]. Como ya he dicho, se creía que Alalcomeneo había sido también el tutor de la diosa Atenea, quien habría por lo tanto nacido después de él. Bajo el nombre de Atenais, probablemente se convirtió ella en la esposa del hombre primordial. En la historia de Pelasgo, el hombre primordial de Arcadia, se recordará que ni siquiera la luna, que en nuestra mitología es femenina, existía todavía. Pronto referiré con detalles cómo los primeros hombres (un par de hermanos, en la historia de Prometeo y Epimeteo) fueron unidos por el primer ser femenino con el que podían casarse. Mencionaré aquí solamente que Pandora, la primera mujer, fue creada en una historia como estatua, pero en otra emergía de la tierra como diosa.

La historia de la creación de la primera mujer por maestros artesanos, de quienes eran ejemplos muy conocidos los dáctilos y los cabiros, constituyó el trasfondo de relatos posteriores sobre el origen de la humanidad. Como artesanos capaces de una obra semejante he mencionado ya a Hefesto, el más grande de los cabiros de Lemnos, y a Pigmalión o Pigmeón, rey de Chipre. Otro artesano de ese tipo fue

Prometeo, que también era un ser «de pensamientos torvos»[709], como Kronos. Los relatos que pronto contaré lo diferencian de Hefesto; pero también se decía de Prometeo que era hijo ilegítimo de Hera, aunque no por Zeus en realidad, sino por el gigante Eurimedón[710]; que había ayudado al nacimiento de Atenea con su hacha doble[711]; y que había, como Hefesto, vejado a la diosa[712]. Hay que añadir que se lo consideraba el más viejo de los dos dioses. Se ha afirmado que originalmente se le llamaba Itas o Itax y era heraldo de los titanes[713]. Según otra historia pertenecía a una tribu primitiva de cabiros[714]; él y su hermano Etneo (nombre que puede significar a Hefesto) eran dos cabiros de las vecindades de Tebas, donde fueron visitados por Deméter, quien les llevó sus Misterios, tal como en otros relatos los diera al hombre primordial Disaules o al rey de Eleusis. Una diferencia se sostenía sin embargo entre Prometeo y Hefesto, el expulsado del cielo y dios del fuego: que el último era un ser simple, tan simple como el mismo fuego, mientras que Prometeo era un ser doble. Usualmente estaba acompañado por un compañero menos astuto que él, su hermano Epimeteo, quien era una especie de mano izquierda suya.

Dice el relato: Hubo un tiempo en que los dioses existían pero no había todavía mortales. Cuando llegó el tiempo adecuado para que los mortales existieran los dioses les dieron forma bajo la tierra, con tierra y fuego y todo lo que con eso puede mezclarse. Cuando los dioses quisieron luego traerlos a la luz, ordenaron a Prometeo y Epimeteo proveer a esas criaturas y distribuir entre ellos habilidades ajustadas a cada uno. Epimeteo rogó a Prometeo que le permitiera llevar a cabo la distribución por sí solo. El descuidado socio distribuyó entonces todo entre los animales, de tal modo que el hombre quedó desamparado y desnudo en extremo. Por eso el providente Prometeo se sintió obligado a robar el fuego, así como las artes de Hefesto y de Palas Atenea, del templo que ambos dioses compartían, para otorgar a la humanidad lo robado. Desde entonces el hombre ha sido capaz de sobrevivir, pero aunque la falta fue en realidad de su hermano, Prometeo fue castigado por lo que había hecho. Esta historia nos viene de un hombre sabio: el sofista Protágoras, se dice, quien imprimió su propio giro a una antigua narración[715]. Alguien nos contaba que Prometeo creó un Primer Hombre de belleza maravillosa, al que ocultó. Eros reveló el secreto a Zeus, quien envió a Hermes con el encargo de traer al nuevo ser. Se hizo beber el elixir de la inmortalidad a la figura, que ahora fulgura en los cielos como Fenón, «el que destella», nombre que dábamos al planeta Júpiter[716]. Lo mismo que a este ser[717], Prometeo creó también

otros hombres con agua y tierra[718]. Según estos relatos, que no son muy antiguos, creó también los animales[719]. Algunos sarcófagos romanos tardíos están adornados con relieves donde Prometeo aparece modelando al hombre: le da forma de una estatua pequeña, a la que Atenea concede un alma, trayéndole una mariposa, criatura que en nuestra lengua se llama *psyche*, como el alma. En nuestro país, en la región de Fócide, se acostumbraba enseñar a los visitantes grandes pedazos de una piedra que olía, según se decía, como un cuerpo humano, pedazos que habían sobrado del barro con el que Prometeo modeló a los hombres[720]. Haré más adelante el recuento de las narraciones sobre el modo en que los hombres podían surgir, o resurgir, de las piedras.

2. RIVALIDAD CON ZEUS Y ROBO DEL FUEGO

No fue sólo en nuestra mitología que a los ancestros de la humanidad se les consideró seres divinos a los que había que imponer privaciones y limitaciones antes de que pudiera establecerse una clara distinción entre dioses y hombres. También en otras mitologías había narraciones en las que los primeros hombres eran seres muy defectuosos. Para referirnos sólo a los nuestros: nacieron de árboles de fresno, o eran hormigas convertidas en hombres, o brotaron de la tierra... como vegetales, diría algún burlón[721]; o bien fueron hechos de terrones. Y siempre necesitaron un toque que los perfeccionara, una suerte de segunda creación que los hiciera aptos para vivir como hermanos. Por ejemplo, una raza humana integrada sólo por varones era de naturaleza incompleta, aun si tenía por madre a la Madre de los Dioses. En nuestra mitología, correspondió a Prometeo la doble tarea de separar a la humanidad de los inmortales y de completar a los mortales. Prometeo empezó esa obra avivando un *espíritu* de rivalidad con Zeus, una especie de rivalidad entre hermanos, y así provocó una separación definida, de lo que resultó que él y su hermano real, junto con la humanidad, fueron derrotados después de una victoria aparente, quedando Zeus y los dioses como los triunfadores definitivos. Después de eso Prometeo vino en ayuda de la vencida humanidad con *un* regalo al menos, el del fuego. Un segundo regalo: la mujer (regalo que, según una secuela de la primera historia, fue otorgado por los dioses, pero que de acuerdo con otros relatos[722] fue obra de Prometeo), resultó a toda prueba un hermoso mal. La elevación del hombre hacia su con-

versión en un ser lleno y completo, requirió, como relataré después, los dones ulteriores de Deméter y Dionisos.

Los nombres Prometeo: «el previsor» o «el providente», y Epimeteo: «el que aprende sólo del acontecimiento» o «el imprudente», contienen una alusión a la existencia de seres que necesitan ser previsores y están en peligro de imprudencia, es decir a los hombres, en la medida en que el carácter imprudente y el previsor estaban inseparablemente unidos. Rezaba así la historia: Cuando los dioses y los hombres se *reunieron en Mecone, lugar llamado «el Campo de Amapolas»*, donde iban a separarse unos y otros, Prometeo dividió con ese fin un poderoso toro sacrificial. Lo tendió de modo amistoso ante la asamblea, planeando engañar la perspicacia de Zeus: para sí y su pueblo llenó el estómago del animal con carne fina y de rica asadura; para Zeus envolvió los huesos en la llamativa grasa clara. De ese modo, era imposible percibir el contenido de cada porción. Entonces le habló el padre de dioses y hombres: «¡Hijo de Jápeto, tú, señor ilustre, qué desiguales hiciste las porciones!» Así lo increpó Zeus, lleno de eternos designios. El de torvos pensamientos le respondió con ligera sonrisa, al tanto de su engaño: «¡Zeus, el más afamado y mayor de los dioses sempiternos, escoge tú la porción que desees!» Zeus, pleno de inmortales consejos, sin duda vio a través de la estratagema, pero en su alma tenía intención de desgracia contra los hombres, intención que iba a cumplirse. Tomó con ambas manos la porción de blanca grasa. De amarga cólera se llenó su corazón cuando vio los blancos huesos tan hábilmente escondidos. Desde entonces los terrestres mortales queman en sus altares sólo los huesos mondos cuando hacen sacrificios a los dioses. En esta ocasión, sin embargo, dijo Zeus con súbita rabia: «¡Hijo de Jápeto, tú que eres más sabio que todos nosotros, parece que has querido traicionarnos!» Así habló en su ira Zeus, lleno de eternos designios. Nunca olvidó esta felonía y, retirándoselos, retuvo contra los hombres, progenie del fresno, el don del fuego[723]. Lo escondió lejos, según explica una posterior repetición de la misma historia[724]. El gran hijo de Jápeto se lo robó otra vez, sin embargo, y lo entregó a los hombres en una hueca caña de férula.

Así concluye este relato, que prosigue enseguida con la historia de Pandora. La Primera Mujer fue recibida por Epimeteo, y de ese modo los hombres fueron de nuevo debilitados, como ya lo habían sido por el ocultamiento del fuego. La pregunta por el lugar en el que Prometeo hallara el fuego encontraba respuesta en varios relatos, todos ahora perdidos, como se ha perdido la tragedia en la que Esquilo contaba la

búsqueda del fuego por el titán. Debido a que el escenario era la isla de Lemnos, se creía (y así se reprodujo en pinturas) que Prometeo tomó la llama del taller de Hefesto. Pero hay una historia un poco más detallada que nos dice al menos esto de más: Prometeo pudo llegar en secreto hasta el fuego de Zeus (con lo que debe aludirse al fogón del divino palacio olímpico), cogió de él la llama y la ocultó en la caña ahuecada de una férula, el mismo tipo de planta que se servía en las procesiones dionisíacas como tirso, la larga vara de los bacantes masculinos y femeninos. Después, blandiendo la caña de modo que la llama no se apagara, Prometeo regresó corriendo y alegre, como si volara, hacia los humanos[725]. También se contaba que, al modo de un segundo Cedalión, Prometeo llegó hasta el mismo Sol y encendió una antorcha en su rueda[726]. En la versión posterior que conservó este relato, el titán era ayudado por Palas Atenea. Apenas pudo haber sido así en las historias originales; y sólo en estos relatos posteriores la acción de Prometeo aparecería como un franco robo.

3. LA HISTORIA DE PANDORA

Permítanme continuar con la narración de la rivalidad entre dioses y hombres: entre Prometeo y Epimeteo a un lado, y Zeus al otro. Como ya lo he dicho esa rivalidad tiene por secuela la historia de Pandora. En la conocida versión de Hesíodo ciertamente es notable el prejuicio del poeta contra las mujeres, pero no hasta el punto de hacernos suponer que inventara enteramente su relato. Hesíodo debe haberlo encontrado apto para su mano, y debe también haberlo disfrutado tanto que lo contó dos veces, y en ambas ocasiones lo ligó a la exitosa recuperación del fuego. Una de sus entregas dice así: el Tonante estaba herido en su alma, y la cólera le llenaba el corazón, de ver la luz, visible a lo lejos, de los fuegos encendidos por los hombres. Enseguida preparó para ellos una desgracia que contrapesara la bendición del fuego. Por orden suya el afamado maestro artesano Hefesto forjó la imagen de una tímida doncella. La diosa Atenea adornó esa imagen con ceñidor y vestiduras de blancura resplandeciente; hizo que desde la cabeza la cubriera un velo ricamente elaborado, algo maravilloso de ver; coronas trenzadas de flores rodeaban sus sienes, y en su cabeza puso Atenea otra de oro, hecha de su propia mano por el maestro artesano, en obsequio especial a Zeus. Muchos animales de la tierra y el mar estaban maravillosamente labrados en la tiara, como si estuvie-

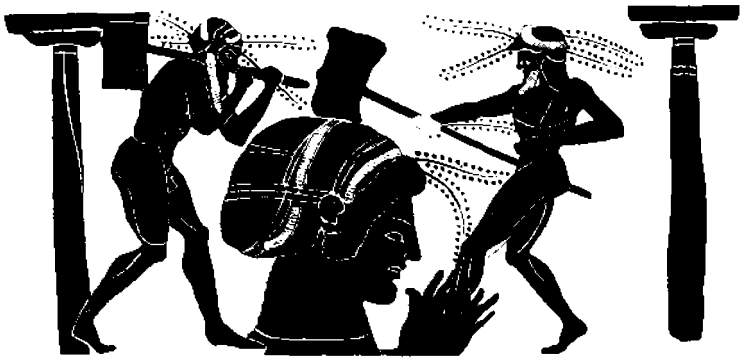
ran vivos; toda la obra irradiaba un encanto admirable. Cuando la bella desgracia, contrapeso del bien, estuvo terminada, Zeus llevó a la doncella, tan delicadamente engalanada por su hija de ojos de lechuza, al lugar donde los dioses y los hombres estaban reunidos. A inmortales y a mortales sobrecogió por igual el estupor cuando vieron el amenazador señuelo contra el cual están indefensos los hombres; de ella desciende la raza de las mujeres[727].

La otra versión hesiódica del mismo asunto dice así:

> Hijo de Jápeto (habla Zeus), más sabio que todos nosotros: te alegras de haberme robado el fuego y de haberme engañado. ¡Esto provocará daños, a ti y a los hombres que todavía no existen! Pues de mí recibirán, en pago por el robo del fuego, un mal en el que todos habrán de recrearse, cubriendo con amor su propio dolor.

Así habló el Padre de dioses y hombres, y acto seguido estalló en carcajadas. Ordenó de inmediato a Hefesto mezclar tierra con agua, poner en la mezcla voz y fuerza y crear con ella una hermosa doncella capaz de despertar el deseo, dotada de un rostro semejante al de las diosas inmortales. Atenea recibió por su parte la orden de enseñarle los oficios femeninos y el delicado tejido; a la dorada Afrodita mandó que derramara en su cabeza el brillo del encanto amoroso y los irresistibles deseos. A Hermes correspondió la orden de llenar la figura con artera desvergüenza y carácter voluble. Todos obedecieron lo que el soberano había mandado. El afamado maestro artesano diseñó con tierra una imagen semejante a una casta doncella; Palas la engalanó con ceñidor y hermosa vestidura. Las Cárites y Péito le pusieron áureos collares. Las Horas le aderezaron primaverales flores. Mentiras, halagos y palabras volubles puso en su pecho Hermes, quien además le dio el habla y el nombre de Pandora, pues todos los olímpicos la habían creado como un regalo, para ruina de los hombres comedores de pan.

Una vez concluido el terrible señuelo contra el cual no hay protección, el Padre envió hacia Epimeteo al glorioso, rápido Mensajero con el regalo de los dioses. Y Epimeteo, desprevenido, no se acordó de lo que Prometeo le dijera una vez, que nunca aceptara regalo alguno de Zeus, sino que lo devolviera enseguida, a fin de que no sobreviniera por ello desgracia para los mortales. Aceptó el regalo y sólo después se dio cuenta del mal. Hasta entonces la humanidad había vivido sin desgracia sobre la tierra, sin problemas o enfermedades como las que acarrean la muerte a los hombres. Pues bien, la mujer quitó la tapa al gran jarro, con lo que dichos males se diseminaron por todas partes,



Pandora surgiendo de la tierra

para amarga pesadumbre de los humanos. Sólo quedó en la vasija Elpis, «la Esperanza», apresada en irrompible cautiverio bajo los bordes de la jarra, sin poder volar fuera: antes dejó caer la tapa la mujer, pues tal era el designio de Zeus. Todo el resto del amargo enjambre, innumerable y pesaroso, deambula por doquier entre los humanos; la tierra está ya repleta de males, se llena de males el mar. Las enfermedades visitan de día a los hombres y de noche vienen sin ser invitadas, ominosas y en silencio, pues Zeus, el de sabio consejo lleno, les quitó el habla. Y todo esto significa que no hay manera de burlar la perspicacia de Zeus[728].

Ese fue el colofón a la historia de la creación de la mujer, colofón que narra cómo la nueva criatura, recién llegada apenas al mundo, por pura curiosidad removió la tapa de un recipiente semejante a los grandes jarros de arcilla en los que hasta hoy guardamos el aceite y los granos, y cómo dejó así escapar el enjambre de males que habían sido encerrados allí (como lo fuera Ares en una ocasión anterior). Con esos males, es decir, con las enfermedades, entró también en el mundo de los hombres la muerte. Y de ese modo se completó la separación entre los hombres y los inmortales dioses. La figura femenina, ancestro de todas las mujeres mortales, fue llamada Pandora, nombre cuya interpretación correcta es «la ricamente dotada», «la que da todo», apelativo también de la Tierra misma[729], de la que fue hecha la primera mujer. En una vieja imagen de ésta, el nombre que aparece escrito a su lado es realmente Anesidora: «la que envía regalos», que es uno de los epítetos de la diosa Tierra. Empero, la primera esposa de los primeros hombres, aunque proveniente de Tierra y asociada nomi-

nativamente con Tierra como *alter ego* suyo (he citado ya la expresión de que la mujer imita a la Tierra y no al revés), fue sin embargo una creación artificiosa, la creación de un artificio. En los relatos que acabo de citar se trata de una obra de Hefesto; en otros, perdidos, se trataba de una creación de Prometeo... o de Epimeteo, en realidad. Según esta última versión que sólo conservamos gracias a las vasijas pintadas, Pandora surgía de la tierra, apareciendo a menudo sólo como una hermosa y poderosa cabeza de mujer; pero esa tierra había sido trabajada con martillos: Epimeteo sostiene todavía el martillo mientras Pandora emerge frente a él. Un Eros revolotea sobre la cabeza, con su cortejo de alegres heraldos connubiales. Hermes se aproxima velozmente trayendo una flor: lo ha enviado Zeus, por quien todo esto ha ocurrido. Pero los hombres primordiales, que en estas pinturas no son cabiros sino silenos o sátiros, jamás hubieran acogido el don de la mujer, quien se eleva como una luna llena en medio de ellos y bajo martillos y picos, si la Madre Tierra no se hubiera inclinado a prodigarles su propia imagen. Ella no hizo tal cosa, por supuesto, sin la cooperación de sus hijos industriosos.

4. CASTIGO Y LIBERACIÓN DE PROMETEO

La historia del castigo de la humanidad mediante la Primera Mujer era bastante antigua, pero nuestra mitología hablaba de castigos todavía más viejos, de penalidades y sufrimientos más crueles, o que al menos así parecían. Hay que tener en cuenta que nuestros dioses no sólo tenían cualidades humanas sino también mucho en común con el Sol, con algunas constelaciones, y sobre todo con la Luna y sus sufrimientos: sufrimientos manifiestos, que podían verse en el cielo. Hera, por ejemplo, recibió el castigo de ser colgada entre Cielo y Tierra con yunques atados a sus pies, según he contado ya. Además un viejo relato decía cómo fue lesionada una vez: una flecha de Heracles la alcanzó en el seno derecho, infligiéndole una herida que jamás sanaba[730]. También he contado la historia del castigo de Ticio: el hígado le era constantemente devorado, pero le crecía de nuevo con las fases de la luna. Todos esos sufrimientos: tanto los de Hera colgando suspendida, o herida en el seno, como los de Ticio con el hígado menguante y creciente, corresponden a sufrimientos visibles en los cielos.

Prometeo sufrió el mismo castigo que Ticio y además fue encadenado y suspendido del punto más alto del Cáucaso, donde lo clavó

Hefesto[731]. Se contaba que Zeus redujo a Prometeo, ese sagaz titán, con cadenas especiales, y empujó como estaca un pilar que lo atravesó por el medio[732]. Una antigua vasija pintada muestra a Prometeo con «el pilar en medio»: está siendo atacado frontalmente por un águila, como es usual. De acuerdo con lo que se explicaba, Zeus había enviado el ave para que devorara el hígado inmortal del titán[733]. Lo que el águila arrancaba durante el día volvía a crecer en la noche. La intención era que el castigo fuera prolongado. Zeus debe haberse propuesto inicialmente que el encadenamiento durara por toda la eternidad, a fin de que los hombres no contaran nunca de nuevo con un aliado tan astuto contra los dioses. Al final de la tragedia perdida de Esquilo que se llamaba *Prometeo dador del fuego*, se afirmaba que el encadenamiento del titán duraría treinta mil años[734]: en aquellos días eso significaba el período más largo del mundo. En la tragedia que se conserva, *Prometeo encadenado*, se profetizaba que sería liberado a la decimotercera generación[735]. Y así ocurrió.

El liberador fue Heracles, que liquidó con su flecha al ave torturadora. Si eso hubiera sido todo, las historias sobre la rivalidad entre hombres y dioses concluirían disolviéndose en la saga heroica. Pero el hecho es que todos los sufrimientos de Prometeo por el bien de la humanidad eran los sufrimientos de un dios. Para el punto de vista de Esquilo y de todos los que se sentían dispuestos hacia la humanidad, esos sufrimientos eran injustos, y su naturaleza no podía sino provocar necesariamente el fin del mismo Zeus. Hesíodo, por su parte, explica la liberación diciendo que el Olímpico quería otorgar fama a su hijo Heracles[736]. Por lo demás, Esquilo nos recordaba la posibilidad de que Zeus fuera sucedido por otro gobernante del mundo, de quien hablaré en unos momentos; lo cierto es que Prometeo supo de ese secreto por su madre Temis (o Gea, según se lee en un texto interpolado[737]). Zeus lo habría puesto en libertad a condición de que guardara el secreto; pero aún así Prometeo tenía que hallar un heredero de sus tormentos[738], un inmortal que bajara al Inframundo y sufriera por él. Ese inmortal resultó ser el sabio centauro Quirón, a quien Heracles había herido de manera accidental e incurable con una flecha envenenada[739]. De modo que el inventor del arte de la curación tomó sobre sí el sufrimiento y la muerte del benéfico titán. Y sin embargo (así concluía la historia en la versión teatral de Esquilo) el liberado Prometeo llevó puesta de allí en adelante una guirnalda especial, como emblema de su sujeción al poder de Zeus[740]. También portó como signo particular un anillo de hierro[741], del que se decía tenía engastada

una piedra para recordarle el risco anfractuoso sobre el cual sufrió[742]. Es posible, desde luego, que el anillo de hierro fuese una reliquia del tiempo en que Prometeo era un cabiro o un dáctilo trabajador del hierro.

5. LA HISTORIA DE NIOBE

He puesto ya en claro que la historia de la humanidad no comenzó en todas las partes de Grecia con Prometeo, Epimeteo y Pandora. En Beocia el hombre primordial, Alalcomeneo, surgió a orillas del lago Copais, y allí fundó familia con Atenais, es decir, con la diosa Atenea, quien en esa historia brotó del agua en aquel mismo lugar. En otro relato se dice que la esposa de Alalcomeneo se llamaba Niobe[743]. Como primera madre de la humanidad le corresponde a Niobe la distinción adicional de haber sido honrada en Tebas como madre de las siete Melias, las mortales ninfas del Fresno[744], quienes fueron sin duda esposas de los hombres primordiales de aquella región. En Argos se consideraba a Foroneo, hijo de una Melia, el Primer Hombre[745], fundador de la primera comunidad humana[746] y dador del fuego que trajera del Cielo[747]. Necesitaba el fuego para forjar y para hacer sacrificios[748]; la diosa a la que sacrificaba y ofrecía sus armas forjadas era Hera[749]. Para homenajearla, Zeus convirtió a Foroneo en el primer rey: antes había Zeus gobernado directamente sobre los hombres, pero Hermes hizo del habla humana una confusión tal que acabó con el placer de Zeus en el ejercicio de aquel gobierno. En esta historia aparece Niobe asociada a Foroneo[750], siendo ella la primera mujer mortal que Zeus amó[751]. Se contaba de ella también que era la madre de Foroneo[752], o a veces, que era su hija. Es más probable sin embargo que también en Argos fuera Niobe la esposa del Primer Hombre, así como lo fue en Beocia. Ella habría parido de Zeus a los ancestros de los pobladores del país: Argos y Pelasgo.

Ningún otro relato decía que Niobe hubiera sido la Primera Mujer, o la madre de los ancestros de los pueblos griegos. En lugar de ello daban una relación del gran número de hijos suyos y de cómo se alzó en oposición a la diosa Leto, quien sólo había dado a luz a Apolo y Artemisa. Las dos habían sido una vez amigas muy cercanas, Leto y Niobe; eso sabemos por nuestra gran poeta Safo[753]. En la época de esa amistad obviamente no podía haber diferencia absoluta entre dioses y

seres humanos; por eso Niobe misma es a veces descrita como diosa[754], si bien en la saga se suponía que había sido apenas una reina arrogante, una hija del rey lidio Tántalo[755]. Lo cierto es que en todos esos relatos Niobe tenía que hacer contriciones tremendas; así ocurre en la historia que nos cuenta Homero: sus doce hijos perecieron, seis hijas y seis fornidos jóvenes[756]; Apolo mató a los hijos con un arco de plata y Artemisa mató a las hijas, airados ambos porque Niobe había entrado en rivalidad con Leto al ufanarse de que ésta sólo había parido dos hijos mientras ella había alumbrado a muchos. Durante nueve días los hijos yacieron en su sangre sin que hubiera quien los sepultara, pues el hijo de Kronos convirtió en piedras a todos los vecinos. Al décimo día los dioses celestiales mismos enterraron a los muertos. Y después de ese día, exhausta por el llanto, rompió por fin Niobe su ayuno. Al cabo se transformó en una roca, que ahora se alinea en la fila montañosa de Sípilo; y aun como roca continúa llorando. Así lo quisieron los dioses.

Otros narradores de la historia creían que Niobe tenía catorce, dieciocho, diecinueve o veinte hijos que murieron no por culpa propia, sino para que la diferencia entre dioses y hombres fuera observada nítidamente. Sólo una hija, Cloris, había quedado con vida; llegó a ser la esposa de Néstor, el héroe de larga vida a quien Apolo diera los años que quitó a los hijos de Niobe[757]. Las indetenibles lágrimas que fluyen de una roca en la cresta del monte Sípilo, en Asia Menor, brotan de los ojos de Niobe, según se cree hasta hoy[758]; a los viajeros se les hace contemplar esa petrificada madre de penas. En este sentido, no debería olvidarse jamás que en nuestra mitología Niobe fue originalmente una madre de la humanidad.

6. TETIS Y EL FUTURO REGENTE DEL MUNDO

Al hablar de Tetis he indicado una y otra vez que, si bien se le describe sólo como una de las nereidas[759], era de hecho una de nuestras mayores diosas marinas, como Anfitrite, Eurínome o su misma abuela Tetys. Junto con el dios marino de cien brazos Briareo, ella había protegido a Zeus; y con Eurínome había socorrido también al niño Hefesto. Si Tetis se hubiera casado con un hijo de Kronos, como Eurínome lo hizo con Zeus o como Anfitrite se casó con Poseidón, las consecuencias para el futuro del mundo habrían sido más grandes aún que las provocadas por aquellas otras dos uniones.

Se contaba que Zeus y Poseidón rivalizaron por Tetis[760]; ambos anhelaban tomar por esposa a la amable diosa. En los dos había entrado Eros. Sin embargo la divina comprensión que los asistía les previno de consumar el matrimonio; pues obedecieron a la advertencia de un oráculo. Temis consejera se irguió entre ellos y profetizó que, si acaso la diosa marina diera un hijo a Zeus o a su hermano, sería voluntad del destino que ese hijo llegara a poseer un arma más poderosa que el rayo o el tridente. Esa profecía era el secreto que Prometeo, en la historia en donde aparecía como héroe, había aprendido de su madre Temis. En la pieza teatral el titán encadenado proclamaba la llegada del nuevo regente del mundo, pues preveía que Zeus se precipitaría pronto a casarse con Tetis[761]. En otras historias fue la diosa marina quien resistió a Zeus[762], bien por miedo o por lealtad a Hera[763], quien la había criado. Pero Zeus no habría desistido de su pretensión de no haber sido advertido y de no haber temido sufrir la misma suerte que cayó sobre Kronos. De acuerdo con Esquilo, Zeus obtuvo de Prometeo la advertencia, cuando el titán sufría la tortura infligida por el águila.

Temis recomendó a los hermanos en disputa, Zeus y Poseidón, ceder Tetis a un héroe mortal, al piadoso Peleo, durante una noche de luna llena[764]. Los hermanos consintieron. También se decía que Zeus había jurado casarla con un mortal porque estaba enfadado por la resistencia de la diosa[765]. Peleo, quien moraba en el Pelión, monte de Quirón, recibió ayuda del sabio centauro[766]. En vano puso Tetis en práctica todos los trucos metamórficos que las viejas divinidades marinas utilizaban contra sus asaltantes; se transformó en fuego y en agua, en león y en serpiente, y en diferentes criaturas marinas[767]. Aquella fue una lucha silenciosa[768]. Pobladores costeños informaban que finalmente asumió la forma de una sepia y que con esa forma la capturó Peleo, aleccionado por Quirón[769]. Se cumplió el Destino[770]. Los dioses ofrecieron regalos a la pareja, a fin de que pudieran celebrar con dignidad el matrimonio del que nacería el héroe más grande de la guerra de Troya, Aquiles, el hijo de Tetis, la de breve vida. Fue durante aquella celebración que la manzana de Eris cayó entre las tres diosas: Afrodita, Hera y Palas Atenea; luego siguió el Juicio de Paris, un hecho que haría época en la historia del mundo, como lo atestigua nuestra saga heroica: significó el comienzo no sólo de la Guerra de Troya, sino también de la Edad de los Héroes..., que fue por otra parte un intento más de los dioses por debilitar a la humanidad. Eso último aparece declarado explícitamente en un poema épico que describía los sucesos conducentes a la gran guerra: Tierra sufría bajo el peso de la carga de

la humanidad, que había crecido demasiado; Zeus se apiadó de la diosa y resolvió aligerarle el gravamen[771].

7. EL DESTINO DE LA HUMANIDAD

Las hazañas y sufrimientos de los héroes no tenían cabida en nuestras historias de los dioses, a pesar de que nuestros narradores solían inclinarse a introducir a los dioses en las aventuras y guerras de los héroes. Por otra parte, las historias de los dioses estaban ciertamente ligadas al destino de la raza humana; o, para ser más precisos, de las razas humanas, ya que, según una historia que ahora contaré, había toda una serie de linajes sucesivos. Relatos como ése, o como el que hablaba del sufrimiento de Tierra bajo el peso de la humanidad, o la historia del Diluvio, vinieron todos del oriente; pero en Grecia nunca tuvieron la aceptación de que gozaron entre los pueblos orientales. Así, los narradores se referían sólo ocasionalmente a un Diluvio, al que atribuían diversas causas, con el objeto de explicar fenómenos como la desaparición de los telquines de Rodas. En realidad sus referencias al Diluvio son tan discrepantes que en definitiva tenemos que distinguir entre al menos tres grandes Diluvios: el de Ogigos, el de Deucalión y el de Dárdano, así llamados por los respectivos sobrevivientes y salvadores de la raza humana[772]. Contaré pronto la historia de Deucalión; pero antes debo dar cuenta del relato de la serie de razas o de edades.

Al principio había cuatro edades o razas distintas. Hesíodo describió sin embargo cinco, puesto que no quería identificar a nuestros héroes ni con la raza de bronce ni con la suya propia, la de hierro. Atribuyó el origen incluso de la primera raza, la de oro, a los dioses olímpicos; lo que no era muy correcto, ya que él mismo declara que para esa época aún gobernaba Kronos, no los posteriores olímpicos. Tal como lo contó[773], los inmortales que habitan en el Olimpo crearon primero la raza de oro de la humanidad. Los hombres de esa estirpe vivían bajo Kronos, quien entonces gobernaba en el Cielo; vivían como los mismos dioses, libres de preocupaciones, sin fatigas ni miserias; la vejez lamentable no se cernía sobre ellos, sino que, con miembros siempre ágiles, se recreaban con festines, libres de todo mal. Morían como si los tomara el sueño. Todas las cosas benéficas estaban al alcance de sus manos: los campos dadores de vida generaban espontáneamente, regalando abundancia de frutos; de ellos vivían contentos los hombres, juntos y en paz, en bondadosa comunidad.

Eran ricos en rebaños y amigos de los dioses bienaventurados. Cuando esta raza se hubo sumido en las acogedoras honduras de la tierra, se convirtió en una hueste de espíritus bienhechores que ahora anda sobre la tierra, veladores de los hombres, protectores de la justicia y guardas contra la injusticia, invisibles pero presentes en todas partes. Todo por la voluntad de Zeus. Ellos otorgan las riquezas, pues también eso concuerda con su naturaleza real.

La segunda estirpe creada por los olímpicos, la raza de plata, era muy inferior. No se parecía a la de oro ni en cuerpo ni en alma. Durante cien años permanecían los hijos bajo la tutela de sus madres, jugando en sus casas como niños. Cuando al cabo maduraban y alcanzaban la plenitud juvenil, vivían sólo un corto período, sujetos en su ignorancia a toda clase de sufrimientos. No podían controlar la ilimitada codicia de poder de los unos sobre los otros. Se negaban a rendir culto a los dioses y a realizar sacrificios, como acostumbraban hacer los hombres según sus variados hábitos y usos. Por eso Zeus, irritado, los hizo desaparecer, puesto que no adoraban a los olímpicos. Una vez sepultada también esta estirpe, los hombres los llaman los bienaventurados subterráneos, y ocupan una posición secundaria, si bien también a ellos se les acuerda cierta veneración.

El padre Zeus creó entonces una tercera estirpe de hombres, la raza de bronce, que ni siquiera se parecía a la de plata. Los creó de los fresnos. Eran terribles y vigorosos, y se complacían solamente en las funestas obras y en los hechos violentos de Ares. Esos hombres no comían alimento alguno de harina; metálicas eran las almas de esos seres inaproximables. Tenían fuerza de gigantes, y armas poderosas en sus vigorosos miembros. De bronce eran sus armas, de bronce sus viviendas y el bronce trabajaban; pues el negro hierro aún no existía. Al perecer por sus propias manos, guerreando unos contra otros, descendieron al mustio palacio del terrible Hades, hombres sin nombres: pese a todo lo terrible que fueron, la negra Muerte se apoderó de ellos, obligándolos a abandonar la esplendente luz del sol.

Cuando también esta estirpe se hubo sumergido en las acogedoras profundidades de la tierra, Zeus creó la divina raza de los héroes, la de aquellos que combatieron en las famosas guerras de Tebas y de Troya (esta fue la variación que introdujo Hesíodo en el relato de las cuatro edades). Estos eran más justos y viriles que la raza de bronce, y después de la muerte llegaban a las Islas de los Afortunados, ceñidas por Océano: las islas donde los campos dadores de vida producen dulces frutos tres veces al año, donde rige Kronos, liberado de sus cadenas

por Zeus. Para la quinta raza, la de hierro, que seguía después, Hesíodo no tuvo sino denuestos: él mismo hubiera preferido vivir antes o después de ella. Su descripción de este linaje se explaya en sombrías profecías, comenzando con que sus niños pronto vendrán al mundo con el pelo gris o canoso y terminando con el anuncio de que las diosas Aidós y Némesis, cubiertas por blancas vestimentas, retornarán al hogar de los dioses, dejando perecer indefensa a la humanidad.

La narración de Hesíodo no hace mención de ningún gran Diluvio. Otros narradores decían sin embargo que fue así como Zeus intentó exterminar a la raza de bronce[774]. En la versión más sencilla, Prometeo tenía un hijo llamado Deucalión, gobernante del país de Ftía en Tesalia, quien tomó por esposa a Pirra, «la Rubia», hija de Epimeteo y Pandora. Cuando Zeus intentó destruir a la raza de bronce, Deucalión hizo por consejo de Prometeo un arca de madera, puso allí todo lo necesario e ingresó en ella con Pirra. Zeus provocó que el Cielo vertiera enormes lluvias y así inundó gran parte de Grecia. Todos los hombres perecieron, excepto algunos que habían huido a las altas montañas vecinas. Ocurrió también por esa época que las montañas de Tesalia se dividieron, y todo el país hasta el istmo y el Peloponeso se convirtió en una simple superficie de aguas. Sobre ese mar flotó en el arca Deucalión durante nueve días y nueve noches, hasta llegar por fin al Parnaso. Allí desembarcó, una vez que las lluvias cesaron, haciendo sacrificios en honor a Zeus, quien lo había guiado en su escape. Zeus le envió a Hermes y le permitió pedir lo que quisiera. Deucalión pidió seres humanos, compañeros. Entonces Zeus le ordenó tomar piedras y arrojarlas sobre sus hombros. Las que arrojó Deucalión se convirtieron en hombres y las que arrojó Pirra se convirtieron en mujeres. De allí la palabra *laoi* para decir gente y pueblos: en nuestra lengua la palabra «piedra» se dice *laas* o *laos*.

El relato de la segunda creación de la humanidad no se basaba únicamente en ese muy antiguo juego de palabras. Otra versión de la historia sostiene que Deucalión y Pirra recibieron del cercano oráculo de Temis, que más tarde sería el oráculo de Delfos, instrucciones de lanzar tras de sí los huesos de su «Gran Madre»[775]. Ellos debieron haber entendido primero que el oráculo se refería a Pandora, de quien se decía en otras historias que había sido la madre de Deucalión; la solución del acertijo consistía en descubrir a quién se refería en realidad. Lo que la pareja arrojó a sus espaldas eran los huesos de la Madre Tierra[776]. Los nuevos seres humanos que salieron de esos huesos, es decir de las piedras, descendían por eso de la más vieja

Madre. Había también una historia sobre el primer ser humano creado en esa ocasión: fue Protogenia, la muchacha que Zeus raptara[777]. Su nombre significa exactamente lo mismo que Protógonos, «el primero en nacer», y es también un apodo tanto de la misma diosa Tierra[778] como de una hija raptada más famosa: Perséfone[779].

XIV. Hades y Perséfone

El tercero de los hijos de Kronos regentes del mundo fue contraparte oscura no sólo de Zeus sino también de Helio. La forma más reciente de su nombre es Hades; más vieja es la forma Aides, o Aidoneo, y más antigua aún lo era Ais, forma que se conservó sólo en conexión con la designación de «casa» o de «palacio». «La Casa de Hades» era el Inframundo, que en realidad fue llamado más tarde simplemente Hades: el lugar adquirió el nombre de su dueño. El significado de Ais, Aides o Hades es con toda probabilidad «el Invisible» o «el que da invisibilidad», por contraste con Helio, el visible y el que hace lo visible. Ese significado expresa también un contraste más marcado aún entre Hades y el rey celestial Zeus, cuyo nombre una vez significara «brillo del día»; este significado quedó sin embargo completamente relegado al trasfondo por el rostro humano del regente de los dioses. Pero Zeus ejerció una función que no tuvo nunca en nuestra mitología el dios del sol: Helio jamás aparece con el papel de rey del Inframundo, y no se dirigía uno a él llamándole «Sol de Noche». En cambio, en tanto Zeus Catactonio o Ctonio (apodos que ya he mencionado), Zeus *era* un «Zeus subterráneo»; y ese no fue, de nuevo, sino otro nombre de Aides o Hades[780]. Cada vez que se menciona a «otro Zeus»[781] o al «hospitalario Zeus de los que parten»[782], esas ex-

presiones aluden siempre a Hades; nunca significan «otro dios de los cielos diurnos», sino un gobernante del Inframundo que corresponde y es igual en sus dominios al Zeus del mundo superior.

Ciertamente nuestra mitología dividía al mundo en tres partes: fuera porque en épocas tempranas lo gobernara más una diosa triple que una divinidad masculina, apareciendo entonces esta última apenas como marido de la primera, o porque la diosa más antigua, la Madre de los Dioses, siempre ha tenido tres hijos, dos más viejos y más identificados entre sí como hermanos que el tercero, el más joven, cuyo destino es conquistar la supremacía. Debemos reconocer aquí un esquema básico en el que predomina una trinidad que puede ser femenina o masculina. La trinidad femenina está subordinada a una cuarta figura masculina, y la trinidad masculina a una figura, la cuarta, de naturaleza femenina. Por lo tanto, tan pronto como el tercer hermano apareció en nuestras costas y se convirtió en el nuevo señor de nuestro mar, nuestra religión pudo encontrarle un lugar (hablo de Poseidón, claro está). Pero existen testimonios del culto a una trinidad en la que no está incluido el señor del mar: un culto de Zeus como «Dios Celestial» (*Hypsistos*), como «Dios del Inframundo» (*Chthonios*) y, bajo un tercer aspecto, como divinidad sin nombre[783]. Con el advenimiento de Poseidón la trinidad se definió sin embargo claramente. La pintura de una antigua vasija muestra a los tres hermanos como tres regentes del mundo, dotados de los respectivos emblemas de sus poderes: Zeus con el rayo, Poseidón con el tridente y Hades con el rostro vuelto hacia atrás. Este último era aquel dios que no puede ser mirado, el terrible dios de la muerte, el que causaba la desaparición de todas las cosas vivientes, el que las volvía invisibles. La gente que sacrificaba en honor de los seres del Inframundo tenía que hacerlo con la mirada desviada.

El hermano subterráneo de Zeus (pues en eso se convirtió Hades en nuestra mitología, incluso si originalmente sólo fuera el aspecto oscuro de un dios brillante) tenía muchos nombres además de los que ya he mencionado. Tenía no sólo nombres que expresaban su cualidad de dios de los muertos (como *Polydegmón*: «el que recibe muchos invitados»): era también Plutón, «el rico» o «el dador de riquezas»; y Euboleo o Eubolos, «el buen consejero». Esos mismos nombres: Plutos, Euboleo y Eubolos, se aplicaban además a aquel desconcertante, místico hijo que el dios engendró en una diosa conocida también ella con diversos nombres y, lo que es más, como madre e hija a la vez: Gea y Rea, Rea y Deméter, Deméter y Perséfone, estas dos últimas en par-

ticular por su conexión con Hades. En la versión pública del relato correspondiente, Hades no cohabitó con su hermana Deméter; quien lo hizo fue Zeus, según la historia, más reciente, que he contado antes; o bien fue Poseidón, de acuerdo con otra narración familiar ya a mis oyentes. Hades raptó sin embargo a su sobrina Perséfone, quien también se llamaba simplemente Core, «la Doncella». El nombre Perséfone está relacionado con Perse, Perséis, Perses, Perseos, nombres de Hécate y de figuras a ésta asociadas; y se utilizaba probablemente desde tiempos pregriegos como apelativo de la reina del Inframundo. Adquirió el título «la Doncella» cuando, como primera y única hija de su madre (característica que, una vez más, compartía con Hécate, pero también con Pandora y Protogenia), fue raptada por el dios de la muerte. Esa historia es la de la fundación del reino de los muertos, un reino que sería para nosotros inconcebible sin su reina; y es también la historia de la fundación de los Misterios Eleusinos. Empezaré refiriéndola tal como la narraba un gran himno compuesto en el estilo de Homero.

1. EL RAPTO DE PERSÉFONE

Hades raptó a la hija de Deméter[784], la muchacha que Zeus le había dado, a él, a Hades, sin conocimiento de la madre. La muchacha retozaba con las hijas de Océano, recogiendo flores en el tierno prado: rosas, azafranes, gladiolos y jacintos. A punto estaba de coger también el narciso, esa flor, una radiante-maravilla que, como señuelo capaz de seducir a la muchacha parecida a un capullo, hizo brotar la diosa Gea para agradar al dios del Inframundo. Todos los que contemplaban esa flor, hombres y dioses, quedaban asombrados; de su raíz crecían cien brotes, dulce fragancia esparcía a su alrededor, haciendo que los cielos sonrieran y asimismo la tierra y el acre oleaje del mar. Con ambas manos tendió pues la atónita doncella hacia aquella joya. La tierra entonces se abrió, una fisura se extendió por la llanura de Nisa, y de allí surgió el Señor del Inframundo con sus inmortales corceles, el hijo de Kronos, el dios de muchos nombres. Se apoderó de la muchacha, quien resistiéndose, fue subida al dorado carruaje, y se la llevó sin reparar en sus lamentos.

Agudos gritos lanzó la niña a su Padre, al hijo de Kronos, el gobernante supremo. Ningún hombre o dios escuchó su voz, ni se conmovió algún olivo. Sólo la tierna hija de Perseos, la diosa de reluciente

tocado, Hécate, oyó en su cueva el grito; y también llegó el grito hasta Helio, el espléndido hijo de Hiperión. El Padre se encontraba lejos, apartado de los dioses, sentado en su muy frecuentado templo, recibiendo los sacrificios de los mortales; fue cosa suya que de su hija se hubiera apoderado el tío, ese soberano de muchas almas, anfitrión de innumerables invitados, el hijo de Kronos, el dios de múltiples advocaciones. Mientras veía todavía la tierra y el cielo estrellado, el mar y el sol, la diosa abrigaba esperanzas de ver otra vez a su madre y a los eternos dioses. Las cúspides montañosas y las honduras del mar servían de eco a su voz inmortal. Y la Señora, su madre, la oyó; un dolor agudo la tomó en su corazón, se arrancó de su inmortal cabellera el tocado y echándose sobre los hombros el oscuro velo, se lanzó como un ave sobre tierras y aguas en búsqueda afanosa de su hija.

Nadie quería decirle a la madre la verdad, ni dios ni hombre alguno; ni siquiera acudió a ella algún ave veraz. Durante nueve días anduvo errante por la tierra la soberana Deméter, llevando en sus manos dos ardientes antorchas. Ni ambrosía ni néctar probó, adolorida, ni humedeció con agua su cuerpo. Sólo a la décima mañana salió a su encuentro Hécate, portando también una antorcha, y le dio noticias: «Noble Deméter, tú que dispensas las estaciones y sus ricos dones, ¿quién fue entonces el que te arrebató a Perséfone y amargó tan hondamente tu corazón? Yo escuché su grito, pero no vi quién la llevaba; de haberlo visto, la verdad te diría». Sin decir una palabra, la hija de Rea, llevando en sus manos las dos antorchas encendidas, partió con ella hacia Helio, el que observa a dioses y hombres; se detuvieron ante los caballos y la gran diosa le preguntó por su hija y el raptor. Le respondió el hijo de Hiperión:

> Hija de Rea, noble Deméter, sabrás la verdad, pues me inclino piadoso ante el dolor que sientes por tu hija, la doncella de hermosos tobillos. No hay entre los Inmortales ningún otro responsable sino Zeus, quien la dio por esposa a su hermano Hades. Hades se la llevó en su carro, conduciéndola por la fuerza al reino de la oscuridad, pese a sus fuertes gritos. ¡Pero tú, diosa, deja de lamentarte! No hay necesidad de tan inconsolable rencor. En tu hermano Hades has hallado un yerno no despreciable entre los dioses. Desde que se hizo la partición fue honrado con un tercio del mundo, y allí donde habita es realmente un rey.

Así habló Helio y luego arreó a sus corceles; éstos obedecieron su voz y tiraron del carro raudamente, como aves. Pero la diosa se hundió

en un dolor más terrible aún y más mordiente. Encolerizada con Zeus, abandonó el Olimpo y la asamblea de los dioses, y marchó a las ciudades de los hombres y a sus lugares de trabajo. Por mucho tiempo descuidó su apariencia exterior: nadie la reconocía, ni hombre ni mujer alguna, hasta que llegó al palacio del prudente Celeo, rey de Eleusis en aquella época, de Eleusis la fragante de ofrendas. Se sentó a la orilla del camino, sumergida en la pena, junto al Pozo de la Virgen, al que venían por agua los pobladores de la ciudad. Allí se sentó, a la sombra de un olivo. Parecía una anciana que ya no puede parir ni toma parte en los dones de la diosa del amor, semejante a las nodrizas de los hijos de reyes y a las viejas despenseras de palacios poblados.de ecos. Allí la vieron las hijas de Celeo, el hijo de Eleusis, cuando llegaron a coger agua en sus cántaros de bronce para llevar a la casa del padre. Eran cuatro, divinidades de aspecto, en la flor de la doncellez: Calídice, Clesídice, Demo y Calítoe, la mayor. Ellas no reconocieron a la diosa, pues no es fácil en verdad para los mortales contemplar a los inmortales; se acercaron y le dirigieron estas palabras: «¿De dónde eres, anciana, y a dónde te diriges? ¿Por qué dejaste tu casa y por qué no te allegas al palacio? Dentro de sus frescas murallas estarías a gusto en tu vejez, así como lo están las mujeres más jóvenes, que te acogerían bien de palabra y de obra».

La diosa respondió cordialmente: llamó «hijas queridas» a las doncellas, declaró su propio nombre, aunque distorsionado, y contó una historia inventada. Dijo que los piratas la habían traído allí desde Creta, contra su voluntad; que cuando desembarcaron cerca de Tórico y preparaban una francachela en la costa con las otras mujeres, ella escapó y ahora no sabía dónde estaba. Pidió ayuda y hospitalidad en la casa de que eran hijas las muchachas: ¿no habría tal vez un niño al que pudiera cuidar como nodriza? Ella haría la cama para el señor y la señora y enseñaría labores a las otras mujeres del servicio. Calídice, la más hermosa de las doncellas, le mencionó a los amos de la tierra: Triptolemo, Diocles, Polixeno, Eumolpo, Dólico y su propio padre. Todos tenían esposas, y ninguna de éstas rechazaría a la anciana que suplicaba protección; por el contrario, cualquiera la tomaría apenas al verla, tan grande era su parecido a una diosa. Pero ella tendría que esperar a que las cuatro doncellas hablaran primero con su madre, Metanira, por si acaso ésta invitara a la extranjera a quedarse en la casa y no hubiera entonces necesidad de ir a buscar ayuda a otra morada. Había ciertamente en palacio un hijo dulce, recientemente nacido;

quien se hiciera cargo de él y lo criara, sería envidiada por las otras mujeres, y con razón, pues sería retribuida con largueza.

Así fue invitada la diosa, con promesa de gran salario, a la casa de Celeo; las doncellas regresaron de prisa y la llevaron consigo. Deméter las siguió con un velo puesto sobre la cara, vestida con un largo y oscuro peplo que caía enredándose sobre sus pies delicados. Atravesaron el pórtico hasta el sitio donde la noble Metanira se hallaba sentada, delante de su alcoba; tenía en el regazo al niño, el nuevo retoño. Las doncellas corrieron hacia su madre. La diosa dio un paso en el umbral y su cabeza tocó la techumbre, mientras las puertas se inundaron de resplandor divino. Reverencia, sorpresa y temor asaltaron a la reina; se levantó de su sitial y pidió a la diosa tomar asiento en él. Mas no lo hizo Deméter, sino que se mantuvo de pie en silencio, los ojos fijos en tierra, hasta que la diligente Yambe dispuso un asiento ante ella, cubriéndolo con un vellón blanco como la plata. Entonces se sentó Deméter, y se echó el velo de la cabeza sobre la cara. Muda de dolor y sin hacer gesto alguno, allí permaneció sentada durante largo rato; en el duelo por su hija, no sonrió ni probó bocado o bebida, hasta que la sabia Yambe la reanimó tanto con sus burlas y bromas que primero sonrió Deméter y enseguida rió, y se alegró de nuevo su alma. También más tarde sabría Yambe consolar a la diosa cuando estuviera enojada. Metanira ofreció entonces a Deméter una copa de dulce vino, pero Deméter la rechazó diciendo que no le estaba permitido beber vino rojo. La instó en cambio a que hiciera una mezcla de harina de cebada y agua, mezcla que ella bebería aderezada con yerbabuena. Preparó la reina la poción y la bebió la diosa, como lo hacen desde entonces los que se dedican al ritual de la sagrada pureza y no beben vino.

Sólo entonces dijo Metanira sus palabras de salutación, dando su bienvenida a la extraña. Dijo que creía poder leer en los ojos de la diosa el rango de su nobleza, incluso pese al infortunio, que de los dioses nos viene, lo mismo que la buena fortuna. Pero desde ahora dispondría la extraña de todo lo que ella, Metanira, tenía; puso a su cargo al hijo tardío e inesperado; si la diosa cuidara de él y lo educara hasta su juventud, ciertamente sería envidiada con justicia por las demás mujeres, tan rica sería su compensación. Deméter, la diosa de hermosa corona, asumió la asistencia del niño, prometiendo a la madre que no sería nodriza negligente, sino una conocedora de los antídotos contra los maleficios. Con sus manos inmortales tomó a Demofonte, hijo de Celeo, poniéndolo en su fragante regazo. Metanira se contentó.

Deméter cuidó del niño en el interior del palacio. Creció el hijo

como un dios: sin beber ni comer. Pues la diosa lo ungía con ambrosía, respiraba sobre él con su aliento dulce y lo mantenía en su regazo. Y todas las noches, sin que lo supieran sus padres, exponía el niño al pleno vigor del fuego, como un trozo de madera al que se convierte en antorcha. Los padres se maravillaban al ver cómo crecía el hijo: tan robusto como un dios. Deméter lo hubiera incluso convertido en un inmortal, desconocedor de la vejez, de no haber sido porque Metanira, en su insensatez, la espió una noche desde su alcoba y vio lo que se le hacía al niño. Lanzó un grito, se golpeó los muslos y estalló en lamentos: «¡Demofonte, hijo mío, la extranjera deja que te consumas en ese fuego y a mí me sume en desgracias!»

Así se lamentaba. La diosa la escuchó y se llenó de cólera contra la reina. Con manos inmortales puso el niño a un lado, sobre el suelo, habiéndolo sacado antes airadamente del fuego, y dijo a Metanira mientras procedía:

> ¡Ignorantes, ustedes los seres humanos, e insensatos, que no pueden prever el bien ni el mal. También tú por tu indiscreción has sufrido un daño irremediable. Pronuncio el gran juramento de los dioses, por las aguas de Estigia: yo hubiera hecho inmortal a tu hijo, quien habría permanecido enteramente joven, y le hubiera hecho ganar renombre perenne. Ahora no hay manera de que evite a la muerte. De renombre imperecedero gozará, sí, porque se sentó en mi regazo y durmió en mis brazos; los hijos de los eleusinos trabarán por siempre guerras en su honor, a intervalos prefijados y fatales. Pues yo soy Deméter, la dueña de todos los cultos, divinidad del mayor beneficio, que da la mayor alegría tanto a los inmortales como a los mortales. Ahora tú y tu pueblo me erigirán un gran templo con un altar delante, al pie de la ciudadela y sobre el manantial con el hermoso claro de las danzas, allí en el estribo de la colina. Te enseñaré los sagrados rituales, para que me ofrezcas en el futuro el culto que me reconforta!

Habló de ese modo la diosa, mientras recobraba su estatura original y su forma verdadera. No era ya más una vieja: estaba bañada en belleza; un aroma que despierta el deseo se esparcía desde su peplo de dulce olor; su cuerpo inmortal expandía a lo lejos su brillo; su blonda cabellera caía sobre sus hombros, y aquella fuerte morada resplandecía como si relampagueara. A grandes pasos atravesó la diosa el palacio. La reina Metanira desfalleció; por largo tiempo yació allí muda, sin pensar siquiera en recoger del suelo a su hijo. Las hijas oyeron su llanto y saltaron de sus camas. Una cogió al niño y se lo llevó al regazo. Otra encendió un fuego. Una tercera corrió hacia su madre, la ayudó a po-

nerse en pie y la sacó de la alcoba. Todas se ocupaban del niño, lo bañaban a pesar de su agitación, prodigándole cuidados amorosos; pero el niño no se tranquilizaba, pues ahora tenía nodrizas muy inferiores. Temblando de miedo, estuvieron orando a la diosa durante toda la noche. Al despuntar el alba, contaron todo al poderoso Celeo, como les había ordenado hacer Deméter, la de hermosa corona. El rey reunió al pueblo y lo llamó a erigir un templo opulento y un altar a Deméter sobre la eminencia de la colina. Le obedecieron enseguida y construyeron según se les había ordenado: el templo fue levantado por voluntad de los dioses.

Cuando lo hubieron terminado y contemplaron el fruto de su trabajo, se retiraron a sus casas. En el templo permanecía Deméter, sentada y alejada de los dioses bienaventurados, en duelo por su hija. Un año terrible envió sobre la tierra nutricia, un año de amarga miseria para la humanidad: la tierra no permitía que semilla alguna brotase, pues Deméter hizo que todo yaciera oculto en el suelo. En vano arrastraban el arado los bueyes sobre los campos, inútilmente caía la blanca cebada en los surcos. Hubiera destruido a toda la humanidad con la hambruna maligna, y hubiera privado a los olímpicos de los cultos y sacrificios, de no haber meditado sobre ello Zeus: primero envió éste a Iris, la amable diosa de áureas alas, para que hiciese comparecer a Deméter. Iris obedeció y se apresuró a Eleusis. Halló a la diosa en el templo, vestida de oscuro peplo, y le imploró, pero en vano: Deméter no consentía. Entonces el Padre envió a todos los dioses benditos: acudieron uno tras otro, provistos de regalos espléndidos, pero ninguno pudo alterar la decisión de la airada diosa, quien no deseaba poner pie en el fragante palacio del Olimpo, ni dejar que la tierra diera frutos de nuevo, hasta no ver una vez más a su hija.

Al escuchar eso, Zeus envió hacia la oscuridad del Inframundo a Hermes, el dios de áurea vara, a fin de que persuadiera a Hades con suaves palabras y trajera de vuelta a Perséfone desde las oscuras brumas, hacia los dioses y la luz. Obedeció Hermes: de inmediato se lanzó desde la olímpica morada en las profundidades subterráneas. Allí encontró en su casa al señor del palacio, acodado junto a su ruborosa esposa, contrariada ésta por la nostalgia de su madre. Se presentó Hermes ante ellos y el motivo de su llegada dijo a Hades, ese señor de los muertos, ese dios de oscuros cabellos. Las cejas de Hades se elevaron en una sonrisa. Obedeció al rey Zeus, habló seguidamente a su esposa:

Dionisos cazador (es decir, Zagreo), con Ménades, una cazadora con antorcha y Sileno

Dionisos y dos ménades ofrendan una liebre y un cervato

> Ve, Perséfone, hacia tu madre, la diosa de oscuras vestiduras; vuelve a ella con el corazón ligero y no estés ya tan triste. No seré yo marido indigno de ti entre los inmortales: ¿no soy acaso hermano mismo del Padre Zeus? Cuando por acaso vengas aquí a veces, gobernarás sobre todas las criaturas vivientes y tendrás honor máximo entre los dioses. Y todo el que te injurie y te niegue tributos sacrificiales, sufrirá por ello contrición eterna.

Así habló. Perséfone saltó de alegría. Su marido se irguió sin embargo sigiloso tras ella, y secretamente puso en su boca un grano de granada, dulce como la miel, a fin de que no se quedara con Deméter para siempre. Enganchó luego al áureo carro los corceles inmortales, subió a él la diosa, y Hermes, riendas y látigo en mano, lo dirigió fuera del palacio. Volaron de buen grado los corceles, cubriendo con rapidez la gran distancia; ni el mar, ni los ríos, ni las hondonadas y picachos detuvieron su impulso: volaron sobre ellos, abriéndose paso a través del aire. Hermes detuvo los corceles en el sitio en que Deméter se hallaba, sentada ante su templo fragante. A la vista del carruaje saltó como una Bacante en las montañas. Perséfone salió rápidamente del carro para encontrarse con ella. Y ya en el pronto abrazo Deméter preguntó a su hija si había ingerido alimento en el palacio de Hades, pues si así había sido, habitaría por fuerza un tercio del año bajo la tierra y sólo estaría con su madre y con el resto de los inmortales los otros dos tercios, que empezarían con la primavera.

Contó Perséfone cómo, en el momento en que saltara de alegría para reunirse con su madre, su marido le había deslizado en secreto la semilla de una granada en la boca, obligándola a comérsela. También dijo cómo había sido arrebatada mientras jugaba y recogía flores con las hijas de Océano y con Atenea y Artemisa. De esa manera pasaron el día entero ella y su madre, cubriéndose amorosas la una a la otra. Vino luego también Hécate, la del tocado resplandeciente, y también ella dio amorosa bienvenida a la hija de la sagrada Deméter; desde entonces ha sido su compañera y su servicio. Zeus les envió como mensajera a su madre Rea, diosa de oscuro ropaje, para que las llevara al Olimpo, asegurándoles todos los honores que pudieran desear, así como que la hija pasaría dos tercios del año con su madre y con los otros inmortales. Rea salió velozmente del Olimpo hacia los Campos de Raria, antes fructuosos pero ahora estériles, carentes de alguna paja verde siquiera, pues escondían bajo su suelo la blanca cebada, según lo había querido la voluntad de Deméter, diosa de hermosos tobillos. Pronto, sin embargo, los campos se cubrirían de nuevo de copiosas

espigas, a medida que avanzara la primavera. Fue en esa llanura donde la diosa primero puso el pie, al descender del Cielo. Con alegría se contemplaron, la madre y la hija: Rea y Deméter. Rea contó lo que Zeus había prometido y pidió a Deméter que dejara crecer de nuevo el grano dador de vida.

Deméter consintió, dejando brotar el fruto de los muy trabajados campos. Cubrió generosamente la ancha tierra con frondas y flores. Y entretanto se dirigió hacia los reyes de Eleusis y les enseñó los sagrados rituales, iniciándolos en el culto sagrado que no puede ser revelado ni escuchado, ni siquiera dicho en voz alta, pues una veneración por las diosas contiene la voz. ¡Feliz el hombre sobre la tierra que ha visto esas cosas! Pero el que ha quedado sin iniciación y no ha tomado parte en ellas, ese, una vez muerto, no recibirá porción alguna de semejantes bendiciones en la mustia oscuridad de abajo.

Cuando los hubo instruido Deméter, las diosas subieron al Olimpo, sumándose a la asamblea de los inmortales. Allí habitan junto a Zeus, disfrutando de muchos honores. Feliz el hombre sobre la tierra al que ellas aman: con prontitud le envían a su casa a Plutos, el dios de la riqueza, para que allí sea huésped dispensador de abundancia a los mortales.

2. OTRAS HISTORIAS DE RAPTO, CONSUELO Y ASCENSIÓN

En la historia que acabo de narrar Hades raptaba a Perséfone en un lejano litoral de Océano, en los Campos Niseos, prados del Monte Nisa que aparecerán otra vez en el relato sobre el nacimiento de Dionisos. Podemos reconocer la hora del día en que el rapto se efectuó por el hecho de que durante el viaje al Inframundo la forzada doncella vio tanto el cielo estrellado como también el sol; Helio, por su parte, la vio igualmente desaparecer de la superficie de la tierra en el carruaje del dios del Inframundo: habría pues ocurrido el fatal hecho presumiblemente muy temprano en la mañana. Además de las oceánides, Atenea y Artemisa eran en aquel momento sus compañeras de juego. Y es que las tres grandes diosas vírgenes, entre las cuales se contaba entonces todavía a Perséfone, constituían una trinidad, de la que el raptor hizo víctima a una tercera parte, obligándola a permanecer un tercio del año bajo tierra. Deméter no estaba presente cuando su hija fue arrebatada; según una versión, se encontraba en ese mo-

Triptolemo entre Deméter, Perséfone y la sacerdotisa o reina Eleusis

mento en su amada isla de Sicilia[785], donde, según otra historia, ocurrió el rapto mismo, cerca del lago Pergo, que a su vez se halla próximo a Enna, ciudad y promontorio[786]. En esta última versión el agresor desaparecería con su víctima en las vecindades de Siracusa, en el punto donde brota desde entonces la fuente Ciane, «la fuente oscura».

Pero también muchas localidades de nuestra tierra firme sostenían que Deméter había llegado a ellas cuando andaba en búsqueda de su hija robada. Se contaba que en dicha búsqueda sucedió que la diosa visitara el hogar de un hombre de aquellos tiempos, uno de nuestros hombres primordiales, quien la recibiera acogedoramente[787]. En Argos fue huésped del hombre primordial Pelasgo, cuya esposa Crisantis, «Flor de Oro», le dio información sobre el destino de la hija raptada. Pero la ciudad más afamada como el lugar donde Deméter obtuvo primeras noticias sobre el destino de su hija, ha sido siempre Eleusis. Los discípulos de Orfeo conservaron sobre esto una historia más antigua que la de estilo homérico que les conté hace un momento; en ésta, en el gran himno homérico, la única evidencia de extrema antigüedad es el nombre del rey Celeo: «pájaro carpintero», nombre adecuado para un rey que gobernaba sobre moradores de los bosques, hombres que no tenían conocimiento alguno sobre agricultura..., hasta que los visitara y les diera el grano Deméter, quien de ese modo les retribuyó su hospitalidad y las noticias sobre su hija. Este tema: la gratitud, falta en la historia que narré, pero otro tema muy antiguo se conserva allí: el

consuelo. Las bromas gruesas de Yambe consolaron a Deméter; el nombre de ese personaje proviene de *iambos*, palabra con la que designamos el verso burlón y que no es ciertamente tan vieja como el tema de la consolación. Diré ahora la historia de la consolación de Deméter tal como la referían los seguidores de Orfeo.

En los campos de Raria, entre Atenas y Eleusis[788], Deméter se encontró con mortales surgidos de la tierra: Baubo, una mujer; Disaules, un hombre; y sus hijos Triptolemo, Eumolpo y Eubuleo. El nombre Baubo significa «Panza»; *Dusaules* se llamaba así por la «casa donde no es bueno habitar». Se decía de los hijos (pues los tres lo eran, aunque sólo de dos se lo declara explícitamente[789]) que Triptolemo era vaquero, Eumolpo pastor y Eubuleo porquerizo. A juzgar por el nombre, Triptolemo: «el triple guerrero», debió ser originalmente una figura similar a la del dios de la guerra, Ares..., como el hijo de Celeo, Demofonte: «matador de la gente». Bajo el nombre Eumolpo: «el dulce cantor», podemos reconocer al oficiante sacerdotal de los Misterios Eleusinos. Y el nombre Eubuleo indica al dios del Inframundo mismo. En la historia original era este último quien sin duda desempeñaba el papel principal, y sólo él aparecía en calidad de pastor. Se contaba que la piara de Eubuleo se perdió en la misma sima que Perséfone; fue por eso que pudo contar a Deméter lo que había ocurrido a su hija[790]. La mayoría de las versiones mencionan a Triptolemo también entre los informantes de Deméter, o como el único; fue él el hombre que recibió de la diosa satisfecha el don del cereal y quien saliera a recorrer el mundo para compartir dicho regalo con los humanos todos. Si en tiempos anteriores había sido un guerrero, se convertía ahora, mediante Deméter, en el domeñador de las salvajes costumbres de los hombres primordiales, desconocedores del pan. Las vasijas pintadas nos lo muestran sobre un carro que consiste sólo en dos ruedas y un trono: está sentado por encima de las ruedas, en las que se ven alas y serpientes, mientras sostiene en sus manos espigas de grano.

El consuelo de Deméter solía describirse también como sigue[791]: Baubo recibió hospitalariamente a la diosa y le dio la bebida de cebada de que ya he hablado; la diosa la rechazó, negándose a romper su ayuno. Entonces Baubo hizo otra cosa (hay que imaginarla sentada con las piernas muy abiertas frente a la diosa acongojada, a la manera de las estatuas de los altares que posteriormente se le erigieron): se levantó la falda, mostrando su vientre nada agradable de ver y he aquí que allí estaba el niño Yaco riéndose en el vientre de Baubo. Entonces rió también la diosa y aceptó con buen talante la bebida. Yaco era

el nombre del niño divino, ese hijo de Perséfone cuyo nacimiento era proclamado por el oficiante sacerdotal en los Misterios Eleusinos. Conmemorando un consuelo similar al de la diosa, que decían haber recibido en el camino iniciático, los iniciados declaraban públicamente: «Ayuné; bebí la cebada»[792]. No podían revelar lo que habían visto; ni hubiera sido fácil describir con mayor exactitud qué fue lo que Deméter vio en el vientre descubierto o liberado de Baubo. En esto tocamos ya la parte inefable de los Misterios.

Quizás esa historia significara una vez que la misma Deméter bajó al Inframundo y allí encontró a Baubo y a Disaules, seres en cuya casa era tan pernicioso morar. Según la historia contada por los seguidores de Orfeo, ella con seguridad bajó al Inframundo a través del mismo abismo que se había tragado a Perséfone y a los cerdos[793], animales estos sacrificiales de ambas diosas. Los famosos corceles negros de Hades[794], y también el carro de serpientes[795] en el que Deméter persiguiera al raptor, son de origen posterior al relato de la desaparición de la doncella por la sima que se abrió en la tierra. Del mismo modo fueron adaptadas las historias sobre el ascenso de Perséfone desde el Inframundo; así, en la versión posterior se dirigía ella al Olimpo tras unos corceles blancos[796]. Pero asimismo se contaba que Perséfone fue devuelta a la luz por las moiras, las horas y las cárites, una compañía de nueve bailarinas[797]. Otra consoladora de la madre dolorosa, es decir, de Rea y Deméter en una sola figura, fue Afrodita[798]. Se recordará que esta diosa era servida por Horas y Cárites en todas sus idas y venidas, tanto en el momento de su nacimiento como en ocasión de sus otras epifanías. La única diferencia entre la resurrección de Perséfone y el nacimiento de Afrodita, residía en que la primera se elevaba de un abismo en la tierra. Dos divinas asistentas la envolvían en un ropaje, habiendo estado ella vestida apenas con un tenue artificio. Esa escena puede ser admirada en el trono de los Ludovisi; terracotas del mismo estilo y del mismo período, tomadas de altares griegos del sur de Italia, nos muestran a la diosa siendo conducida en su carro por un Eros y por la figura de una alada doncella.

3. RELATOS DEL INFRAMUNDO

Si se hubiera conservado la historia de la errancia de Deméter por el Inframundo en busca de su hija, tendríamos más información sobre el Reino de los Muertos. Pues en nuestra mitología, los rela-

tos sobre el Inframundo estaban usualmente relacionados con las historias relativas a los viajes al Reino de los Muertos realizados por divinidades o héroes particulares, por iniciados e inclusive por no iniciados; en esas historias los dioses y los héroes lograban retornar de dicho reino, mientras que a los iniciados les ocurrían experiencias de otro tipo, siendo su suerte muy diferente a la de los no iniciados. Los más grandes malhechores, como Ticio, Flegias o Ixión, estaban sujetos a castigos eternos; también se renovaban penas para quienes hubieran golpeado a sus padres[799] u ofendido a un huésped (esto es, a un extranjero que hubiera suplicado acogida), así como para los saqueadores de templos o los perjuros, sin mencionar a los culpables de delitos más inusuales. Semejantes malhechores eran además atormentados en el Inframundo por las Erinias, quienes en muchos casos ya los habían perseguido durante sus vidas. Se mencionaba asimismo a algunos demonios particulares del Inframundo[800], como aquel Eurínomo que en la escena pintada por Polignoto aparecía de color negroazulado, lamiéndose los dientes y sentado sobre una piel de lince. Esa misma pintura mostraba a Ocnos[801], «el moroso» o «el perezoso»: trenzando una cuerda de junquillos del río cenagoso del Inframundo, mientras a su espalda un asno devora incesantemente la cuerda ya trenzada. Los no iniciados podían esperar el mismo castigo caído sobre las hijas de Dánao, quienes mataron a sus novios durante la noche de bodas y quedaron para siempre insatisfechas: cogían agua en una criba, o en jarros sin fondo.

Esas y otras muchas figuras fueron descritas en los relatos de los viajes de los héroes al Inframundo. El viaje de Heracles tuvo por propósito traer de vuelta a Cerbero, el furioso mastín de Hades del que ya he hablado. Teseo y su camarada Pirítoo intentaron robarle a Hades su reina Perséfone. Esas historias se han perdido, y en todo caso pertenecen más bien a la saga heroica, como ocurre con aquella de la visita de Orfeo al Reino de los Muertos, mucho más famosa; fue allí a buscar a su esposa Eurídice, con el propósito de volver con ella mediante el canto; le fue entregada, pero según un relato la perdió otra vez; se conservó mejor la detallada historia de cómo la perdió que la de cómo fue que llegó antes al Inframundo. Y del mismo modo, es poca la información que tenemos sobre el descenso de Deméter, descenso que sería no obstante apropiado referir aquí. Puede ser que cuando la diosa llegó al río que limita al Reino de los Muertos lo atravesara en la nave de Caronte: Polignoto pinta a su sacerdotisa Cleobea viajando de ese modo[802]. Tal vez la diosa observó la práctica, acostumbrada entre los

que viajaban en la barca de Caronte sólo por un favor especial, de llevar en su mano una rama dorada, esa famosa rama áurea que apaciguaba al rudo barquero. Esto parece sugerirlo el famoso poeta latino Virgilio, quien puede enseñarnos dos o tres cosas todavía respecto al Inframundo[803]. De acuerdo con vasijas pintadas del sur de Italia, el iniciado lleva una guirnalda de cereal, la corona de Deméter, y porta en su mano una rama cuando comparece ante Hades y Perséfone, quienes están sentados en sus tronos en medio de los muertos en un edificio pequeño, señorial, como si estuvieran en un altar abierto; si sigue las instrucciones de los discípulos de Orfeo, habrá bebido de la fuente que fluye a su mano derecha: Mnemosine, «Memoria»; y habrá evitado la corriente a su izquierda, la que tiene a un lado el ciprés blanco: Leteo, el agua del olvido[804].

En cuanto a la pregunta sobre cómo llegaban al Más Allá los no iniciados y todos aquellos que morían después de una vida sin santificar, eso está respondido hasta cierto punto en el relato que nos describe la función de Hermes como Psicopompo, «Escolta de Almas». Se contaba en la *Odisea* cómo trató el dios a las almas de los pretendientes que habían oprimido a la piadosa Penélope antes de ser liquidados[805]. Hermes, dios de Cilene, reunió en asamblea a las almas de los muertos que yacían por doquier; tenía en sus manos el hermoso caduceo de oro con el que, como mediante un conjuro mágico, puede si lo desea cerrar los ojos de los hombres, o bien despertar a los durmientes si lo quiere. Con el caduceo conducía las almas, que le seguían con chillidos, como hacen los murciélagos en el rincón de alguna sagrada cueva cuando uno de ellos se desprende y cae de la cadena que forman al colgar, apiñados. Así chillando volaban las almas, siguiendo a Hermes, el dios que suaviza todo mal; por sombríos senderos volaron, pasando la corriente de Océano y los blancos acantilados, pasando la puerta que sirve de entrada a Helio, pasando también el País de los Sueños. Llegaron entonces rápidamente a las pantanosas praderas de asfódelos donde habitan las almas, imágenes de los hombres cuya vida se ha agotado. Allí encontraron a las de los héroes que cayeron ante las murallas de Troya: en una pradera llena de esos asfódelos de alto tallo cuyo brote incoloro se mece, como un velo de tono violáceo agrisado, sobre la superficie de innumerables marismas costeras del Mediterráneo.

Respecto a los muertos tenía la *Odisea* una historia más que contar, una narrada por cierto en el mismo estilo de aquellas de Escila y Caribdis, o de Proteo y las Sirenas[806]. Ocurre que fue Circe, una hija de Helio, quien envió a Odiseo a la Casa de Hades, o en todo caso

a ese lugar donde Hades bordea la corriente de Océano; allí quedaban, informó Circe a Odiseo[807], las bocas del río Piriflegetón: «el río que arde como el fuego», y las del río Cocito: «el Lamentado», un río que fluye del Estigio al Aqueronte, río del Infortunio. Circe le dijo que allí estaba la sagrada gruta de Perséfone, una gruta de álamos negros y sauces estériles, al borde del reino de la oscuridad sin sol. Y a ese distante lugar llegaron del más allá las almas para encontrarse con Odiseo, en torno a un foso por el que se derramaba la sangre de carneros y corderos negros sacrificados a Hades y Perséfone. El enjambre de las almas se revigorizó al beber la sangre, y hablaron con Odiseo. Éste vio también (sin que el relato explique cómo lo hizo) aquellas almas que se quedaban al fondo, en la Casa de Hades: a Minos, con el áureo cetro, juzgando sobre los muertos; a Orión, el cazador eterno; a Ticio con las aves de rapiña; a Tántalo, rey de Lidia, indigno invitado y compañero de mesa de los dioses, a quien la sed y el hambre torturaban pero no podía alcanzar ni el agua, que corría casi que por sus labios, ni los frutos que colgaban prácticamente sobre su boca; también al descarriado Sísifo, que empujaba en vano una roca cuesta arriba de una colina; y a la imagen de Heracles. También hubiera podido ver Odiseo a Teseo y a Pirítoo, que allí eran castigados por el intento de seducir a Perséfone; pero no tuvo tiempo de hacerlo: las chirriantes voces de la nación innumerable de los muertos aterrorizaron al héroe; y temió entonces también que la ilustre Perséfone enviara contra él la poderosa cabeza de la Gorgona.

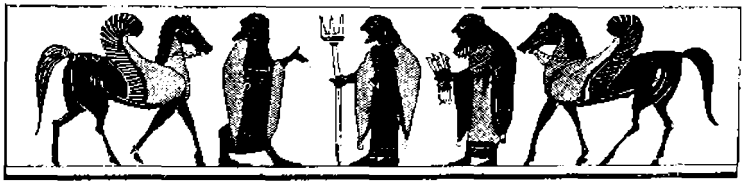
Tal era la descripción que se nos daba del Inframundo: una pintura en gris sobre gris, por así decirlo; imágenes tan torturantes como los malos sueños. Pero teníamos también relatos de tonos brillantes que oponerles: el ya referido sobre las Islas de los Bienaventurados, lugar donde Kronos conservaba su gobierno y que recibía a veces a héroes enviados hasta allí por los dioses, cuando éstos los amaban. También regía allí Radamante, hermano de Minos, en la llanura Elisión o Campos Elíseos[808]. O bien había historias sobre el otro lado de la tierra, donde brilla el sol mientras aquí es noche[809]. Hay la pradera donde los difuntos se alegran con competencias ecuestres y atléticas, con los dados y el sonido del laúd; marismas que revientan —se dice— de rosas rojas, sombreadas por árboles de incienso: carga copiosa del fruto dorado cuelga allí sobre la cabeza. Probablemente heredamos ese tipo de relatos de los antiguos cretenses, ya que Radamante fue un rey de aquella nación; y tal vez de ellos heredamos además la palabra «Elisión», que sólo más tarde se adaptó a nuestra lengua, donde puede

significar «las llanuras de llegada». ¿Fueron acaso nuestros poetas y filósofos los primeros en asociar esos relatos sobre las Islas de los Bienaventurados y sobre los Campos Elíseos con la doctrina de la transmigración de las almas y con la del modo en que las vidas se repiten varias veces a ambos lados de la tierra? [81c] ¿O era más antigua esa asociación, originada ya con los primeros habitantes de la isla de Creta? Ninguna de las historias que a propósito del tema podían narrarse nos da información siquiera escasa sobre el punto.

XV. Dionisos y su compañía femenina

Tengo que contar todavía las últimas historias de nuestros dioses: historias de Dionisos, el más joven de los hijos inmortales de Zeus, un dios cuya deificación ocurrió de inmediato, a diferencia de la deificación de Heracles. Es cierto que en un grupo de relatos Dionisos nace de una madre mortal, como también lo hizo Heracles, el hijo de Alcmena; pero en otras historias aparece Dionisos como hijo de Perséfone y recibe el epíteto de Ctonio, «el Subterráneo». Debo comenzar explicando quién fue el padre que lo engendró en Perséfone.

Uno de los nombres dados al padre del niño es el de Hades[811]. Una vez que Perséfone comió la semilla de la granada, abandonó de mala gana a su marido; o bien, de acuerdo con otro relato[812], nunca lo abandonó. Ella era la honrada y sacrosanta soberana del Reino de los Muertos, la que no permitió que Teseo y Pirítoo se la llevaran de allí. Más aún, la real pareja del Inframundo probó ser digna de los muertos al permanecer sin hijos, como la misma muerte; eso al menos se les decía a los no iniciados. Ya el solo nombre de Hades comporta una impresión negativa, ajustada a la incolora imagen del Inframundo que se hacían los hombres. Esa imagen representa sin embargo sólo un aspecto de lo que era de hecho un gran dios. Pero sabemos que el marido de Perséfone también se llamaba Zeus Catactonio, «Zeus subterráneo», y



Hades, Poseidón y Zeus

que fue Zeus quien sedujo a su propia hija. Como Catactonio, Zeus era el padre del Dionisos subterráneo, y en calidad de tal fue además llamado Zagreo, «el gran cazador»[813]. Ese fue también uno de los nombres de su hijo[814]. Mencioné ya la identificación del uno con el otro cuando narré la historia de Zeus. Debo añadir que esa identidad única está indicada no sólo por el nombre, muy común por lo demás en Creta[815]. Para nosotros, Dionisos tenía formas muy variadas; incluso cuando no aparecía literalmente como una máscara adoptada por hombres o colgada como objeto de culto, tenía Dionisos un peculiar y fascinante rostro como de máscara. Antiguas imágenes lo muestran sosteniendo en la mano el *kantharos*, jarro de asas grandes para el vino, y ocupando el lugar donde uno esperaría ver a Hades. En una vasija del maestro arcaico Xenocles vemos a un lado a Zeus, Poseidón y Hades con sus respectivos emblemas de poder (el último con la cabeza vuelta hacia atrás), y al otro lado, al subterráneo Dionisos recibiendo a Perséfone, quien obviamente le ha sido enviada por Hermes y por la madre de la diosa; Dionisos avanza con paso largo para encontrar a su novia: un novio barbado y oscuro, cántaro en mano, sobre un plano de vides al fondo. ¿O acaso estamos ante la escena de una separación? Si lo es, uno cree advertir que la diosa retornará a este esposo.

En la mayoría de los relatos Dionisos aparece sin embargo como un tierno muchacho, el hijo de su madre. En realidad ella desaparece de inmediato y enseguida la reemplazan amorosas nodrizas. Podemos pues reconocer en Dionisos los dos aspectos que también Zeus desplegaba: de una parte, el visaje del padre y esposo; y de otra, el aspecto del hijo y niño divino. Otros seres además de Zeus y Dionisos tenían en nuestra mitología ese doble aspecto, pero ningún otro dios aparecía como un segundo Zeus hasta el grado en que lo hacía Dionisos: un Zeus de mujeres, admitámoslo, mientras que el Olímpico era mucho más un Zeus de hombres. Los animales más característicos de estos dos dioses eran la serpiente y el toro (en las formas de sus cultos, quiero decir, y también en ciertas historias de ambos donde incluso

Deméter, Hermes, Perséfone y Dionisos

hoy apenas podemos diferenciarlos); esos dos animales aparecieron en el Mediterráneo mucho antes que el caballo. Comenzaré mi presentación de Dionisos con un relato en el que entra una serpiente: una historia que ya mi audiencia conoce parcialmente, pues concierne a uno de los amoríos de Zeus; tal vez al más secreto de todos.

1. DIONISOS, DEMÉTER Y PERSÉFONE

La anécdota del apareamiento de Zeus serpentiforme con la madre de Perséfone, y después con la misma Perséfone, su propia hija, se ha conservado solamente en una historia órfica y apenas en pocos fragmentos[816]. El lugar de esos maridajes y de los nacimientos resultantes, era una cueva que los seguidores de Orfeo imaginaban como la gruta de Fanes y de las tres diosas de la noche[817]. Pero esa misma cueva era también representada, según explicaré pronto, con independencia de la concepción órfica, de modo que estaba llena de figuras puramente griegas, ninguna de las cuales requiere ser referida a los muchos relatos orientales sobre deidades que nacen en grutas. La diosa en la que Zeus engendró a Perséfone era originalmente su propia madre Rea[818]: Deméter aparece como una tercera figura interpuesta entre la madre y la hija, ambas de más temprana presencia en Grecia que Deméter; se la describe como *alter ego* de Rea[819], aunque también se la identifica con Perséfone. Así se afirma explícitamente que Zeus procreó a Dionisos en Deméter o Perséfone[820].

Para empezar, he aquí una versión poética, tardía, del relato[821]: Deméter llegó de Creta a Sicilia, donde descubrió una gruta cerca de la fuente Ciane. Escondió allí a su hija Perséfone, dejándola bajo custodia de dos serpientes que en otros tiempos estuvieron enjaezadas a su carro. En la cueva la doncella laboraba con la lana, habitual ocupación de las muchachas protegidas por Palas Atenea en la sagrada ciudadela ateniense de esta diosa. Perséfone empezó a tejer una gran pieza[822],

un traje para su padre o su madre[823], que contenía una representación del mundo entero. Mientras trabajaba en eso, Zeus se le acercó en forma de serpiente y procreó en su hija a aquel dios que, en las historias órficas, sería su sucesor, el quinto regente del mundo.

Esto último también nos fue revelado en un himno de los seguidores de Orfeo donde se contaba sobre el matrimonio de Zeus con Perséfone[824]; según ellos, no se trataba de un caso de seducción llevada a cabo contra la voluntad de la madre: todo ocurrió como Deméter lo había pretendido y por instigación suya, incluso la metamorfosis de Zeus en serpiente. Eso nos dice cuán antigua debió ser la historia original: de tiempos en que eran todavía las madres quienes daban maridos a sus hijas, antes de que los padres detentaran la autoridad y permitieran que sus hijas fueran raptadas. El nacimiento del hijo y sucesor al trono tuvo lugar realmente en la gruta materna. Un relieve posterior en marfil muestra el lecho en la cueva: el lecho donde el niño cornudo (los cuernos significan que es el hijo de Perséfone) acababa de nacer de la diosa.

Esa misma imagen, tardía pero pautada por un original antiguo, permite ver además la escena subsecuente en la gruta, con el niño ya entronizado: ese entronizamiento es una antigua ceremonia de los misterios de la gran madre Rea y de sus coribantes o acompañantes masculinos, cualquiera sea el nombre de éstos[825]; en la ilustración de que hablamos ellos son los Curetes, quienes danzan alrededor del trono esgrimiendo espadas, mientras una mujer arrodillada sostiene un espejo frente al niño risueño. La historia órfica nombraba además los juguetes del nuevo gobernante del mundo, juguetes que se convirtieron en símbolos de los ritos de iniciación sufridos por el niño divino, el primer Dionisos: dados, pelota, trompo, manzanas doradas, bramador y vellón[826]. Los dos últimos desempeñaban un rol en la ceremonia de iniciación, los otros tenían más que ver con el relato mismo. El relato sólo puede narrarse hoy siguiendo la versión de los secuaces de Orfeo, quienes introdujeron a los titanes en la historia. Existe sin embargo otra versión según la cual no fueron necesariamente los titanes quienes se comportaron tan cruelmente con el hijo de Zeus y Perséfone, sino «seres nacidos de la tierra» simplemente, sin mayores datos descriptivos[827]; se sabe empero que los curetes estaban incluidos entre los seres de ese tipo[828]. Y sabemos también que de los hijos de la Gran Madre los dos mayores eran siempre hostiles al tercero. Se dice por otra parte expresamente que fueron dos los titanes que asesinaron al primer Dionisos[829].

En la continuación órfica de la historia, los curetes eran sustituidos por titanes, según he dicho. Se decía que tomaron por sorpresa al dios niño mientras éste se entretenía con sus juguetes[830]. Hera, celosa, los habría instigado[831]: fue ella quien en una ocasión anterior envió a los curetes contra Epafo[832], aquel niño similar a Dionisos, hijo de Zeus y de Io, la de forma de vaca. Los titanes se habrían blanqueado la cabeza con tiza[833]; llegaron pues como espíritus de los muertos desde el Inframundo al que los había condenado Zeus[834]. Atacaron al niño retozón, lo despedazaron en siete trozos[835], que arrojaron luego en un caldero sobre un trípode[836]. Cuando la carne estuvo cocida, empezaron a asarla al fuego en siete espetones.

Nos inclinaríamos a considerar canibalístico el condumio preparado de ese modo, si no fuera porque los cuernos sobrantes del niño despedazado, cocido y asado, sugieren que la víctima era de hecho un cabrito o corderito sacrificial (en algunas ceremonias y regiones se utilizaba el primero, en otras al segundo), animales a los que solía darse un tratamiento idéntico al recibido por el dios en esta historia. Según un relato, el mismo Zeus se apareció en la comida de los titanes, atraído al lugar por el olor de la carne asada; con el rayo arrojó de nuevo al Tártaro a los titanes, dando luego a Apolo los miembros del niño dios, quien a su vez se los llevó al Parnaso y los colocó junto a su trípode en Delfos[837]. En otro relato parece que cuando Zeus aplastó con el rayo a los titanes éstos ya habían devorado la carne de Dionisos[838]. Debieron ser arrojados otra vez al Inframundo, pues en el himno órfico se les invoca como ancestros subterráneos de la humanidad[839]. Pero del humo causado por el fogonazo del rayo que los incendió se formó una especie de ceniza; esa ceniza se convirtió en la sustancia con que, según las enseñanzas de los órficos, fueron hechos los hombres. Esta enseñanza apareció sin embargo en época muy posterior a la historia de los sufrimientos del niño dios cornudo.

La historia era también contada de otro modo: los miembros hervidos del primer Dionisos, aquí hijo de Deméter, fueron enterrados. Los seres nacidos de la tierra habían despedazado al dios y luego cocinaron los pedazos, pero Deméter logró reunir al menos lo que correspondía a sus miembros[840]. Esta versión puede haber sido sin embargo una historia relativa a la creación de la vid. Sabíamos por los órficos que el último don de Dionisos habría sido el vino, y es verdad que el dios habría recibido para entonces el nombre de Oinos, «vino»[841]. No hay duda de que Zeus trajo consigo al mundo la verificación del desempe-

ño de lo divino, pero fue Dionisos quien completó esa verificación, o, para usar una expresión moderna, «el que coronó la creación del mundo». Aunque también esta noción es de fecha posterior. En el relato original las partes cocidas del *dios* fueron quemadas, a excepción de un solo miembro; y podemos suponer que la vid brotó de las cenizas. Todos los relatos hablaban de esa excepción de un miembro o extremidad, que no fue devorada ni por los titanes, ni por el fuego, ni por la tierra. Una diosa estuvo presente en la comida (se dijo posteriormente que se trataba de Palas Atenea)[842] y esa diosa escondió el miembro salvado en un cesto cubierto. Zeus se hizo luego cargo del cesto, que se decía contenía el corazón de Dionisos, afirmación basada en un juego de palabras: pues también se decía que Zeus confió el *Kradiaios Dionisos* a la diosa Hipta para que pudiera llevarlo en la cabeza[843]. «Hipta» era en Asia Menor un nombre de la Gran Madre Rea, y «*kradiaios*» es palabra de doble sentido: puede derivar de *kradia*, «corazón», como también de *krade*, «higuera», según lo cual significaría un objeto hecho de madera de higuera. El cesto sobre la cabeza de Hipta era un *liknon*, un cernidor o aventador del trigo (similar al que se llevaba en la cabeza en las procesiones festivas), y que contenía un falo oculto bajo un montón de frutos, habiendo hecho el falo el mismo Dionisos con madera de higuera. Se nos informaba además que el *Liknites*: «el que está en el aventador», era «despertado» una y otra vez por las Tíadas, mujeres servidoras de Dionisos en el monte Parnaso[844].

2. DIONISOS Y SEMELE

Aparte del hijo de la diosa del Inframundo, es decir del niño cornudo que la hija y doble subterráneo de la Gran Madre alumbrara de Zeus, nuestra mitología hablaba también de un segundo Dionisos, el hijo de Semele, quien era a su vez hija del rey Cadmo. *Semele* era el nombre dado por los frigios en Asia Menor, así como por sus parientes europeos y sus vecinos los tracios, a Ctonia, «la Subterránea». Se decía en Asia Menor que el lugar donde Zeus consumó su matrimonio con la diosa Semele había sido el monte Sípilo[845]. Por otra parte, en Tebas mostraban a los visitantes unas ruinas calcinadas en el interior del sacro recinto de Deméter[846], supuestamente restos del palacio de Cadmo[847], donde Zeus consumiera con el rayo a Semele. Puesto que el resultado de este matrimonio fue un hijo varón, Zeus se hizo cargo de él; esta historia no es muy diferente de la anterior: en aquella lo que

Dionisos en el mar

A: *Dionisos con su alter ego, el niño Yaco*

B: *Dionisos se lleva a Ariadna, Atenea hace que Teseo se retire*

brotó de la conflagración fue la vid, en ésta el dios del vino. Probablemente ocurrió con Dionisos lo mismo que con la Gran Madre de los dioses, cuyo culto fue introducido entre nosotros más de una vez. En tiempos muy tempranos la conocíamos como Rea, pero más tarde con el nombre frigio de Cibeles; pues si el epíteto «diosa de muchos nombres» es aplicable a alguna diosa de nuestra mitología, ciertamente puede aplicársele a Rea. Dionisos tenía asimismo variados nombres o apodos: además de ser Zagreo, «el Cazador», fue también Baco, «el Vástago», término aplicado a los tallos tiernos o los zarcillos de la vid. Pero era su madre quien con frecuencia aparecía bajo diferentes nombres; incluso cuando empezó a concebírsele como princesa mortal, a los narradores se les hacía difícil compaginar los relatos sobre el hijo de Perséfone, es decir, sobre Dionisos tal como llegó inicialmente a nosotros, probablemente de Creta, con las historias del hijo de Semele, o sea las de Dionisos como fue más tarde reintroducido entre nosotros.

Se contaba que cuando Zeus se aproximó a Semele, esa unión no fue divina. Zeus había preparado una poción con el corazón de Dionisos, que dio a beber a Semele. La poción preñó a la muchacha. Cuando lo supo Hera, trató de impedir el nacimiento; se disfrazó como nodriza de Semele y persuadió a la cándida muchacha a que formulara el deseo de que Zeus se le acercara bajo la misma forma con que se acercaba a Hera, para que de ese modo también Semele pudiera saber cómo abraza un dios[848]. Está claro que este relato proviene del juego semántico que ya he mencionado, el equívoco entre «corazón» y «madera de higuera». El resto de las versiones conocidas de la misma historia coincide en un solo punto: en que al aproximarse a Semele por primera vez no lo hizo Zeus en la forma del dios del Cielo portador del rayo; el secreto marido de Semele asumió en esa oportunidad una apariencia mortal[849]. Confundida por la supuesta nodriza, Semele pidió a Zeus le concediera un deseo; Zeus prometió hacerlo, de modo que cuando su amada pidió que se le apareciera como lo hacía con Hera, él la visitó con el rayo. Algunas vasijas pintadas muestran cómo trató ella de huir; ya era tarde: el rayo la abatió y ella descendió al Inframundo. Zeus rescató de su cuerpo el fruto inmaduro, el niño Dionisos.

El Padre alojó en su propio muslo al dios prematuramente nacido, bien fuera cosiéndoselo dentro[850], bien apretándose ese vientre paterno con broches de oro[851]. Se afirmaba asimismo que ninguna de las ciudades donde supuestamente naciera Dionisos (pues además de Tebas otros lugares reclamaban para sí el hecho), podía en realidad ufanarse de ello con justicia, pues su padre lo parió en el monte Nisa,

muy lejos hacia el oriente, una vez llegado el momento del nacimiento propiamente dicho[852]. Zeus entregó entonces el niño a Hermes para que lo ocultara, o bien lo confió él mismo a las divinas nodrizas que cuidarían de aquel en una cueva. Una de las nodrizas que se nombran es Nisa[853], la montaña en calidad de diosa; otras son Ino, una de las tres hermanas de Semele, de quien pronto contaré una historia; y Tione, que es la misma Semele bajo otro apelativo. Una antigua vasija pintada permite ver tres ninfas llamadas «Nysai», y es sabido por otras fuentes que ellas fueron las nodrizas del dios. En la isla de Naxos se llamó Corone a una de las tres: «Virgen-Cuervo»[854], como Corónide, aquella amante de Apolo cuyo destino se pareció tanto al de Semele.

Relieves posteriores muestran a cuatro mujeres ocupadas en la lactancia de Dionisos: ese es el número de las hijas de Cadmo, es decir de Semele y sus tres hermanas. Vemos a una de ellas amamantando al bebé; le preparan el baño, o tal vez ya lo han bañado. También hay allí una figura masculina que espera el momento de cumplir sus obligaciones con el niño: se trata de Sileno, que en ulteriores[855] pero no tardíos relatos[856] se convierte en el tutor de Dionisos. La expresión «figura masculina» es casi una exageración: como tutor del dios, Sileno se diferenció mucho de los silenos, amantes de las ninfas; es una figura envejecida y afeminada de abultado vientre y pechos de mujer, o está vestido con larga túnica, vestimenta que, dicho sea de paso, es también característica de Dionisos maduro. Es como si el único ser masculino en la escena fuera el lactante mismo. Y es que éste, aunque nacido de Zeus (hecho al que se le da exagerado énfasis)[857] y en cierto modo continuador sólo del padre, aparece únicamente asociado a mujeres maternales, amamantadoras, solícitas. Se decía que una vez criado por ellas hasta el término de su crecimiento, se fue Dionisos al bosque, llevando una guirnalda de hiedra y laurel, todavía sin hojas de parra[858]; andaba acompañado de mujeres, las ninfas de los bosques. Pronto diré más de los hechos del dios y sus acompañantes femeninas durante el segundo período de su vida.

La historia de Dionisos y Semele no concluyó con el golpe mortal del rayo de Zeus. Algunos sostenían que ella no murió[859]. Hay que imaginarse a Semele parecida a Perséfone cuando ésta permanecía en el Inframundo. Semele tuvo que ser traída de vuelta del Inframundo por Dionisos. En la región de la fuente profunda de Lerna, región donde se celebraban también misterios de Deméter, se contaba una historia de Dionisos parecida a la del viaje de Deméter tras Perséfone: Dioni-

sos llegó al Inframundo en busca de Semele; necesitaba un guía y explorador, a quien en pago por el servicio tenía que prometer una completa entrega femenina; sólo si lo hacía podría llegar hasta su madre y traerla de regreso. Cumplió su promesa con un falo de madera de higuera que él mismo erigió en aquel lugar. El explorador, que originalmente debió ser ese mismo objeto de culto, fue llamado Prosimnos o Polimno, «el muy cantado»[860]. Se dijo todavía que después de traer de vuelta a Semele y de hacerla inmortal, la nombró Tione: «la de manía extática»[861]. Se aplicaba un nombre del mismo significado: Tíadas, a las sacerdotisas extáticas de Dionisos en el Parnaso, sacerdotisas que, como he dicho, «despertaban» al Liknites. La historia termina diciendo que Dionisos se llevó finalmente al cielo a la diosa Tione[862].

3. COMPAÑERAS Y ENEMIGAS DE DIONISOS

Cuando adoraban a Dionisos, nuestras mujeres eran fieles a sí mismas; ningún hombre podía estar presente cuando ellas representaban con sus propias personas los papeles de las diosas asociadas al dios. El que las observara de lejos vería en ellas las formas variadas y apenas diferenciables de «la manía»: tal vez sea esta la mejor traducción de la palabra *manía*, pero hay que tomarla como cargada de todos sus sentidos a la vez: el del amor vehemente y el de la rabia colérica. Por eso las mujeres en torno a Dionisos fueron llamadas *mainades*, «Ménades», y al dios mismo se le llamó *mainomenos*[863] o *mainoles*[864], significándose «enrabiado», «poseso», «frenético», en el sentido amplio de la palabra, de ningún modo algo parecido a «maniático»; por eso a las mujeres dionisíacas se les llamaba por su parte «Bakchai», Bacantes hembras, si bien eran en realidad «Bakchoi», por completa identificación del adorado con los adoradores. Había muchos retratos de ellas, donde aparecen con largos ropajes, las cabezas echadas atrás rígidamente, coronadas de hiedra y portando el tirso, una larga vara de cañafétula con un piñón de pino en la punta. Así ataviadas, corrían más que danzaban, acompañadas por los sonidos de flautas, tambores y tamboriles.

Mis oyentes conocen ya a Dionisos en la primera fase de su vida: el niño divino en la cueva, protegido por el cuidado de las mujeres. En esa fase se le adoraba como secreto del cesto cernidor. Las mujeres divinas que lo atendían no eran todavía Ménades «maníacas» sino no-

drizas, y entre ellas se encontraba su propia madre. También he esbozado cuál era su aspecto en su segunda fase: un joven dios de los bosques. La historia que describe a sus compañeras durante este período (las mismas mujeres divinas que se volvían Ménades «frenéticas») pareció tan extraña a los posteriores narradores, que tomaron a éstas por enemigas de Dionisos. Se contaba que Minias, rey de la beocia Orcómenos, tenía tres hijas sumamente hacendosas, que murmuraban con disgusto sobre las mujeres que, abandonando la ciudad, se alborotaban en las montañas en honor a Dionisos. El dios mismo se apareció un día en forma de doncella a aquellas tres sobrias mujeres, para advertirles que no rechazaran los sagrados ritos. Las hijas de Minias no obedecieron. Entonces el dios se volvió toro, luego león y finalmente leopardo; hiedra y vides crecieron en la silla de tejer, serpientes aparecieron en los cestos de las lanas. Las tres mujeres se aterrorizaron y decidieron sortear cuál de ellas ofrecería en sacrificio a su hijo. El niño fue despedazado por su propia madre y sus tías. Coronadas de hiedra, enredaderas y laurel, vagabundearon por los montes hasta que fueron metamorfoseadas, una en murciélago, otra en búho y la tercera en curuja o grajo[865]. Historia similar se contaba a propósito de las hijas de Próito, rey de Tirinto; se trataba de dos o bien de tres hijas, quienes al llegar a la madurez sufrieron la ira del dios porque no habían participado en sus ritos secretos[866]. Según otro relato fue la cólera de Hera lo que las hundió en tal locura que se creían vacas; o bien era venganza de Afrodita, quien las llenó de insaciable deseo por los hombres[867]. Se decía también que sus cuerpos se cubrieron de placas blancas, lo que no es sino una versión más suave de la historia de la metamorfosis en vacas. Como vacas, se harían finalmente merecidas acompañantes del dios toro Dionisos. Vagaban por todo el Peloponeso, entregándose en los parajes solitarios a extravagantes prácticas. El vidente Melampo, «el de pie negro», prometió a Próito que curaría a sus hijas si el rey le daba un tercio de su reino. Próito se negó. Entonces, las hijas enloquecieron más aún, atrayendo a su manía a las demás mujeres: todas dejaron a sus familias, mataron a sus hijos y se adentraron en territorios salvajes. Sólo entonces, cuando el mal hubo aumentado de esa forma, accedió el rey a otorgar a Melampo un tercio de sus dominios; pero ahora el vidente pidió dos tercios, y los obtuvo. Melampo condujo a las desenfrenadas mujeres al lugar donde podía purificarlas. Una hija de Próito murió en el castigo, las otras se curaron.

Una tercera historia concierne a las hermanas de Semele, es decir, a las tías de Dionisos. Se llamaban Ágave, Autónoe e Ino. Su número:

tres, o cuatro si se incluye a Semele, era el mismo de las nodrizas del dios; formaron además el prototipo de los coros báquicos de mujeres[868], quienes acostumbraban erigir cuatro veces tres altares a Dionisos y su madre, en el curso de los ritos secretos. Se mencionaba también a Ágave y Autónoe entre las nereidas[869]; Ino, por su parte, se convirtió, como Leucotea, en diosa marina. Se recordará que, según un relato extinto, fueron las nereidas las primeras en enseñar a los hombres los Misterios de Dionisos y Perséfone. Las hermanas de Semele tenían al igual que ésta un solo hijo: Ino tenía a Melicertes, de quien hablaré luego; Autónoe tenía a Acteón, el que fuera despedazado por sus propios perros de caza y cuya madre tuvo después que reunir sus huesos; y Ágave, «la Sublime», tenía a Penteo, a quien, en su locura dionisíaca, las tres mujeres tomaron como presa de cacería. Este relato fue elaborado como tragedia por Eurípides; en ella se explica la locura de las mujeres mediante la afirmación de que las tres hermanas sufrían castigo por haberse negado a creer en la divinidad del sobrino; el castigo consistió en que fueron obligadas a honrar a Dionisos en el bosque como Ménades genuinas, para hacer lo cual escogieron como he dicho al hijo de Ágave como presa. Actuando ellas mismas como mastines[870] e invocando al dios como cazador[871] y compañero en la cacería[872], despedazaron a Penteo.

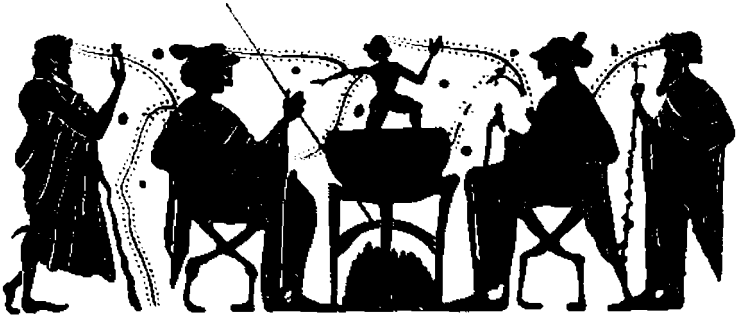
Pues estas mujeres, bajo influencia de Zagreo, «el gran cazador», persiguieron a un animal que en realidad era el hijo de una de ellas. El niño divino, tratado como un lactante poco antes apenas, se convirtió en cazador en el interior de estas mujeres, y al mismo tiempo en su martirizada presa. Más de una historia narra la persecución sufrida por Dionisos en esta época de su vida, bien con el aspecto de un muchacho atractivo, bien como un mozo delicado o semiafeminado parecido a Adonis o a Atis, por haber seducido a las mujeres llevándolas a la locura. Tal vez el más antiguo de estos relatos sea aquel en que Perseo lo mató y arrojó en la fuente profunda de Lerna[873]. En otra historia antigua, un rey asesino de Tracia, Licurgo: «el hombre-lobo», dio caza a las nodrizas de Dionisos como si hubieran sido vacas[874]; aterrorizado, el pequeño dios saltó al agua donde Tetis lo acogió en su regazo. Licurgo fue castigado con la locura: mató a su propio hijo creyendo que exterminaba la vid, le cercenó los miembros. En la anterior historia sobre Penteo, «hombre sufrido», éste apareció también como perseguidor de Dionisos; pero su nombre indica que estaba condenado desde el comienzo al sufrimiento dionisíaco. El relato de los sufrimientos del niño cornudo Dionisos describía cómo fueron hervidos y asados los

despojos de la cacería; la historia de Ino, que contaré a continuación, presenta una descripción parecida. Pero sabemos lo que resultó de los sufrimientos del niño dios sacrificado: la creación del vino, al que nuestros ancestros consideraban remedio contra la crudeza y el salvajismo animales, lo mismo que el pan. La muerte de Semele, prototipo de las mujeres dionisíacas, debe haber sido originalmente el castigo reparador de lo que tuvo que sufrir su hijo inmortal, no a causa de los titanes, sino de sus acompañantes femeninas. La reaparición de Dionisos, su epifanía como dador de felicidad después del oscuro período de cacería y sacrificio, dieron materia a viejas historias de las que aún quedan huellas. Podemos desde luego encontrar un remanente de una de esas historias en la visión que, en la pieza de Eurípides, se presentó a las Bacantes cuando acompañaban a su dios: de la tierra brotó leche, brotó vino, brotó el néctar de las abejas[875].

4. DIONISOS, INO Y MELICERTES

La historia de la persecución de Dionisos fue contada de otra forma, además de aquella en que él mismo saltara al mar, o cuando su cuerpo muerto fue echado a las aguas profundas. En esa otra forma, aparece el dios con su madre Semele, y los dos sufrían juntos casi del mismo modo. Esa historia fue conservada por los pobladores de Brasias, una pequeña ciudad costera de Laconia. Ellos decían que Semele llevó secretamente a Dionisos en su vientre mientras estaba todavía en el palacio de su madre, y lo parió a su debido tiempo. Cuando Cadmo descubrió el deshonor que había caído sobre su casa, encerró en un arca a la madre y al niño y arrojó el arca al mar. La caja flotante fue echada en la costa laconia, donde las olas la arrojaron a la playa. Los habitantes de la localidad encontraron a Semele muerta en el interior del cofre, y la enterraron solemnemente. El niño creció entre ellos[876]. Tenían otra historia propia: Ino, la hermana de Semele, llegó una vez a Brasias en sus errancias locas y ofreció hacerse cargo del pequeño Dionisos como nodriza. Los pobladores solían indicar la caverna donde Ino amamantó al niño divino; la zona era llamada «el Jardín de Dionisos»[877].

La mayoría de las demás historias de Ino, tía materna y nodriza de Dionisos, se relacionan con los preparativos del viaje de los Argonautas y pertenecen por tanto a la saga heroica. En esas historias aparece Ino como esposa del rey Atamas y madrastra perversa de los hijos del



El niño en el caldero

rey, Frixo y Hele; estos dos fueron los primeros en viajar a Cólquide, lo que hicieron a lomo del carnero de vellón áureo, nacido de Poseidón y Teófane. Afirmaba la saga que Ino persuadió a las mujeres de Beocia a que tostaran el grano de cereal, a fin de que nada brotara de él[878]. Es posible, sin embargo, que originalmente no ocasionara la inutilidad del grano, sino que introdujera más bien la costumbre de tostar los granos en general. Más aún, no es necesario ver algo maligno en lo que ocurrió a su propio hijo: puede haberse tratado básicamente sólo de la historia del niño dios sacrificado. Se contaba que cuando Zeus hubo liberado al bebé Dionisos de su muslo, lo envió con Hermes a Ino y Atamas para que lo criaran como una niña. Pero Hera hizo que la pareja enloqueciera: tenían dos hijos varones, y Atamas cazó al mayor, Learcos, como si fuera un ciervo, y lo mató; Ino arrojó a Melicertes, el más joven, en un caldero de agua hirviente y después se arrojó con el niño muerto a las profundidades del mar[879]; o bien, según también se contaba, lanzó al asesinado Learcos al caldero y se arrojó después al mar llevándose a Melicertes vivo. Su protegido Dionisos fue salvado por Zeus, quien lo volvió primero cabrito y luego lo envió con Hermes a las ninfas del monte Nisa, que serían después elevadas al cielo como constelación de las Híadas en pago por sus servicios como nodrizas[880].

Después de haberse arrojado al mar, Ino adoptó el nombre de Leucotea, «la diosa blanca»[881]. También la *Odisea* nos cuenta de ella: que era antes una hija de Cadmo pero recibía ahora el mismo culto que las diosas del mar. Prestó a Odiseo su velo para que lo utilizara como cinturón y de ese modo escapara del naufragio y llegara nadando a la costa lejana; después tendría el héroe que arrojar el velo de nuevo al mar. Más tarde se dijo que ese velo era en realidad la faja de tela

purpúrea que los iniciados en los misterios de los Cabiros recibían en Samotracia y llevaban siempre atada a sus cuerpos como protección contra los peligros del mar[882]. El niño Melicertes se convirtió en divinidad protectora de los marinos, bajo el nombre de Palemón. En su sino se aproximaba mucho a Dionisos y también a Glauco, quien, como ya conté, murió en Creta dentro de un jarro lleno de miel, pero se convirtió, de acuerdo con otros relatos, en un dios del mar. El nombre «Melicertes» significa «el que corta la miel», expresión que se relaciona no sólo con la apicultura sino además con la preparación de la bebida intoxicante a base de miel. Se contaba[883] que un delfín llevó a Melicertes, o a su cadáver[884], al istmo de Corinto, donde se fundaron en su honor los Juegos Ístmicos. El jinete del delfín, el niño divino del mar, nos es peculiar por muchas pinturas; se le llamaba tanto Melicertes como Palemón, y aparecía como un segundo Dionisos. Pero también llevaba el nombre de Taras, el dios de la ciudad griega de Tarento, en el sur de Italia, y era un segundo Apolo o Hiacinto..., para no hablar de su aparición, también, como niño divino Eros que cabalga sobre el delfín y sostiene en la mano un pulpo.

5. DIONISOS EN EL MAR

Aunque Homero llama muchas veces al mar un lugar «donde no hay cosecha de vid», en tiempos más antiguos debió ciertamente haber más relatos, muchos más de los que han sobrevivido hasta hoy, de ocasiones en las que Dionisos aparecía, o reaparecía, mejor dicho, sobre la superficie del mar. Una antigua vasija lo muestra, en su manifestación como dios barbado, reposando solitario en un barco con mástil y velas sombreados por vides; de éstas penden enormes racimos de uva, y en torno al barco se ven delfines. Otra vasija nos enseña su ingreso ceremonial entre los humanos. Vestido con larga túnica de pliegues, lo vemos sentado en un barco con ruedas que está siendo halado a tierra por unos bueyes: un símbolo de su epifanía marina. Tenemos también un largo relato sobre cómo se manifestó una vez en el mar con todo su poder divino.

En esa ocasión el dios apareció primero sobre un promontorio, en forma de joven en su primera floración: los oscuros rizos caían hermosos en torno a su cabeza y sus fuertes hombros estaban cubiertos por una vestimenta purpúrea. En aquel momento, unos piratas etruscos se aproximaban rápidamente por el vinoso mar en su nave de mu-

chos remos; era su mala fortuna lo que los guiaba. Cuando avizoraron al joven, intercambiaron entre ellos señas con la cabeza. Saltaron con prontitud a la costa, se apoderaron enseguida del joven y luego lo instalaron en la nave, regocijados. Suponían que se trataba del hijo de un rey y quisieron atarlo con fuertes ligaduras, pero ninguna cuerda de mimbre de sauce podía retener al joven; los nudos resbalaban de sus manos y sus pies. Él permanecía allí sentado, con una sonrisa en sus ojos oscuros. El timonel se dio cuenta de eso e increpó a sus camaradas:

> ¡Infelices! ¿Quién es este dios poderoso al que han capturado y hecho cautivo? ¡Esta firme nave no puede soportar su peso! ¡O es Zeus, o Apolo el de arco de plata, o Poseidón. No se asemeja a mortal alguno, sino a los dioses que habitan en el Olimpo. Liberémoslo pues enseguida, en esta misma tierra firme! ¡Que nadie ponga una mano sobre él o se encolerizará y nos echará encima vientos adversos y alguna tormenta!

Pero el capitán respondió con severidad al timonel: «¡Infeliz! ¡Presta atención sólo a los vientos e iza las velas! Deja a los demás lo que no te concierne; espero llevarlo con nosotros a Egipto, a Chipre, a los Hiperbóreos y aún más lejos. Al final nos revelará con seguridad quiénes son sus familiares y cuál es su riqueza, pues su desgracia lo ha puesto en nuestras manos».

Así habló el capitán, pues calculaba un enorme rescate por el joven. Las velas fueron izadas, el viento sopló en ellas con firmeza y se tensaron al momento los paños. Sólo esto fue ya casi un milagro para la tripulación. Pero entonces empezó a borbollar un vino fragante por toda la rauda y negra nave, un vino dulce de beber: era un aroma divino. El asombro se apoderó de la tripulación. Cerca del tope superior de la vela brotó de súbito una viña cuyos racimos pendían numerosos. En torno al mástil se enredaba una hiedra floreciente, que incluso empezó a echar su fruto agradable. Aparecieron guirnaldas en todos los escálamos. Al ver eso, ¡los remeros comenzaron de pronto a gritar al timonel que dirigiera a tierra la nave! Entretanto vieron cómo el joven se convirtió en un león, allí mismo en la nave, un león que se alzaba amenazador allí en el puente sobre ellos, rugiendo poderosamente. Hizo el dios que apareciera entonces también una osa de pelaje hirsuto; la osa se alzó sobre sus patas traseras y el león miraba hacia abajo con ira terrible: los hombres de la tripulación corrieron hacia popa juntándose temblorosos en torno al timonel, el único de ellos que permanecía con ánimo templado. Entonces saltó el león,

haciendo presa del capitán; el resto de la tripulación, cogido por fatal miedo, saltó al mar, y allí se convirtieron en delfines aquellos hombres. El timonel fue en cambio contenido por el dios, quien se compadeció de él y lo reconfortó finalmente.

A ese timonel se le reveló el dios: era Dionisos, el hijo de Zeus y Semele. Es una lástima que, en el himno cuyo texto he estado siguiendo[885], no sea ya legible el nombre del timonel, quien debió después difundir entre los hombres el prodigioso suceso. Tal vez se llamaba Icario, como aquel hombre del Ática que fue el primero en dar hospitalidad al dios, en el poblado de Icaria, y que hiciera conocer los placeres del vino y terminara asesinado por sus campesinos, quienes creyeron que los hombres así embriagados habían sido envenenados[886]. Esa fue otra historia trágica sobre una epifanía de Dionisos. Estamos autorizados a pensar en el nombre de Icario en conexión con la historia de los piratas, porque en una versión de esa historia Dionisos viajaba de Icaria a Naxos con los piratas[887]. Narradores posteriores llamaban Acoites al timonel dionisíaco[888]; ese nombre significa «el marido», una forma de manifestación del dios mismo.

6. DIONISOS Y ARIADNA

Luego de describir la infancia del dios, seguida por el período en que fue cazado y perseguido, y después por el de su reaparición, los relatos proseguían contando sobre su Triunfo, palabra ésta, dicho sea de paso, que los romanos y los etruscos tomaron de nosotros. Se decía originalmente *thriambos*, aludiendo a un tipo de himno a Dionisos, y la palabra es también uno de los apodos del dios. Su procesión triunfal, compuesta en principio por las nodrizas iniciales y las mujeres «maníacas» convertidas en compañeras transfiguradas y felices, aumentó con los Sátiros y los Silenos, cuyas danzas y desfiles fachendosos se ofrecían antes para honrar a una gran diosa y a sus representantes, las ninfas. El carácter semifemenino del dios, expresado tanto en el amplio ropaje del Dionisos barbado como en el cuerpo casi hermafrodítico del joven Baco desnudo, era una atracción para los seres fálicos, y así lo eran también las mujeres báquicas. Lo último en escucharse fue que Dionisos y su procesión triunfal habían conquistado a India (una tardía imagen poética de la campaña de Alejandro Magno), mientras más y más animales exóticos aumentaban su cortejo, que incluso en épocas tempranas comprendía grandes

especies de presa: leones, panteras y leopardos; todos ellos docilizados por el vino[889]. Entre los etruscos las mujeres dionisíacas realmente tenían en sus casas leopardos domesticados. Las Ménades tempranas exhibían serpientes inofensivas en torno a sus brazos; el dios se les aparecía como un toro. Las pieles de cervatillos sobre sus hombros eran sus despojos de caza, y los chivos devoradores de viñas, que todavía pueden verse en las procesiones báquicas, estaban condenados al sacrificio sangriento.

El dios triunfal estaba en los relatos asociado especialmente con una mujer particular. En una historia famosa esa mujer alcanzó aquella posición que todas las mujeres dionisíacas tenían, aunque sólo en sus mentes: la de esposa de Dionisos, su única compañera verdadera. Pues fue ella la única de quien se habló siempre como esposa del dios; su nombre era Ariadna[890]. En la forma que hizo famosa su historia, ella era hija del rey Minos y de Pasifae, a su vez una hija del Sol; era pues Ariadna una doncella mortal que tenía sin embargo nombre de diosa[891]; «Ariadna», originalmente «Ariagne», significaba «santa» y «pura»: forma superlativa de Hagne, un sobrenombre de la reina del Inframundo; la diosa que así se nombraba era objeto de adoración en muchas de nuestras islas. Ariadna, la doncella mortal, tenía por contraparte a una hermana y rival llamada Fedra, «la Brillante», como también a una amante segunda y victoriosa de Teseo, aquella cuyo nombre era Eglé, «la Refulgente»[892]. Este segundo, brillante aspecto, estaba sin embargo conectado directamente con la misma Ariadna, quien se llamaba también Aridela[893], «la que se ve desde lejos», nombre que obviamente adquirió después de haber sido elevada a los cielos junto con Dionisos.

Bajo el nombre de Ariadna fue ella cómplice en el asesinato de su hermano, el hijo de Minos con cabeza de toro, a quien se conoce generalmente como un monstruo llamado Minotauro; a juzgar por su otro nombre, Asterio, fue sin embargo una «Estrella» entre su propia gente..., tal como podía ser invocado, como estrella, en su calidad de niño de los Misterios[894]. En la forma más conocida de la historia, la única parte que tocó a Ariadna en el asesinato consistió en rescatar a Teseo y a los niños atenienses que habían sido entregados al monstruo. Ella dio al héroe el hilo que le posibilitó encontrar la salida del Laberinto en el que moraba el Minotauro. Teseo se llevó después a Ariadna y a Fedra en su nave, pero dejó a Ariadna en la isla Día, de la que diré más dentro de poco. La abandonada muchacha se quedó profundamente dormida mientras el barco hacía velas con todos los que ella

había salvado[895]. Pero no fue dejada sola allí; una historia menciona que su aya escapó con ella y permaneció en la isla[896]. Teseo nunca tomó a Ariadna por esposa; pero eso no se debió a que le fuera infiel, pues se contaba además que Dionisos se le apareció en sueños al héroe, anunciándole que la muchacha pertenecía al dios[897]. Según la mayoría de los relatos, tal parece haber sido el caso realmente, si bien por otra parte se dice expresamente que Ariadna era una de las grandes expiadoras, puesto que había ayudado a matar a su propio hermano[898].

Así, de acuerdo con el relato más conocido, Ariadna dormía cuando Teseo la abandonó, y en lugar del héroe, apareció en la isla Dionisos, como rescatador y prometido[899]. Según otros relatos mucho más antiguos, Ariadna había muerto ya para ese momento: Artemisa la había matado por solicitud de Dionisos, un destino que Ariadna compartió con Corónide, la amada de Apolo. Esas viejas historias declaran que Ariadna no fue sólo desleal al toro en el Laberinto, sino que también fue infiel a Dionisos. Se contaba que el dios ya la había tomado por esposa cuando ella estaba en Creta[900]. En aquel tiempo él le había dado la áurea tiara enjoyada que el dios a su vez recibiera de Afrodita, y ella utilizó esa corona para iluminar el pasaje de Teseo a través del Laberinto; la muchacha infiel entregó pues el regalo al héroe, habiendo sido ése y no el recurso del hilo el modo como originalmente lo ayudó. En principio el Laberinto no era una confusión sino un camino en espiral del cual se podía salir una vez que se llegaba al centro; la brillante corona sirvió bien a este propósito, y fue por eso que Ariadna recibió castigo. Se decía que su tumba estaba en Chipre, donde se la mostraba a los visitantes[901]; y en esa isla, donde se le adoraba como Afrodita Ariadna, se decía además que había muerto de parto sin haber dado a luz. No obstante, en sus festivales, un hombre joven imitaba sus dolores de parto: una especie de madre masculina semejante a la que ya hemos encontrado en la historia de Semele, Zeus y Dionisos.

La historia de Dionisos y Ariadna no puede haber sido muy diferente a la de Dionisos y Semele, al menos en su forma más antigua. La diferencia surgió cuando la saga heroica empezó a relacionar la figura de Teseo con la de la Señora cretense del Laberinto..., que era una idea primitivamente antigua del Inframundo. En nuestras islas del sur esa diosa se llamaba Ariadna y Aridela: dos aspectos y un destino doble, con un lado oscuro y otro luminoso, relacionados en tierra firme como Semele y Dione, o bien, cuando asociadas a Apolo y Asclepio, como Corónide y Eglé. Una vasija antigua nos muestra a

Ariadna recibiendo en rol de nodriza al niño Dionisos. Ya he mencionado que una de las nodrizas de Dionisos se llamaba Tione y que ese nombre se aplicaba asimismo a Semele y a otra nodriza llamada Corone. Pero la semejanza más fuerte y completa era la que había entre la historia de Semele y Dionisos, madre e hijo, y la de Ariadna y Dionisos, esposa y marido. Se contaba que Ariadna ascendió al final a los cielos con su esposo, en el carro de éste[902]: viaje que también aparece en un registro pintado como ascenso de Perséfone y su marido al Cielo, y que se corresponde todavía más con el ascenso de Semele con Dionisos. La diferencia reside en que jamás se dijo de Semele (al menos en ninguno de los relatos que conocemos) que ella cesara de ser madre, nodriza y compañera de Dionisos para convertirse en su transfigurada esposa. Esa transfiguración sólo fue atribuida a Ariadna.

El ascenso de Ariadna al Cielo ocurrió después de unirse con el dios en la isla Día. Ese nombre, Día, que significa «celestial» o «divina», fue aplicado a varias islitas anfractuosas de nuestro mar, todas ellas próximas a islas mayores como Creta o Naxos. El nombre «Día» fue incluso transferido a la misma isla de Naxos, ya que se consideraba a ésta, mucho más que a cualquier otra, la isla nupcial de Dionisos. La islita próxima a Naxos tiene todavía las poderosas puertas de mármol del templo, que muestran dónde tuvo lugar el matrimonio. Una pintura mural romana, conservada magníficamente, recoge la historia de cómo Dionisos recibió a su novia divina, que ciertamente no era una doncella mortal sino la exaltada Perséfone o Afrodita; cuando la halló, no estaba ella ni dormida ni abandonada: la diosa, sentada en el risco aislado y acompañada por una sirvienta, daba su bienvenida al joven dios a medida que éste se acercaba inesperadamente desde el mar; le extendio un cuenco para que él lo llenara y así su hazaña fuera la epifanía del vino.

Un relato posterior añadía que Dionisos conmemoró a su compañera la diosa colocando en los cielos la famosa corona de oro, la Corona de Ariadna[903].

7. SOBRENOMBRES DE DIONISOS

Deben haber sido los discípulos del cantor Orfeo quienes reunieron los variados relatos paralelos de Dionisos en una gran historia única, historia en la que el dios tenía dos madres y tres naci-

mientos y era por tanto llamado Diméter, «el de dos maternidades», y Trígono, «el nacido tres veces». Originalmente no hubo sin embargo más que una sola historia en la que la madre tenía dos aspectos con un nombre para cada uno: Perséfone y Afrodita, Semele y Tione, Ariadna y Aridela. Se decía además que Afrodita y Dionisos se habían casado; se mencionan varios hijos de ese matrimonio: Príapo en algunos relatos[904]; Himeneo en otros[905]; Hermes Ctonio, «el Hermes subterráneo»[906]; mientras que a la pareja matrimonial de Dionisos y Ariadna se atribuían hijos como Enopión, «el hombre-vino»; Evantes, «el que brota»; y Estáfilo, «la vid»[907].

Los apodos de Dionisos raramente describen al dios como «el fálico»; pero en las escasas ocasiones en que se menciona abiertamente este aspecto suyo, los nombres tienen una clara identidad común, extensiva aunque tal vez no completa: nombres como Orto, «el erecto», y Enorques, «el testiculado». Este último sobrenombre aparece en una historia particular[908]: Enorques era hijo de una pareja de hermanos que concibieron y parieron un huevo de cuyo interior saltó, como los Moliónidas o los hijos de Leda, o como el Fanes bisexuado de los seguidores de Orfeo. Esa historia se contaba en Lesbos, en cuyos viñedos había un culto a Hermes... presumiblemente; es decir, a un ídolo fálico que la gente no quería llamar Dionisos. En realidad, aplicar a un objeto semejante el nombre de Dionisos habría sido adoptar una visión unilateral del dios, ya que éste era también llamado Pseudánor, «el hombre sin virilidad verdadera»; para no hablar de todos sus nombres jocosos, tales como *gynnis*, el «mujeril», o *arsenothelys*, «el mujerilmente hombre». El apodo Díalos, «el híbrido», debe referirse seguramente a un ser hermafrodítico, y debe derivar, junto con otros nombres de ese tipo, de historias secretas u ocultas relativas a la bisexualidad del dios. Pero sobrenombres como Dendreo, Endrites, Endendros, «el dios árbol» o «el que está en el árbol», o ciertos nombres conectados con opulencia y crecimiento vegetal, como Fleón, Fleo o Floio, indican que lo significado no es hibridación sexual humana sino la bisexualidad característica de la mayoría de los árboles y que constituye la plenitud natural de éstos.

Otros sobrenombres se refieren al extremo opuesto de las historias relativas a Dionisos: al salvajismo de Zagreo. Orestes y Omadios aluden a uno que come carne cruda, mientras que Erifo significa al dios en tanto cabrito o corderito, animales a los que se devoraba en honor suyo. Como Egóbolo, mataba cabras; como Melenegis revestía una piel de chivo negro; como Antroporrestes mataba incluso hombres;

todo eso en aquella fase que precedía a sus manifestaciones vegetales. Pero aun en ese período inframundano se le asociaba con plantas. El laurel, del que en esa época era propietario, no aparece en ninguno de sus apelativos, pues era con más fuerza propiedad de Apolo, y la proximidad (en realidad, quizás la identidad) de los dos hermanos en su esfera inframundana era algo que había que conservar en secreto. En la esfera vegetal Dionisos era Cisos, «hiedra», o bien, enfatizando otro de sus aspectos vegetales, Sicites o Siceates, «el dios higo». En tanto Onfacites era el dios de las uvas aun inmaduras; como Lisio o Liéo era «el que desata»; era dios de festivales nocturnos: Nictelio; «el iniciado»: Mistes; en tanto Bromio era dios del estrépito de las procesiones báquicas; y como Eve o Evios provocaba los gritos que se oían «¡Evoé!» Casi todos estos apelativos se refieren a manifestaciones de Dionisos en tanto dios del vino.

Una epifanía especial del dios se expresaba con el nombre Yaco: era tanto un nombre como un grito de invocación con el que se saludaba al niño divino en los Misterios Eleusinos, y que tenía un parecido fonético más que accidental con Baco, el segundo nombre de Dionisos. Yaco y Baco eran la misma deidad[959], si bien la primera era también diferente a Dionisos: era el hijo de Perséfone, tanto amante de Deméter según lo mencionan las historias órficas, como el niño misterioso que ríe en el vientre de Baubo. Con sus relatos de Hades y Perséfone por un lado y de Dionisos y su compañía femenina por el otro, nuestra mitología nos conduce al umbral de aquello que constituía el contenido de los Misterios y no debía ser objeto de comentarios; y que de hecho, cuando se lo vivía radicalmente, *no podía* ser hablado.

Por tanto, no iré más lejos. Podría continuar refiriendo por demás historias menos notables que las que ya he contado. Pero la tarea que me impuse consistía en exponer para el oyente atento, en la medida de mi capacidad, todo lo importante en relación a nuestros dioses y asimismo en relación a la humanidad en tanto ésta entra en nuestra mitología. Supongo que esa tarea ha sido cumplida.

ILUSTRACIONES

I. FUERA DE TEXTO

I a: *Gorgo de rostro oscuro* 39
Vasija de Rodas. Tomada de «The Journal of Hellenic Studies», 6, 1885, 281. Ver Capítulo III, 8.

I b: *Gorgo de rostro claro* 39
Vasija de Rodas. Tomada de «The Journal of Hellenic Studies», 6, 1885, pliego LIX. Ver Capítulo III, 8.

II a: *Hespéride robándose una manzana de oro* 40
Obra de «El pintor Sosías». Tomada de A.S. Murray, «White Athenian Vases in the British Museum», pl. XVII. Ver Capítulo III, 9.

II b: *Heracles entre las Hespérides* 40
Tomada de K. Schefold, «Kertscher Vasen», Berlín, 1930, pl. II. Ver Capítulo III, 9.

III a: *Europa sobre el toro tricolor* 55
Vasija cretense. Tomada de «Monumenti inediti» VI-VII, pl. 77. Ver Capítulo VI, 7.

III b: *Diosa alada con león (probablemente Rea)* 55
Vasija de Melos. Tomada de «Archäologische Zeitung», 12, 1854, pl. 61. Ver Capítulos V y VIII, 7.

IV a: *Leda, los Dióscuros y el huevo de la Némesis* 56
Vasija ática pintada en rojo. Tomada de «Bulletin de Correspondance Hellénique» 56-57, 1942-43, pl. II. Ver Capítulo VI, 6.

IV b: *Hermes y Maya con las vacas robadas* 56
Obra del «Pintor Brigos». Tomada de G. van Hoorn, «De vita atque cultu puerorum», Amsterdam 1909, p. 9, fig. 3. Ver Capítulo X, 1.

V a: *Apolo acompañado por dos Musas se encuentra con Artemisa* 127
Tomada de A. Conze, «Melische Thongefässe», pl. IV. Ver Capítulo VIII.

V b: *Apolo sobre el Cáliz de un trípode alado* 127
Tomada de J. D. Beazley, «Der Berliner Maler», pl. 26. Ver Capítulo VIII.

VI a: *Silenos asedian a Hera en presencia de Hermes y Heracles* 128
Obra del «Pintor Brigos». Tomada de Furtwängler-Reichhold, «Griechische Vasenmalerei» I, 47. Ver Capítulo IX, 5.

VI b: *Ticio intenta raptar a Leto en presencia de Apolo y Aidós (o Artemisa)* 128
Obra del pintor Fintias. Tomada de Furtwängler-Reichhold, «Griechische Vasenmalerei» II, 112. Ver Capítulo VIII, 4.

VII a: *Hefesto escoltado al Olimpo por Dionisos, una Ménade y Sileno* 143
Vasija cretense. Tomada de G.v. Lücken, «Greek Vase-paintings», The Hague 1923, pl. 62. Ver Capítulo IX, 4.

VII b: *Peleo lucha con Tetis en presencia de Quirón y la nereida Pontómeda* 143
Vasija en negro. Tomada de «Corpus Vasorum», Munich I, pl. 46, 2. Ver Capítulo XIII, 6.

VIII a: *Helio, las estrellas como muchachos saltarines, Endimión, Eos, Céfalo y Selene* 144
Vasija en rojo. Tomada de Furtwängler-Reichhold, «Griechische Vasenmalerei» III, 126. Ver Capítulo XII.

VIII b: *Eos llorando a Memnón* 144
Obra del pintor Exequias. Tomada de W. Technau, «Exekias», pl. 29. Ver Capítulo XII, 1.

IX: *Atenea y Hefesto crean a Anesidora (o Pandora)* 189
Tomada de H. Philippart, «Les coupes attiques à fond blanc», París 1936, pl. XX. Ver Capítulo XIII, 2.

X: *Zeus, Hermes, Epimeteo y Pandora* 190
Vasija en rojo. Tomada de «Corpus Vasorum», Oxford I, pl. 21, 1. Ver Capítulo XIII, 2.

XI a: *Atlas y Prometeo* 207
Vasija en negro. Tomada de Kerényi, «Prometheus», Albae Vigilae, New Series IV, Zurich 1946.

XI b: *La liberación de Prometeo* 207
Vasija en negro. Tomada de G v. Lücken, «Greek Vase-paintings», pl. 32. Ver Capítulo XIII, 4.

XII: *La máscara de Dionisos en el Liknón* 208
Vasija ática en rojo. Tomada de G. van Hoorn, «Choes y Anthesteria», Amsterdam 1951. Ver Capítulo XV.

XIII: *Dionisos cazador (es decir, Zagreo), con Ménades, una cazadora con antorcha y Sileno* 235
Vasija en rojo. Tomada de A-D. Trendall, «Frühitaliotische Vasen», pl. 24. Ver Capítulo XV, 3.

XIV: *Dionisos y dos ménades ofrendan una liebre y un cervato* 236
Obra del pintor Amasis. Tomada de E. Buschor, «Griechische Vasen», Munich 1940, fig. 133. Ver Capítulo XV, 3.

XV: *Dionisos en el mar* 253
Obra del pintor Exequias. Tomada de W. Technau, «Exekias», pl. 5. Ver Capítulo XV, 5.

XVI a: *Dionisos con su alter-ego, el niño Yaco* 254
Vasija en rojo. Tomada de S. Aurigemma, «Museo di Spina», Ferrara 1936, pl. 85. Ver Capítulo XV, 7.

XVI b: *Dionisos se lleva a Ariadna, Atenea hace que Teseo se retire* 254
Obra de «El pintor Sileo». Tomada de Gerhard, «Etruskische und Kampanische Vasenbilder», pl. VI-VII. Ver Capítulo XV, 6.

II. EN EL TEXTO

Zeus y Tifón 33
Cf. A. Rumpf, «Chalikidische Vasen», Berlín 1927, N° 10.

Poseidón mata al gigante Políbote en presencia de Gea 35
Obra del pintor Aristófanes. Tomada de Furtwängler-Reichhold, «Griechische Vasenmalerei» III, 127.

«La Diosa potente» en su reino triple 43
Vasija beocia de estilo geométrico. Tomada de Chr. Zervos, «L'art en Grèce», París 1946, 53.

Escila 45
Vasija de Campania. Tomada de Lenormant-de Witte, «Élite des monuments céramographiques» III, 36.

Equidna 59
Vasija corintia. Tomada de Rayet-Collignon, «Histoire de la céramique Grecque», París 1888, pl. 4.

Ninfas serpentiformes 61
Tomada de Filólogo 57, 1898.

Aquéloo y Heracles 63
Obra del pintor Panfeo. Tomada de Gerhard, «Auserlesene griechische Vasenbilder» II, 115.

Odiseo y las Sirenas 65
Vasija corintia. Tomada de «Strena Helbigiana», Leipzig 1900, p. 31.

Las Harpías 67
Vasija ática en negro. Tomada de «Corpus Vasorum», Berlín, Antiquarium I, 47, 2.

Nereo, Doris y las Nereidas 69
Obra del pintor Duris. Tomada de Pottier, «Vases antiques du Louvre» III, pl. 109.

Afrodita y Ares 77
Vasija de Naxos. Tomada de «Jahrbuch Arch. Inst.» 52, 1937, 177, fig. 12.

Zeus 95
Vasija en negro, probablemente cretense. Tomada de «Archaeologische Zeitung» 39, 1881, pl. 12, 3.

La «Artemisa alada» 107
Vasija corintia. Tomada de «Expl. arch. de Delos» X, pl. LXVII.

Nacimiento de Palas Atenea 119
Obra del pintor Frinos. Tomada de «Die Antike» VI, p. 3, fig. 2.

Palas Atenea alada 121
Vasija en negro. Tomada de «Römische Mitteilungen» 12, 1897, pl. XII.

Atenea recibe de Gea a Erictonio, en presencia de Cécrope, Hefesto y Herse 123
Obra de «El pintor Codros». Tomada de «Monumenti inediti» X, pl. 39.

Leto, Apolo, Artemisa y el dragón 137
Vasija ática en negro. Tomada de Lenormant-de Witte, «Élite des monuments céramographiques» II, pl. Ia.

Artemisa mata a Acteón 147
Tomada de J. D. Beazley, «Der Pan-Maler», p. 1.

Tritón 185
Tomada de J. D. Beazley, «Der Berliner Maler», pl. 17, 1.

Selene 195
Obra de «El pintor Brigos». Tomada de Furtwängler-Reichhold. «Griechische Vasenmalerei» III, 160.

Bóreas rapta a Oritía 203
Tomada de J. D. Beazley, «Der Pan-Maler», pl. 5, 2.

Pandora surgiendo de la tierra 217
Vasija en negro. Tomada de Lenormant-de Witte, «Élite des monuments céramographiques» I, pl. 52.

Triptolemo entre Deméter, Perséfone y la sacerdotisa o reina Eleusis 239
Obra del pintor Hierón. Tomada de Furtwängler-Reichhold, «Griechische Vasenmalerei» III, 161.

Hades, Poseidón y Zeus 248
Obra del pintor Xenocles. Tomada de Lenormant-de Witte, «Élite des monuments céramographiques» I, pl. 24.

Deméter, Hermes, Perséfone y Dionisos 249
Obra del pintor Xenocles. Tomada de Lenormant-de Witte, «Élite des monuments céramographiques» I, pl. 24.

El niño en el caldero 261
Vasija ática en negro. Tomada de Gerhard, «Auserlesene griechische Vasenbilder» I, pl. 69-70, fig. 5.

FUENTES

I. CLAVE DE ABREVIATURAS

A.: *Aeschylus*
  Ch.: *Choephori*
  Eu.: *Eumenides*
  Pr.: *Prometheus*
  Su.: *Supplices*
AAmbr.: *Anonymus Ambrosianus in Studemundi Analectis I p. 224 squ.*
Ae.: *Aelianus*
  NA: *De Natura Animalium*
  VH: *Varia Historia*
ALib.: *Antoninus Liberalis Mythographus*
Ant.: *Antigonus Carystius Paradoxographus*
Ap.: *Apollodorus Mythographus*
APal.: *Anthologia Palatina*
A.Rh.: *Apollonius Rhodius*
Ar.: *Aristophanes*
  Av.: *Aves*
  N.: *Nubes*
  Pax
  R.: *Ranae*
Arat.: *Aratus*
Ari.: *Aristoteles*
  HA.: *Historia Animalium*
  MA.: *De Motione Animalium*
Arn.: *Arnobius*
  AN.: *Adversus Nationes*
Ath.: *Athenaeus Grammaticus*

Bion: *Bucolicus*

Ca.: *Callimachus*

Ap.: *Hymmus in Apollinem*
Ce.: *Hymmus in Cererem*
De.: *Hymmus in Delum*
Di.: *Hymmus in Dianam*
Die.: *Diegemata*
He.: *Hecale*
Io.: *Hymmus in Jovem*
LP.: *Lavacrum Palladis*
Cat.: *Catullus*
Chr.: *Chysippus Stoicus*
Ci.: *Cicero*
ND: *De Natura Deorum*
TD: *Tusculanae Disputationes*
Cl.: *Clemens Alexandrinus*
Pr.: *Protrepticus*
Str.: *Stromateis*
Cla.: *Claudianus*
RP: *De Raptu Proserpinae*

D.H.: *Dionysii Halicarnassensis Antiquitates Romanae*
D.P.: *Dionysius Periegeta*
D.S.: *Diodorus Siculus*

E.: *Euripides*
AL.: *Alcestis*
B.: *Bacchae*
He.: *Hecuba*
Hel.: *Helena*
Her.: *Heraclidae*
HF.: *Hercules Furens*
Hi.: *Hippolytus*
Ion
IT.: *Iphigenia Taurica*
Me.: *Medea*
Ph.: *Phoenissae*
Rh.: *Rhesus*
Tr.: *Troades*
EGr.: *G. Kaibel, Epigrammata Graeca ex lapidibus collecta*

Er.: *Eratosthenes*
C.: *Catasterismoi*
Et.Gud.: *Etymologicum Gudianum*
Et.M.: *Etymologicum Magnum*
Eu.Od.: *Eustathius ad Odysseam*
Euph.: *Euphorio*
Eus.: *Eusebius Caesariensis*
Chr.: *Chronica*
PE.: *Praeparatio Evangelica*

Fe.: *Festus Grammaticus*
FGH: *F. Jacoby, Fragmente der griechischen Historiker*
fr.: fragmentum

GArat.: *Germanici Aratus*

h.Ap.: *Homeri Hymnus in Apollinem*
h.C.: *Homeri Hymnus in Cererem*
h.Ho.: *Homeri Hymni*
h.M.: *Homeri Hymnus in Mercurium*
h.Ve.: *Homeri Hymnus in Venerem*
Harp.: *Harpocratio Grammaticus*
Hdt.: *Herodotus*
He.: *Hesiodus*
Sc.: *Scutum Herculis*
Her.: *Herodas Mimographus*
Hi.: *Hippolytus*
RH: *Refutatio Omnium Heresium*
Him.: *Himerii Orationes*
Hor.: *Horatius*
AP: *Ars Poetica*
C.: *Carmina*

Hsch.: *Hersychius Lexicographus*
Hy.: *Hygini Fabulae*
Hy.A.: *Hygini Astronomica*
Hyp.: *Hyperides*

Ib.: *Ibycus*
IG.: *Inscriptiones Graecae*
Il.: *Homeri Ilias*

La.Inst.: *Lactantii Institutiones*
Li.: *Libanius*
N.: *Narrationes*
Pr.: *Progymnasmata*
Lic.: *Licymnius Lyricus*
Lu.: *Lucianus*
Ba.: *Bacchus*
ITr.: *Jupiter Tragoedus*
DMar.: *Dialogi Marini*
Ph.: *Philopseudes*
Sa.: *De Saltatione*
SyrD.: *De Syria Dea*
Ly.: *Lycophron*

Ma.S.: *Macrobii Saturnalia*
Me.: *Menander Comicus*
Mi.: *Mimnermus Lyricus*
Mo.: *Moschus Bucolicus*
MVat.: *Mythographus Vaticanus*

N.D.: *Nonni Dionysiaca*
N.N.: *Nonnus commentator Gregorii Nazianzeni*
N.Pr.: *Nicolai Progysmata*
N.Th.: *Nicandri Theriaca*

Od.: *Homeri Odyssea*
Op.: *Hesiodi Opera et Dies*
Opp.: *Oppiani Halieutica*
Or.: *O. Kern, Orphicorum fragmenta*
Or.A.: *Orphei Argonautica*
Or.H.: *Orphei Hymni*
Ori.C.: *Origenes contra Celsum*
Ov.: *Ovidius*
Am.: *Amores*
F.: *Fasti*
M.: *Metamorphoses*

Pa.: *Pausanias Periegeta*
Par.: *Parthenius Mythographus*
Ph.: *Philostratus*
VA.: *Vita Apollonii*
Phi.: *Philemo Comicus*
Phot.: *Photii Lexicon*
Pi.: *Pindarus*
I.: *Isthmia*; hyp.: hypothesis ad I.
N.:*Nemea*
O.:*Olympia*
P.: *Pythia*; hyp.: hypothesis ad P.
Pl.: *Plato*
Epi.: *Epinomis*
Ethd.: *Euthydemos*
Le.: *Leges*
Mx.: *Menexenus*
Phdr.: *Phaedrus*
Pr.: *Protagoras*
Sy.: *Symposium*
Ti.: *Timaeus*
Pla.: *Plautus*
Ru.: *Rudens*
Pli.: *Plinius*
NH.: *Naturalis Historia*
Plu.: *Plutarchi Moralia*
Plu.Thes.: *Plutarchi Theseus*
PMag.: *H. Preisendanz, Papyri Magici Graeci*
PO.: *Oxyrhychus Papyri*
Prop.: *Propertius*

Q.S.: *Quintus Smyrnaeus*

s.: scholium in (Servius vel Probus in Vergilium)
S.: *Sophocles*
An.: *Antigone*
OC.: *Oedipus Coloneus*
Sa.: *Sappho*
Scy.: *Scythinus Lyricus*
Sol.: *Solinus*
St.B.: *Stephanus Byzantius Lexicographus*
Ste.: *Stesichorus Lyricus*
Str.: *Strabo Geographus*
Su.: *Suidas Lexicographus*
Syll.: *W. Dittenberger, Sylloge inscriptionum Graecarum*

Terp.: *Terpander Lyricus*
Tert.Val.: *Tertullianus contra Valerianos*
Th.: *Hesiodi Thegonia*
The.: *Theocritus Bucolicus*
Thgn.: *Theognis*

Va.: *Varro*
LL.: *De Lingua Latina*
Ve.: *Vergilius*
A.: *Aeneis*
E.: *Eclogae*
G.: *Georgica*

Zen.: *Zenobius Paroemiographus*

II. LISTA DE FUENTES*

1: Il. 14.201
2: Il. 14.246
3: Il. 14.201
4: Il. 14.206
5: Th. 337
6: Th. 367
7: Th. 364
8: Or. 24
9: Il. 14.261
10: Ar.Av. 695
11: Or. 70.2
12: Or. 16.112
13: Or. 15
14: Th. 23
15: Th. 116
16: Th. 176
17: Th. 155
18: Th. 371
19: Th. 404
20: Th. 453
21: Il. 13.365
22: Th. 459
23: Or. 154
24: Pi.O. 2.70
25: Il. 1.399
26: Th. 624
27: Th. 713
28: Th. 687
29: Ap. 1.6.3
30: Th. 821
31: h.Ap. 307
32: Th. 829
33: Plu. 293c
34: N.D. 1.362
35: Th. 186
36: Ap. 1.6.1
37: Ov.Am. 2.1.11
38: Ap. 1.6.1
39: Il. 14.261
40: Or. 99
41: Th. 217
42: Th. 904
43: Or.H. 59.2
44: Or. 33
45: Il. 8.68
46: Ap. 1.6.2
47: A.Eu. 728
48: Hy. 171
49: He.Sc. 259
50: Th. 211
51: Il. 16.334
52: Th. 233
53: Ve.A. 6.439
54: Ap. 1.3.1
55: Th. 361
56: Th. 382
57: A.Pr. 1
58: s.A.Rh. 3.467
59: Th. 404
60: Th. 412
61: A.Rh. 4.829
62: s.Od. 12.124
63: Th. 931
64: PMag. 4.1434
2530
2550
65: Od. 12.73
66: Od. 12.246
67: Od. 12.101
68: s.Ve.A. 3.420
69: Ly. 45
70: E.Med. 1342
71: s.Od. 12.124
72: D.S. 20.41
73: s.Ar.Pax 758
74: Hor.A.P. 340
75: Tert.Val. 3
76: Ar.Pax 758
77: Ar.fr. 5001
78: Ar.R. 288
79: PMag. 4.2334
80: Th. 346
81: Or. 16
82: Or. 114
83: Th. 237
84: Od. 4.354
85: Th. 233
86: Th. 270
87: A.Pr. 792
88: A.Eu. 150
89: Pa. 8.34.3
90: A.Eu. 416
91: S.OC. 40
92: s.Ly. 406
93: s.S.OC. 42
94: Euph.fr. 52
95: Or.H. 69.8; 70.2
96: A.Eu. 50
97: E.IT. 293

* Las referencias aquí enumeradas corresponden a las llamadas en el texto. Para las obras referidas, consúltese la Clave de Abreviaturas.

98: A.Ch. 924
99: A.Ch. 290
100: Th. 274
101: Th. 275
102: Th. 277
103: Od. 11.634
104: Ap. 2.4.2
105: He.Sc. 233
106: A.Pr. 800
107: A.Rh. 4.1514
108: Ap. 2.4.2
109: Th. 281
110: E.Ion 989
111: Th. 295
112: Il. 2.783
113: Th. 308
114: Ap. 2.1.2
115: Th. 305
116: s.A.Rh. 4.1396
117: Th. 334
118: Th. 275
119: Er.C. 1.3
120: s.A.Rh. 4.1396
121: Er.C. 1.3
122: s.Ve.A. 4.484
123: Ap. 2.5.11
124: E.HF. 394
125: Th. 215
126: s.A.Rh. 4.1399
127: D.S. 4.27.2
128: s.E.Hi. 742
129: s.Ve.A. 4.484
130: S.fr. 777
131: Th. 340
132: Il. 21.194
133: Li.Pr. 4
134: Ap. 1.7.10
135: Ly. 713
136: A.Rh. 897
137: E.Hel. 168
138: Od. 12.39
139: Od. 12.184
140: Hy. 125.13
141: He.fr. 88
142: E.fr. 911
143: Th. 237
144: Or. 117
145: Th. 265
146: s.The. 2.12
147: Th. 775
148: Od. 1.241
149: Od. 22.78
150: Il. 16.150
151: Th. 167
152: s.Ly. 165
153: A.Rh. 2.288
154: Th. 240
155: h.C. 420
Or.H. 24.1
156: Th. 254
157: Th. 243
158: Eu.Od. 1954.4
159: Il. 18.46
160: Or.H. 24.10
161: s.GArat. 243
162: Pa. 1.19.2
163: s.Ly. 406
164: Pi.fr. 107
165: Th. 353
166: Or. 114
167: Hdt. 2.55
168: Il. 5.370
169: Th. 188
170: h.Ve. 2.5
171: Fe. 52.2
172: Ae.NA. 14.28
173: Th. 937
174: Th. 934
175: Ci.ND. 3.59
176: s.Ve.A. 1.664
177: Il. 18.418
178: Th. 571
179: Il. 18.382
180: Th. 945
181: Od. 8.265
182: Arn.AN. 6.22
183: Ov.Me. 10.243
184: Hsch
185: Ap. 3.14. 3/4
ALib. 34
Ov.Me. 10.298
Hy. 58
s.The. 1.107
s.Ve.E. 10.18
186: Lu.SyrD. 8
187: s.Ly. 831
188: The. 15.100
Bion 1
Lu.SyrD. 6
189: h.Ve. 1.1
190: Hy. 94
s.Ve.A. 2.288
191: The. 1.106/7
192: Th. 481
193: AAmbr
194: Ov.Me. 4.282
195: s.Pl.Sy. 215e
196: D.S. 65.1
197: s.A.Rh. 1.1126
198: Pa. 5.7.6
199: s.A.Rh. 1.1126
200: Ov.Me. 4.281
Hsch.
201: S.fr. 337
202: A.Rh. 1.1126
203: A.Rh. 1.1130
204: Str. 10.3.20
205: D.S. 5.64.4
206: D.S. 5.55.9
207: Cl.Pr. 2.19.1

208: Str. 10.3.21
209: Va.LL. 5.58
210: s.A.Rh. 1.916
211: D.S. 3.55.3
212: D.S. 3.55.2
213: Str. 10.3.19
214: D.S. 3.55.1
215: s.Ve.A. 4.377
216: Pi.O. 7.61
217: D.S. 3.56.1
218: Arn.AN. 5.5
Pa. 7.17.10
219: h.Ve. 1.24
220: Ov.F. 6.319
221: Th. 481
222: ca.Io. 10
223: Pa. 8.36
224: Ca.Io. 32
225: Ath. 375f
226: Ath. 491a
227: Hy. 139
228: Ca.Io. 47
229: A.Rh. 3.132
230: Ap. 1.1.6
231: La.Inst. 1.22
232: ALib. 19
233: Ca.Io. 48
D.S.5.70.3
234: Er.C. 13
235: Er.C. 27
236: s.Ve.A. 1.394
237: S.fr. 320
238: Il. 14
239: Il. 14.295
240: E.Hi. 748
241: Er.C. 3
242: Chr.fr. 1072
243: s.Il. 1.609
244: s.The. 15.64
245: s.Il. 1.609
246: Eus.PE. 3.1.3
247: Il. 8.477
248: Pa. 2.38.2
249: Pa. 8.41.4
250: A.Rh. 1.503
251: Ori.C. 1.6.42
252: s.S.OC. 42
253: Pa. 9.38.1
254: N.Pr. 2.12
255: Ci.ND. 3.44
256: s.Il. 14.276
257: s.Ly. 680
258: Pi.O. 14.3
259: Th. 909
260: Pi.P. 9.90
261: Pi.P. 9.89
262: Pa. 9.35.1
263: Pa. 9.35.2
264: APal. 15.25.14
265: Pa. 9.35.5
266: Hor.C. 1.4.5
267: Pi.fr. 10
268: Er.C. 13
269: Il. 20.4
Od. 2.46
270: Il. 11.134
271: Il. 5.749
272: Il. 15.88
273: Pal. 2.13.3
274: Th. 55
275: Op. 197
276: Arat. 127
277: Th. 55
278: Pa. 9.39.8
279: Th. 24
280: Th. 66
281: Th. 1
282: Th. 77
283: Plu. 743d
284: Pa. 9.29.2
285: D.S. 4.7
286: Hor.C. 3.4.1
287: Pa. 9.29.3
288: ALib. 9
289: Th. 79
290: Th. 223
291: Op. 200
292: Pa. 9.35.6
293: Pa. 9.36.6
294: Pli.NH. 36.17
295: Pa. 1.33.3
296: s.Ly. 88
297: Ath. 334b
298: Sa.fr. 105
299: Ap. 3.10.7
300: Hy.A. 2.8
301: Ap. 3.10.7
302: h.Ho. 17
303: Hor.AP. 147
304: Pi. 10.55
305: Th. 357
306: Ap. 3.1.1
307: Hy. 178
308: s.Il. 12.292
Mo. 2
309: PO. 11.1358
310: Lu.DMar. 15.4
311: Er.C. 33
Hy.A. 2.33
312: ALib. 36
313: Ap. 1.9.26
A.Rh. 4.1639
Or.A. 1358
314: s.Il. 12.292
Ap. 3.1.2
315: Ap. 3.1.3
316: MVat. 1.47
317: Li.N. 23
318: Ap. 3.3

318: Hy. 136
s.Ly. 811
319: Ath. 296b
s.Ly. 754
Ov.M. 13.917
320: St.B.
321: s.Il. 2.494
322: Pa. 9.12.1
323: Ap. 2.1.3
324: A.Pr. 640
325: Hdt. 2.153
326: Su.
327: Th. 911
328: s.Pl.Go. 497c
329: Th. 970
Ov.Am. 3.10.25
330: Od. 5.128
331: Or. 58.59
Ov.M. 6.114
332: Or. 60
333: Or. 86
334: Or. 148
335: Or. 137
336: Or. 145
337: Or. 164
338: Or. 167
339: Or. 21a
340: Th. 896
341: Th. 886
342: Th. 358
343: Ap. 1.2.1
344: Ap. 1.3.6
345: Th. 887
346: Th. 924
347: Chr.fr. 908
348: Pi.O. 7.35
349: E.Ion 455
350: s.Pi.O. 7.66
351: h.Ho. 28.5
352: Th. 376
353: Ci.ND. 3.59
s.Ly. 355
Cl.Pr. 21
Arn.AN. 4.14
354: s.Il. 8.39
355: Et.M.
356: Ap. 3.12.3
357: Pa. 9.33.5
St.B.
358: D.H. 1.33; 61.2
359: Th. 384
360: Pa. 5.3.2
E.Her. 771
361: Hy. 166
362: Ant. 12
363: Hy. 166
364: Ap. 3.14.6
365: Ap. 3.14.6
366: Hy.A. 2.13
367: N.D. 41.64
Ca.He. 1.2
368: Cl.Pr. 2.28
Ci.ND. 3.55;58
369: Hyp.fr. 70
Ma.S. 1.17.55
370: Ap. 3.14.1
371: s.Ve. G.1.12
372: Eus.PE. 10.9.22
373: s.Ar.Pl. 773
Ath. 555c
374: S.fr. 643
375: Ap. 3.14.2
376: Hsch.
377: Ov.M. 2.708
378: Ap. 3.14.3
379: IG. 14.1389
380: Ap. 3.14.6
381: Ph.VA. 7.24
382: Pa. 1.18.2
383: Hy.A. 2.13
Ov.M. 2.561
E.Ion 23
384: Ant. 12
Ca.He. 1.2;3
385: Ap. 1.5.3
Ov.M. 539
s.Ve.A. 4.462
386: Ap. 2.5.12
387: Pl.Le. 796b
388: Harp.
389: Arn.AN. 3.31
390: h.M. 100
391: Hsch.
392: Pi.O. 7.34
393: Th. 919
394: h.Ap. 3
395: Th. 406
396: Od. 6.106
397: Th. 403
398: Hy. 140
399: Her. 2.98
D.S. 2.47.2
400: Syll. 590
401: Hy. 140
402: Ari.HA. 580a
403: Ae.NA. 4.4
404: ALib. 35
Ov.M. 6.317
405: Th. 409
406: s.Ve.A. 3.73
407: Pi.fr. 42.7
Ca.Del. 37
410: Ar.Av. 870
s.Pi.P.hyp.
411: Pi.fr. 79
412: Ca.Di. 22
413: Str. 14.1.20
414: h.Ap. 25
415: Thgn. 7
416: Ca.De. 249

417: Ae.NA. 4.29
418: s.A.Rh. 1.760
Ap. 1.3.4
419: Pi.P. 4.90
420: A.Rh. 760
421: Hy. 55
422: Od. 11.576
423: Hy. 55
424: Hy. 140
425: MVat. 1.36
426: Ath. 701c
h.Ap. 300
E.IT. 1246
427: h.Ap. 300
s.A.Rh. 2.707
428: h.Ap. 305
429: s.A.Rh. 2.706
430: E.IT. 1249
A.Rh. 2.707
Ca.Ap. 100
431: h.Ap. 363
432: h.Ap. 383
433: Pa. 10.6.9
434: Him. 14.10
435: s.Ve.A. 4.377
436: s.Ve.A. 6.618
437: Hy. 32
Ca.Ap. 248
438: s.E.Al. 1
439: Plu. 293b
418b
Ae.VH. 3.1
440: Ap. 3.10.4
441: Ap. 1.3.3
442: A.Eu. 728
443: Ca.Ap. 49
444: Ap. 1.3.3
445: s.E.Rh. 347
446: Ap. 1.3.3
447: Pa. 3.19.4
448: Zen. 1.54
449: Ov.M. 10.162
450: Ov.M. 1.452
451: h.Ap. 208
452: Li.N. 19
453: Ov.M. 1.452
454: Pa. 8.20
Par. 15
455: ALib. 32
456: s.Ve.A. 4.377
457: Pi.P. 9.5
458: Ca.Di. 206
459: A.Rh. 2.509
460: D.S. 4.81.2
Plu. 757d
PsAri.MA. 100
461: Il. 5.401
899
462: Prop. 2.2.11
463: He.fr. 147
464: Ci.ND. 3.56
465: He.fr. 148
466: Pi.P. 3.5
467: IG. 4.1.128
468: Pa. 2.26.3
469: Hy. 49
470: Ca.Di. 14
471: ALib. 17.5
472: Ca.Lp. 110
Ov.M. 3.143
Hy. 180
Ap. 3.4.4
Pa. 9.2.3
473: Ap. 3.8.2
474: Hy.A. 2.1
475: St.B.'Arkas'
476: Ov.M. 2.409
F. 2.155
477: E.He. 375
478: Er.C. 1
479: s.E.Rh. 36
480: Sol. 9.8
481: Ca.Di. 189
Pa. 2.30.3
482: ALib. 40.3
483: h.Ap. 182
484: Scy.fr. 1
485: Il. 5.890
486: Il. 5.761
834
487: Il. 21.406
488: Il. 5.859
489: Il. 1.599
490: h.Ap. 309
491: Ov.F. 5.299
492: Fe. 97
493: Th. 928
494: Ib.fr. 2
495: Od. 11.305
496: Ap. 1.7.4
497: Hy. 28
498: s.Il. 5.385
499: s.Pi.P. 4.156
500: Il. 285
501: s.Ve.A. 10.763
502: s.Il. 14.296
503: s.Ve.A. 8.454
504: Il. 18.395
505: Il. 1.590
506: Il. 15.18
507: s. Il.14.296
s.Ve.A. 10.763
508: Hsch
509: Li.N.F.
Pa. 1.20.3
Hy. 166
s.Ve.E. 4.62
510: s.Il. 14.295
511: Pi.P. 2.21
s.Pi.P. 2.40

s.E.Ph. 1185
s.A.Rh. 3.62
512: Pi.P. 2.43
Plu. 751d
513: Pi.P. 2.45
514: s.A.Rh. 1.554
515: Od. 11.832
516: s.A.Rh. 1.554
2.1331
517: Or. 164
518: s.Il. 18.486
s.Pi.N. 2.16
519: Ap. 3.8.2
520: h.M. 5
521: Hor.C. 1.10.11
522: Hdt. 2.51
Ca.Die. 8.33
523: Ci.ND. 3.56
524: Prop. 2.2.11
525: Ci.ND. 3.56
526: Ci.ND. 3.60
527: Ci.ND. 3.56;59
528: s.Op. 800
529: Ci.ND. 3.60
530: Ov.M. 4.288
531: Ov.M. 3.341
532: FGH. 1.197
533: ALib. 23
534: Or. 98
535: Pi.fr. 126.6
s.Ve.A. 1.651
536: s.Ve.A. 4.99
537: h.Ho. 19.32
538: s.E.Rh. 36
539: The. 1.15
540: h.Ho. 19.11
541: N.D. 2.118
Ov.M. 1.689
3.356
542: s.Ve.G. 3.391
543: EGR. 817
544: Hy. 160
545: s.Lu.ITr. 6
546: s.Ly. 831
547: N.N. 2.28
548: s.A.Rh. 1.932
549: Phot.
550: Ov.F. 6.319
551: Lu.Sa. 21
552: He.fr. 171
553: h.Ve. 259
554: Ca.Ce. 40
555: Ap. 2.1.2
556: s.Ve.A. 1.372
557: He.fr. 44
558: A.Rh. 1.1228
559: The. 13.44
560: Pa. 1.38.6
561: Pa. 8.8.2
562: s.Ly. 644
563: Hy. 188
564: St.B.
565: D.S. 5.55
566: Ca.De. 31
567: Pa. 8.25.5
568: Th. 278
569: s.Il. 23.346
570: s.Ve.G. 1.2
571: s.Pi.P. 4.246
s.Ly. 766
572: Ov.M. 6.115
573: Th. 243;254
574: Ap. 1.2.2
575: Od. 3.91
5.422
576: s.Od. 3.91
577: Er.C. 31
Opp. 1.385
578: Il. 7.411
579: Pi.O. 104
580: Th. 931
581: Pi.O. 7.54
582: St.B.
583: Il. 18.239
584: Il. 16.779
585: Pi.O. 7.71
586: Pi.O. 7.70
587: Ar.Nu. 285
588: Pi.fr. 44
589: Hy. 154
590: Il. 3.277
591: A.Ch. 984
592: Od. 1.9
593: Pi.fr. 114
594: Ste. 6
595: Ath. 469
596: Mi.fr. 10
597: h.Ho. 31.9
598: Pi.I. 5.1
599: h.Ho. 31.2
600: Il. 19.398
601: Il. 8.480
602: Od. 10.139
603: Th. 371
604: Od. 12.133
605: Od. 12.127
12.261
606: s.Od. 12.129
607: Od. 12.382
608: s.Od. 17.208
609: Hy. 154
Il. 11.735
610: Pa. 9.35.5
611: Od. 10.136
612: Il. 11.735
613: Ci.ND. 2.20
614: Hy. A.2.42
615: Pl.Epi. 987c
616: Hy.A. 2.42
617: Th. 986

618: Hy. 52A
619: E.fr. 771
620: Hy.A. 2.16
621: Hy. 52A
622: Hy. 54
Ov.M. 1.751
623: Arat. 358
624: N.D. 11.131
12.217
625: Sol. 11.9
626: Hy. 205
627: h.Ho. 32.1
628: h.Ho. 32.14
629: Q.S. 10.337
630: A.Rh. 4.57
631: Ci.TD. 1.92
632: Lic.fr. 3
633: Pa. 1.5.4
634: s.A.Rh. 4.57
Ap. 1.7.5
635: Th. 372
636: Pa. 1.3.1
637: Ly. 941
638: s.Ly. 941
639: E.Tr. 856
640: Il. 11.1
641: Th. 987
642: Hy.A. 2.42
643: Th. 381
644: s.D.P. 509
645: Ap. 3.14.3
646: h.Ve. 218
647: s.Il. 11.1
s.Ly. 18
648: Th. 984
649: Ap. 1.4.4
650: Od. 15.250
651: Et.M. 144.25
652: E.Hi. 454
653: Od. 11.310
654: Pi.fr. 239
655: Hy.A. 2.21
s.Arat. 254
656: Il. 18.487
657: s.Il. 18.486
658: Er.C. 32
659: s.Il. 18.487
660: s.Od. 5.121
661: s.Ve.A. 1.535
662: Ap. 1.4.3
663: s.N.Th. 15
664: Er.C. 32
Hy.A. 2.34
665: Par. 20
Ap. 1.4.3
666: Hy. 132
667: ALib. 5.4
668: Ap. 1.4.3
669: s.Ve.A. 10.763
670: Hy.A. 2.34
671: Er.C. 32
672: Ap. 1.4.4
673: Er.C. 32
674: Arat. 638
675: Hor.C. 3.4.70
676: Od. 5.121
677: Ap. 1.4.5
678: Hy.A. 2.34
679: Od. 11.572
680: Th. 278
681: Th. 376
682: Arat. 99
683: Th. 869
684: Il. 16.150
685: Pa. 5.19.1
686: Il. 20.224
687: Hdt. 7.189
Pl.Phdr. 229
A.Rh. 1.214
688: Od. 10.1
689: Th. 207
690: Od. 1.34
691: Il. 8.479
692: Th. 507
693: Ap. 1.2.3
694: s.Op. 48
695: Th. 510
696: Th. 517
697: Od. 1.52
698: Op. 108
699: Th. 183
700: Op. 145
701: Th. 563
702: s.Th. 563
703: Hi.RH. 5.6.3
704: pl.Mx. 237d
705: Pl.Mx. 238a
706: He.fr. 76
707: Str. 10.3.21
708: Eus.PE. 3.1.3
709: Th. 546
710: s.Il. 5.205
711: E.Ion 455
712: s.A.Rh. 2.1249
713: Hsch.
714: Pa. 9.25.6
715: Pl.Pr. 320c
716: s.GArat. 437
717: Hy.A. 2.42
718: Ap. 1.7.1
719: Phi.fr. 89
720: Pa. 10.4.3
721: Lu.Ph. 3
722: Me.fr. 535
723: Th. 535
724: Op. 50
725: Hy.A. 2.15
726: s.Ve.E. 6.42
727: Th. 567
728: Op. 53

729: s.Ar.Av. 970
730: Il. 5.312
731: A.Pr. 4
732: Th. 521
733: Th. 523
734: s.A.Pr. 4
Hy.A. 2.15
735: A.Pr. 774
736: Th. 539
737: A.Pr. 210
738: A.Pr. 1027
739: Ap. 2.5.11
740: Ath. 672f
741: Cat. 64.295
742: Hy.A. 2.15
743: s.Il. 24.602
744: s.E.Ph. 159
745: Cl.Str. 1.21
746: Pa. 2.15.5
747: Pa. 2.19.5
s.S.E. 4
748: Hy. 274.8
749: Hy. 143
750: Pl.Ti. 22a
751: Ap. 2.1.1
752: Eus.PE. 55
753: Sa.fr. 119
754: S.An. 834
755: Ov.M. 6.148
756: Il. 24.603
757: Hy. 9;10
758: S.An. 828
759: Th. 244
760: Pi.I. 8.30
761: A.Pr. 907
762: Hy.A. 2.15
A.Rh. 4.790
763: Il. 24.58
764: Pi.I. 8.39
765: Ap. 3.13.5
766: Pi.N. 4.60
767: s.Pi.N. 3.60
768: S.fr. 161
769: s.I.y. 178
770: s.Il. 16.140
771: s.Il. 1.5
772: N.D. 3.204
773: Op. 109
774: Ap. 1.7.2
775: Ov. 1.350
776: s.A.Rh. 3.1086
777: Pi.O. 9.41
778: Or. 47
779: Pa. 4.1.8
780: Il. 9.4.57
781: A.Su. 231
782: A.Su. 156
783: Pa. 2.2.8
784: h.C. 2
785: Or. 49.47
786: Ov.M. 5.385
787: Pa. 1.14.2
788: Or. 52
789: Pa. 1.14.3
790: Or. 50
791: Or. 52
792: Cl.Pr. 21.2
793: Or.H. 41.5
794: Or.A. 1194
795: Ov.F. 4.497
796: s.Pi.O. 6.95
797: Or.H. 43.7
798: E.He. 1349
799: Il. 19.259
Op. 327
Ar.R. 147
Pa. 10.28.4
800: Pa. 10.28.7
801: Pa. 10.29.1
802: Pa. 10.28.2
803: Ve.A. 6.409
804: Or. 32
805: Od. 24.1
806: Od. 11.1
807: Od. 10.508
808: Od. 4.563
Pi.O. 2.70
809: Pi.fr. 114
810: Pi.O. 2.61
fr. 127
811: A.fr. 228
812: Ve.G. 1.39
813: A.Su.156 *cum* Et.Gud.
814: Ca.fr. 171
815: E.fr. 472
816: Or. 58
817: Or. 98;105
818: Or. 58
819: Or. 145
820: D.S. 3.64.1
821: N.D. 6.121
822: D.S. 5.3.4
823: Cla.RP. 1.246
824: Or.H. 39.7
825: Pl.Ethd. 277d
826: Or. 34
827: D.S. 3.62.7
828: D.S. 5.65.1
829: N.D. 48.29
830: Or. 34
831: Or. 214
832: Ap. 2.1.3
D.S. 3.74.1
833: N.D. 6.169
834: Euph. 88
835: Or. 210
836: Or. 35
837: Or. 34;35
838: Or. 220

839: Or.H. 37.2
840: D.S. 3.62.6
841: Or. 216
842: Or. 214
843: Or. 199
844: Plu. 365a
845: s.Il. 24.615
846: E.B. 6
847: Pa. 9.16.5
848: Hy. 167
849: Hy. 179
Ov.M. 3.260
N.D. 7.312
850: Ap. 3.4.2
851: E.B. 97
852: h.Ho. 1
853: Terp.fr. 8
854: D.S. 5.52.2
855: Or.H. 54
856: E.C. 4
857: h.Ho. 1.6
858: h.Ho. 26
859: Pa. 2.31.2
860: s.Ly. 212
861: D.S. 4.25.4
862: Ap. 3.5.3
863: Il. 6.131
864: Cl.Pr. 11
865: ALib. 10
Ov.M. 4.1;389
Ae.VH. 3.42
866: Ap. 2.2.2
Ae.VH. 3.42
867: He.fr. 29
868: The. 26
869: Th. 247;258
870: E.B. 731
871: E.B. 1189
872: E.B. 1146
873: s.Il. 14.319
874: Il. 6.130
Ap. 3.5.1
Hy. 132
875: E.B. 141
876: Pa. 3.24.3
877: Pa. 3.24.4
878: Ap. 1.9.1
879: Ap. 3.4.3
880: s.Pi.I.hyp.
881: Od. 5.332
882: s.A.Rh. 1.917
883: Pa. 1.44.8
884: s.Pi.I.hyp.
885: h.Ho. 7
886: Ap. 3.14.7
887: Ap. 3.5.3
888: Ov.M. 3.582
889: Lu.Ba. 1
890: Th. 948
E.Hi. 339
891: Plu.Thes. 19
D.S. 461
Ov.M. 152
892: Plu.Thes. 20
893: Hsch.
894: Ar.R. 342
S.An. 1146
895: Hy. 43
896: Plu.Thes. 20
897: D.S. 5.51.4
898: Hy. 255
899: Od. 11.321
900: Hy.A. 2.5
901: Plu.Thes. 20
902: Prop. 3.510
Ov.F. 3.510
903: Arat. 72
904: Pa. 9.31.2
905: s.Ve.A. 4.127
906: Or.H. 57.3
907: s.A.Rh. 3.996
908: s.Ly. 212
909: s.Ar.R. 324.

NOMBRES Y TÉRMINOS

I. DIVINIDADES Y PERSONAJES MITOLÓGICOS*

Acasta, 48.
Acco, 46.
Acis, 70.
Acmón, 88.
Acoites, 264.
Actea, 69.
Acteón, 141, 146, 259.
Actor, 154.
Actoriones Moliónidas, 154, 268.
Adimnio, Atimnio, 194.
Admeta, 48.
Admeto, 41, 138, 145, 171.
Adonis, 71, 78-79, 91, 124, 139, 171, 173, 193, 196-197, 259.
Adrastea, 87, 96, 102, 113.
Aede, 104.
Aelo, Aelopus, 68.
Aeto, 97.
Afáridas [Aphardai], 154.
Afea, 148.
Afeliote, 201.
Afrodita, 20, 28, 47-48, 52, 60, 70-83, 89, 91, 93, 98, 100, 102, 106, 121, 124, 139, 149, 155, 157-159, 169, 170, 173, 175, 181-182, 186, 193-194, 197-198, 216, 222, 241, 258, 266-268.
Afroditos, 83, 171.
Ágave, 69, 258-259.
Agdistis, 91, 92.

* Se dan entre corchetes los nombres griegos más relevantes.

Aglae, 75, 101.
Aglaofemia, Aglaófonos, Agláope, 63.
Agláurides, 91.
Aglauro, Agraulo, 123-125.
Aides, Aidoneo, Ais, 227.
Aidós, 103, 105, 225.
Aix, 34.
Alalcomeneo, 120, 209, 211, 220.
Alceste, 138.
Alcioneo, 35, 209.
Alcipe, 123.
Alcmena, 87, 100, 137, 247.
Alecto, 53.
Alejandro Magno, 264.
Alfito, 46.
Alóadas, Alóidas, 154-155, 198.
Aloeo, 154.
Altea, 41.
Amaltea, 95-97, 102.
Andrómedes, 148.
Anesidora, 217.
Anfión, 154.
Anfiro, 47.
Anfitrite, 50, 69, 134, 179, 182-186, 221.
Anquíale, 88.
Anquises, 79-81, 175.
Anteros, 75.
Antíope, 154.
Apate, 41.
Apis, 111.
Apolo, 29, 32, 36, 41-43, 53, 76, 80, 90, 94, 122, 126, 131-142, 145-146, 148-149, 152, 154, 157, 162, 164-169, 171, 173, 176, 180, 187-188, 195, 201, 220-221, 251, 256, 262-263, 266, 269.
Apseudes, 70.
Aquéloo, 62, 64.
Aqueronte, 244.
Aquiles, 67, 197, 202, 222.
Arcas, 147, 162, 172.
Ares, 74-76, 99, 123, 126, 149, 151-155, 157-159, 174, 197, 217, 224, 240.
Arestanas, 145.
Aretusa, 60.
Arge, 26.
Argeste, 201.
Argíope, 108.
Argonautas [Argonautai], 21, 181, 192, 260.
Argos (el de muchos ojos), 59, 111, 163, 176, 202.
Argos (hombre primordial), 239.
Ariadna, 22, 26, 31, 33, 66, 68, 72, 74, 79, 89, 98, 100, 102-104, 110, 115, 119, 131, 134, 139, 149, 151, 154-155, 157-158, 184, 264-268.
Ariagne, 265.
Aridela, 265, 266, 268.
Arión, 183.
Aristeo, 141, 142, 146.
Arne, 180.
Arréforas, 123.
Artemisa, 29, 42-43, 48, 57, 79, 80, 91, 99, 100, 105, 131, 133, 135, 138-142, 145-149, 155, 157, 162, 170, 187, 195, 198-201, 220-221, 237-238, 266.
Ascálafo, 125.
Asclepio, 126, 138, 141, 142, 145, 170, 266.
Asia, Asópide, 48.
Asteria, 43, 133, 186.
Asterio, 110, 265.
Asterión, Asterios, 109.
Astérope, 60, 64.
Astreo, 42, 201, 202.

Atamas, 260, 261.
Atenais, 121, 211, 220.
Atenea, Palas Atenea, 31, 36, 42, 53-54, 57, 79, 99, 117-122, 124-126, 131, 151-152, 157-158, 174, 183, 211-213, 215-216, 220, 222, 237-238, 249, 252.
Atis, 91-92, 170, 259.
Atlas, 60, 68, 161, 184, 206.
Auge, 126.
Autónoe, 70, 141, 146, 258-259.
Auxo, 101.
Axiocersa, Axiocerso y Axíero, 90.

Bacante(s) [Bakche, -ai], 237, 257, 260.
Baco, 255, 264, 269.
Balio, 67.
Basileus, 115.
Baubo, 240-241, 269.
Belerofonte, 57, 59.
Berecindes, 86.
Bía, 42.
Bisalte, 181.
Bóreas, 68, 201, 202.
Briareo, 26, 31, 50, 183, 221.
Brimo, 142, 170.
Britomartis, 148, 199.
Bronte, 120.

Cabiro, 89, 182, 191, 209, 211.
Cabiros [Kabeiro, -oi], 66, 77, 88, 89, 90, 170, 211, 262.
Cadmilo, 89.
Cadmo, 34, 75, 111, 141, 252, 256, 260-261.
Cafira, 90, 181-182.
Calais, 68, 202.
Calídice, 231.
Calíope, 104, 105.
Calipso, 45, 47.
Calírroe, 47.
Calisto, 146-147, 162, 172, 198.
Calítoe, 231.
Caos, 25, 26, 112.
Carco, 46.
Cariátides, 149.
Caribdis, 45, 46, 243.
Cárites [Charis, -ites], 52-53, 100-101, 106, 149, 192, 216, 241.
Caronte, 242-243.
Cástor, 107-108, 155.
Cécrope, 57, 121-125.
Cedalión, 156-157, 174, 200, 215.
Céfalo, 124, 193, 198.
Celeno, 68.
Celeo, 96, 231-232, 234, 239, 240.
Celmis, 87-88, 97, 155.
Centauro, 159, 166.
Centauros Marinos, 183.
Centauros, 158-159.
Ceo, 28-29, 43, 132.
Cerbero, 58, 96, 242.
Cercéis, 48.
Cérix, 124.
Ceteo, 146.
Ceto, 42, 49, 51, 54, 57, 60.
Cibeles, 86, 255.
Cíclopes [Kyklops, -es], 26, 30, 32, 138, 145.
Cicreo, 57.
Cilene, 161, 243.
Cileno, 88.
Cimatolega, 70.
Cimódoce,
Cimótoe, 69.
Círiras, 77, 78.
Cipariso, 139, 140.
Circe [Kirke], 45, 64, 192, 243.

Cirene, 137, 140.
Cleobea, 242.
Clesídice, 231.
Cleta, 101.
Clímene, 48, 193, 206.
Clío, 104-105, 139.
Clitemnestra, 53, 107.
Clitia, 48.
Clitos, 198.
Cloris, 221.
Clotes, 41.
Cloto, 38, 41.
Cocito, 244.
Conisalo, 174.
Coribantes [Korybas, -antes], 86-90, 96, 209, 211.
Córibas, 89.
Corone, 256-267.
Coronide, 142, 145, 256, 266.
Coto, 26, 31.
Cratos, 42.
Crío, 28, 42, 119, 121, 201.
Crisa, 121.
Crisantis, 239.
Crisaor, 57-58.
Criseida, 48.
Crisótemis, 60.
Cronos, 112.
Ctón, Ctonia, 64, 122, 252.
Curetes, 86-89, 96, 133, 209, 211, 250.

Da-mater, 182.
Dáctilos [Daktylos, -oi], 86-90, 174, 211.
Dafne, 140, 173.
Dáimon(es), 193.
Damnameneo, 87.
Dánae, 129.
Dánao, 242.
Dárdano, 223.
Dédalo, 110, 158.
Déimo, 75.
Delfine, 32-33, 57, 136, 138, 145.
Delfines, 136.
Delfinio, 148.
Deméter, 29, 57, 85, 89, 95, 111-112, 114, 125, 179, 182-183, 212, 214, 228-230, 232-234, 237-243, 249, 250-252, 256, 269.
Demo, 231.
Demofonte, 232-233, 240.
Destino (ver Moiras), 38, 41, 92, 175, 222.
Deucalión, 223, 225.
Deyoneo, 159.
Día, 159, 196, 265, 267.
Diana, 72.
Dictina, 148.
Dike, 103, 113.
Diméter, 268.
Dinámene, 69.
Dino, 51.
Diocles, 231.
Diómedes, 126.
Dione, 47, 49, 72-73, 113, 134, 266.
Dionisos, 35, 70, 89, 91, 108, 110, 112-113, 146, 157-158, 172-173, 176, 179, 184, 200, 214, 238, 247-252, 255-262, 264-269.
Diopán, 172.
Dióscuros [Dioskouros, -oi], 89, 107, 154.
Disaules, 209, 212, 240-241.
Dólico, 231.
Doris, 47, 51, 68-70.
Doto, 69.
Dríadas [Dryas, -ades], 175.
Dríope, 140, 171-172.

Eris, 41, 222.
Eros, 24-26, 73-75, 104, 112, 170-171, 212, 222, 241, 262.
Escifio, 183.
Escila, 43-46, 48-49, 63, 243.
Escironita, 183.
Escoto, 52.
Esfinge, Fige, 58, 62.
Esmirna, 78.
Espeo, 69.
Estáfilo, 268.
Esteno, 53-54.
Estérope, 64.
Estéropes, 26.
Estigia, 41-42; 47-48, 66, 125, 134, 155, 233.
Eteocles, 101.
Éter, 26, 28, 112.
Etneo, 212.
Etra, 126, 161.
Eubolos, 228.
Eubuleo, 240.
Eudora, 47, 69.
Eufrosine, 101.
Eulímene, 69.
Euménides [Eumenis, -ides], 52-53.
Eumolpo, 231, 240.
Eunice, 69.
Eunomia, 103.
Eupompa, 70.
Euríale, 53-54, 57, 199.
Euribía, 41-43, 48-49, 119, 201.
Eurídice, 242.
Eurifesa, 191.
Eurimedón, 57, 158,.212.
Eurínome, 47-48, 52, 82, 100, 101, 156, 221.
Eurínomo, 242.
Euro, 201.
Europa, 47, 66, 75, 108-111, 126, 191, 194.
Euterpe, 104-105.
Evágora, 70.
Evantes, 268.
Evarne, 70.
Evónime, 52, 100.

Faetón, 74, 113, 188, 192-194, 197-198, 210.
Faetusa, 192.
Fanes, 25, 112-114, 173, 249, 268.
Farmacia, 202.
Feacios [Phaiax, -akes], 75.
Febe, 28-29, 43, 132, 142, 192.
Febo Apolo (ver Apolo), 132, 134.
Febo, 134.
Fena, 101.
Fénix, 108, 111.
Fenón, 212.
Ferusa, 69.
Fige (ver Esfinge), 58.
Filotes, 41.
Fineo, 68.
Flegias, 137, 142, 145, 159, 242.
Flora, 153.
Fórcides [Phorkis, -ides], 51.
Forcis, 41, 43, 45, 48-49, 51, 53-54, 57, 60, 62, 65, 113.
Forco, 49, 51.
Foronco, 220.
Forquíades [Phorkyas, -ides], 51.
Fósforo, 193, 197.
Frixo, 181, 261.

Ga, Gea, Ge, 25-26, 28-29, 31-32, 34-35, 41, 45, 48-49, 52, 57, 59, 65, 73, 85, 93, 97, 102-104, 113, 118, 122, 132, 136, 141, 153, 177, 181-182, 209, 219, 228-229.

Galatea, 70.
Galaxaura, 47.
Galena, 69.
Ganímedes, 97-98, 101-102, 112, 119, 145.
Gelo, 46.
Geras, 41.
Gerión, 58, 188.
Gíes, 26, 31.
Gigantes [Gigas, -antes], 28, 34, 209.
Glauce, 69.
Glauco, 110-111, 262.
Glaucónoma, 70.
Gorgades, 54.
Gorgides, 54.
Gorgonas, 51, 53-54.
Gracias (ver Cárites), 75-76, 80, 82, 100, 102, 104, 176.
Grayas, 51-54, 62, 68.

Hades, 29, 53, 79, 85, 90, 95, 125, 169, 180, 192, 224, 227-230, 234, 237-238, 241-243, 247-248, 269.
Hagne, 265.
Halia, 69, 179, 181-182.
Halimeda, 70.
Hamadríades [Hamadryas, -ades], 175.
Harmonía, 75, 149.
Harpías [Harpya, -ai], 53, 62, 65-68.
Hebe, 99, 103, 149, 159.
Hécate, 29, 37, 41-48, 51, 53-54, 66, 72, 82, 89, 93, 101, 133, 182, 185, 191, 229, 230, 237.
Hecatónquiros, 26.
Héeos, 197, 199, 210, 229-238, 252, 255, 261.
Hefesto, 57, 74-77, 89, 99-100, 108, 118, 121-122, 124, 126, 151-153, 155-159, 164, 173, 186, 188, 200, 211-212, 215-216, 218-219, 221.
Hegémone, 101.
Hele, 261.
Helena, 106-107.
Helia, 188, 192, 197.
Helio, 27, 29, 38, 74, 101, 109, 163, 168, 181, 186-188, 191-196, 200, 227, 230, 238, 243.
Hemera, 26, 28, 170, 196.
Heósforo, 193, 197, 201.
Hera, 29, 31-32, 35, 46, 60, 66, 79, 82, 85, 93, 95, 97-100, 102-103, 111, 114-115, 118, 132-136, 151-153, 155-159, 162, 173-174, 184, 187, 196, 200, 211-212, 218, 220, 222, 251, 255, 258, 261.
Heracles, 35-36, 45, 49, 50, 58, 60, 62, 87, 100, 108, 125-126, 137-138, 154, 156, 179, 185, 188, 218-219, 242, 244, 247.
Hermafrodita, (ver Hermafrodito), 170.
Hermafrodito, 83, 169, 171, 173.
Hermes, 19, 33-34, 51, 57, 76, 80, 89, 101, 106, 112, 123, 141-142, 149, 155, 157, 161-171, 173-175, 180, 198-199, 212, 216, 220, 225, 234, 237, 243, 248, 256, 261, 268.
Hermopán, 172.
Herse, 123-124, 198.
Héspera, Hesperia, 60.
Hespérides, 41, 54, 57-60, 98, 206.
Héspero, 60, 193.
Hestia, 29, 79, 85, 94-95, 174.
Hiacinto, 139, 171, 262.
Híadas [Hyas, -ades], 192, 261.
Hidra, 58.
Higía, 60, 126.

Hilas, 176.
Himeneo, 171, 268.
Himéropa, 63.
Himeros, 73, 104.
Hiperbóreos [Hyperboreios, -oi], 132, 263.
Hiperión, 28-29, 119, 191-192, 196, 230.
Hipnos, 41, 196.
Hipo, 48, 183.
Hipocampos [Hippokampos, -oi], 183.
Hipodamia,
Hipólito, 145.
Hiponoa, 70, 183.
Hipotoa, 70, 183.
Hipseo, 140.
Hipta, 252.
Hirieo, 199.
Horas, 60, 73, 102, 106, 141, 216, 241.

Icario, 264.
Idas, 87, 154.
Idotea, 49.
Iduía, 48.
Ifimedea, 154.
Ilitía, 99, 134-135.
Ino, 256, 258-259, 260-261.
Io, 111, 251.
Iris, 42, 65, 66, 67, 68, 134, 234.
Ishtar, 71.
Isis, 111.
Isquis, 142.
Ítaca, 49.
Itas, 212.
Itax, 212.
Itono, 120.
Ixión, 158-160, 196, 242.

Janta, 48.
Janto, 67, 132.
Jápeto, 28, 99, 205-206, 214, 216.
Jasón, 192.

Ker, 41.
Kronos, 19-20, 27-31, 36, 42, 46, 48, 52, 72-73, 79, 85, 87, 94-100, 106, 112-113, 117-118, 153, 172, 180, 186, 199, 206, 211-212, 221-224, 227, 229-230, 244.
Kubile, 86.

Ladón, 59-61, 140, 182.
Lamia, 44, 46, 48.
Lamo, 46.
Lampecia, 192.
Laomedea, 70.
Lapitas, 159.
Láquesis, 38, 41, 186.
Layo, 96.
Learcos, 261.
Leda, 105-108, 268.
Lemnos, 75-77, 89-90, 156, 186, 200, 209, 211.
Leteo, 103, 243.
Leto, 29, 43, 93, 99, 122, 131-135, 137, 146, 157, 164-165, 166, 200, 220.
Leucipo, 140.
Leucosia, 64.
Leucotea, 182, 259, 261.
Liágora, 70.
Licaón, 94, 147.
Licurgo, 200, 259.
Ligia, 64.
Linceo, 154.
Lípara, 60.
Lisianasa, 70.

Macris, 99.
Manías, 52.
Mapsaura, 61, 68.
Marsias, 176.
Maya, 161-163, 165-169, 174, 198, 206.
Medea, 192.
Medusa, 53, 54, 57, 60, 62, 67, 183.
Megaira, 53.
Megisto, 147.
Melampo, 258.
Melanipo, 126.
Meleagro, 41.
Melete, 104.
Melias [Melia, -ai], 177, 209, 220.
Melicertes, 259-262.
Melisa, 96.
Melisco, 96.
Melite, 69.
Melóbosis, 48.
Melpómene, 104-105.
Memnón, 197.
Men, 195.
Ménades, 257-259, 265.
Menecio, 206.
Menelao, 49-50.
Menesto, 48.
Menipa, 70, 183.
Mérope, 193, 199, 200, 210.
Metanira, 231-233.
Metis, 47, 93, 113, 117-118, 120, 126, 133.
Midas, 92.
Minias, 258.
Minos, 109-110, 148, 199, 244, 265.
Minotauro, 110, 265.
Mirmidones [Myrmidon, -ones], 210.
Mirra, 78, 139.
Mneiai, 104.
Mneme, 104.
Mnemosine, 28, 103-105, 168, 243.
Moiras, 33, 37-38, 48, 51-52, 72, 88, 100, 102, 123.
Molione, 154.
Moliónidas, 154, 268.
Momos, 41.
Mormo, 46.
Mormólice, 46.
Moros, 41.
Musas [Mousa, -ai], 25, 62, 64, 69, 103-104, 106, 149, 169.

Naides [Nais, -ides], 175.
Nana, 92.
Narciso, 171.
Náyades [Naias, -ades], 175.
Necea, 69.
Neera, 191, 192.
Nemertes, 70.
Némesis, 41, 103, 105-106, 117, 133, 225.
Nereidas [Nereis, -ides], 68, 70, 175.
Nereo, 41, 48-51, 65, 68-70, 74, 152, 184.
Nerites, 70, 74.
Neso, 70.
Néstor, 221.
Nicteo, 146.
Nike, 42, 121, 125.
Ninfas [Nymphe, -ai], 26, 28, 89, 135, 161, 174-175, 177.
Niobe, 220-221.
Niso, 46.
Nysai, 256.
Nyx, 24, 26, 38.

Oceánides, 24, 47, 70, 72.
Océano, 23-26, 28, 30, 41-42, 47-48, 51, 54, 59, 62, 66-67, 90, 98, 100, 102, 106, 117-118, 153, 156, 159, 165, 181, 184, 188, 197, 202, 224, 229, 237-238, 243, 244.
Ocípete, 68.
Ocírroe, 47.
Ocítoe, 68.
Ocnos, 242.
Odiseo, 45, 63-65, 67, 71, 73, 126, 184, 188, 192, 202-203, 243, 261.
Ofión, Ofioneo, 100.
Ogigos, 223.
Ócis, 41.
Onco, 182.
Opis, 201.
Orestes, 52-53, 268.
Orfeo, 20, 24, 25, 30, 38, 48, 53, 57, 70, 72, 89, 97, 112-114, 206, 239, 241-242, 249-250, 267-268.
Orfne, 125.
Orión, 154, 157, 162, 198-201, 244.
Oritía, 202.
Ortanes, 174.
Orto, 268.
Ortos, Ortro, 58.
Oto, 154, 198.

Pafos, 73, 197.
Palamaón, 118.
Palas (gén. fem.), 31, 36, 53-54, 99, 117, 119, 120, 122, 125, 151-152, 157-158, 183, 212, 215, 222, 249, 252.
Palas (gén. masc.), 36, 42, 118-121, 126, 164, 174.
Palas Atenea (ver Atenea).
Palemón, 262.
Pan, 34, 97, 147, 161, 171-173, 176, 194, 195, 225.
Pandáreo, 67.
Pandia, 195.
Pandora, 75, 205, 211, 214-218, 220, 225, 229.
Pándroso, 123-125.
Panes, Paniskoi, 172.
Paniskoi (pequeños Panes), 172.
Pánope, 70.
Papas, 91.
Paris, 37, 222.
Partenope, 64.
Pasífae, Pasífesa, 83, 109, 110, 191-192, 265.
Pasitoa, 48.
Pegaso, 57, 105, 183.
Péito, 48, 216.
Pelasgo, 209, 211, 220, 239.
Peleo, 38, 222.
Penélope, 243.
Penfredo, 51, 62.
Penteo, 259.
Peón, 142.
Peonio, 87.
Perse, 43, 191, 192, 229.
Perséfone, 42-43, 45, 53-54, 64-65, 70, 78, 90, 111-112, 114, 125, 170, 182, 191-193, 226-230, 234, 23-238, 240-242, 244, 247-249, 250, 255-256, 259, 267-269.
Perséis, 47, 51, 109, 191, 229.
Perseo, 52, 54-55, 126, 128-129, 183, 259.
Perseos, 133, 229.
Perses, 42-43, 47, 133, 229.
Persis, 51.
Perso, 51.
Petrea, 47.
Piérides, 104.
Piero, 104, 139.

Pigmalión, 77-78, 211.
Pigmeón, 77-78, 211.
Piriflegetón, 244.
Pirítoo, 242, 244, 247.
Pirra, 225.
Pitia, 136, 138.
Pitis, 173.
Pitón, 34, 135-136, 165.
Plexaura, 47.
Pléyades [Pleias, -ades], 161, 198-199, 206.
Pléyone, 161, 198.
Ploto, 69.
Pluto, 47.
Plutón, 228.
Plutos, 112, 228, 238.
Podarge, 67, 202.
Polibea, 139.
Polidora, 47.
Polifemo, 70, 184.
Polífido, 110.
Polimnia, 104-105.
Polimno, 257.
Polínoa, 70.
Polixeno, 231.
Polo, 132.
Pólux, 107-108, 155.
Ponto, 26, 41, 49, 51, 65, 70.
Pontoporea, 70.
Porfirio, 35.
Poseidón, 29, 31, 45, 49-50, 54, 69, 74, 76, 85, 90, 94-95, 105, 109, 111, 122, 129, 154, 165, 179, 180-186, 199, 221-222, 228-229, 248, 261, 263.
Poteidán, 179.
Príapo, 94, 155, 174, 268.
Primno, 47.
Procris, 198.
Próito, 258.
Prometeo, 36, 42, 118, 158, 205-206, 211-216, 218-220, 222, 225.
Prónoa, 70.
Prosimnos, 257.
Proteo, 48-50, 65-66, 89, 243.
Proto, 69.
Protogenia, 226, 229.
Protógonos, 25, 49, 113, 226.
Protomedea, 69.
Psámata, 70.

Quimera, 58.
Quirón, 141, 145, 146, 174, 219, 222.

Radamante, 244.
Rea, 28-31, 36, 48, 79, 85-86, 88-90, 93-96, 98, 100, 102, 111-113, 133-134, 180-182, 211, 228, 230, 237-238, 241, 249-250, 252, 255.
Rode, 182.
Rodia, 48.
Rodo, 181-182, 184, 186.

Salmacis, 171.
Sangario, 92.
Sao, 69.
Sarpedón, 109.
Sátiro, 176, 185.
Sátiros [Satyroi], 159, 172, 174, 176, 264.
Selene, 29, 38, 65, 125-126, 164, 173, 187, 191, 194, 195, 196-197, 256-257.
Semele, 146, 158, 200, 252, 255-256, 258, 260, 264, 266, 268.
Side, 200.
Sileno, 174, 176, 185, 256.
Silenos [Silenoi], 175-176, 264.
Sipretes, 146.

Sirenas [Seiren, -nes], 62-64, 67-68, 243.
Siringe, 173.
Sísifo, 244.

Taleia, 104-105.
Talía, 101.
Talos, 109.
Támiris, 139.
Tamuz, 71.
Tánatos, 41.
Tántalo, 221, 244.
Taras, 262.
Tártaro, 31-32, 47, 95, 151, 153, 166, 168, 206, 251.
Taumante, 42, 65.
Telefasa, 108.
Télefo, 126.
Telesto, 48.
Telquines [Telchis -in, -ines], 77, 88-90, 181, 211.
Telxiepia, 63.
Telxínoe, 63.
Telxíope, 63.
Temis, 28, 38, 60, 68, 70, 73, 102-103, 105-106, 113, 134, 147, 151, 219, 222, 225.
Temisto, 70, 147.
Teófane, 181, 261.
Terpsícore, 104-105.
Teseo, 110, 129, 242, 244, 247, 265-266.
Tetis, 24, 31, 38, 47-48, 69, 152, 156, 221-222, 259.
Tetys, 23--26, 28, 37, 42, 47-48, 65, 70, 98, 100, 117, 184, 221.
Tía, 28-29, 191, 196.
Tíadas [Thyas, -ades], 252, 257.
Tías, 78.
Ticias, 88.
Ticio, 135-136, 200, 218, 242, 244.
Ticón, 174.
Tideo, 126.
Tifaón, 32, 57-58, 152-153.
Tífeo, 32-34, 36, 57-58, 97, 136, 201.
Tifo, 32.
Tifón, 32, 50, 57, 59, 60, 136, 152, 172.
Tindáreo, 106.
Tione, 256-257, 267-268.
Tique, 48.
Tisífone, 53.
Titanes [Titan, -anes], 26, 30, 206.
Titanopán, 172.
Tito, 196, 197.
Títono, 197.
Toa, 47.
Toe, 69.
Triptolemo, 231, 240.
Tritea, 126.
Tritogenia, 118, 126.
Tritón, 44, 50, 62, 118, 120, 126, 184-185.
Trittai, 101.

Urania, 47, 72, 82, 104-105.
Urano, 26, 28-30, 48, 52, 72-73, 85, 101-104, 113, 118, 131-132, 153, 170, 177, 206, 209.

Valens, 142.
Venus (ver Afrodita), 71, 82-83, 193.
Vesta, 174.

Yaco, 240, 269.
Yambe, 232, 240.
Yanira, 48.
Yanta, 48.

Yasio, 87, 111.
Yasión, 111.
Yodama, 120.

Zelos, 42.
Zetes, 68, 202.
Zeto, 154.
Zeus, 23-24, 29-36, 38, 42-48, 52-53, 60, 65-66, 68, 72-76, 78-79, 81-82, 85-103, 105-109, 111-114, 117-120, 122-123, 129, 131-138, 141-142, 145-149, 151-154, 156-159, 161-169, 172-173, 175, 179-182, 184, 186-187, 191, 194-197, 199, 206, 210-216, 218-222, 224-231, 234, 237-238, 247-252, 255-256, 261, 263-264, 266.
Zeuxo, 48.

II. NOMBRES GEOGRÁFICOS (REALES Y MITOLÓGICOS)

África, 141.
Agdos (peñasco cercano a Pesinunte), 91.
Alfeo (río en Arcadia), 164, 168.
Amato (región de Chipre), 73, 83, 91, 170.
Amiclas (ciudad de Laconia), 139.
Anfriso (río de Tesalia), 138.
Antemesa (isla de las Sirenas, «rica en flores»), 65.
Aqueronte (río o mar en el Inframundo), 66, 125.
Araja (localidad en Licia), 132.
Arcadia, 42, 52, 53, 59, 94, 100, 121, 142, 147, 161, 169, 171, 176, 209, 211.
Argólide, 98.
Argos, 99, 110-111.
Arima (cueva de Equidna, «lecho de Tifeo»), 58.
Arne («fuente de los corderos»), 180.
Aronio (monte en Arcadia), 42.
Asia Menor, 32, 57, 74, 78, 79, 83, 85, 86, 92, 97, 106, 109, 132, 133, 136, 145, 170, 174, 176, 195, 196, 197, 209, 211, 221, 252.
Atenas, 50, 72, 82, 110, 121, 122, 124, 126, 146, 158, 202, 209, 240.
Ática, 82, 122, 124, 183, 198, 209, 210, 264.

Beocia, 99, 101, 103, 110-111, 163, 171, 198-199, 209, 211, 220, 261.
Berecintia (región de Tracia), 86, 88.
Bitinia (país en Asia Menor), 174.
Boibis («el lago de Febe», al norte de Grecia), 142, 170.
Brasias (ciudad costera de Laconia), 260.

Cabiro (montaña en Frigia), 88.
Cánato (fuente cercana a Argos), 99.
Caria (ciudad en Asia Menor), 149, 170.
Casio (montaña en Asia Menor), 33.
Cáucaso, 192, 218.
Cefalenia (isla), 198.
Ceos (isla), 141.
Cerdeña, 141.
Ciane («fuente oscura», cerca de Siracusa), 239, 249.
Cícladas (archipiélago), 141.
Cilene (monte en Arcadia), 161, 164, 166.
Cilicia (región en Asia Menor), 32.
Cirene (ciudad en Libia), 137, 140-141.
Cístene («el país de las rosas rocosas»), 51.
Citera (isla en el Egeo meridional), 73, 74, 181.
Citerón (montaña en Beocia), 99.
Cnido (ciudad costera de Asia Menor), 74.

* *N. del T.*: Se añaden entre paréntesis algunas ubicaciones y precisiones de significación mítica.

Colias (cabo costero del Ática), 82.
Colono (ciudad en Ática), 183.
Cólquide (región del Cáucaso), 181, 192, 261.
Copais (lago en Beocia), 121, 209, 220.
Corinto, 72, 262.
Cos (una de las islas Espóradas), 132, 193, 210.
Creta, 29, 52, 68, 86, 90, 94, 95, 108, 109, 110, 111, 134, 137, 148, 194, 199, 200, 231, 245, 248, 249, 262, 266, 267.
Crisa (puerto de Delfos), 137.

Chipre, 73, 76, 77, 78, 79, 82, 83, 170, 181, 211, 263, 266.

Delfos [Delphoi], 32, 34, 38, 57, 99, 135, 136, 137, 138, 149, 152, 153, 225, 251.
Delos, 66, 122, 132-135, 186, 201.
Día (isla cercana a Naxos), 267.
Dicte (montaña y cueva en Creta), 86, 148.
Dídima, 132.
Dodona, 72.

Eleso, 133.
Egeón («Monte de la Cabra», en Creta), 30, 31, 94, 183.
Egina (isla en el golfo de Atenas), 148, 210.
Egipto, 49, 111, 263.
Eleusis, 111, 209, 212, 231, 234, 238, 239, 240.
Elide (región del Peloponeso), 196.
Enna (ciudad y promontorio de Sicilia), 239.
Eolia (isla de Eolo), 202.
Epidauro, 145.
Erídano (río mítico, el Po o el Ródano), 194.
Esparta, 82, 106, 139.
Estigia (catarata del monte Aronio), 41, 42, 47, 48, 66, 125, 134, 155, 233.
Estrófades (ver Plotai), 68.
Etiopía, 193, 197.
Etna (volcán en Sicilia), 33, 156.
Etruscos, 153, 262, 265.
Eubea, 99.
Eufrates (río de Asia), 71.

Faros (isla en Egipto), 49.
Feacia,
Fenicia, 108, 111.
Flegios, 137.
Flegras («llanuras ardientes»), 34.
Fócide , 213.
Frigia, 80, 86, 89.

Gárgaro (cresta del monte Ida), 97.
Gortina (ciudad cretense), 109.

Hecatesneso (isla de Hécate, cercana a Delos), 66.
Helesponto, 173.
Helicón (montaña en Beocia), 25, 103, 104, 171.
Hemo (cordillera en Asia Menor), 33.
Hiperbóreos, 132, 263.
hippou krene («Fuente del Caballo», en el Helicón), 104-105.
Hiria (ciudad de Tanagra, en Beocia), 199.

Icaria (población en Ática), 264.
Ida (montaña de Troya), 79, 80.
Ida (montaña y cueva en Creta), 86, 96, 97, 170, 175.
Iliso (río de Ática), 202.
India, 264.
Inopo (río de Delos), 135.
Ítaca, 49

Janto (río de Licia), 67, 132.

Kokkygion, Kokkyx («Montaña del Cuco», en Argólide), 98.
Korukion atron («Saco de Cuero», cueva en Delfos y en Cilicia), 32.

Laceria (ciudad de cornejas chismosas), 142.
Laconia, 101, 260.
Ladón (río de Arcadia), 59, 60, 61, 140, 182.
Lámpsaco (ciudad en el Helesponto), 173.
Latinos (ver Romanos), 102, 142.
Latmos (cresta montañosa en Asia Menor), 196.
Lemnos (isla en el Egeo Septentrional), 215.
Lerna (fuente de Argólide), 58, 256, 259.
Lesbos (isla en el Egeo), 268.
Leteo (río del Inframundo), 101, 103.
Líbano, 78, 79.
Libia, 46, 141.
Licabeto (monte en Ática), 125.
Liceo (montaña en Arcadia), 94.
Licia (país del Asia Menor), 109, 132.
Licto (localidad en Creta), 29, 94.
Lidia (país de Asia), 244.

Macedonia, 89, 104, 181.
Macris (otro nombre de Eubea), 99.
Magna Grecia, 63.
Mar Negro, 106.
Mecone (ciudad en Argólide), 214.
Megalópolis (en Arcadia), 52.
Megara, 126.
Mélite (fuente en Licia), 132.
Mileto, 132.
Monte de los Arrayanes, Monte del Pezón (en Epidauro), 145
Mosiclo (monte en Lemnos), 156.

Nápoles, 64.
Naxos (una de las islas Cícladas en el Mar Egeo), 22, 155, 156, 184, 256, 264, 267.
Neda (río en Arcadia), 94.
Nemea, 58.
Nisa (llanura y monte en Asia Menor, Etiopía y África), 229, 258-259, 265.

Olimpo (monte de los dioses, entre Tesalia y Macedonia), 26, 31, 66, 68, 72, 74, 76, 81, 91, 98, 100, 102-104, 115, 119, 131, 134, 139, 149, 152, 155-159, 164, 167, 172, 174.
Onquesto (región y cueva de Poseidón en Beocia), 163, 165.
Orcómenos (localidad en Beocia), 101, 258.
Ortigia («isla de la codorniz», en el Egeo), 133, 200.

Osa (montaña en Tesalia), 147, 154.
Otris (montaña en Tesalia), 31.

Pafos (región en Chipre), 76, 77, 78, 79.
Palene (lugar en Ática), 34, 35, 124, 209.
Palene (región de Macedonia), 34, 35.
Parnaso (montaña en Fócide), 169, 225, 251, 252, 257.
Pelión (montaña en Tesalia), 141, 154, 159-160, 222.
Peloponeso, 98, 145, 171, 225, 258.
Peneo (río en Tesalia), 140.
Pergo (lago en Sicilia), 239.
Pesinunte (ciudad en Frigia), 91, 92.
Pesto (región en Magna Grecia),
Pieria (región en Tracia), 103, 163.
Pilos (ciudad de Mesenia), 165, 168.
Pitón (otro nombre de Delfos), 34, 135, 136, 165.
Plotai, Estrófades (islas «nadadoras»; después, «del retorno»), 68.
Príapo (ciudad en el Helesponto), 173.
Ptía (país en Tesalia), 141.

Quíos (isla, una de las Espóradas, en el Egeo), 199.

Ramnunte (ciudad en Ática), 103, 106.
Raria, campos o llanura de, 209, 237, 240.
Renea (isla frente a Delos, en el Egeo), 134.
Rodas, 68, 77, 90, 129, 181, 186, 211, 223.
Roma, romanos, 83, 122, 152, 153, 213, 264.

Salamina, 57.
Salmacis (fuente en Caria), 170.
Samos, 98.
Samotracia, 77, 88-90, 262.
Sangario (río de Frigia), 92.
Sicilia, 33, 36, 133, 239, 249.
Sintios (habitantes de Lemnos), 76.
Sípilo (fila montañosa en Asia Menor), 221, 252.
Siracusa (ciudad de Sicilia), 133, 239.
Siria, 78, 79, 85, 197.

Taigeto (montaña en Laconia), 107.
Tanagra (región de Beocia), 199.
Tarento (ciudad de Apulia), 262.
Tebas, 72, 75, 111, 212, 220, 224, 252, 255.
Tempe (valle en Tesalia), 138, 140.
Termiles (antiguos habitantes de Licia), 132.
Tesalia, 120, 138, 140, 159, 169, 170, 171, 225.
Tespis (región en Beocia), 171.
Thornax («Montaña del Escabel», en Argólide), 98.
Thronax («Montaña del Trono», en Argólide), 98.
Tirinto (ciudad de Argólide), 258.

Tórico (localidad en Creta), 231.
Tracia, 33, 72, 152, 153, 202, 259.
Trinacia (Sicilia), 192.
Tritón (río), 44, 50, 62, 118, 120, 126, 184, 185.
Troya, 37, 64, 79, 80, 97, 106, 197, 222, 224, 243.
Vesubio (volcán en Magna Grecia), 156.
Vulcanos (en latín, por volcanes) 156.

III. TÉRMINOS ANTIGUOS GRIEGOS, LATINOS O DE OTRO ORIGEN*

aella (el viento desgarrador), 67.
aix (chivo), 34, 183.
aloe (lugar circular), 154.
anax (Señor, Padre), 30.
androgyno (hombre y mujer en el mismo cuerpo), 171.
angelos (mensajero), 66.
Anosia, 82.
aphanes (invisible), 148.
aphrodite (placer amoroso), 82.
Aphrodite en kepois (Afrodita de los jardines), 82.
aphros (espuma blanca), 73.
ara (declaración de guerra, maldición; pero también plegaria), 152.
Areia, 126.
arktoi (osos (as)), 146.
arktos (un(a) oso(a)), 147.
arsenothelys 268.
atasthalia (temeridad excesiva), 206.
attagus (en frigio, cabra macho), 92.
attis (en lidio, «muchacho hermoso»), 92.
autochtones (nacidos de la tierra), 210.

Basileus (Rey), 115.
basileus (Rey), 30.
Basilis, 83.
Bia (vigor), 41.
Boulaios, 115.

chairein (regocijarse), 101.
charis (gracia; delicia del arte), 75, 101.
Chera, 115.
chrusê (dorado), 82.
Chtonios (dios del Inframundo), 228.

Da (abreviatura por Deméter como Tierra), 179, 182.
daimon, -one, 86.
daktulos (dedo), 87.
delos («visible»), 133.
delph- (vientre de criatura marina), 57.
dia (divina), 45.
dikaiosune (justicia), 113.
dike (retribución, justicia), 103.
diktys (una red), 148.
Dios kouroi (hijos de Zeus), 107.
doron ploutos (dones y riquezas), 47.
drakaina (dragonesa), 136.
drakaulos («la consorte de la serpiente»), 123.
drakon, 59.
drosos, 122.
Dusaules («casa donde no conviene habitar»), 240.

eidos (fenómeno visible), 66.
Eleemon, 82.
Elisión («llanuras de llegada»), 244.

* Con mayúsculas los apodos de las divinidades.
N. del T.: Se añaden entre paréntesis algunos significados de importancia mítica

Elpis (la esperanza), 217.
ennaeteris («gran año»: período de nueve años), 138.
Enoplios, 82.
Epitragidia, 82.
Ergane, 126.
Erinia (espíritu de ira y venganza), 52, 57, 182-183.
erinus (ira, venganza), 101.
erion (lanilla), 122.
eris (lucha, refriega), 122.
Erros, 122.
Escifio («el encorvado»), 183.
Escironita («el hijo de la piedra caliza»), 183.
eurybias («de amplia fuerza»), 44.

Gamelia, 115.
Gamelios, 114.
gegenes, *-eis* («nacidos de la tierra»), 210.
glaukopis (de ojos oliváceos o de lechuza), 126.
gorgoneion (máscara de Medusa, rostro que se ve en la luna), 57.
Gorgopis, 126.
Graia (una vieja), 51.
gratia (en latín, favor, agradecimiento), 102.
Gratiae (en latín, las Cárites o Gracias), 102.

haima (sangre), 33.
hals, gen: *halos* («disco redondo»), 54, 154.
Hegemone, 149.
hephaistos (fuego), 156.
Heraios, 114.
herma (pilar de piedra, fálico), 170.
herse, 122.
Hersos, 122.
Hetaira, 82.
Hikesios, 115.
hora («el momento adecuado»), 80, 188, 238.
Hyetios, 114.
Hymen («flor»: doncellez de una Core), 171.
Hypsistos (dios superior o celeste), 228.
hyron (panal de abejas), 199.

iambos (verso burlón), 240.
Idaia, 96.
ion (la violeta; el color violeta), 111.
Itonia, 120.

kalliste («la más hermosa»), 146.
kantharos (jarra de asas grandes para beber vino), 248.
Kappotas, 114.
Kataibates, 114.
keladeine, 149.
keladennai (las bulliciosas Cárites, según Píndaro), 101.
Kephale («cabeza»), 198.
Keraunos, 114.
kerukes (heraldos de los Misterios de Eleusis), 124.
kestos himas (el ceñidor o cinturón de Afrodita), 98.
ketos (monstruo marino), 49.
kitharodos (citaredo, «cantor con la lira»), 149.
klothes (hilanderas), 38.

kordax (danza sensual femenina realizada sólo por hombres), 149.
Korukos, 32.
kouros (niño divino), 87.
kouros, -oi, 87.
krade (la higuera), 252.
kradia (el corazón), 252.
kradiaios (el corazón vivo y/o falo de madera de higuera), 252.
krataiis (la potente), 43.
krataios (el potente), 49.
kratos (vigor, fuerza), 41.
Ktesios, 115.

laas, laoi, laos (piedra; gente), 225.
lada (en licio, lengua asiática: mujer), 106.
laimos (fauces), 46.
lesmosyne, lethe (olvido de las penas), 103.
Liknites («el que est en el aventador de trigo»), 252, 257.
liknon (el cernidor o aventador de trigo), 252.

mainades (ménades), 257.
mainoles (poseso, enrabiado), 257.
mainomenos (poseso, enrabiado), 257.
mania, -ai (la(s) manía(s), frenesí(es)), 257.
medousa, 54.
Megale, 91.
megaloi theoi («grandes dioses»), 89.
Melaina, 82.
Melainis, 82.
melioi (forma masculina de *meliai*: los primeros hombres, pertenecientes a las ninfas del fresno), 209.
Men (ciclo lunar, mes lunar; un dios-luna de Asia Menor), 195.
Mene, 195, 205, 223, 231, 234, 237, 238, 241, 263.
meropes (nombre poético de los seres humanos como hijos de Tierra y Sol), 210.
merops, 210.
Meter, 86, 96, 121.
metietes («buen consejero»), 115.
Mneiai (plural de Mnemosine), 104.
moira (lote asignado), 38.
monogenes (hija única: Hécate, Perséfone Pandora), 43.
Mousai (Musas), 104.
murmex, -kes (la(s) hormiga(s)), 210.
Musagetes («conductor de las Musas»), 149.

narke (estupor), 171.
nephelegeretes («el que amontona las nubes»), 114.
Numphai («ninfas»), 174.
numphe (ser femenino que vuelve hombre cumplido al varón), 174.
numphios (varón que alcanza a cumplir su virilidad), 174.
numpholeptos (poseso de las ninfas), 176.

oinos (el vino), 199.
Omadios, 268.
Ombrios, 114.
ophis, 59.
Oreia, 86.

ourein («orinar», pero también retruécano para «arrojar semen»), 199.

paian, paieon, 136.
Pais, 99, 115.
pan («todo»), 172, 216, 240, 260.
Parthenos, 121.
Pater (latín, Padre; dícese en particular de Neptuno-Poseidón), 114, 180.
Patroos, 114.
Pelagia, 72.
peleias, -ades (palomas, tórtolas salvajes), 162, 198.
Philios, 114.
Phoibos («Incorrupto»), 138.
phoinix (color rojo del sol), 108.
Phratrios, 114.
ploutos, 47.
Polieus, 115.
Polydegmon, 228.
Porne, 82.
Pronoia, 125.
Prothyraia, 44.
psyche (la mariposa; alma), 213.
puthein (podrir, putrefacción), 136.
pygmaios (enano), 77.

rhyton (vasija corniforme para beber), 96.

selas (la luz de la luna), 195.
silenos (hombres-caballos, disfrazados), 185, 218, 256.
Soter, 115.
sphairos («la Bola del Cielo»), 132.
sthenos (fuerza), 54.
stygein (odiar), 42.
syrinx (siringa o siringe), 173.
Syzygia, 115.

Tallaios, 109.
Tartarouchos, 47.
Teleia, 98, 115.
Teleios, 114.
Thauma, 65.
thelgein (encantar), 63.
themis (ley natural, en particular la de apareamiento y convivencia de los sexos masculino y femenino), 102.
thriambos (un tipo de himno a Dionisos), 264.
thuella (el viento desgarrador), 67.
tisis (retaliación, castigo), 53, 206.
titainein (sobrepasarse a sí mismo), 206.
Tritaia, 101.
Tyrsenis, 46.

Valens (en latín, valentía, fortaleza), 142.
venus (en latín, «belleza»), 101.
virago (en latín, virgen de mucha fuerza), 120.

Xenios, 115.

Zygia, 115.

Índice

Introducción 11

I. El comienzo de las cosas 23
1. Océano y Tetys 23
2. Noche, el Huevo y Eros 24
3. Caos, Gea y Eros 25

II. Historias de los titanes 27
1. Urano, Gea y Kronos 28
2. Kronos, Rea y Zeus 29
3. Las batallas entre los dioses y los titanes 30
4. Tifeo o Tifón, Zeus y Egipán 32
5. La batalla con los gigantes 34

III. Las Moiras, Hécate y otras deidades preolímpicas 37
1. Las diosas del Destino (Moiras) 38
2. Las diosas Euribía, Estigia y Hécate 41
3. Escila, Lamia, Empusa y otros espantos 44
4. Las hijas mayores de Tetys y Océano 47
5. Los Viejos del Mar: Forcis, Proteo y Nereo 48

6. Las Diosas Grises (Grayas) 51
7. Las Erinias o Euménides 52
8. Las gorgonas Esteno, Euríale y Medusa 53
9. La Equidna, la Serpiente hesperídea y las Hespérides ... 57
10. Aquéloo y las Sirenas 62
11. Taumante, Iris y las Harpías 65
12. Las hijas de Nereo 68

IV. La Gran Diosa del Amor 71
1. El nacimiento de Afrodita 73
2. Afrodita y Nerites 74
3. Afrodita, Ares y Hefesto 74
4. La historia de Pigmalión 77
5. La historia de Adonis 78
6. Afrodita y Anquises 79
7. Sobrenombres de Afrodita 81

V. La Gran Madre de los Dioses y sus consortes 85
1. Dáctilos Ideos y Curetes 86
2. Cabiros y Telquines 88
3. La historia de Atis 91

VI. Zeus y sus esposas 93
1. Nacimiento e infancia de Zeus 94
2. Zeus y Hera 97
3. Zeus, Eurínome y las Cárites o Gracias 100
4. Zeus, Temis y las Horas 102
5. Zeus, Mnemosine y las Musas 103
6. Zeus, Némesis y Leda 105
7. Relatos cretenses 108
8. Historias órficas 111
9. Sobrenombres de Zeus y Hera 114

VII. Metis y Palas Atenea 117
1. El nacimiento de Atenea 118
2. Padres y tutores de Atenea 119
3. Atenea y Hefesto 121
4. Las hijas de Cécrope 122
5. Sobrenombres de Atenea 125

VIII. Leto, Apolo y Artemisa 131
1. Errancias de Leto 132
2. Leto y Asteria 133
3. El nacimiento de Apolo 134
4. Apolo y sus enemigos 135
5. Apolo y sus amores 138
6. Nacimiento y muerte de Asclepio 143
7. Relatos de Artemisa 146
8. La historia de Britomartis 148
9. Sobrenombres de Apolo y Artemisa 148

IX. Hera, Ares y Hefesto 151
1. Maternidades de Hera 152
2. Ares y los Alóadas 154
3. Caída y crianza de Hefesto 155
4. Hera atada 157
5. Hera, Ixión y los Centauros 158

X. Maya, Hermes, Pan y las Ninfas 161
1. Nacimiento y primeros hechos de Hermes 162
2. Hermes, Afrodita y Hermafrodito 169
3. Nacimiento y amoríos de Pan 171
4. Historias sobre Príapo 173
5. Ninfas y Sátiros 174

XI. Poseidón y sus matrimonios 179
1. Nacimiento de Poseidón y boda del carnero 180
2. Poseidón entre los Telquines 181
3. Deméter y los matrimonios de Poseidón como padrote 180
4. Poseidón y Anfitrite 183
5. Hijos de Anfitrite 184

XII. El Sol, la Luna y su familia 187
1. La historia de Faetón 192
2. Selene y Endimión 194
3. Eos y sus raptados 196
4. Historias de Orión 198
5. Relatos de los Dioses de los Vientos 201

XIII. Prometeo y la raza humana
1. El origen de la humanidad
2. Rivalidad con Zeus y robo del fuego
3. La historia de Pandora
4. Castigo y liberación de Prometeo
5. La historia de Niobe
6. Tetis y el futuro regente del mundo
7. El destino de la humanidad

XIV. Hades y Perséfone
1. El rapto de Perséfone
2. Otras historias de rapto, consuelo y ascensión
3. Relatos del Inframundo

XV. Dionisos y su compañía femenina
1. Dionisos, Deméter y Perséfone
2. Dionisos y Semele
3. Compañeras y enemigas de Dionisos
4. Dionisos, Ino y Melicertes
5. Dionisos en el mar
6. Dionisos y Ariadna
7. Sobrenombres de Dionisos

Ilustraciones
I. Fuera de texto
II. En el texto

Fuentes
I. Clave de abreviaturas
II. Lista de fuentes

Nombres y términos
I. Divinidades y personajes mitológicos
II. Nombres geográficos
III. Términos antiguos griegos, latinos o de otro origen.

Esta edición de LOS DIOSES DE
LOS GRIEGOS se terminó de imprimir
el mes de mayo de 1997 en los talleres
de Italgráfica, ubicados en final
calle Vargas, Boleíta Norte,
Edif. San Jorge. Caracas, Venezuela.
Son 3.000 ejemplares impresos
en papel Premium.